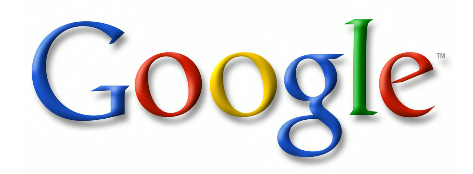
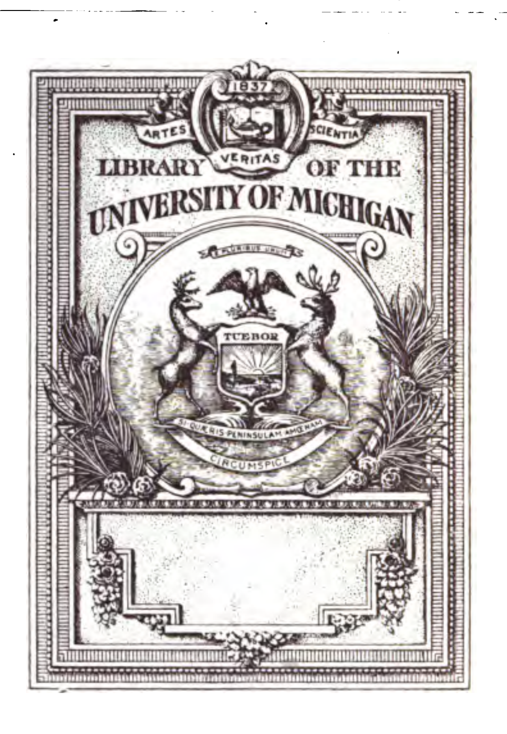



1837
ARTES
VERITAS
SCIENTIA
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
E PLURIBUS UNUM
TUEBOR
SI QUÆRIS PENINSULAM AMŒNAM
CIRCUMSPICE

OBRAS COMPLETAS

DE

D.ª CONCEPCIÓN ARENAL de García Carrasco

TOMO DÉCIMOQUINTO

EL PAUPERISMO

VOLUMEN I

MADRID
LIBRERÍA DE VICTORIANO SUÁREZ
48, Preciados, 48

1897

EL PAUPERISMO

fren por mucho tiempo sin enfermar; el más desvalido busca, y suele hallar, un poco de paja; mientras que en la casa cómoda, que ve con envidia, hay un natural del archipiélago filipino que entra en su habitación, mira con desdén la mullida cama á él destinada, se acuesta en el suelo, y allí duerme, aun en invierno, y en una de las ciudades más frías de Europa: este gusto, incóncebible para nosotros, es higiénico para él.

Si debe tenerse presente que lo necesario fisiológico es un elemento *variable*, tampoco se puede desconocer que existe siempre un necesario fisiológico, y que, por suave que sea el clima, dura la raza y austeros los hábitos, hay privaciones que impiden el natural completo desarrollo del hombre, alteran su salud y abrevian su vida.

En los ejércitos, en los establecimientos de beneficencia, en las prisiones, ha empezado á estudiarse cuál es ese *mínimum;* tal vez hay bastantes datos para determinarlo con aproximación; pero determinado ó no, es lo cierto que existe; que cuando falta hay miseria, y que si esta miseria alcanza á *muchos* y *persiste,* hay pauperismo.

No cabe desconocer el mal, pero cabe esta duda: ¿tiene remedio? Muchos han respondido que no; muchos han extendido el mapa de la miseria y hecho notar que sus tintas más negras corresponden á los pueblos más cultos; han establecido como un axioma que al aumento de la riqueza correspondía fatalmente el de la miseria; y demostrando á su modo que el pauperismo era una consecuencia inevitable del progreso, daban al árbol de la ciencia este fruto maldito, lanzando un anatema sobre la civilización y dejando en el seno de la sociedad la hiel de su amargura desesperada.

Afortunadamente, este fallo desconsolador no es científico, y el corazón afligido y generoso que lo rechaza, encuentra apoyo en la inteligencia. Y ¿cómo no había de encontrarlo? Sí; bien podía afirmarse resueltamente, aun *à priori*, que el resultado de la mayor cultura no podía ser una suma mayor de desgracia y de injusticia; que al generalizarse la instrucción y aumentar el número de los que *saben*, no se había de acrecentar proporcionalmente el de los que *sufren;* que la igualdad escrita en los libros y consignada en los códigos no había de dar por resultado *definitivo* que los hombres

fuesen cada vez más desiguales; y, en fin, que la supresión de los privilegios y la fraternidad más razonada y más sentida no podían abrir abismos más profundos entre las clases sociales, abismos que no se llenasen nunca, tragando perpetuamente lágrimas y sangre y la felicidad del género humano.

Se exponen hechos y números, cuadros desgarradores, desdichas inmensas, desesperaciones amenazantes. No hemos analizado nunca los males sociales como el anatómico que busca sobre el cadáver las huellas de la mortal enfermedad, ó como el médico duro que desgarra tranquilo las carnes vivas y escucha los ayes con indiferencia. Los dolores humanos nos duelen, nos han dolido siempre mucho; pero el sentimiento, que compadece y aboga por los que sufren, puede y debe ser fiscal severo, mas no acusador injusto, y hay que precaverse contra la fuerte propensión á considerar como las más graves las injusticias de la época en que se vive. Que en la nuestra hay muchas é irritantes, es hecho que, lejos de negar, hemos procurado siempre demostrar; pero las injusticias son como las enfermedades: no siempre tienen mayor gravedad las que más duelen, y, por el con-

trario, hay dolencias tanto más temibles cuanto menos se sienten.

Los acusadores del presente, que desesperan del porvenir y echan de menos el pasado, ó se lo representan como seguramente no ha sido, ó el ideal de su deseo no coincide con el de la justicia. Numerosos hechos registra la historia, que revelan penalidades colectivas intolerables, que, como erupciones de la miseria desesperada, si no podían romper sus barreras, indicaban bien sus grados. Pero sobre que los trastornos pasados nos impresionan menos con su deformidad que la belleza del orden que se restablece; sobre que los ayes de los oprimidos han tenido pocos ecos en la historia; sobre que la noción del derecho estaba tan obscurecida que ni aun pensaban en invocar á éste los mismos que contra él eran perjudicados; sobre que la injusticia tenía una simetría que remedaba orden y funcionaba con una regularidad que le daba apariencias de ley natural, sobre estas circunstancias y otras, hay que añadir que en los tiempos pasados, en aquellos, sobre todo, que se echan de menos como mejores, los miserables vivían bajo la enorme presión de poderes absolutos en el orden material, y en el espiritual

infalibles, que imponían como un deber, no sólo la resignación, sino hasta el silencio.

Sin duda que este silencio de los que sufren aumenta el bienestar de los que gozan en placidez tranquila, y que cuando los miserables, en vez de tener miedo, lo inspiran, se propende á dar al mal proporciones nunca vistas. Sin duda que hechos de gravedad suma revelan tendencias alarmantes; pero cierto también que las clases que no sufren se inclinan á pensar que es irremediable el sufrimiento de las otras, más bien que á hacer los sacrificios necesarios para remediarlo.

Parece que dan por hecho que la miseria generalizada y permanente es inevitable en nuestra civilización, como el frío de Enero en nuestros climas, y se resignan con esa resignación tan fácil cuando se aplica á los males ajenos. Pero las alianzas del egoísmo y la fatalidad van siendo muy difíciles; el hombre se siente cada vez más libre en todas las esferas, no cree que en el libro del destino haya escritas palabras siniestras y se hayan borrado las de *razón*, *verdad* y *justicia*.

Desde que hay sociedades (es decir, desde que hay hombres, en el sentido jurídico de la

palabra) ha habido *problema social;* solamente que al principio no se sabía en absoluto, y después no se sabía bien. Hubo dificultades, cuestiones, peligros y aun cataclismos, pero no *problemas*. La espada, el anatema, ó la combinación de entrambos medios, terminaban el conflicto. La misión de establecer la paz y el orden se confiaba á la autoridad y á la fuerza; cuando éstas eran impotentes, no había salvación posible. Se admira, y bajo muchos conceptos lo merecen, á pueblos que se han engrandecido sofocando sus internos profundos dolores; donde la miseria se amordazó, se resignó ó cayó en impotencia ignominiosa; pero si se examina la caída de esas poderosas colectividades, tal vez se adquiera el convencimiento de que no habrían perecido si de la *cuestión* social se hubiera hecho *problema*, es decir, un asunto que hay que estudiar y determinar conforme á reglas de razón, á leyes intelectuales, morales y económicas, á principios de justicia, en vez de resolverlo á impulso de pasiones ó de sentimientos de amor ó de ira, de perdón ó de venganza. Envidiar á esas sociedades que no discutieron su problema social, es como felicitarlas por haber ignorado una enfermedad que las mató, y que,

conocida, hubiera podido curarse. La injusticia que los pueblos llevan en sus entrañas, si es mucha, forma abscesos; y menos peligroso es que se revienten hacia fuera, que interiormente.

El abuso del poder en forma de fuerza bruta ó de otra cualquiera; la explotación de los débiles por los fuertes; los padecimientos de multitudes oprimidas; la miseria generalizada y el hambre haciendo estragos, no son cosas nuevas. Lo que hay de nuevo en el asunto es que se estudia: que pensadores y filántropos, academias, tribunas, libros, periódicos, revistas, asociaciones é individuos, por cientos, por miles, meditan y buscan y proponen medios de combatir la miseria; lo que hay de nuevo es que no se resignan con ella los que la sufren: que la sienten aun los que no la padecen: que muchos, muchísimos, en situación de aprovecharse de las ventajas del que oprime, se ponen de parte de los oprimidos; lo que hay de nuevo es que acuden las inteligencias y los corazones á los grandes dolores sociales, como los habitantes de una población á los grandes incendios, sin distinción de clases; y de esta afluencia de espíritus generosos que se unen á los espíritus atri-

bulados, y de las voces de piedad, de simpatía y de justicia que hallan infinitos ecos, resultan comprobaciones, evidencias terribles, que presentan á nuestro siglo como el más desventurado, ante los que creen que no hay dolores cuando no hay quejidos. El pueblo que sufre se parece al niño que se ha lastimado y no llora hasta que ve á su madre. Desde que la sociedad tiene entrañas de madre, sus hijos se quejan; porque el silencio de antes no era ausencia de dolor, sino convencimiento de que nadie lo compadecía. Y luego, los pueblos modernos sienten más sus desventuras porque tienen más sensibilidad; tienen más sensibilidad porque tienen más vida, comprenden mejor su derecho y reclaman más enérgicamente su justicia. De todo lo cual resulta que, con la misma suma de padecimientos, exhalan más ayes y formulan más quejas.

Conviene tener presentes estas consideraciones para entrar en el asunto con la posible calma. Harto tiende á alterarla el espectáculo de los dolores y de las injusticias, de los irritantes contrastes que ofrece nuestra época, sin añadir al mal positivo los imaginarios de «que nunca se vió semejante»; que, dadas las condi-

ciones del mundo moderno, no tiene remedio posible; que es consecuencia fatal de la imprenta, el vapor, la electricidad, y que no hay medio entre el pauperismo y la barbarie. Del estudio del pauperismo resulta el convencimiento (para nosotros al menos) de que *no está en la naturaleza de las cosas*, que no es una ley ineludible de los pueblos modernos, sino un estado transitorio, como esas enfermedades de la juventud cuando el desarrollo sobrado rápido de una parte del organismo produce graves trastornos en el resto.

El mal que no está en la naturaleza de las cosas es obra de los hombres y puede ser evitado por ellos; la miseria generalizada en pueblos ricos nos parece de este número. Y no entendemos por esto que sea fácil de evitar, no. Tiene elementos variados y poderosos, raíces profundas, modos rápidos, casi invisibles, de propagarse; y arraiga de tal manera, que extirparla, si no es sobrehumana empresa, es labor que exige toda la inteligencia y recta voluntad del hombre, aplicada por espacio de mucho tiempo, tal vez por espacio de siglos.

¡De siglos! Esto parecerá inadmisible; el nuestro no puede esperar: se impacienta, se

irrita, se desespera, y quiere hallar pronto un sistema, una organización que, distribuyendo la riqueza de un modo equitativo, suprima la miseria. Así se ha pedido y así se ha ofrecido, de buena fe muchas veces, sin éxito siempre; y Dios sabe el daño que han hecho estas impaciencias de enfermo abrumado y estas ofertas de curandero jactancioso.

La miseria generalizada en un país rico es un efecto de muchas causas, un problema muy complejo; reducirlo á términos sencillos sería cómodo y agradable, tanto para el que escribe, como para el que lee; con menos trabajo y menos arte, la obra aparece más bella, y con mayor facilidad se abarca el conjunto y se retiene en la memoria. Pero desconfiemos de las facilidades tratando asuntos difíciles, como de la aparente pureza del agua que no corre, y resignémonos á tristes y prolijos análisis.

Los miserables tienen circunstancias que los distinguen, y otras que les son comunes. Las diferencias bien determinadas y perceptibles se refieren principalmente al origen de la miseria, porque, cuando se prolonga por mucho tiempo é imprime carácter, tiende á identificar á los que oprime. En vez de hacer nuestras ob-

servaciones sobre grandes masas oprimidas amenazadoras, estudiemos á los individuos qu las componen; con este método los conoceremc mejor y los apreciaremos más, porque en el ir dividuo está la persona, donde es difícil que n haya algo que interese; mientras que la mas tiene algo de informe que inclina al despreci á todo el que no la mire con amor.

Acercándose á la cama del hospital, se sabe l historia del que la ocupa;

Entrando en la prisión, se investigan las ci cunstancias de los delincuentes allí encerrados

En la casa de beneficencia se averigua po qué están allí aquellos hombres, aquellas muje res y aquellos niños;

Observando al mendigo, se conoce si por ne cesidad ó por gusto vive de la caridad pública

Estudiando cómo viven esos pobres que *no s sabe de qué viven;* visitándolos en su viviend inhabitable; acompañándolos en la penuria, en la enfermedad, en la muerte, se descorren mu chos velos que cubren muchas injusticias, mu chos dolores, muchas indignidades, mucha virtudes; y se ve lo que hace la miseria de l criatura inocente y desvalida desde que la reci be al nacer en sus harapos, hasta que la pone en

la alternativa del envilecimiento ó el heroísmo, y la empuja á la casa de prostitución, al presidio, ó se la entrega al verdugo. La marcha por estos caminos es triste y lenta; pero hay que evitar ilusiones que conducen á precipicios ó, cuando menos, retardan el fin de la jornada. Los problemas sociales no son como los matemáticos, que los resuelve uno para todos, sin que haya medio de negar la solución.

Las verdades que llegan directamente á la inteligencia, se imponen; no hay manera de que un hombre, que no es imbécil ó está loco, deje de ver que dos y dos son cuatro, que el todo es mayor que la parte, etc.; pero no todas las ciencias hallan caminos tan expeditos para sus exactas afirmaciones, ni al aplicarlas se ven tan libres de obstáculos. La pasión, el error, el interés, hacen con frecuencia el ánimo impenetrable á las verdades de la ciencia social, y dificultan, cuando no imposibilitan, su aplicación. Para que la *verdad* sea *justicia* tiene que vencer la resistencia, no sólo de los obcecados, sino de los injustos, de los viciosos, de todos los que de tantos modos faltan á su deber é impiden que funcione con regularidad el organismo social. No se introduce á los hombres en un sis-

tema como los cuerpos simples en una retorta, para que formen un compuesto en virtud de leyes conocidas é ineludibles, sino que las voluntades rectas ó torcidas, las inteligencias ilustradas ó incultas, y hasta las generosidades imprudentes y los dolores acerbos, introducen fuerzas perturbadoras que hacen variar la resultante anunciada.

Esto es sencillo, parece evidente y ocioso recordarlo, pero de hecho se olvida con frecuencia. ¿Cómo, si no, se propondrían sistemas y organizaciones para cambiar inmediatamente el estado social, á la manera de una decoración de teatro, y suprimir la miseria sin extirpar las causas que la producen? ¿Cómo, en vez de la evolución graduada é inevitablemente lenta del perfeccionamiento de los hombres y de las instituciones, se apelaría á la magia de ciertas palabras que, una vez pronunciadas sobre la sociedad, tuviesen el poder de transformarla? ¿Cómo se consideraría á los elementos de ventura cual materias inflamables que sólo esperan el fulminante de una idea para producir el bien por explosión? Todo esto indica la tendencia á manipular la sociedad sin hacerse cargo de aquellos de sus elementos que son refractarios á la manipulación.

Cierto que la persona de corazón sufre proponiendo remedios lentos para males agudos; cierto que, además del amor á la humanidad, el amor propio padece enfrenando sus ambiciones, resignándose á una humilde tarea y á vivir sin grandes éxitos; cierto que hay mucha diferencia entre el modesto recopilador de lo que todo el mundo sabe, el intérprete del buen sentido, y el apóstol inmortal de un nuevo sistema que tiene discípulos, admiradores y fanáticos. Pero verdad también que deben parecer sospechosas al recto juicio promesas tan extraordinarias; que al corazón sano le basta inspirar aprecio, afecto: no ha menester admiración y asombro; y que las famas de relámpago distan de la verdadera luz tanto como de la verdadera gloria.

Sin duda que las maldades y los dolores, las pasiones y los fanatismos, han sido, son y serán siempre un elemento perturbador de todo bien; pero su poder se limitaría mucho si no estuviese favorecido por la ignorancia: ella es la primera y más poderosa rémora del progreso. Aunque algunas ramas de la ciencia social hayan adelantado mucho, en su conjunto está muy atrasada, y, lo que es peor, muy poco generalizadas sus verdades, que saben un corto número de

personas, cuando, como las de la higiene, deberían ser conocidas de todos.

Muchos y poderosos elementos sociales no están estudiados, y por lo común se marcha sin otro guía que un empirismo tanto más perjudicial cuanto que presume de docto. Si se conocieran bien los elementos sociales, ¿serían posibles esas utopías que se han dado como sistemas, esos sueños que tienen la pretensión de ser remedios? Tantos desvaríos de hombres eminentes ¿qué revelan, sino la ignorancia de la realidad y una atmósfera en que los errores, como las imágenes en los espejos paralelos, se reproducen indefinidamente? Hágase una comparación de lo que Gobiernos é individuos, ya asociados, ya cada uno de por sí, emplean en tiempo y en dinero para estudiar la Naturaleza y cultivar la ciencia y el arte, y los esfuerzos y las sumas que dedican al estudio metódico, continuado, verdaderamente científico, del organismo social, de su higiene, su patología y su terapéutica; de lo que constituye el cuerpo sano, definiendo bien la salud, y de las causas morbosas.

Creyendo en las armonías de la verdad y en la unidad de las ciencias, no hemos de negar la

utilidad de ninguna, ni el respeto que merecen todas; pero nos parece que muchas veces se aprecian más por su brillo que por su importancia, y que se estudia con más empeño y con más medios la Astronomía que la miseria. Repetimos que la investigación de cualquiera verdad nos parece útil; pero pueden serlo más unas verdades que otras, en absoluto ó según los tiempos y lugares; y hoy no creemos que tengan tanta utilidad las expediciones al polo, como las que se hiciesen á los barrios de los miserables para estudiarlos bien; y que descubrir el origen del Nilo es de menos interés que saber, por ejemplo, cuándo y cómo se usa ó se abusa de la fuerza muscular de un hombre, y si hay armonía entre su bienestar, el provecho de quien la emplea y la prosperidad común.

En todo caso, cúmplenos declarar, sinceramente y á tiempo, que no poseemos ninguna panacea para la curación de las enfermedades sociales; que no vamos á decir cosas extraordinarias y nunca oídas; que no somos reveladores, ni profetas, ni menos tenemos el poder de pronunciar sobre el caos social un *fiat lux* que establezca instantáneamente el orden y la justicia. El que algo de esto espere no continúe le-

yendo, y desdeñe la obra de quien, después de haber pensado y llorado muchos años sobre los dolores del pobre, no halla medio de suprimirlos por ningún procedimiento único y sencillo.

Debemos hacer también otra declaración. En nuestro concepto, no sólo no hay remedios radicales y prontos para los grandes dolores sociales, sino que consideramos inevitable cierta cantidad de dolor en la colectividad como en el individuo, y contraproducente y peligroso pretender sustraerse á la ley del sufrimiento, como á cualquiera otra de las que están en nuestra naturaleza. Hay para el individuo una dosis de dolor, no sólo inevitable por las vicisitudes de la suerte, los afectos de su alma y hasta el organismo de su cuerpo, sino necesaria á la perfección de su espíritu. No hay que insistir sobre esto: cualquiera sabe que las grandes virtudes suponen el sufrimiento de las grandes luchas; que los grandes caracteres se forman en las grandes pruebas, y cualquiera imagina cuán poco recomendable sería la persona que no hubiese padecido nunca, ni por los propios males, ni por los ajenos. Si los componentes humanos no pueden suprimir el dolor, el compuesto, la humanidad, no lo aniquilará tampoco: disminuirlo, sua-

vizarlo, quitarle las acritudes punzantes, los virus corrosivos; convertir sus amarguras en tónicos, y sus luchas en gimnasia que fortalezca el espíritu, esto puede y debe hacerse: nada menos, nada más.

Y no es indiferente el concepto que se forme de la existencia individual ó colectiva respecto de los sufrimientos inevitables. Porque la sociedad, como el individuo, debe comprender y aceptar con firmeza sus condiciones de existencia, aprestarse virilmente á la lucha y no malgastar en la pretensión ilusoria de suprimir el dolor las fuerzas que necesita para disminuirlo.

Limitada así la esfera de las aspiraciones, porque razonablemente no parece posible extenderla, resulta:

1.° Que la extinción del pauperismo tiene que ser una cosa lenta, como el progreso que exige.

2.° Que si en ninguna esfera de la vida del hombre puede extirparse en absoluto el dolor, la económica no ha de sustraerse á la ley. En mayor ó menor grado habrá siempre penuria; pero que tenga carácter individual, no colectivo; que constituya una excepción cada vez más rara: este es el problema planteado por nuestro siglo y que toda persona de corazón, de conciencia y

de entendimiento puede contribuir á resolver.

Aun reducido á las dimensiones propuestas, es vasto el campo que se ofrece á la observación del que estudia la sociedad; y no sólo es muy extenso, sino, como los de batalla, doloroso de recorrer, porque en él hay sufrimientos, desmayos de la debilidad y abusos de la fuerza. Y el cuadro, además de inmenso y dolorido, aparece confuso, porque hay un encadenamiento tan complicado de causas y efectos; tantas fuerzas elementales que es preciso calcular bien, si no han de cometerse errores groseros respecto á la resultante; tantas influencias, unas ostensibles, otras ocultas; tantas inmovilidades que no se explican, y tantos movimientos cuya ley se comprende con dificultad, que la primera impresión es de aturdimiento y desconfianza de si será posible observar con exactitud y ordenar las observaciones con claridad. Pero donde el método parece más difícil suele ser más necesario, y nos esforzaremos por establecerlo estudiando pacientemente, una á una, las principales causas de la miseria, y á continuación los medios que, á nuestro parecer, deben emplearse para extirparlas, ó, si tanto no es posible, para debilitar su poder. Procuraremos no incurrir en

el error de esperar curaciones combatiendo síntomas; ni en otro, muy común, que ofrece un específico á males que necesitan variedad de remedios, como son varios los elementos que los producen. En las ciencias sociales puede asegurarse que las soluciones fáciles, sencillas, únicas, son ineficaces, deficientes ó contraproducentes: por muy aparatosas que se ostenten, revelan datos incompletos ó razonamientos imaginarios, en que no se ha tenido en cuenta más que una parte de la verdad; y, en fin, que no se ha visto bastante ó que se han visto visiones.

Como en este libro hablaremos con frecuencia, no sólo de miserables, sino de pobres y de ricos, para la debida claridad diremos lo que entendemos por ricos, pobres y miserables. Conforme á la definición que hemos dado de la miseria:

MISERABLE es el que no tiene lo *necesario* fisiológico;

POBRE, el que tiene *estrictamente* lo necesario fisiológico;

RICO, el que tiene *más* de lo necesario fisiológico.

Claro está que en la riqueza habrá infinitos grados; pero siquiera tenemos estos puntos fijos,

que importa determinar bien, no sólo para la mejor inteligencia de lo que se diga, sino para la mayor justicia de lo que se haga.

Miserables, pobres y ricos aparecen en tropel al entendimiento, como en ciertas reuniones tumultuosas en que un caso extraordinario agrupa en la plaza pública los que en la sociedad están muy separados. Pero es necesario evitar esta confusión; y cuando se trate de un miserable, de un pobre ó de un rico, tener muy presentes sus diferentes circunstancias, sin lo cual no podrán fijarse equitativamente sus respectivos deberes ni sus derechos. Discurriendo acerca de las colectividades se suman los errores cometidos en el estudio de los individuos, si acaso no se multiplican: es un escollo en que se han estrellado muchos, y contra el cual nos estrellaremos nosotros tal vez, aun sabiendo que existe y procurando evitarlo.

En cuanto á la forma de este trabajo, como ante todo deseamos la exactitud y la claridad en la especie de análisis de la miseria que nos proponemos hacer, cada uno de sus principales elementos tendrá un capítulo, en cuya primera parte se consignará el mal, procurando en la segunda indicar su remedio.

CAPÍTULO PRIMERO

CLASIFICACIÓN DE LOS MISERABLES RESPECTO Á LAS CAUSAS DE SU MISERIA

El pauperismo se compone de miles, de millones de personas que carecen de lo necesario fisiológico; es decir, de miserables.

Los miserables lo son:

1.º Porque no pueden trabajar. { Falta de salud. / Falta de aptitud.

2.º Porque no quieren trabajar.

3.º Porque malgastan la retribución suficiente del trabajo.

4.º Porque la retribución del trabajo es insuficiente.

Hay, pues, una relación necesaria entre el pauperismo y las condiciones del trabajo, la aptitud para él y el modo de invertir su remuneración; es decir, que el problema es económico-moral-intelectual.

Nos apresuramos á decir, y procuraremos probar en este libro, lo que viene á ser su resumen, á saber:

Que la situación económica de los miserables es consecuencia de su estado moral é intelectual; que aun cuando en el círculo de acciones y reacciones sociales el efecto llega á convertirse en causa, la primordial y más poderosa de la penuria que mortifica el cuerpo, es la del espíritu; que hay un necesario psicológico, como fisiológico, y que la raíz primera y más profunda de la miseria física es la espiritual.

Á las cinco categorías de miserables que dejamos enumeradas, corresponden responsabilidades y moralidades muy diferentes. Son: el holgazán que se propone vivir con la hacienda ajena, y el laborioso que en vano procura acrecentar la propia; el que se labra su ruina y el que es víctima de inevitable desventura; el que merece pena y el que merecería una estatua, si el mármol se cincelara para los que, después de una lucha heroica en que faltó la vida antes que la virtud, descansan por la primera vez en la fosa común.

Entre los miserables hay nociones confusas ó erróneas del deber, atonías letárgicas, embrute-

cimientos, iras, dolores y goces tan tristes de contemplar como el sufrimiento; hay conciencias rectas y caracteres firmes en diversos grados, que tardan en transigir con ninguna indignidad; y, por último, otros que no transigen nunca, y cuya penuria económica forma terrible y sublime contraste con su riqueza moral.

Los que padecen miseria, según la causa de ella y el modo de soportarla, varían mucho; pero hay circunstancias que les son comunes á cualquiera clase á que pertenezcan. Tales son:

1.ª Las consecuencias físicas de la falta de lo necesario fisiológico;

2.ª Tendencia á aumentar la desgracia á medida que se prolonga;

3.ª Presión social; es decir, aquel modo de pesar las cargas, la parte onerosa de la sociedad; los inconvenientes de los defectos, de las ligerezas, de los vicios, de las faltas, las severidades de la justicia, los anatemas del descrédito, todo, en fin, lo que abruma al caído: á esto llamamos *presión social*, á la que dedicaremos un capítulo, que merece por su importancia.

Cualquiera que sea el origen de la miseria, ya fuere resultado de un proceder injusto ó insensato, de inevitable desgracia, ó de acción he-

roica, tendrá de común estas tres circunstancias que le agravan, círculo de hierro que la oprime, ley terrible que pesa sobre ella.

Estas tres circunstancias obran sobre miles, sobre millones de criaturas; no son fatales en el sentido de su necesidad absoluta y de estar en la naturaleza de las cosas, pero mientras no desaparezcan obran fatalmente; la miseria ataca la salud y mina la vida, se aumenta prolongándose, y la presión social, mientras exista (y hoy existe), abruma.

Pero, aunque procuremos conocer el pauperismo observando á los que aflige y cómo llegan á estado tan mísero y su modo de ser en él, todavía no nos habremos formado idea exacta de este deplorable fenómeno social; porque la existencia del miserable está entrelazada con la del rico, influída por él, material, moral é intelectualmente, y no puede conocerse la una desconociendo la otra. Así, por ejemplo:

En la falta de trabajo influye muchas veces el que sus productos satisfacen los caprichos del lujo, las veleidades de la moda, la fiebre de los negocios, la tiranía de la concurrencia, las brutalidades de la guerra.

En la falta de aptitud influye mucho la ca-

rencia de salud, que se perdió por falta de medios para conservarla.

En la holgazanería y el despilfarro influyen muchas veces la falta de educación y los malos ejemplos.

En la insuficiente retribución del trabajo influyen siempre la poca aptitud del trabajador por falta de instrucción, las leyes injustas y la mala organización económica y administrativa, de que resulta la falta de trabajo, su escasa retribución y la carestía de los objetos que se han de adquirir con ella.

Se ve, pues, que el estudio de la miseria es inseparable del de la riqueza; que no se puede apreciar la condición del miserable sin saber cómo está organizada la sociedad en que vive; que sobre los que la organizan y dirigen recaen principalmente los méritos y las responsabilidades del bien y del mal que en ella se hace, y, en fin, que el estudio del pauperismo abarca el de la sociedad entera. Vasto campo que, por más que se procure, no puede reducirse á muy estrechos límites: nos place como al que más condensar, pero mutilar, no.

CAPÍTULO II

DE LOS QUE SON MISERABLES PORQUE NO PUEDEN TRABAJAR POR FALTA DE SALUD

Si se consultan las estadísticas médicas, los que no trabajan por falta de salud no son tantos que puedan contribuir eficazmente al pauperismo; pero si se visitan las casas de los enfermos pobres, de los convalecientes y de los valetudinarios, se modificará la opinión formada sólo en vista de números que, sin la debida explicación, constituyen siempre datos incompletos.

Esto es verdad en cualquier asunto, y mucho más tratándose de pobres que en forma de cifras encasilladas aparecen de baja ó de alta en los cuadros de socorros domiciliarios, hospitales y enfermerías.

Entremos en la casa del enfermo pobre, único

sostén de su familia, y veremos á ésta sumida en la miseria si la enfermedad se prolonga. Primero se vende ó se empeña todo lo empeñable y vendible, y se recurre á los amigos y protectores; después no hay qué empeñar ni qué vender, y la caridad, que no es la de San Pablo, se cansa, ó, aunque lo sea, las personas caritativas no tienen medios de continuar remediando aquella necesidad de todos los días que se prolonga. Entonces, los niños, que iban á la escuela, dejan de ir porque no tienen ropa, están descalzos, ó porque su madre necesita de su auxilio, aunque débil, para allegar algún recurso: entonces el casero apura, y de la casa habitable hay que ir á una en que no se puede vivir sin peligro para la salud y para la virtud, y donde á los malos olores corresponde la pestilencia moral de las malas palabras y de los malos ejemplos; entonces empieza á ser imposible la limpieza y muy difícil la dignidad, que se pierde alargando la mano á la limosna, si acaso no va más allá poniéndose sobre la hacienda ajena.

Una enfermedad larga del trabajador es causa frecuente de ruina y desmoralización de una familia, porque la mujer, viéndose abrumada por un peso superior á sus fuerzas, se desalienta

ó se exaspera; tras el orden material se altera el moral, y los hijos adquieren hábitos que los predisponen á engrosar la falange de los vagabundos y miserables.

Cuando la madre enferma, las consecuencias no aparecen siempre tan graves; pero si la enfermedad se prolonga, si hay que cuidar niños pequeños, lactar alguno, la ruina de la familia, atenida á un reducido jornal, es también inevitable.

Mas para formar idea exacta del daño que viene de la enfermedad del trabajador ó de su mujer, no basta hacerse cargo de las consecuencias que en muchos casos tiene para la familia, sino considerar que, cuando ésta se desmoraliza, cada uno de sus individuos, ya forme otra, ya sostenga relaciones ilícitas con personas del otro sexo, es un foco de inmoralidad é ignorancia, y, por consiguiente, de miseria; ésta se perpetúa con el mal ejemplo y las malas condiciones; y como los proletarios justifican por su fecundidad ahora, como entre los romanos, la propiedad con que fueron así llamados, gran número de miserables son la desdichada descendencia de algunos pobres que no pudieron trabajar porque estaban enfermos.

las que sin esta circunstancia serían de corta duración.

Hay trabajos que son excesivos por el demasiado esfuerzo que requieren, ó por su mucha continuación; otros resultan desproporcionados con la resistencia, porque las pérdidas que del esfuerzo resultan no se reparan con una alimentación suficiente. El trabajador en todos estos casos no vive de la *renta;* va gastando el *capital* de la vida, como decía un fisiólogo célebre, y por trabajar en malas condiciones se inutiliza para el trabajo. Hablando de los miserables, dicen algunos: «Esa gente se hacen viejos pronto»; y, en efecto, en muchos casos la vejez se anticipa porque hay un gasto excesivo de fuerza que no se repone.

El trabajo insalubre ó peligroso incapacita á muchos obreros para trabajar. Los inválidos á consecuencia de accidente suelen llamar más la atención de quien la fija en estas cosas; pero no son, ni con mucho, tantos como los que pierden la salud á consecuencia de las malas condiciones en que trabajan, sin que nadie, ni aun con frecuencia ellos mismos, señalen al mal su verdadera causa.

Que todas estas circunstancias separadas ó

reunidas (que á veces se reunen) perjudican la salud ó la arruinan y anticipan la muerte, no tiene duda. Pero ¿cuál es la extensión del mal? Se ignora. Sabemos los años que vive el caballo de un tranvía, pero no los que tarda en enfermar del pecho y morir el obrero que en el fondo de una mina respira continuamente los cristales microscópicos del carbón de piedra. Es imposible tratar este asunto con datos estadísticos exactos y suficientes, no decimos en España, donde no los hay de nada, mas ni aun en otros países que tienen estadística; pero todo el que ha observado trabajos manuales en general, y cierta clase de trabajadores en particular, y sabe cómo viven, se visten y se alimentan, adquiere el convencimiento de que muchos enferman, no por causas naturales, sino por la mísera situación en que se encuentran.

Ignorancia de las reglas de higiene.—Según dejamos indicado, la ignorancia en esta materia es común á ricos, pobres y miserables; pero sobre que en éstos es mayor, hace más daño porque las condiciones en que trabajan y viven exigen mayores cuidados para conservar la salud. Así, por ejemplo, una casa espaciosa no necesita tanto cuidado para ventilarse, ni ha

menester tantas precauciones contra un enfriamiento el que vive en una temperatura casi constante, como el que por grandes esfuerzos se sofoca, ó pasa de atizar á bordo una máquina de vapor, ó de la boca de un horno de vidrio, á corrientes de aire frío.

El remedio de la ignorancia ya se sabe que está en la instrucción. Verdad es que el pobre y el miserable no evitarán, aun sabiéndolos, ciertos peligros para su salud, pero si los conociesen podrían sustraerse á muchos ó atenuarlos. En las escuelas, tanto de niños como de adultos, deberían aprenderse por medio de cartillas y lecciones las reglas de higiene general; la especial para las diferentes artes y oficios se enseñaría tan sólo á los que á ellos se dedican. Por de pronto se tropieza con la ignorancia de los maestros y la falta de libros, dificultad que puede vencerse enseñando higiene á los profesores y ofreciendo premios á los autores de las mejores cartillas higiénicas. También podrían darse conferencias en las reuniones de obreros, y para esto no se necesitaba más preparación que la buena voluntad de algunas personas que quisieran instruirles.

Existe un obstáculo muy poderoso, bien lo

sabemos, para que se generalicen entre los obreros los conocimientos de higiene, y es la poca importancia que en general se le da, hasta el punto de que los médicos ni la aconsejan, ni la tienen, ni la saben, porque esta asignatura suele estudiarse aún peor que las otras, lo cual no es poco decir.

De todos modos, fácil ó difícil (no imposible), el remedio de los males que resultan para el obrero de ignorar las reglas higiénicas está en enseñárselas.

Malas condiciones de la habitación.—Si la higiene pública fuera más que una palabra (y cuando se afirma como hecho una mentira), se darían reglas para la construcción, no permitiéndose que las personas se almacenen en peores condiciones que las mercancías que pueden averiarse. Las ordenanzas urbanas, aun donde las hay y se cumplen, son más bien una vanidad y una hipocresía que unas reglas racionales de construcción y policía que protejan la salud. Algunas condiciones para la fachada de los edificios y la limpieza de las calles principales es todo lo que se hace para la salubridad de las poblaciones.

El propietario puede, y con frecuencia quiere,

dar á su casa una altura que es un ataque permanente á la salud de los que tienen que subir, débiles ó cansados, y acaso muchas veces á la propia vivienda, ó á la de otros y para su servicio. En esas casas de tan excesiva altura puede dejar y deja patios que más parecen salidas de humos que medio de que éntre el aire y la luz, que no entra en efecto, no ya en cantidad suficiente para la salud, pero ni aun en la necesaria para los servicios domésticos, siendo preciso hacerlos auxiliándose con luz artificial. No se exige que haya proporción entre el espacio que se cierra y los medios de alumbrarle y ventilarle, y más bien se dificultan éstos imponiendo contribución por los *huecos*. Para la distribución interior ninguna regla en armonía con las de higiene, ni para que no se habiten casas que es poco decir que son húmedas, porque muchas están mojadas, ni para que no se ocupen las nuevas hasta que se hayan secado. Todo queda á merced de la ignorancia y de la codicia.

Algunos pocos saben y compadecen la desgracia de tener que albergarse en tales condiciones; pero hasta que parece un peligro no se ocupan de ella las autoridades, y el público ni aun entonces. En caso de epidemia ó de temor de ella,

tal vez alguna comisión reconoce cierto número de habitaciones, y ó no las declara inhabitables por no malquistarse con los propietarios, ó si dice la verdad viene á ser como si la callara, porque los movimientos que inspira el miedo cesan con él, y porque no puede desalojarse á los miserables sin darles mejor albergue, y no está preparado.

Para remediar este mal, que es muy grave, ó siquiera atenuarle, la primera medida debe ser procurar que se conozca toda su gravedad, abriendo una información sobre el estado de las viviendas de los miserables y de su acumulación en ellas. Para informar sobre este asunto no se formarán comisiones nombradas por las autoridades, ni cuyos vocales lo sean por razón de cargo, sino que serán elegidos por los interesados, es decir, por los inquilinos que paguen de alquiler menos de una cantidad que se fije. Por este medio tal vez llegue á saberse, si no todo el mal, lo bastante para que no se prescinda de él tan en absoluto como hoy se prescinde.

Ya sabemos que las leyes solas no lo pueden todo, ni aun mucho; no obstante, algo se haría con que la ley dictase reglas higiénicas para la construcción y para la habitabilidad, relevando

de la obligación legal de pagar alquiler al inquilino de una casa que, bajo el punto de vista de la higiene, no estuviera en condiciones legales. Si los comestibles averiados se tiran sin indemnizar al vendedor, y antes penándole, ¿por qué ha de ser obligatorio el pago de habitaciones que sólo por ignorancia no se califican de tan perjudiciales como los alimentos malsanos?

Las reglas higiénicas de construcción no serían uniformes, sino que, para aplicarse á países y climas diferentes, se adaptarían á las condiciones de cada uno, de modo que la protección de la salud no fuera motivo ó pretexto de vejamen y dificultades.

Se dirá tal vez:—Las habitaciones más sanas serían más caras; y cuando el miserable no puede pagar apenas la que hoy ocupa, ¿cómo satisfaría el alquiler de una mejor?

Aun cuando ciertas ventajas higiénicas podrían obtenerse en muchos casos con poco aumento de coste en las construcciones, y á veces sin ninguno, no cabe duda que, dejando al constructor en las mismas condiciones que hoy tiene, no haría todas las mejoras necesarias en las viviendas sin aumentar más ó menos su

coste. El problema, pues, consiste en variar las condiciones, tanto técnicas como económicas, y las que llamaremos *sociales* (1).

La modificación de las condiciones técnicas debe consistir en que el constructor tenga y aplique más ciencia, más arte y más cuidado y más buen sentido, considerando como parte esencial del problema las reglas de higiene de que hoy prescinde, y que á veces pueden atenderse con muy poco aumento de gasto y aun sin ninguno. Proscribirá todo lo superfluo, todo absolutamente; conocerá los materiales más á propósito, según las localidades, y no empleará más de los necesarios, poniéndolos en obra con arte y según los últimos adelantos, en vez de los medios rutinarios, absurdos y caros que suelen emplearse. Con esto, con estudiar bien las con-

(1) Como los elementos sociales se entrelazan y compenetran; como influyen y son influídos de tantos modos, no le hay á veces de tratar los asuntos sin omitir, repetir ó referirse á lo dicho en otra parte. Más de una vez convendrá tener presente esta advertencia que hacemos respecto de los precios de las habitaciones de que no se puede prescindir tratando de sanearlas, y que también han de tenerse en cuenta al comparar los ingresos y los gastos del obrero.

diciones del suelo y del clima, y la manera de hacer la distribución de las viviendas, para que con el mínimum de gasto resulte la mayor salubridad, podrían obtenerse desde luego grandes ventajas higiénicas á muy poca costa.

Para realizar este progreso es necesario que los arquitectos y maestros de obras sepan más y practiquen mejor lo que saben; que no desdeñen aplicar su inteligencia al objeto más digno de ella, que es contribuir á mejorar física y moralmente al hombre, en el cual influyen de un modo eficaz las condiciones de la casa en que vive. La misión del arquitecto es muy elevada, y para hacerlo comprender así, y dar merecidos y necesarios estímulos de honor y de provecho, deberían abrirse certámenes y ofrecerse premios á los autores de buenos proyectos de casas higiénicas y baratas, en vez de premiar á los que proyectan edificios caros con pretensiones de monumentales, y que serán, en efecto, algún día monumento de mal gusto, de mala administración, si son públicos, y de despilfarro si privados.

Reformándose el sistema tributario como indicaremos más adelante, y es indispensable si la miseria no ha de irse extendiendo como una lepra por el territorio español, los materiales de

construcción no deben quedar sujetos á los tributos que hoy pagan, como no se empleen para embellecimiento, lujo y suntuosidad de los edificios que, como materia imponible, deben sujetarse á leyes más equitativas que las que hoy rigen, y que darían por resultado aligerar el peso de la contribución respecto de las casas cuyo alquiler es módico y equitativo, con el fin de abaratarle conforme á justicia y no á *aritmética*, como hoy se hace. Los propietarios de casas ocupadas por pobres ó por miserables que sacan á su capital el 12, el 15 ó el 20 por 100, deberían ser recargados en proporción de su exorbitante ganancia, de manera que no viniera á serlo porque pagasen de contribución todo lo que excediese de un interés razonable.

Mas para hacer higiénica la casa del miserable sin aumentar su precio, no basta que la contribución pese menos sobre ella, ni se edifique mejor y con materiales más baratos; se necesita la cooperación social, el concurso voluntario de muchas buenas voluntades y rectas conciencias que, sin el apoyo del Estado ó con su auxilio, contribuyan de varios modos á que no sean habitados los cuartos inhabitables y á que éstos no tengan un precio excesivo.

Personas influyentes, y sobre todo asociaciones, podrían proponerse por objeto:

Dar publicidad á las noticias que adquirieran respecto á los *albergues* de los miserables (muchos no viven en casas);

Por medio de la prensa, de conferencias, etc., ver de mover la mole de la indiferencia pública y de ilustrar la ignorancia;

Influir para que el legislador hiciera lo que puede y debe hacer;

Velar porque la ley se cumpliera.

El precio es una dificultad insuperable para que los que cuentan con pocos recursos puedan tener una habitación sana, y aun por las que no lo son suele exigirse un alquiler exorbitante.

Unas veces (y son las más, según la opinión de los que de estas cosas se ocupan) el capital empleado en casas muy malas produce un rédito usurario; otras no es excesivo, y no obstante, resulta serlo el alquiler que por ellas se paga. Consiste esto en que el dueño de la casa de vecindad echa la cuenta de los inquilinos morosos que le hacen perder mucho tiempo ó retribuir á quien lo pierda, y de los que se van sin pagar, y como tiene que resarcirse de uno y otro, lo hace á costa de los buenos pagadores.

Esto, para cualquiera que estudie el asunto, aparece claro. ¿Es inevitable? Creemos que no, y en cierta medida podría evitarse si los buenos pagadores, asociados y protegidos por una asociación ó combinando los dos medios, dieran garantías de pago de *todas* las habitaciones de una casa ó grupo de casas, con lo cual el dueño de ellas no cobraría un sobreprecio por las eventualidades de insolvencia. Otra ventaja resultaría de otro orden superior: la de no confundir al jornalero honrado con el tramposo, con el vicioso, á veces con el criminal, siendo una gran mortificación para él y un peligro para sus hijos el trato y roce continuo con gente que les enseña malas palabras y les da malos ejemplos, sin que esta deplorable intimidad tenga otra razón que pagar ú ofrecer el mismo alquiler próximamente. En las prisiones se deplora, y con razón, los males que resultan de confundir moralidades diferentes que pronto se ponen á nivel de las más bajas, y debería notarse mucho, pero mucho, que sucede algo muy parecido en las casas de vecindad, donde la miseria, haciendo las veces de ley penal injusta, impone la compañía de gente pervertidora. La asociación de inquilinos honrados que no pueden pa-

gar sino un módico alquiler auxiliada por personas que los favoreciesen, prestaría el doble servicio de disminuir el precio de cierto número de casas y de purgarlas de gente de mal vivir. Cuando el jornalero honrado, por enfermedad ó falta de trabajo, se viera imposibilitado de pagar el alquiler de su habitación, no se encontraba solo enfrente al dueño implacable ó necesitado de cobrar su renta, sino que tenía á su lado á sus vecinos-consocios y á los que le fuesen protectores; de modo que no se vería en apremiante apuro y terrible necesidad de vender ó empeñar sus ropas y pobre ajuar, y, si la penuria se prolongaba, de meterse en uno de esos tugurios que hacen más triste la inacción y agravan la enfermedad. La asociación de inquilinos honrados con cierto número de protectores nos parece que daría por resultado seguro que, los que á ella pertenecieran, podrían lograr habitación más higiénica sin aumento de precio.

Si la cuestión esencialísima de casas para obreros no se mirase con la indiferencia de que hoy es objeto (en España, no en otros países); si aumentara el corto número de personas acaudaladas que construyen casas baratas, podrían

realizar un gran bien, no haciendo del negocio un monstruo insaciable que pretende devorar la riqueza del rico y la miseria del miserable, sino llevando á los negocios la conciencia que debe ir á todas partes, armonizando la razonable ganancia con la humanidad, y comprendiendo y haciendo comprender lo útil y honrado del servicio mediante equitativa retribución, tan lejos del sacrificio propio como del ajeno.

Además de la especulación honrada, la desinteresada caridad ha levantado en otros países habitaciones y barrios para obreros: mediante un alquiler relativamente módico, tiene el pobre una casa higiénica, que, al cabo de algunos años, viene á ser suya. En España hay un ejemplo, por desgracia no seguido, de esta excelente obra. En Madrid, *La Constructora Benéfica* ha levantado en la calle de la Caridad varios grupos de casas, en parte propiedad ya de sus inquilinos, que de jornaleros han pasado á ser propietarios: el alquiler, en el cual va envuelto el precio de la finca, no es mayor, ni tan grande, como el que por una análoga pagarían á un especulador que sólo á la ganancia atendiese. Esta benéfica asociación, poco conocida, prueba

contra lo que muchos creen, que en España, cuando hay voluntad de hacer cosas buenas, pueden hacerse y se hacen; y prueba también que hay pocas buenas voluntades, porque ni en la localidad donde radica ha tomado el incremento que á la capital correspondía, ni ha sido imitada en el resto de la nación. Y á pesar de la ignorancia ó de la indiferencia con que entre nosotros se considera este medio, es uno de los más poderosos para mejorar la casa del obrero, no sólo directamente por lo que le proporciona, sino porque llama sobre el asunto la atención de muchas personas que no se dejan impresionar con *teorías*, como ellos dicen: aquel edificio higiénico y barato que insensiblemente va adquiriendo el inquilino, tiene la autoridad de *un hecho*, y además, cuando estas edificaciones levantadas á impulsos de la caridad tuvieran alguna importancia, influyendo en propietarios é inquilinos, en la opinión y en la ley, vendrían á hacer imposibles las covachas y zaquizamíes inmundos donde tantas míseras familias se albergan. Si las construcciones, impulsadas por la caridad y el honrado lucro, tuvieran alguna extensión, su influencia sería mayor de lo que á primera vista parece, porque la dura ley que

impone al obrero el propietario se apoya en que la demanda es mayor que la oferta, en que hay más pobres y miserables que casas para ellos. Si éstas aumentasen; si, por ejemplo, en un pueblo en que hay dos mil habitaciones malsanas y caras, se hicieran doscientas higiénicas y á precios equitativos, el resultado instántaneo sería quedar desocupadas otras tantas de las *peores*, se verían papeles, se podría escoger, y esto, además de las influencias indirectas y de la gravitación moral que existe aun donde menos se percibe, daría por resultado mejorar y abaratar las casas de los obreros. Que éstos vayan amortizando el capital de la casa con el precio del alquiler, que se hagan propietarios, es el ideal, porque no hay mejor caja de ahorros que una casita para la vejez, que entonces no sería carga tan pesada al pobre anciano y su familia; pero que lo mejor no sea enemigo de lo bueno, y cuando no se pueda, que será muchas veces ó las más, convertir los inquilinos pobres ó miserables en propietarios, procúrese que estén racionalmente alojados: obra excelente hará el particular ó la asociación que, sin renunciar á una remuneradora ganancia, la limita á lo justo

y proporciona á los obreros habitaciones higiénicas de que hoy carecen.

Si se lograse vencer la indiferencia é ilustrar la ignorancia de los que pueden contribuir á esta buena obra, que de un modo ó de otro son casi todos, como acontece á las que á todos interesan; si el Estado para dar auxilios y facilidades comprendiera que con casas racionales para los obreros necesitaría menos camas en el hospital y menor amplitud en las cárceles y presidios; si el meticuloso y egoísta supiera que de esas habitaciones inmundas, donde se aglomeran tantos elementos de enfermedad y de vicio, salen los miasmas que alteran su salud y los malhechores que atacan su hacienda y su vida, la ley, la autoridad y el público saldrían de su indiferencia, y no se necesitaba más para que en un plazo no muy largo quedasen vacías las casas inhabitables higiénicamente consideradas.

Falta del necesario abrigo.—El miserable no se abriga por falta de recursos, y si no se logra proporcionarle más, será en vano hablarle de la conveniencia del abrigo. Esto es cierto, pero no tan absoluto que en muchas ocasiones no pudiera abrigarse mejor con el mismo gasto si él

y los demás atendieran, como es razón, á cosa que tanto importa.

Cuando se critica y combate el lujo, es siempre el de los ricos; pero debe notarse que también le tienen los pobres, y hasta los miserables: combatirle es la primera cosa que hay que hacer, allí donde, si no es tan ostentoso, es más absurdo y dañino, porque el miserable y el pobre le sacrifican muchas veces, lo quitan al necesario abrigo. La ignorancia (sobre todo en las mujeres) de cuánto importa, y de los medios más económicos de proporcionarle, influye mucho para que no se obtengan los resultados, si no apetecibles, al menos posibles, dados los medios de que se dispone. Así, pues, combatiendo la vanidad y la ignorancia podría, en algunas ocasiones al menos, sin mayor gasto mejor abrigo.

Hemos dicho si atendiese á cosa que tanto importa él y *los demás*, porque en esto, como en todo, el que está en el fondo de la sociedad y bajo su presión, necesita para levantarse en cualquier sentido, y aunque sea muy poco, ajeno auxilio, que le es debido en conciencia, porque están en mejor situación y pueden darle. Sabiendo cuánto frío tienen los miserables, viendo

cómo se mojan su único traje, muchas veces nos hemos preguntado: ¿No sería posible, por medio de certámenes y recompensas, dirigir actividades inteligentes y bien intencionadas, y deseos de honrado lucro y hasta satisfacciones de amor propio, hacia el fin de hallar las soluciones más aceptables para el difícil problema de calzar al pobre y preservarle de que la lluvia empape sus ropas sin gastar mucho dinero? Y nos hemos respondido que sí. Hecho el llamamiento, más ó menos, no hay duda que se respondería á él como se responde á todos los de esta clase, y algún resultado se obtendría insistiendo en premiar y honrar al que alcanzara cualquier ventaja, ya en perfección, ya en baratura. Debe notarse que una disminución de precio al parecer insignificante, permite con frecuencia adquirir á gran número de personas objetos de que carecerían si costasen un poco más. Por sencillo que esto sea, no lo saben ó lo olvidan los que, para desgracia del país, le mandan, abrumándole con medidas que producen la carestía y, por consiguiente, la miseria. Aunque trataremos de las contribuciones y derechos llamados *protectores* en capítulos aparte, preciso es consignar en éste que uno de los me-

dios de que el miserable tenga mejor abrigo es abaratarle, á lo cual se contribuiría eficazmente suprimiendo los recargos que paga en las Aduanas, donde los empleados públicos y la fuerza pública se emplean en aumentar el precio de muchos preservativos contra la intemperie, de modo que no estén al alcance del miserable ni aun del pobre, como sucedería si se vendiesen á sus precios naturales.

Falta del necesario alimento.—De la alimentación puede decirse como del abrigo: para que el miserable se alimente mejor es necesario que cuente con más recursos; que el jornal aumente ó baje el precio de los mantenimientos: más adelante indicaremos los medios que podrían contribuir eficazmente á entrambas cosas, y por no incurrir en tantas repeticiones nos limitaremos á decir aquí que, aun dadas las desfavorables circunstancias económicas en que hoy vive el obrero, podría alimentarse menos mal si las mujeres supieran condimentar mejor la comida y elegir aquellos comestibles que, á igualdad de precio, son más nutritivos. Claro está que esto había de hacerlo comprender quien lo supiera y saberlo quien tuviera obligación de enseñarlo. Las niñas deberían aprender en las escuelas,

lo cual era muy fácil, qué clase de alimentos son mejores, y la manera de condimentarlos para que sean más sanos y agradables. Pero su preparación exige reformas más radicales si ha de conseguirse por el mismo dinero más y mejor comida. Ésta es poca y mala, no sólo por falta de medios, sino por estas otras circunstancias:

La ignorancia de lá mujer, de que dejamos hecha mención;

La ausencia de la mujer durante todo ó la mayor parte del día, que no le permite atender á los cuidados de la casa;

Los medios imperfectos y, por consiguiente, caros de preparar los alimentos.

Esta parte de la economía doméstica exige, como hemos dicho, una reforma radical.

Á pesar de todos los idilios sociales compuestos por los que no saben lo que pasa, y cantados por los que les importa poco lo que sucede fuera del círculo en que viven; á pesar de aquello de que la mujer no es por ley de naturaleza más que esposa y madre, y su trono, y su santuario, y su mundo está en el hogar doméstico, con todas las demás cosas que á este propósito dicen los que blasonan de prácticos y prescinden de la realidad, el hecho es que las mujeres, además

de esposas y madres, son *trabajadoras;* que necesitan salir de casa para trabajar, para *ayudarse* (porque el trabajo del hombre no basta), y que durante su ausencia no pueden atender á la conveniente preparación de los alimentos.

Sucede en esto lo que con muchas otras cosas: los elementos sociales no andan á compás; unos avanzan mucho, otros poco, algunos permanecen largo tiempo estacionarios, y de aquí falta de armonía y grave daño. La situación de la mujer en la sociedad ha variado, está variando, variará más cada día, dígase lo que se diga y hágase lo que se haga, y á estos cambios deben corresponder otros en la economía doméstica y en todo. Limitándonos por el momento á considerarla como cocinera, de razón es que se aplique la división de trabajo á la preparación de la comida, como se ha aplicado á la del vestido, del calzado, del pan, etc., etc. Si por regla general, que cada vez va teniendo menos excepciones, en casa no se hila, ni se teje, ni se hace el calzado, ni el pan, ¿por qué se ha de cocer el puchero? ¿por qué no se ha de comprar el potaje y la carne condimentados, como se compra el pan cocido? Aun cuando las mujeres no tuvieran que estar ausentes de su casa muchas horas,

debiera hacerse así para economizar tiempo y dinero, reduciendo los gastos de local, de personal y de combustible, y adquiriendo todos los artículos más baratos, como siempre que se compra en grande. ¿No es evidente la ventaja de condimentar cuatro mil raciones en *una misma* cocina, por medios perfeccionados y empleando muy poca gente, en vez de prepararlas en *mil* cocinas, al cuidado de *mil* personas y con procedimientos imperfectos? Las cocinas económicas bien montadas y generalizadas, podrían contribuir eficazmente á que el obrero se alimentara mejor sin mayor gasto, dejando á la mujer más tiempo para ayudarle y atender al cuidado de la familia.

Exceso de trabajo.—El exceso de trabajo es relativo á la manera de alimentarse el trabajador, ó absoluto, porque agota en poco tiempo sus fuerzas por bien que se alimente.

Tomando la sociedad en su conjunto, se observa que, al mismo tiempo que una parte de los que la componen quiere trabajar y no halla dónde, otra trabaja demasiado. En ocasiones son diferentes individuos los que no tienen trabajo ó trabajan con exceso; pero otras uno mismo sufre alternativamente por huelga forzosa ó

tarea excesiva. ¿No valdría más que la ejecutara descansadamente distribuyéndola en todos los días del año? No está en poder del obrero, y hoy puede decirse que de nadie, ordenarlo así. Es preciso que *R*, cantidad de trabajo, que cuesta *D*, cantidad de dinero, ha de concluirse en *T*, días, menos si es posible, pero ni una hora más. Es preciso aprovechar la ocasión en que hay pedidos, anticiparse para obtener ventajas, suplir con la actividad la perfección, ó emplearlas entrambas, etc., etc. Ya se sabe que la carrera de la industria es hoy de campanario; dos puntos fijos, el de partida y el de llegada, y para alcanzar éste, que es la venta, ir en línea recta sin reparar en lo que se encuentra al paso. La necesidad impone al industrial condiciones duras que transmite á los obreros, sin suavizarlas, unas veces porque no quiere, otras porque no puede.

Podrá causar extrañeza, ó ser asunto de censura y aun de burla, que, tratando de graves males, en vez de proponer remedios inmediatos, proponemos muchas veces *estudios;* pero es lo cierto que para hacer bien las cosas difíciles hay que saber hacerlas, lo cual no se logra sin aprender cómo se hacen.

Para limitar en lo posible el trabajo excesivo, hay que clasificar los trabajos, porque, según su índole, pueden prolongarse más ó menos sin perjuicio de la salud: esto es más difícil que hacer distinciones según la edad y el sexo de los trabajadores; pero es esencial, y tanto, que sin la debida clasificación no se puede determinar nada justo, ni aun práctico.

Otro estudio podría traer datos importantes al problema, y aun resolverle. ¿Es cierto, como algunos piensan fundándose en razones y en hechos, que al cabo de algún tiempo hacen más los que trabajan ocho horas diarias que los que trabajan doce? Los primeros días, las primeras semanas, acaso el primer año y en alguna industria aislada no; pero tomándolas en conjunto y de un modo permanente, parece probado que las fuerzas se agotan, y nadie puede emplear las que no tiene, máxime cuando la alimentación no es propia para reponer las que se gastan con exceso. Desde luego puede asegurarse que la cantidad de trabajo no guarda proporción exacta con el tiempo empleado; de esto se convence cualquiera que observe un poco. Nosotros nos inclinamos hacia la opinión de que al cabo de algún tiempo darán tanto resultado días de ocho

horas de trabajo como de doce; pero no tenemos datos bastantes para autorizar una afirmación en que podría influir el deseo; y como creemos que nadie los tiene, proponemos que se estudie el asunto, porque ninguno merece estudio más detenido.

Á tantas cosas como se ensayan, á tantas como se prueban, con inmensos sacrificios de tiempo y de dinero, bien podrían agregarse algunas otras que importaba conocer bien, cuyo estudio no exigiría grandes desembolsos y que á veces podría hacerse con muy pequeño gasto.

¿No merecerían estudiarse las mejores condiciones del empleo del tiempo para la fuerza productora del hombre, tanto como las que hace más eficaz la destructora del torpedo? Prescindiendo de toda consideración de justicia y de humanidad, importa mucho saber si es más ventajoso para la industria el *trabajo fisiológico* que el *patológico*, y los estudios que sobre esto se hicieran podrían dar resultados decisivos. Toda armonía que se descubre entre elementos que parecían discordes, toda conveniencia mutua que se demuestra entre intereses que se tenían por encontrados, es un paso en la marcha del progreso, del que no se retrocede: es un bien

permanente y eterno como la verdad. El sacrificio es sublime, la coacción en muchos casos necesaria; pero la armonía que resulta del conocimiento de las ventajas mutuas es el elemento más general de paz y bienestar en la esfera económica. Y la señalamos nominalmente, porque es aquella en que hay más egoísmo, y que debe confiarse más al convencimiento de lo que conviene que á la abnegación. Cierto que el hombre debe llevar á todas sus relaciones su conciencia, y no prescinde de ella nunca el que es honrado; pero no hay duda que, como productor ó consumidor, está menos dispuesto á la generosidad y aun á la justicia que en otros conceptos, y que en éste importa sobre todo hacerle comprender las armonías de lo útil y lo justo. Además, el hombre, como productor y consumidor de cosas materiales, caso que esté dispuesto á sacrificar su interés, verá muchas veces que el sacrificio individual es inútil. ¿Un fabricante sube el jornal ó disminuye él solo las horas de trabajo? No tarda mucho en arruinarse y cerrar la fábrica con daño de los mismos que pretendía favorecer. ¿Un comerciante abona mayor precio que el corriente? Su quiebra es segura. ¿Un comprador paga más

caro un producto de lo que corre en el mercado? No logrará por eso elevar su valor en venta; podrá favorecer á una persona, no mejorar las condiciones de una industria; podrá dar una limosna, no establecer una regla. Cuando se dice que las cosas tienen su precio *natural*, á veces no se habla con exactitud, porque se consideran naturales elementos artificiales; pero es seguro que siempre tienen su precio *lógico*, es decir, consecuencia de los elementos que concurren á él. La lógica ya se sabe que es en todo una ccsa muy fuerte; no se puede vencer ni con violencias ni con sacrificios, y en la esfera económica menos que en ninguna otra. Un error es muchas veces un elemento poderoso, y los resultados, por ser absurdos, no son menos positivos é inevitables mientras no se desvanece. Por eso hemos recomendado, recomendamos y recomendaremos, siempre que se presente la ocasión, el estudio de los fenómenos sociales para que toda reforma se apoye en la razón, único modo de que no pase de un cambio de utilidad dudosa y duración pasajera; por eso sería necesario estudiar el trabajo *fisiológico* y el *patológico;* el excesivo y el moderado, é investigar si el más sano es también el más útil.

Además de la clasificación que pudiéramos llamar *higiénica* de los trabajos, según que pueden prolongarse más ó menos sin perjuicio de la salud, hay que hacer la *económica* y distinguir:

1.° Las industrias que, dejando poca ganancia, no permiten disminuir las horas de trabajo sin reducir el jornal;

2.° Las industrias que dejan mucha ó suficiente ganancia para aumentar el número de operarios sin rebajar el jornal;

3.° Las industrias en que se emplea mucho trabajo en adornos que no lucen, ó que con frecuencia afean el objeto á que se aplican por el mal gusto con que están dispuestos.

En el primer caso debería estudiarse si una reducción de trabajo, aunque exigiese la correspondiente de jornal, sería preferible para el obrero, á quien un exceso de trabajo agobia; pero, en general, no hay que esperar mucho en la práctica inmediata del resultado de estos estudios, porque la disminución de una parte del salario es un mal más tangible é inmediato para el trabajador que el paulatino aniquilamiento de sus fuerzas.

Remedio más eficaz é inmediato (si quisiera

emplearse) sería usar procedimientos racionales y aparatos perfeccionados, como se emplean en otros países, y con los cuales se hace más y mejor con menos esfuerzo material del hombre, cuya fatiga se disminuye sin que sea preciso reducir su retribución, y aun con la posibilidad de aumentarla.

Los procedimientos empleados en España para trabajar son, por lo común, tan primitivos, la inteligencia auxilia y suple tan poco á la fuerza, que ésta se prodiga, y con ella la salud y la vida de hombres, mujeres y niños; hay cuadros verdaderamente desgarradores, de hombres abrumados, de mujeres que se aniquilan, por treinta cuartos ó una peseta, en trabajos brutales, y que podrían hacer más y mejor sin excesivo esfuerzo, con sólo tener los medios auxiliares usados en todo el mundo que merece el nombre de civilizado. Y estos cuadros no son excepciones que lamenta rara vez el observador amante de la justicia y de la humanidad, sino que se ofrecen de continuo, y por todas partes, al que no pasa indiferente al lado de los que trabajan más de lo que pueden, porque otros no hacen para aliviarlos lo que podían y debían hacer.

Para aliviar al trabajador que prodiga su fuerza porque no le dan medios racionales de auxiliarla, es preciso:

Generalizar el conocimiento de estos medios;

Estimular su empleo;

Imponerle cuando sea posible.

Deben escribirse manuales y cartillas con las necesarias láminas, á fin de dar á conocer los mejores procedimientos para auxiliar la fuerza y economizarla en todo género de trabajo, y en especial de los más duros. Estas cartillas y manuales se venderán muy baratos, y aun se distribuirán gratis á centros de reunión, como asociaciones de obreros, y á personas en aptitud de popularizar sus conocimientos, como los maestros. Deben formarse museos, tantos como fuere posible, donde haya aparatos, herramientas ó modelos de los más precisos y generalizados medios de auxiliar la fuerza. Además de las explicaciones escritas y de la publicidad indicada, debería aumentarla la prensa periódica insertando breves y claras explicaciones, y dándolas en conferencias las personas que saben de estas cosas ó pueden fácilmente aprenderlas. Porque no se necesitan grandes y extensos conocimientos; cada cual puede comunicar los

que tenga, que, por limitados que fueren, siempre serán útiles á tantos como carecen de ellos en un país donde, por rara excepción, se emplea la fuerza del hombre de la manera más descansada para él y más ventajosa para la sociedad.

Y ¿quién va á hacer estas cosas? ¿El Gobierno? ¿Las corporaciones? ¿Los particulares? Todos, como en toda grande obra social. La parte que cada cual tome variará según los países; pero no hay ninguno donde la ley lo pueda todo ó no pueda nada. En España, desgraciadamente, todos los poderes son débiles, porque no hay que tomar como fuerzas las convulsiones de la arbitrariedad; pero, en fin, hay que operar con los medios que tenemos, pocos ó muchos, en la inteligencia de que, empleándolos, se aumentan.

El Ministerio de Fomento, que premia caballos cuya velocidad en la carrera no influye poco ni mucho para mejorar la raza de los nuestros; que compra libros para favorecer á los autores; que da comisiones para que los favorecidos viajen á costa del país ó se paseen por él; que paga tanto personal para la poca labor que hace; que emprende obras públicas con

miras particulares; que subvenciona y auxilia, con poco criterio á veces, que malgasta y despilfarra de tantos modos; el Ministerio de Fomento, ¿no había de hallar fondos para formar en Madrid y en las capitales de provincia museos que reunieran los instrumentos ó aparatos más perfeccionados y de uso más general para utilizar mejor la fuerza del hombre? ¿No podría ofrecer premios á los autores de manuales y cartillas que se propusieran el mismo objeto, y á las personas que las primeras emplearan medios perfeccionados para auxiliar los trabajos duros? ¿No podría de mil modos, directos é indirectos, llamar la atención sobre un problema de que nadie se ocupa, y con esto sólo contribuir poderosamente á resolverle? Estas medidas y otras análogas no exigían grandes recursos pecuniarios; bastaba saber y querer, como querer y saber debían los que pueden.

Las Academias, las Sociedades de Amigos del País, y tantas corporaciones como en públicos certámenes ofrecen premios por tratar asuntos más ó menos interesantes, por cantar hechos ó narrarlos, ¿no podrían hacer algo por el pobre obrero, por la pobre mujer, por el pobre niño, cuyas fuerzas se agotan porque, en vez de tra-

bajar de una manera racional, trabaja brutalmente? Mucho harían todas estas actividades si dirigiesen una parte de su esfuerzo en el sentido que indicamos.

Á generalizar el conocimiento de medios de auxiliar el trabajo perfeccionado, á estimular su empleo, hemos añadido *imponerle cuando sea posible*. Lo es en muchos casos, directa ó indirectamente. En las obras públicas debería consignarse como condición, en muchos casos, el empleo de ciertos medios que hacen el trabajo menos rudo, advirtiendo que esta imposición sería muy ventajosa para los mismos que obligaba, que podrían economizar dinero al mismo tiempo que el trabajador economizaba fuerzas.

Respecto á las industrias ó empresas, dejan suficiente ganancia para aumentar el número de operarios, y, no obstante, abruman con un trabajo excesivo á los obreros que emplean; éstos, asociándose, podrían obligarlas á proceder más equitativo: de la *asociación* y de la *huelga* trataremos en capítulo aparte.

Desgraciadamente, apenas hay entre nosotros iniciativa individual, espíritu de asociación y de resistencia perseverante que no degenere en

protesta tumultuaria; pero aun en países en que todo esto existe en mayor grado, la ley tuvo que intervenir, y con más motivo debería hacerlo en España.

Un hombre está abrumado de trabajo en una industria ó empresa que deja grandes ganancias; esto es público, fácil de probar, y no obstante, el trabajador tiene que aceptar condiciones duras, inicuas, porque otros diez, otros ciento, otros mil, las aceptarán si él las rechaza. ¿No es en estos casos de toda necesidad y de toda justicia que la ley diga: no se trabajará más de diez ó doce horas? ¿Tan poco les parece á los que no trabajan ni dos, ni una? ¿Cuándo comen esos hombres? ¿Cuándo descansan? ¿Cuándo tienen un rato de racional distracción? Y nadie responde á la pregunta, ni apenas hay quien la haga, porque, si muchos la hicieran, habría que responder necesariamente.

Como ejemplo de estos abusos de la fuerza económica, y no seguramente como modelo, citaremos uno que está muy á la vista aunque no se vea. Las empresas de los tranvías de Madrid, que realizan pingües ganancias, tienen su personal agobiado de trabajo. Subid en un coche á las ocho de la mañana, á las doce del día

y de la noche, y veis al mismo hombre cobrando ó guiando, y al encuartero, un pobre muchacho, esperando al sol canicular, ó con agua y frío, sin una garita donde guarecerse, mal vestido y mal calzado, y trabajando más los días de fiesta y de función, para que se divierta ese público que tan ciego é indiferente pasa por delante de esta como de otras víctimas.

¿No es de urgencia y de estricta justicia que el Estado, que hace una concesión la cual constituye el monopolio de una empresa; que sabe y puede justificar que esta empresa realiza grandes ganancias, ponga coto á su codicia inhumana, y proteja á esos hombres, á esos niños, de modo que tengan tiempo para el necesario descanso? Ellos no pueden defenderse; la necesidad y la concurrencia los rinde á discreción ante un enemigo que los aniquila si la ley no los ampara.

Otras veces el Estado no *deja hacer, y deja pasar*, según la regla que ha pretendido formular la libertad, y es tantas veces fórmula de anarquía y despotismo; el Estado, con su mala administración y sus abusos de poder, exige de las industrias y de las empresas lo que sobraría para aumentar el número de trabajadores y disminuir el excesivo trabajo. Así, por ejemplo

(aun menos digno de ser modelo que el servicio de los tranvías), en los puertos hay un capitán, como si fueran compañías ó fortalezas, con un sueldo á veces de ministro y más, y un segundo y un tercero, y cuartos y quintos, según la importancia de la localidad, todos bien retribuídos, y cuya ocupación consiste en molestar á los navegantes y vejarlos, á tanto la vejación y la molestia. Hay además un administrador de Aduanas con muchos empleados, y un jefe de carabineros con su correspondiente tropa, y prácticos, organizados del peor modo posible para el que los necesita ó los paga sin necesitarlos, y sanidad, etc., etc. Todos estos hombres, que no trabajan y se ocupan en poner obstáculos al trabajo de los demás, viven con desahogo, algunos se enriquecen á costa del país en general y de la navegación en particular, que, á título de derechos y de torcidos, paga grandes sumas, con las que tenía de sobra para aumentar el número de tripulantes y disminuir las horas de un trabajo abrumador (1). ¡Qué con-

(1) En muchas líneas de navegación, los pilotos y marineros no disponen más que de cuatro horas para dormir, á veces durante varios días, ya por causa del

traste el del pobre marinero, que no tiene tiempo para el preciso descanso, que pierde la salud y abrevia la vida, y la turba de parásitos que á costa de él la pasan descansada, y aun regalada, usando y abusando del poder que les da la rutina, la ignorancia y la inmoralidad!

Así, pues, el Estado debe en muchos casos contribuir eficazmente á disminuir el trabajo excesivo, ya promulgando leyes, ya reformando una administración cuyos abusos hacen imposible toda prosperidad y toda justicia.

Indicaremos, por último, que hay muchas industrias y especulaciones en que se emplea trabajo inútil para la comodidad, para la belleza y para el lucro, y esto de muchos y diversos modos.

La pobre costurera, en una prenda de vestir, está haciendo pespuntes que no se han de ver.

El desdichado cajista de imprenta, que vela hasta la madrugada para que el público pueda

---

mal tiempo, ya porque hacen escala de día y aprovechan la noche para navegar, resultando de este excesivo trabajo que no es raro que piloto, timonel y serviola se duerman en sus guardias, siendo esto causa de muchos abordajes, varadas y siniestros, que ocasionan pérdida de vidas y hacienda.

saber muy temprano los escándalos y los crímenes de la noche, y si tal hombre político conferenció en ella con tal otro, y el color del vestido que llevó al baile la marquesa X, y si á la duquesa Z se le descompuso el coche y tuvo que apearse mientras iban por otro (1), con otras cosas igualmente amenas é interesantes.

El dependiente del comercio que está abierto hasta las diez de la noche, que después que cierra necesita poner en orden los objetos que no ha tenido tiempo de arreglar, y que al día siguiente tiene que madrugar. Estas y otras víctimas no lo son del egoísmo, sino de la ligereza, de la indiferencia, muchas veces del mal gusto.

Con frecuencia se afean los objetos recargándolos de adornos, y los pespuntes y cadenetas en prendas que no se ven ó en forros, podrían suprimirse ó disminuirse, etc., etc. La noticia de los escándalos, crímenes, intrigas y necedades que se hacen ó se dicen, podría, sin perjuicio de nadie, circular algunas horas más tarde. Las compras podían hacerse hasta las primeras horas de la noche sin daño de nadie, y aun con provecho de todos, porque el dependiente del

(1) Histórico.

comercio tendría tiempo para descansar, el principal ahorraba luz, y el comprador no andaba por la calle á horas en que es más higiénico estar en casa ó en la cama, sin contar con que de día se ve mejor lo que se compra.

En estos y análogos casos, á la ley le es dado hacer algo, pero la menor parte, correspondiendo la mayor al público; y como muestra de lo que puede hacer y ejemplo, citaremos aquella numerosa asociación de señoras inglesas que se comprometieron á no comprar nada en tienda que no se cerrara temprano. Con esta determinación llevada á cabo y que ningún sacrificio les imponía, hicieron un bien inmenso á gran número de muchachas á quienes faltaba tiempo para el preciso descanso, porque, después de cerrar la tienda y arreglarla, tenían que ir á su pobre casa, muy distante de la tienda de lujo donde despachaban.

Esto es una prueba de que muchas veces, con muy poco trabajo, casi sin trabajo alguno, se puede hacer mucho bien con sólo prestar atención á las cosas que están mal y salir de la indiferencia respecto á los que sufren y podían ser aliviados.

La ley debería intervenir para que no se tra-

bajara durante las altas horas de la noche sino en los casos de necesidad. Bien sabemos que ciertos servicios, como los de vigilancia nocturna, tienen que hacerse de noche, y que el movimiento de transportes por las vías férreas y los marítimos no pueden interrumpirse, etc., etc.; pero si los trabajos de noche se limitasen á los indispensables, se reducirían mucho con beneficio inmenso de los trabajadores. Y decimos *inmenso* con propiedad, porque no sólo es fatigoso y malsano el trabajo nocturno, aunque estuviera en mejores condiciones que tienen los locales en que se ejecuta, sino que produce un trastorno en el género de vida que hace anormal, en perjuicio del buen orden y de las buenas costumbres.

El público, como consumidor, tiene muchos medios de influir en las condiciones de la producción. Así, por ejemplo, un gran número de suscriptores podían convenirse en preferir el periódico que no hiciera trasnochar á los operarios, como la tienda que se cerrase temprano.

El descanso del domingo, tan necesario para el que trabaja toda la semana, ordenado en vano en nombre de la religión, podría protegerse en nombre de la humanidad por la opinión y por

la ley. Cierto que hay trabajos que no pueden interrumpirse completamente, pero hay pocos que no se puedan disminuir, y ninguno debería organizarse sin que, á ser posible, el trabajador tuviera cada seis días uno de descanso, la mitad del domingo si no podía ser todo, ó bien otro día de la semana. El público, más ó menos directa y eficazmente, podía contribuir al descanso del domingo, como, por ejemplo, no comprando en las tiendas que no cerrasen los días festivos ó no se cerraran temprano, eximiendo á los carteros de la obligación de llevarles la correspondencia los domingos, etc., etc. Según las circunstancias y las localidades, habría mil medios de procurar descanso, ó al menos disminución de labor, á muchos miles de hombres y mujeres para quienes todos los días del año son igualmente *de trabajo*. Si se supiera bien lo que esto significa, no se miraría con tan glacial indiferencia.

El exceso de trabajo inútil para la comodidad y para la belleza, y aun á veces con perjuicio de la última, tiene más difícil remedio; pero algún lenitivo podría aplicársele desde luego por las personas que directamente se entienden con los trabajadores para ciertos productos que consu-

men, y cuyo trabajo podían aliviar, sin disminuir el salario, suprimiendo lo que no procura utilidad ni embellece. A este bien se contribuiría mucho generalizando las reglas del buen gusto, de verdadera belleza que hoy saben y enseñan tan pocos.

Así, por diferentes medios, podría disminuirse el exceso de trabajo, que depende en gran parte de abusos é imperfecciones de que trataremos en otros capítulos; porque, si todo tiene influencia en todo, es imposible llevar al análisis la simultaneidad de los efectos.

Insalubridud y peligros del trabajo.—Los peligros del trabajo son más conocidos que la insalubridad. El marinero que se ahoga, el obrero que se cae del andamio, el que sepulta un hundimiento ó destroza una explosión, si no impresionan por desgracia, ni ocupan mucho, no pasan tan desapercibidos como los que se envenenan lentamente, perdiendo la salud y anticipando la vejez.

Los trabajos insalubres merecen una atención especial; y aunque, desgraciadamente, por de pronto su estudio no sería un *remedio*, sino un *dato* en muchos casos, en algunos podría mejorarse desde luego la situación del trabajador:

de todos modos es necesario conocerla para aliviarla.

Hay muchos trabajos que son mortales porque se prolongan, y tal vez serían inofensivos si el trabajador dedicara á ellos menos tiempo. La ley que prohibe la venta de venenos parece que estaba en el caso de no permitir esta especie de intoxicación; y el principio de justicia por el cual el hombre no puede contratar nada contra su dignidad, debiera extenderse á los que contratan contra su salud y su vida; pero el obrero las vende á veces bien baratas y el contrato es válido; el comprador, que en último resultado es la sociedad, llama derecho á su cruel proceder.

El estudio del tiempo que en los trabajos insalubres puede permanecer el hombre sin daño de su salud, y cómo se ataca ´ ta y la vida prolongándolos, constituiría una lección tan triste como necesaria para todos, tanto los sacrificados como los sacrificadores. Sería bueno que el minero, el fundidor de cobre, el que manipula albayalde, el que trabaja á grandes presiones bajo del agua, y tantos y tantos como pierden la vida cuando imaginan *ganarla*, supieran á punto fijo, y por medio de explicaciones claras,

la cantidad y calidad del daño que reciben, y cómo es indefectible no variando las condiciones que aceptan. La estadística, cuadro fúnebre de salud perdida y muerte anticipada, les pondría de manifiesto el riesgo que corrían, y algunos, acaso muchos, no darían su vida ó la venderían más cara.

La sociedad, cuando supiese lo que en su seno pasa; cuando fuera público y de todos conocido el número de víctimas que su descuido y su egoísmo inmola cada año, sentiría peso en la conciencia y conmovidas las entrañas, no osando hacer á la luz de la razón y de la justicia lo que hoy realiza en las tinieblas de la indiferencia y de la ignorancia.

Clasificados los trabajos insalubres según los grados de insalubridad y causas que la producen, deberían enseñarle los medios de evitarla ó atenuarla, y hacerlos obligatorios siempre que fuera posible. Uno de estos medios sería limitar el tiempo del trabajo malsano y en la proporción que lo es. Ya comprendemos que en muchos casos no podría guardarse esta proporción; pero siempre sería bueno saberla, para cuando las circunstancias permitieran utilizar este importante dato. Téngase en cuenta que si el

obrero no dedicara más que dos, tres ó cuatro horas al trabajo insalubre, no quería esto decir que el resto del día hubiera de estar holgando; con variar de ocupación podría conciliarse, muchas veces al menos, la higiene del trabajador y el interés del que le emplea. Hay tanta ignorancia y descuido como egoísmo y dureza en muchos males que se hacen, porque á su acción no se opone el más pequeño obstáculo, ni se hace luz respecto á su intensidad.

Si se generalizara el conocimiento de los trabajos que perjudican á la salud, de cómo perjudican, de los medios de evitar ó atenuar el perjuicio; si la ley prestara á la justicia el apoyo que puede y debe prestar, sin pretender lo imposible ni detenerse ante lo dificultoso; si la opinión pública dejara de apoyar con la complicidad de su indiferencia lo que debía combatir; si los obreros y las personas que por ellos se interesan se asociaran para hacer triunfar la razón cuando la tuvieran, se podría intentar algo desde luego, y con el tiempo se podría hacer mucho.

Por más cuidado que se tenga, por más precauciones que se tomen, no es posible suprimir en absoluto el daño que resultará de los trabajos

peligrosos, ya porque no se pueden evitar muchos males aunque se prevean, ya porque el familiarizarse con los peligros y la imprevisión y el descuido son cosas que están en la naturaleza humana. No se logrará que no haya ninguna desgracia en cierta clase de trabajos; pero podría reducirse mucho el número, y en algunos evitarlos completamente. ¿Por qué medios? Por los mismos que indicamos respecto á los trabajos insalubres:

Conocimiento del mal;

Medios de evitarle;

Responsabilidad de los que, debiendo, no ponen en práctica estos medios;

Auxilio de la opinión pública;

Cooperación activa de los trabajadores asociados y sostenidos por personas ilustradas y benéficas;

Cuando sea posible y justo, además de la responsabilidad criminal á que haya lugar, la civil; y ésta aunque no se exija aquélla, que suele en la práctica resultar bastante ilusoria.

Este último punto le trataremos con más extensión en el capítulo *De los inválidos del trabajo y de los que mueren trabajando*, indicando aquí solamente que á disminuir su número con-

tribuiría el hacer efectivas responsabilidades que hoy nadie exige: nadie, ni la opinión, ni la ley, ni la conciencia.

Empleando todos los medios que quedan explicados ó indicados, los trabajadores dejarían de trabajar á veces por falta de salud; pero ésta se alteraría por circunstancias generales y naturales, no por las especiales, *sociales* podríamos decir, en que el miserable vive.

Para los casos de enfermedad inevitable la asociación es el único remedio eficaz que respeta la dignidad del obrero; estrecha, en vez de aflojar, los lazos de familia; evita su ruina y que la miseria éntre en casa del pobre con la enfermedad.

¿Y el hospital? ¡Oh! El hospital es un triste recurso, una desdichada necesidad: como las ambulancias en la guerra, prueba que hay lucha, hostilidad continua, y que los que caen se socorren á veces como se puede, á veces como se quiere, por lo común de cualquier modo. Hoy no se puede prescindir de esa aglomeración antihigiénica y antihumana; pero un día vendrá en que para pintar nuestra época, después de enaltecerla como merece por lo mucho que trabaja y por lo mucho que ama, añadirá la histo-

ria: «*Pero era todavía tan imperfecta aquella sociedad, que necesitaba hospitales.*»

Pero aunque el hospital, y el hospital español, no fuese una desdicha para el pobre enfermo, á veces tan grande como su dolencia, el desamparo y la ruina de las familias no se evita recogiendo á los dolientes.

Los socorros á domicilio son otro paliativo insuficiente, y que además exigen para distribuirse una inteligencia, una caridad y una moralidad que dudamos que en el grado suficiente existan en ninguna parte, y que de seguro no se hallan en España. Aquí, donde se ven tantas cosas vergonzosas y repugnantes, hay pocas que lo sean tanto como la manera muy frecuente de distribuir el dinero que se da para los pobres. Pero aunque la distribución fuera equitativa no evitaría lo insuficiente del socorro, que, cuando más, atiende á las necesidades del enfermo. Este socorro, que al cabo es una limosna, no deja de humillar al que la recibe aunque se dé con más miramientos que suelen tenerse al darla; lo cual es otro inconveniente grave, porque la dignidad es cosa esencial en el hombre, en todo hombre; y si bien se considera, necesita más aquel á quien la fortuna ha favorecido poco.

Para que la enfermedad á poco que se prolongue no sea causa de humillación y de ruina, el único recurso es la asociación bien organizada y con suficientes recursos, de modo que el enfermo reciba, no sólo la asistencia como tal, sino un diario con que atender á las necesidades de su familia. En otros países se han generalizado (aunque no tanto como debieran) estas asociaciones; en España es tan corto su número y tan poca su importancia, que más pueden considerarse como indicación de necesidad que como eficaz remedio. Como no tenemos espíritu de asociación, es necesario promoverle; y como nuestros obreros disponen de tan pocos recursos hay que auxiliarlos asociándose á ellos para contribuir y, en caso necesario, dirigir ó aconsejar, sin aprovecharse de las ventajas materiales á que tienen derecho como socios. Sin algunos ó muchos (según las circunstancias) de esta clase, los socorros mutuos para caso de enfermedad difícilmente podrán bastar para atender al enfermo y á su familia, porque, lo repetimos, nuestros obreros, en general, pueden hacer muy pocas economías. Pero este auxilio que se incorpora á ellos es obra en alto grado excelente, porque los estimula

y llega al necesitado, socorriéndole sin humillarle.

Las asociaciones de socorros mutuos para casos de enfermedad no debieran limitarse á los hombres, porque la falta de salud de la mujer es á veces causa de tanta ó mayor ruina que la dolencia del marido del padre. Así se reconoce y empieza á practicarse en los países donde la mujer va teniendo alguna más personalidad; entre nosotros no se comprende aún, por regla general, la importancia económica de la mujer, claramente formulada en la ley de gananciales, pero cuya idea no ha penetrado bien en las costumbres y en la opinión.

Cuando asociaciones del género de la que nos ocupa, bien organizadas, ofrecen garantías de estabilidad y moralidad, podrían recibir auxilios de los municipios: los fondos que en ellas se invirtieran darían mejor resultado que los empleados en socorros á domicilio, y además disminuirían las estancias en el hospital y los gastos consiguientes, y los males y grandes peligros á veces que resultan de la aglomeración.

Hemos dicho lo que nos parece esencial para que la miseria no engendre enfermedad ni la enfermedad miseria.

CAPÍTULO III

DE LOS QUE SON MISERABLES PORQUE NO QUIEREN TRABAJAR

I. Los que por no querer trabajar se ven sumidos en la miseria, tienen en su desdicha y en su culpa varios grados, y se extravían por diferentes caminos. Es el mendigo, el vago, el que se ignora cómo vive y el que se sabe que allega recursos por medios que condena la moral ó penan las leyes.

La culpa del holgazán puede ser toda suya, ó tener parte en ella los que le han dado mal ejemplo ó le privaron de aquella dirección y estímulos necesarios para vencer la repugnancia que tenía á trabajar. Esta repugnancia es mayor ó menor, pero existe casi siempre en la primera edad.

Pero ya el holgazán lo sea por falta de educación ó porque no quiso recibirla, las diferencias

de origen desaparecen cuando la ociosidad ha formado hábito y las variedades dependen de circunstancias exteriores y personales del pobre ó del miserable que se niega á trabajar. Si la vida es fácil y la caridad irreflexiva, el perezoso irá viviendo de ella, burlando los reglamentos (si los hay) una veces, y otras teniendo que sufrir sus rigores. Si halla grandes dificultades para conseguir lo más necesario, y aunque falto de dignidad tiene conciencia y respeto á las leyes, se arrastrará con hambre y desnudez por la vía pública y las escaleras del hospital. Si desconociendo ó pisando sus deberes rechaza á la vez las privaciones y el trabajo y quiere vivir cómodamente del ajeno, entonces, en hostilidad más ó menos grave, pero abierta, con la moral y las leyes, vive de vicios, de faltas, de delitos ó de crímenes; es encubridor, cómplice ó autor de pequeños hurtos ó de grandes robos; se detiene en la ratería ó llega al asesinato. Cuando el impulso de la infracción legal no está en pasiones violentas, si se estudian cuidadosamente los antecedentes del reo, muchas veces se halla en el delincuente un hombre que no quiso trabajar.

Además de los holgazanes que viven de men-

dicidad, de vicio, de vagancia, cuyo número total asciende á centenares de miles en cualquiera país cuyo territorio no sea muy extenso, hay otros cuya miseria remedia en parte su familia, sacrificada por ellos. La infeliz madre, la desventurada mujer, los pobres hijos, trabajan más allá de sus fuerzas para que el holgazán viva en miseria descansada y viciosa, viéndole fumar y beber cuando los suyos y él mismo carecen de pan. Estos holgazanes no infringen reglamentos ni leyes escritas, aunque pisan los de la moral, y honrados legalmente y execrables, la estadística del vicio ni del crimen no los enumera, pero la sociedad sufre las consecuencias de su mal vivir y de su gran número.

Como decíamos más arriba, el trabajo necesario para el cuerpo y el espíritu del hombre no suele ser espontáneo en el niño, ó, lo que es lo mismo, la educación tiene, por lo común, que contribuir más ó menos en la primera edad á que se formen hábitos de trabajo.

Importa mucho no desconocer este hecho observando mal otros, equivocando con la inclinación al trabajo la actividad de los niños, y suponiendo que porque *no pueden estarse quie-*

tos propenden *á no estar ociosos*. Lo natural en los niños es el *juego*, la actividad empleada á su capricho, sin más regla que su voluntad, ni más objeto que su gusto, no el trabajo, que es esfuerzo razonable y continuado para conseguir un fin útil. La actividad de los niños puede volverse hacia el trabajo, y se vuelve, *pero hay que volverla*.

Es tan raro que un niño trabaje espontáneamente, como que, bien dirigido, sea refractario al trabajo y no adquiera hábitos de laboriosidad, lo cual demuestra la importancia de la educación.

No es proporcionado á ella el interés que inspira y las precauciones que se toman para que no se descuide. Miles de niños entregados á la vagancia bajo todas sus formas, se habitúan á ella; sus padres no quieren ó no pueden evitar el daño, ó acaso, viviendo en la ociosidad, la enseñan con el ejemplo. Por regla general, los hombres holgazanes han sido niños y muchachos cuya educación se descuidó bajo el punto de vista que nos ocupa, y este descuido es la causa que más influye en que haya tantos que prefieren la miseria al trabajo. Semejante preferencia no se concibe á primera vista, pero re-

flexionando se comprende. La inacción debilita, enerva en mayor grado á medida que más se prolonga, de modo que cuando llega á ser un hábito exige una extraordinaria energía si ha de combatirse: el hombre que conserva su vigor considera como una especie de locura aquella apatía, sin reflexionar que la ociosidad prolongada aumenta el obstáculo, y en la misma proporción disminuye los medios de vencerle. Cierto género de instrucción descuidada en la infancia puede, hasta cierto punto, darse en la edad madura, resarciendo en parte el tiempo perdido; á los adultos iletrados con más ó menos dificultad se les enseñan las primeras letras; á los holgazanes adultos no se les enseña á trabajar, porque no quieren aprender.

Agréguese que no hay medio entre contraer el hábito de trabajar y el de estar ocioso; que es preciso elegir entre educar para el trabajo ó favorecer la ociosidad.

Pero una tarea excesiva y prematura, entre otros inconvenientes puede tener el de hacer odioso el trabajo, porque no es fácil hacer *habitual* lo que es *abrumador*. El trabajo del niño ha de graduarse, no sólo á sus fuerzas físicas, sino y más principalmente á las espirituales,

dejando á la necesaria agilidad de su ánimo aquella variedad que necesita para desarrollarse: una labor puede ser excesiva y hasta mortal, siendo al parecer ligera por lo monótona. Estos desventurados niños para los cuales se suprime la infancia, y que encerrados en fábricas ó en talleres pierden la robustez ó la salud, es muy fácil que tomen horror al trabajo, que lo miren como su verdugo y que en resistirse á él empleen su fuerza de hombres, considerando la holganza como una especie de emancipación.

Á los hombres que no son muy laboriosos también los retraen á veces de trabajar las malas condiciones del trabajo. Edificios mal ventilados, con calor sofocante en el verano é intenso frío en el invierno; aglomeración de gente; emanaciones malsanas, acaso mefíticas; humedad, lobreguez, falta de luz, respiración artificial, peligros para la salud y para la vida, todo esto hay en muchos trabajos que han de ser repulsivos al que no sienta gran inclinación á trabajar. ¿Y la retribución compensará estas desventajas, ayudando á vencer la pereza ó la repugnancia, en casos muy justificada? Según. Los obreros, como los sacos de trigo ó las pipas de aceite, sufren, puede decirse, la ley de la

oferta y la demanda. ¿Hay muchos? Se les paga poco. ¿Hay pocos? Se les paga más, prescindiendo de si el trabajo es repulsivo ó atractivo, higiénico ó pernicioso para la salud.

Estas circunstancias favorecerán en muchos casos la holgazanería, no siendo extraño, sino muy natural, que los que tienen alguna inclinación á estar ociosos la fortifiquen al ver tareas tan ingratas.

La corta retribución del trabajo ha de retraer á muchos de trabajar. Hay obreros bien pagados; pero hay otros cuyo jornal no basta á cubrir sus necesidades, y que, aun trabajando, no pueden salir de la categoría de miserables. Las mujeres, con excepciones muy raras, están en este caso. El hecho es bien conocido, y no se necesita reflexionar mucho sobre él para persuadirse de su importancia. ¿Puede extrañarse que la persona que, trabajando cuanto puede y más allá de sus fuerzas, no gana lo suficiente para vivir deje de trabajar? Lo extraño es que haya centenares y miles y millones de criaturas que trabajen así, y que la ociosidad no se generalice más por esta causa.

La comparación de lo que se retribuyen algunos trabajos y se da por otros puede también

inclinar á la ociosidad, que pretenda autorizarse con un sentimiento de justicia. El trabajador intelectual tiende á desdeñar al mecánico, y éste á creer que no trabajando con las manos no se hace nada. Con esta propensión ó creencia, ¿no habrá muchos obreros que se hastíen del trabajo, considerando las pingües ganancias y grandes sueldos de industriales, comerciantes, banqueros, empleados, etc., y lo poco que ganan ellos, que, á su parecer, son verdaderamente los únicos trabajadores? ¿No se desalentarán viendo cuán descansadamente se allegan medios de gozar de lo superfluo, y que con abrumadora fatiga ni aun pueden proveer á lo necesario? La desigualdad de las retribuciones, cuando pasa de ciertos límites, ha de ser aliada de la ociosidad; otra es el ejemplo: además del que pueda ver el niño ó el mozo en su familia, fuera de ella y por todas partes ve gente ociosa y regalada que vive á costa de trabajadores mal retribuídos. ¡Qué extraño que muchos de éstos, no pudiendo salir de miserables aun trabajando, se entreguen al ocio y desciendan hasta los últimos grados de la miseria!

II. La índole del mal indica la clase de remedio.

En la infancia, educación encaminada á formar hábitos de trabajo, haciéndole atractivo para los niños, en vez de repulsivo que hoy es, y muchas veces abrumador.

Á la juventud y á la edad madura, no ofrecerle el mal ejemplo de tanto ocioso regalado y reluciente como se paga ó se tolera, é introducir reformas en la administración y en el sistema tributario, de que nos ocupamos en otro lugar.

Mejorar cuanto sea posible los trabajos malsanos, y establecer en todos las reglas de higiene compatibles con su índole.

Combatir la excesiva desigualdad de retribuciones, para que la exasperación ó el desaliento no empujen á la ociosidad.

En las huelgas forzosas procurar á toda costa alguna ocupación, para que la falta de trabajo no haga adquirir hábito de holganza.

Dar á la mujer los derechos de que injustamente se la priva, sujetándola, si está casada, á la tutela de su marido, y amparándola contra él, con la ley y la opinión, cuando, entregado á la holganza, vive á costa de su desventurada familia.

Dar los socorros con prudencia y conoci-

miento de las circunstancias del socorrido, como diremos en el capítulo de la mendicidad, para que el holgazán no reciba limosna y la necesidad le apremie, ya que el deber no le obliga.

CAPÍTULO IV

DE LOS QUE SON MISERABLES PORQUE LA RETRIBUCIÓN DE SU TRABAJO ES INSUFICIENTE.

Carestía.—Hay miles, millones de trabajadores, entre los que pueden contarse la casi totalidad de las mujeres, á quienes el trabajo no redime de la miseria, ó sólo momentáneamente, siendo su equilibrio económico tan inestable que á la menor oscilación se rompe.

El que califique de exagerada esta proposición observe cómo viven multitud de obreros, y se convencerá de que aun en las condiciones más favorables, cuando tienen salud y trabajo, están en la miseria, porque carecen de lo necesario fisiológico, es decir, de aquellos recursos para sostener la vida, cuya falta la abrevia (1).

---

(1) Véase la información hecha en el Ateneo Casino Obrero por D. F. G. A. Gijón, 1885.

En efecto: la vivienda es malsana por lóbrega ó por calurosa, por desabrigada ó por húmeda, ó por carecer de espacio suficiente para el número de personas que alberga. La alimentación es escasa y de no buena calidad, ó en absoluto, ó relativamente al género de trabajo. El vestido tampoco es suficiente para preservar de la intemperie, y el calzado deja aún más que desear, siendo muy frecuente que la humedad se seque con el calor del cuerpo porque hay poca ropa que mudar y poca lumbre con qué calentarse. En cuanto á medios de cultivar la inteligencia y perfeccionarse, falta hasta la idea de ellos.

Decíamos que para cerciorarse de todo esto bastaba observar cómo viven multitud de trabajadores, y casi todas las obreras; pero ni aun esto es necesario: con saber el precio de los artículos de primera necesidad, de los alquileres de las casas y el valor de los jornales, se comprende la penuria constante en que viven la mayor parte de los obreros y obreras.

El jornal no es *alto* ó *bajo* en absoluto porque se dé por él una cantidad mayor ó menor de dinero, sino relativamente al precio que tienen los artículos de primera necesidad y las habitaciones. Prescindiendo, pues, de las pese-

tas que gana un hombre y de los céntimos que gana una mujer, diremos que su jornal es insuficiente, siempre que con él no puede proporcionarse lo necesario.

Muchos trabajadores que trabajan se hallan en verdadera miseria, que los conduce á la miseria extrema al menor contratiempo. Se habla de la imprevisión del pobre, de su descuido, de su despilfarro, y que no tiene economía ni realiza ahorros. Más adelante examinaremos estos cargos, que con frecuencia no pasan de declamaciones, y por ahora basta hacer constar que los que no ganan para cubrir sus necesidades fisiológicas nada pueden economizar, y, por consiguiente, una enfermedad, algunos días sin trabajo, cualquier incidente desfavorable, hallándolos sin recursos, los sume en la mayor penuria. Esta es la única que suele calificarse de *miseria* por los que la miran de lejos, y aun por los que la sufren: tan acostumbrados están todos á considerar las privaciones del trabajador como ley del trabajo, y á no hacer mención de ellas sino cuando llegan á un grado intolerable y atacan enérgica y directamente á la vida. Mientras la dilatada familia del trabajador no pide limosna ni recurre á la beneficencia oficial;

mientras la mujer que trabaja con máquina puede hacerla pespuntear y tiene obra, aunque el insuficiente alimento y lo malsano de la habitación vayan socavando su existencia, no se la supone sumida en la miseria: ésta hace mayores estragos de lo que comúnmente se cree, porque las estadísticas dejan fuera del cuadro á muchos que en realidad están dentro de él.

Como la insuficiencia del jornal resulta de la corta cantidad de numerario con que se remunera, ó del alto precio de los artículos de primera necesidad, las causas de la penuria del obrero son:

Los objetos de imprescindible consumo caros;

El trabajo barato.

Las causas de la carestía son tantas que nos haremos cargo sólo de las principales, ya por no abusar de la paciencia del lector con interminables y áridos análisis si no son absolutamente precisos, ya porque de los detalles sobrado minuciosos puede resultar confusión más bien que claridad.

Examinaremos en este capítulo por qué los artículos de primera necesidad están caros, dejando para el siguiente el estudio de las causas que rebajan el precio del trabajo manual.

Causas más directas y poderosas de carestía.

Los derechos protectores ó fiscales.—Cuando son excesivos crean industrias preternaturales que venden muy caros sus productos, ó éstos tienen precios exorbitantes por lo que pagan al importarse en un país que no puede producirlos ó sólo en cantidad insuficiente. El contrabando, ese inmoral compensador, sabido es que corrige en cierta medida los desaciertos económicos de los Gobiernos, hasta el punto de que personas muy competentes en la materia afirman que sin él no podría vivir la industria en general: tanto es el trastorno producido por las prohibiciones, exigencias y vejámenes de todo género con que se infringen las leyes de la producción. Pero el contrabando, que moralmente considerado es un mal y debe por esta razón proscribirse en absoluto, aunque económicamente parezca un remedio, ni aun en apariencia puede serlo eficaz respecto á los artículos de primera necesidad, que, siendo de mucho volumen, ofrecen mayores dificultades para la introducción fraudulenta. Fardos de tabaco, de se-

dería, de paño, de artículos de lujo que varían según el estado de la industria, se introducen fácilmente, dejando una pingüe ganancia al que los sustrae á los derechos fiscales ó protectores; pero el trigo, el maíz, las patatas, las carnes, el carbón, la madera de construcción, el hierro, etcétera, etc., son cosas que valen poco relativamente á su peso ó volumen, y hay mayor dificultad y menos interés en sustraerlos á las exacciones de la aduana. Así, pues, los que apenas pueden procurarse lo necesario reciben el perjuicio de la inmoralidad del contrabando, cuyas ventajas económicas aprovechan casi exclusivamente á los consumidores de lo superfluo.

Es indecible el trastorno y grande el aumento de precio que resulta del desacuerdo y hostilidad entre las leyes económicas y las fiscales y protectoras, que favorecen la producción donde es más cara, ó la recargan de modo que resulta á un precio subido. Cuando se trata de cosas que no son indispensables, el absurdo es perjudicial; pero extendido á las de primera necesidad para el alimento, el vestido y el calzado, es irritante, y en ciertos países y ocasiones verdaderamente homicida.

El mísero consumidor no sólo tiene que pa-

gar el sobreprecio, consecuencia de derechos protectores ó fiscales, sino que contribuir, y en gran proporción, á mantener la fuerza armada de mar y tierra necesaria para cobrarlas, y á los empleados de las aduanas en que se cobran. Hay un pueblo hambriento, llegan cereales del extranjero, y los miserables, no sólo pagan una cantidad exorbitante por la introducción, sino buques de guerra y una multitud de hombres armados, cuyo único oficio es *asegurar la carestía.* ¿De qué vale la fertilidad de los campos, la riqueza de los montes, la inagotable fecundidad de las minas, el genio y la perseverancia para perfeccionar la producción y facilitar el transporte? Á veces todo esto vale muy poco; en ocasiones nada para el consumidor pobre, que ve sobreponerse una tarifa á los esfuerzos inteligentes de los hombres y á las leyes de la Naturaleza, y paga caros objetos que deberían tener un precio módico.

Imperfección de la industria.—Esta es una causa permanente, general y poderosa de carestía. Cuando se produce con poca inteligencia, empleando medios imperfectos, semibárbaros, bárbaros absolutamente en muchos casos, los productos tienen que resultar á precios muy subidos.

La tierra que arañan las mulas con un arado primitivo, cuya mies segada á mano se lleva en malos carros, por malos caminos, se trilla con caballerías y un mal trillo, se limpia con palas esperando el viento, y permanece á la intemperie semanas ó meses; esta tierra, por fértil que se la suponga, ¿cómo ha de producir tan barato como aquellas que se cultivan bien, y donde para todas las operaciones se emplean máquinas y aparatos perfeccionados? ¿Cómo no ha de resultar cara la casa cuyos materiales se extraen, se transportan, se manipulan y se ponen en obra de la manera más primitiva y costosa?

Citamos la producción de cereales y la construcción de viviendas por ser cosas muy conocidas y fácil de convencerse de cómo se hacen estos trabajos y cómo deberían hacerse para obtener el trigo y las habitaciones á precios más reducidos.

Lo dicho de estas industrias, desgraciadamente puede aplicarse en mayor ó menor grado á las demás, y el atraso de todas ha de aumentar el precio de sus productos.

Imperfección del sistema tributario.—Imperfección decimos, y deberíamos decir *injusticia*, porque, tratándose de cargas públicas y del

modo de levantarlas, lo imperfecto viene á ser lo injusto.

Las contribuciones indirectas gravan de una manera desproporcionada los artículos de primera necesidad.

La tierra donde se produjeron, el ganado que la abona, la industria que la cultiva, las que transportan sus productos y los manipulan, el comercio que los vende, todos pagan contribución, que, naturalmente, produce un sobreprecio, al que hay que añadir el pesado tributo que se impone al consumidor, y que no está, como los demás tributos, en proporción de lo que se *produce*, se *gana* ó se posee, sino de lo que se se *consume*, cosas que pueden ser, no sólo *diferentes*, sino *opuestas*.

Las contribuciones indirectas son inadmisibles en justicia, por:

Caras para recaudarse;

Desmoralizadoras;

Desproporcionadas á los medios del que las paga.

Caras en su recaudación.—La contribución indirecta exige necesariamente un numeroso personal para recaudarse, y otro aun más numeroso para asegurar la cobranza, que, ya se

haga en la aduana, ya en la puerta, lleva consigo reconocimientos minuciosos, multiplicadas operaciones y gran vigilancia, á fin de contrarrestar al defraudador, que ya emplea la astucia, ya recurre á la fuerza. Este mal podrá disminuirse algo, poco; siempre será compañero de una contribución esencialmente escudriñadora y tentadora, que pone en incesante pugna al que ha da pagarla con el que la cobra. Á la contribución directa no es posible sustraerse, ni aun dejar de pagarla conforme á lo que dispone la ley, si hay buen orden en la administración: los datos tienen cierta fijeza, pueden comprobarse; los fraudes dejan huella permanente; el empleo de la violencia no es posible. Todo lo contrario sucede respecto de la contribución indirecta, exigida, no según la riqueza del contribuyente, sino de un objeto de su propiedad que no es *imponible* sino en tanto que es *percibido;* que puede sustraerse á la vista del recaudador; que una vez desaparecido no deja rastro de su ilegal desaparición, y que, siendo ésta á veces de gran interés, constituye el modo e vivir de hombres que por la astucia ó por fuerza sustraen á la contribución la materia mponible, y constituyen la falange de contra-

bandistas, que exige un ejército para combatirlos y que nunca logra vencerlos.

Estas condiciones inevitables de la contribución indirecta hacen su recaudación extraordinariamente cara, é imponen la necesidad de aumentarla en la proporción del 10, del 20 ó del 30 por 100 en que se disminuye su producto líquido.

Otro gravamen que resulta de ella es el mucho tiempo que hace perder al contribuyente en registros, reconocimientos, ó esperándolos, y el deterioro á veces de la mercancía, con perjuicios gravísimos, todo lo cual viene á traducirse en carestía.

El Gobierno, que por medio de las contribuciones indirectas aumenta el precio de las mercancías de una manera innecesaria, tiene que aumentar en la misma proporción el sueldo de sus empleados, los gastos que exige el material y personal de los ejércitos y de todas las dependencias del Estado; y con toda esta complicada máquina de carestía no logra más que disminuir el valor del dinero que recauda y aumentar el de los servicios que retribuye. Este es, para decirlo brevemente, el resultado que, bajo el punto de vista del fisco, producen las contribuciones indirectas.

Desmoralizan. — Aunque las contribuciones indirectas se recaudasen con economía y se repartieran con equidad, debieran rechazarse por lo que desmoralizan, siendo una excitación continua, general y muy fuerte á que falten á su deber miles de hombres que no la resisten. Como todo lo que desmoraliza, empobrece; toda contribución desmoralizadora debe desecharse hasta por el que prescinda de la moralidad y no se ocupe más que de la riqueza.

Los fraudes á que dan lugar las contribuciones indirectas son tantos y tan diversos, que su sola enumeración ocuparía más tiempo y espacio del que podemos dedicarle, no siendo, por otra parte, necesario entrar en pormenores que cualquiera puede imaginar una vez que se penetre bien de la índole de las contribuciones indirectas, ya el fisco las exija en la aduana, á la entrada de las poblaciones, ó recibiendo de éstas una cantidad convenida que ellas se proporcionan estableciendo derechos sobre ciertos artículos de consumo, ó arrendando el monopolio de su venta. En todas estas combinaciones, y en todas las que puedan hacerse, entran como factores comunes:

Interés en el fraude;

Excitación continua á defraudar;
Impunidad probable;
Tolerancia de la opinión;
Absolución de la conciencia;
Complicidad de los funcionarios públicos.

El interés en el fraude es evidente, siendo grande á veces por lo subidos que son los derechos fiscales respecto de algunos artículos, ó la diferencia de su precio natural y el que exigen los que han comprado el derecho exclusivo de venderlos. Un obrero que trabaja todo el día gana menos que empleando algunas horas en sustraer un artículo al pago de derechos; y si no tiene trabajo, no es raro que recurra á este modo de vivir, como puede verse por el mayor número de fraudes cuando hay falta de trabajo, y por la clase de los defraudadores (1). Éstos pueden ser auxiliados, y lo son á veces, por

(1) Un comerciante que tiene almacén de petróleo fuera de una capital de provincia, y vende también este artículo dentro, suele comprarlo en su tienda del pueblo á los matuteros, á quienes él mismo se lo ha vendido en el depósito de las afueras. El abona dos pesetas por lata de 18 litros; y como suelen introducir dos ó tres al día, resulta una ganancia de cuatro á seis pesetas para el contrabandista.

sus hijos de corta edad; de modo que el oficio resulta bastante lucrativo relativamente á los que le ejercen.

Al lado del interés está la excitación continua, porque es constante la diferencia grande de precio, según que la mercancía paga ó no derechos.

La impunidad del fraude varía mucho según los países; pero aun en los mejor administrados es bastante para alentar á los defraudadores, cuya tendencia, como la de todos los que infringen la ley, es á echar cuentas galanas, olvidándose de los que sufren los rigores, para no pensar más que en los que se burlan de ella.

La tolerancia de la opinión respecto á esta clase de fraudes estimula á cometerlos. En Francia cantan los contrabandistas:

«Château, maison, cabanne,
Nous sont ouverts partout;
Si la loi nous condamne,
Le peuple nous absout.»

Y en España, y en todas partes, sucede lo mismo, ó cosa muy parecida.

Además de absolver, el pueblo (entendiendo por pueblo la totalidad de los individuos que

componen una nación) compra sin escrúpulo los artículos de contrabando con tal que sean más baratos, y las personas honradas, que rechazarían indignadas la idea de complicidad en otro fraude, la tienen en éste. Lo cual no impide que, cuando llega el caso, contribuyan á penarle si tal es su oficio, y que el magistrado, fumando su cigarro de contrabando, firme la sentencia que condena á presidio á un contrabandista (1).

La conciencia sólo excepcionalmente es más severa que la opinión; y sin que nada arguya, se introducen sin pagar derechos cuantos artículos pueden sustraerse á la vigilancia de los empleados y, lo que es peor, sobornándolos.

La complicidad de los funcionarios públicos puede decirse general; y ¿cómo no lo ha de ser, estando encomendada la vigilancia á miles de subalternos, con sueldo corto y la tentación constante de una ganancia pingüe si faltan á un deber que no se lo parece y á que pueden faltar, por regla general, impunemente? En todas partes se acusa á los empleados en puertas, á los de aduanas, á los individuos del resguar-

(1) Histórico.

do; y aunque algunas acusaciones serán injustas, muchas tienen que ser fundadas atendido lo continuo y fuerte de la tentación, los pocos motivos para combatirla y lo desproporcionados que suelen ser los gastos de aquellos á quienes se acusa con sus medios legales de subsistencia. Á veces no es un sentimiento vil y egoísta, sino elevado y humano, el que impulsa á la complicidad con los defraudadores. El que pretendió sustraer la mercancía al pago de derechos es descubierto; el que le descubre tiene el deber de entregarle á los tribunales, de *perderle*, como se dice (desgraciadamente con exactitud), porque tiene una pena bastante grave en muchos casos; el funcionario se hace cargo de su desgracia, de la de su inocente familia; considera que al cabo no es un ladrón, no quita nada *á nadie;* no hace más que sustraer su mercancía á un recargo exorbitante para venderla más barata; tiene mujer é hijos que van á quedar abandonados, etc., etc., y se mueve á compasión, y por humanidad falta á su deber; y en estos casos, que son más frecuentes de lo que se piensa, cuanto mejor es el hombre, más expuesta se halla la integridad del empleado. ¿Qué pensar de instituciones que, en vez de ar-

monizar los buenos sentimientos, los ponen en pugna con problemas insolubles para la conciencia y conflictos de que es imposible salvar la moralidad? Hay que pensar que son un cáncer para la moral del país que las sostiene, y en tal caso están las contribuciones indirectas.

Porque todos estos males no son transitorios y limitados, sino permanentes y extensivos al territorio donde miles, muchos miles de empleados en puertas y aduanas, y militares del resguardo terrestre y marítimo, de contrabandistas de todas categorías, desde el miserable que se expone á ir á presidio por un exiguo jornal, al opulento que impunemente comercia en grande con la conciencia de los funcionarios y la pobreza de sus subalternos, forman una red que se extiende á todo el país, y entre cuyas mallas queda la moralidad.

Queda porque las tolerancias de la opinión, y de los tribunales en ciertos casos, no pueden purificar el fraude ni invalidar el precepto de que *las leyes obligan en conciencia, cuando no preceptúan nada contra la conciencia*, y en este caso se hallan las leyes fiscales por regla general: hacen pagar un precio exagerado, pero no mandan hacer nada que honradamente no pue-

dan hacer los que desobedecen. Por eso al infringirlas se predisponen los infractores á hollar otras sagradas; por eso socavan sordamente la moralidad. La pendiente resbaladiza en que se pone el que falta á la ley que no manda nada contra la conciencia, se ha expresado en España de una manera enérgica y exacta con este dicho popular: «Dámele contrabandista, y te le daré ladrón.»

No se proporcionan á la fortuna, y aun suelen estar en razón inversa de ella.—Así sucede, en efecto, con las contribuciones indirectas, cuya base no es la *riqueza*, sino el *consumo*. Se dice: «Cada uno *consume*, y, por consiguiente, *paga* en proporción de lo que tiene»; lo cual es un sofisma para el que no se pare á reflexionar, y un absurdo para el que reflexiona.

Primeramente, no es cierto que cada uno *gasta* en proporción que *tiene*, porque todo el mundo conoce estas tres categorías:

Los que gastan *más* de lo que tienen;

Los que gastan *todo* lo que tienen;

Los que gastan *menos* de lo que tienen.

Es evidente que estos últimos *sustraen* legalmente una parte de su riqueza á la contribución; y como suelen ser los más ricos los que

pueden estar en este caso, la injusticia resulta más clara. El que aumenta su capital en proporción que ahorra, se exime del pago de una contribución que se *suprime* respecto á aquella parte de la riqueza que *mejor* podía pagarla, porque no es indispensable para su poseedor.

Pero esta injusticia *radical*, que invalida moralmente, y en razón hace insostenible los impuestos de consumos, no es la única, ni, con ser tan grande, la mayor. Se exime de la contribución toda la riqueza *que no se gasta*, y una parte, á veces *la mayor parte de lo que se gasta*, si no se emplea en los objetos principalmente recargados por la contribución. Ésta, buscando el mayor número de contribuyentes, pesa más sobre los artículos de primera necesidad de que en proporción á su gasto total hacen menos consumo los que gozan de bienestar y tienen lujo; por manera que sustraen legalmente al impuesto, no sólo todo lo que ahorran, sino una parte de lo que gastan.

Si las personas ricas ó bien acomodadas no sólo pueden eximir del impuesto sus economías y lo que emplean en gran número de objetos, en cambio los pobres pagan por *todo* lo lo que tienen, porque lo gastan casi *todo*, en los

artículos más recargados. Se dice que es una contribución que no paga el que no quiere, porque con no comprar se está seguro de no contribuir; como si fuera *voluntario* el comer y alumbrarse, y posible *vivir* sin las cosas de primera necesidad. Como éstas son esenciales para la vida, el muy pobre se limita á ellas, lleva á sus hijos descalzos y desnudos, pero les da de comer; cuantos más tiene es más pobre y paga más contribución indirecta, de lo cual puede cerciorarse cualquiera que ajuste la cuenta de ingresos y gastos, comparándolos, no ya de un opulento y un miserable, sino de dos jornaleros pobres, uno que tenga poca familia, otro que la tiene dilatada, y se ve precisado á emplear todo su haber en los artículos más gravados por el impuesto.

Las contribuciones de consumos son *impuestos progresivos* en razón inversa, es decir, que hacen pagar *más* (en muchos casos) al que *menos* tiene, y nunca son *proporcionales* á la fortuna del que las paga; siendo esto cierto, lo es también que contra razón se defienden y contra justicia se establecen.

Los argumentos con que pretenden legitimarlas sus partidarios pueden reducirse á uno:

la mayor facilidad para cobrarlas; pero si se admite como bueno, la sociedad que tal hace y es consecuente, debe prepararse á absolver muchas malas acciones que pena, porque sus autores alegarán también que son *cómodas* para ellos.

Otros motivos se exponen que parecen burlas, y aun irritantes sarcasmos; pero nos haremos cargo solamente de la *facilidad.* El pobre y el miserable, que son los que principalmente pagan estas contribuciones, son imprevisores, gastarían lo que habían de pagar de una vez; no sería posible cobrar de ellos directamente una cuota fija, pero el impuesto que va *envuelto* en el precio del artículo tienen que pagarlo, y lo pagan *insensiblemente.* Si hay insensibilidad, nos parece que está en los que cobran, no en los que pagan; y aun suponiendo que no comprendan y razonen las causas de la carestía, sienten la escasez y el hambre: algo sospechan lo que contribuyen á ella las contribuciones indirectas, cuando son frecuentes las protestas. Pero, en fin, si no protestan, es porque *no saben* hacer valer la justicia, no porque no la tengan, y el aprovecharse de su ignorancia para vejarlos no nos parece la misión del Estado. ¿Cómo

éste puede llamar *fácil* un impuesto tan caro y tan complicado para recaudarse, y tan inmoral y desproporcionado?

El Estado parece que prescinde de toda consideración, de todo derecho, para no tener en cuenta más que este hecho: *La contribución de consumos produce mucho.* ¿Cómo? Esto no le importa. Pues debe importar, porque es muy importante. Debía saber que hasta el desvalido que socorre la caridad privada ó la beneficencia pública, al emplear la limosna, deja una parte de ella para el fisco; debe saber que, cuando hay un gran desastre en una comarca, se exime á los propietarios que han perdido sus frutos, sus ganados, etc., de la contribución *directa;* pero la *indirecta* no tiene entrañas, y en los grandes desastres de la industria y en la falta de cosecha y de trabajo, espía traidoramente al mísero obrero, y le arranca alguna de las monedas que tan angustiado cuenta temiendo que no sean bastantes para comprar un pan.

Las contribuciones parecían en otro tiempo establecidas por un hombre que, viendo por dónde iba, se extraviaba de propósito; hoy por un ciego que exige á bulto: debemos aspirar á

que se repartan por quien vea y quiera ir por el buen camino. A un jornalero que gana poco y tiene muchos hijos; á quien conocidamente no baste su escaso jornal para atender á las necesidades de la familia, no debe exigírsele contribución, para que el Estado tenga que darle con una mano lo que le saca con otra, devolverle en forma de socorro lo que cobró como tributo, mermado por el sueldo y los fraudes de los que recaudan las contribuciones y distribuyen los socorros. ¿Ha calculado bien la sociedad lo que saca *líquido* de la contribución exigida á la pobreza y á la miseria? Aunque para hacer la cuenta prescinda de injusticias y dolores; aunque no atienda más que al dinero, á la subvención *invisible*, pero *positiva*, del vicio, á lo que cuestan hospitales, inclusas, casas de beneficencia y pensiones, vería que no es buen cálculo establecer tributos que contribuyen á convertir los pobres en miserables y reducen éstos á la necesidad extrema.

Los hombres de Administración que pretenden serlo de Estado, y parece no saben más que aritmética elemental, dicen que esto son *teorías*, que para ellos es sinónimo de *sueños*, y que, en buenos principios administrativos, todos deben

contribuir á levantar las cargas públicas. Cierto, y que todos contribuyen; y hágase lo que se haga, ahora y por mucho tiempo, los pobres y los miserables contribuirán por mayor suma de la que corresponde á las ventajas que de la sociedad sacan. Y sucederá así porque, aunque se supriman las contribuciones indirectas, los pobres y los miserables pagarán gran parte de las que se imponen á los propietarios é industriales, y se incorpora al alquiler de la casa, al precio de los mantenimientos, vestidos, etc., etc.; aun saldrán recargados y perjudicados, pero no tanto como ahora lo están.

En cuanto á las *cargas públicas*, convendría formarse de ellas un concepto menos oficinesco y más exacto, y aun sustituir ese nombre por el de *obra social*, que da más exacta idea de la cosa. Tantos miles de obreros como trabajan con peligro de su vida ó de su salud, como arrostran intemperies, sufren mortificaciones en labores desagradables, penosas, arriesgadas, ¿no *contribuyen* á la sociedad con mayor suma de beneficios que los miles de personas que no dan más que algunas monedas de que no sabrían qué hacer si no hubiese quien penosamente transformara su valor en cosas útiles ó necesa-

rias? Tomando en masa los ricos, los pobres y los miserables, y añadiendo á las dos últimas clases algunos pensadores desinteresados, y hombres de acción activos é inteligentes, puede decirse con toda verdad que no son *mayores contribuyentes* los que la Administración califica de tales, y que los ricos son los que contribuyen menos á la obra social.

Así, pues, las contribuciones indirectas que tan directa y eficazmente contribuyen á la carestía deben suprimirse, porque, como dejamos dicho, y á nuestro parecer probado, son caras en su recaudación, injustas en su repartición y constituyen un elemento poderoso de inmoralidad.

La contribución directa influye también en la carestía, pero no de un modo tan inmediato; y por esto, y para mayor claridad y por su mucha importancia, le dedicaremos un capítulo especial.

Trabas y gravamenes.—Los derechos fiscales y protectores y las contribuciones indirectas, no sólo contribuyen á la carestía de la manera que hemos dicho, sino por la que favorecen todo género de fraudes y usuras coartando la libertad. Las reglas establecidas son tan absur-

das, tan tiránicas, que aplicadas con rigor harían casi imposible el tráfico; constituyen lo que podría llamarse el *derecho de vejación*, y para que los que pueden no le ejerzan en toda su plenitud hay que hacer grandes sacrificios pecuniarios, con los cuales se logra perder *menos* tiempo: como todavía se pierde mucho y el ganado es á costa de dinero, el precio de los transportes aumenta, y, por consiguiente, el de los objetos transportados. Contribuye también á subirle la necesidad de pagar encargados que llenen la multitud de requisitos y formalidades que el Fisco exige, constituyendo con ellos un verdadero laberinto, de donde no se sale sino con hilo de oro.

El monopolio, la usura, el fraude, florecen bajo la protección de la tiranía económica y de la arbitrariedad administrativa, y los que tal estado de cosas defienden en teoría y realizan en la práctica, ignoran sin duda hasta qué punto hace caro el comercio la falta de libertad.

La ociosidad.—Aunque hablamos de ella en otro capítulo con la extensión que su maléfica influencia merece, debemos recordar aquí que la gran masa de ociosos, vagos y semivagos son otros tantos elementos que faltan á la produc-

ción, concausas de escasez, y ya se sabe que todo lo que escasea sube de precio.

Excesiva ganancia del comercio.—Calificamos de semivagos en otro capítulo á muchos comerciantes al por menor, y en éste tenemos que ocuparnos de ellos también por lo que contribuyen á la carestía. Los fanáticos de la libertad (que los tiene como todas las cosas grandes) creen que ella sola basta para establecer, por medio de la concurrencia, el *mínimum* de precio compatible con una remuneración proporcionada al capital y trabajo empleados. Los hechos no demuestran la verdad constante de esta regla económica, cuyas infinitas excepciones le quitan el carácter de ley. La concurrencia unas veces rebaja hasta el límite económico el precio de los artículos; pero otras, cuando la ganancia es mucha, se aumenta el número de los que venden y de los intermedios entre el productor y el consumidor. Hay comercios que emplean un personal dos, tres, veinte, cuarenta veces más numeroso del que necesitan, cuyos operarios están sin trabajar una gran parte ó la mayor del día, y que tienen que mantenerse, y se mantienen, á costa del consumidor, que ha de pagar *mucho* las *pocas* ventas del mercader. El éxito

de las *asociaciones cooperativas* ha puesto en relieve cómo aumenta el precio de las cosas por la excesiva ganancia de intermedios codiciosos ó en excesivo número, y cómo el precio *natural* no es el precio *corriente*. La diferencia es tanta, que nunca se encarecerán bastante los beneficios de dichas asociaciones; pero, por grande que sea el incremento que han tomado en algunos países, en general puede decirse que la mayor parte de los compradores no se aprovechan de sus beneficios.

Si cuando el comercio realiza ganancias excesivas es en grave perjuicio de los consumidores bien acomodados que pueden comprar al por mayor, el daño se gradúa mucho respecto á los pobres, que compran pequeñas cantidades, peor pesadas y medidas, de inferior calidad y á mayor precio, no pudiendo hacer acopios cuando los artículos bajan, y contribuyendo á encarecerlos con su demanda constante, periódica, inevitable cuando tienden á la alza.

II

1.° No se demuestra con más claridad para nuestra inteligencia que los tres ángulos de un

triángulo equivalen á dos rectos, que se ha probado que los derechos llamados protectores de la industria lo son, no de ella, sino del fraude, del soborno, de la carestía, siendo causa del contrabando, que lo es á su vez de inmoralidad, delitos y crímenes.

Es verdaderamente desconsolador que después de tantos libros de tantos pensadores profundos, después de tantos argumentos sin réplica y pruebas evidentes, naciones tan cultas como la Francia subvencionen la extracción de azúcar de remolacha, y tan prácticas como los Estados Unidos impongan fuertes derechos de entrada á los hierros y otros artículos manufacturados.

Lo que hay que hacer en este asunto no es ilustrarle, porque lo está mucho; no es decir cosas nuevas, sino dar la necesaria publicidad á las que se han dicho, para que los errores económicos no busquen y hallen apoyo en la masa á quien tanto perjudican. Y en esta masa ignorante respecto á los asuntos económicos están la mayoría de las personas instruídas en otros conceptos. La economía política, que mejor se llamaría *social*, ó no forma parte del programa de estudios, ó si está se le da poca importancia;

ó si merecía alguna por la iniciativa del profesor, el alumno, cuando deja de serlo, olvida lo que aprendió en el aula: esta es la regla. Así se explica cómo sobre esta trama de ignorancia general teja el error y el interés bastardo la tela en que quedan envueltos y son sacrificados intereses legítimos y grandes elementos de prosperidad.

Hombres hay entre nosotros, muy beneméritos ciertamente, que trabajan por la libertad de comercio, y no es inútil su esfuerzo perseverante, porque, aunque lento, el progreso es perceptible. Para apresurarle era necesario prestarles eficaz apoyo personal ó pecuniario, según los medios de cada uno, á fin de que en conferencias, periódicos y cartillas llegase á ser popular la verdad, único medio seguro de extirpar el error.

Sin abandonar la propaganda contra los derechos protectores en general, convendría que una asociación se dirigiera en particular contra los que pesan sobre los artículos de primera necesidad, y especialmente sobre los cereales. Hace años clamamos, y en desierto como acontecernos suele, contra esta ley inicua (1); y como

(1) Número 249 de *La Voz de la Caridad*, correspondiente al 15 de Julio de 1880.

la reforma no se ha hecho; como la rapacidad fiscal continúa dando la mano á la llamada protección de la industria agrícola, que es protección de la carestía; como una mala cosecha dará á la miseria, que ya es grande, horribles proporciones, vamos á reproducir algo de lo que entonces dijimos:

«Pronto hará un año que, conocido el resultado de la cosecha, que fué en general muy mala, y conocidas también otras causas de miseria, previeron que iba á ser muy grande todos los que se ocupan de los miserables y los compadecen. No deben ser muchos en España á juzgar por los resultados; ó su actividad fué poca, ó han encontrado tantas actividades para el mal, y tan invencibles inercias para el bien, que éste no ha podido realizarse. El hecho es que en vano clamaron unos cuantos incansables para clamar en desierto; ninguna de las medidas indicadas para combatir el hambre que amenazaba se adoptó, y el hambre vino, y la vieron impasibles los que no la tienen y en vez de remediarla la agravan. Los periódicos han traído casos de muerte *inmediata* por falta de alimento, citando comarcas cuyos habitantes buscaban con ansia alimentos que nunca lo ha-

bían sido más que de animales y son impropios para alimentar al hombre. La emigración ha tomado proporciones nunca vistas, no limitándose ya á la que puede llamarse de la *pobreza*. Empezó la emigración de la *miseria*. El litoral de Levante envía sus hijos al Africa, y las provincias fronterizas de Francia y Portugal, á estas dos naciones. La última llega á reclamar por la vía diplomática respecto al gran número de miserables que van de España, cuyo Gobierno recomienda á las autoridades que *dificulten* la autorización para pasar la frontera portuguesa. En Cataluña se reclutan colonos para las posesiones francesas de Oceanía, y cualquiera que sea el objeto de la colonización (1) no se haría con catalanes si no tuvieran hambre. En Galicia, por la mayor densidad de población y por otras causas, la miseria ha tomado proporciones que la compasión no puede mirar sin dolor, y sin cólera el sentimiento de justicia. El *Diario de Lugo*, describiendo el angustioso espectáculo que presenció el primer día que repartieron socorros, dice que pasaban

(1) Resultó ser el robo; los reclutadores eran criminales, y los reclutados fueron víctimas.

de dos mil los pordioseros, y en un radio relativamente corto se calcula que pasan de *veinte mil* las personas que son víctimas de la miseria. En la provincia de Lugo, en Abril último, *el número de defunciones ha excedido al de nacimientos*. Las personas que saben algo de fisiología y del natural incremento de la población gallega, comprenderán hasta qué punto estará asolada por el hambre para que decrezca en vez de aumentar rápidamente.

....

....

»El Gobierno, semejante á un usurero de los más sórdidos, cuenta cuánto podrían valerle los *derechos*—¡qué derechos!—que la miseria paga en las aduanas por donde entra el grano que viene del extranjero (1); los representantes del país votan *la contribución del hambre*, como se la ha llamado ya; el mísero pueblo, haraposo y hambriento, paga esos soldados, y esos empleados bien vestidos y bien mantenidos, para que no

---

(1) En la aduana de Gijón se cobraron en poco tiempo *tres millones* de reales por derechos del maíz introducido, pagados por la gente más miserable, que es la que únicamente come pan de maíz.

dejen entrar el grano sino con un sobreprecio que no puede satisfacer.

....

....

»Tenemos, pues, Irlanda, aquella de los peores tiempos, en que el hambre hacía víctimas cuando el Gobierno inglés no permitía entrar cereales hasta que estaban á un precio exorbitante. Tenemos Irlanda en Poniente y en Levante, al Norte y al Mediodía; pero no hay Cobden, porque no hay *Liga*, y no hay *Liga*, ¿por qué? Yo os diré por qué, sin balbucear disculpas ni decir la verdad á media voz. No hay *Liga* porque no hay humanidad, ni sentimiento de justicia; porque no nos afligimos al ver á nuestros hermanos muertos de hambre; porque no nos indignamos al considerar el destino que se da á esos millones que han echado por fuerza en las arcas del Tesoro miles de manos descarnadas por la miseria; porque la conciencia no nos remuerde y no interponemos el veto de la opinión pública entre la multitud hambrienta y la despiadada rapacidad fiscal. Por eso hay Orovios y Cos-Gayones. ¿Qué más da un nombre que otro? ¡El Gobierno! ¿Por ventura debe pedirse á los Gobiernos lo que no pueden dar,

puesto que por muy rara excepción lo han dado alguna vez? Á los Gobiernos no hay que *pedirles* que hagan bien, sino *obligarles* á que lo hagan. El hecho está bien demostrado por la historia, y tiene explicación aunque no sea de este lugar el darla. Cuando decimos *obligar*, ya se comprende que no hablamos de coacción física, sino moral.»

Esta era la situación de hace cinco años (1), y será tal vez agravada la del primero en que la cosecha sea mala. Ya porque la carestía de los cereales es la más perjudicial de todas, ya porque sería menos imposible conmover la mole agitándola con la vista de los cuadros del hambre, ya porque cuanto más se dividen los obstáculos son más fáciles de vencer, desearíamos que se formara una asociación con el único fin de combatir los derechos de importación sobre cereales.

2.º La imperfección de la industria es un mal grave que tiene profundísimas raíces, y si no es incurable (porque no creemos que ninguno social lo sea) es de larga y difícil curación. Conviene comprenderlo así para buscar remedios

(1) Escrito en 1885.

apropiados á la dolencia y considerar como tales los que ni siquiera son paliativos.

La industria exige cada vez más inteligencia, y las nuestras desdeñan, por lo general, dedicarse á producir cosas materiales. Quieren ser abogados, médicos, diputados, ministros, y tienen desvío por las empresas de la industria. Un industrial ó comerciante, aunque sea muy humilde, si reune algunos ahorros, en vez de emplearlos en la mejora de su establecimiento y en dar á su hijo educación apropiada, de modo que haga progresar su industria, piensa en *darle estudios*, es decir, en que sea abogado, boticario ó médico, porque para ser industrial le parece que no se necesita estudiar. De esta común preocupación resulta que entre nosotros, por lo general, la industria está en manos de gente que sabe poco, que discurre apenas y sale de ellas como tiene que salir, atrasada y grosera. Mientras la cultura esté divorciada de la industria, como (salvas excepciones que dan brillantes resultados) lo está entre nosotros, hará sólo obra tosca y pagará poco al obrero.

La industria exige una actividad grande, cada vez mayor, para no quedarse atrás en el continuo progreso, tanto de la perfección como de

la baratura; y las actividades en España se dan á las milicia, á la política ó á la banca; arriesgan la vida, la tranquilidad ó la honra por grados, empleos ó negocios lucrativos, y no se aplican á la transformación de la materia bruta.

La industria exige espíritu de orden, perseverancia, parsimonia, economía, dotes raras entre los españoles, que por lo común ni son dados al ahorro, ni perseveran en las empresas que no son aventuras, y cuya fuerza, más bien que continua, es explosiva, como la de la pólvora.

La industria necesita inteligencia é instrucción, ciencia ó aplicaciones de ella, y en España se sabe poco, y eso poco es en una esfera muy distante de la industrial, ó no se piensa en aplicarlo á ella.

Podríamos continuar enumerando las condiciones que son indispensables para el progreso industrial y que nos faltan; pero basta lo dicho y la más ligera observación de los hechos para convencerse de que nuestro atraso industrial tiene raíces profundas en nuestro modo de ser. La ineptitud española para las empresas industriales y mercantiles está patente por todas partes: en las tiendas y almacenes llenos de productos de otros países; en los puertos,

donde acuden barcos ingleses ó noruegos á traernos lo que podíamos ir á buscar; en las obras públicas, que pagamos para que sean propiedad de los franceses, y en el gran número de extranjeros que ejercen en España industrias, ó se ponen al frente de empresas industriales.

Á mal tan grave se da como remedio lo que sirve para aumentarle, *la protección;* ella asegura la venta de los productos de inferior calidad, suprime el estímulo para mejorarlos, y manteniendo un ejército que defienda la carestía, queda la ignorancia y la pereza en posesión de un mercado que explota, perpetuando el atraso: ella encarece las primeras materias que vienen del extranjero, la maquinaria y medios auxiliares, las sustancias alimenticias, y oponiendo por todas partes trabas y obstáculos, es concausa poderosa de nuestra inferioridad industrial.

Hay, pues, que apresurar cuanto sea posible el movimiento iniciado hacia la libertad de comercio; todo lo que se haga en su favor contribuirá al incremento de aquellas industrias para las que tengamos mejores condiciones naturales.

Abierto este campo, desbrozado de aranceles, reglamentos, vistas y carabineros, es necesario echar en él la semilla de una educación industrial bajo estas bases:

Que los operarios se instruyan y discurran;

Que las personas ilustradas que discurren no desdeñen ni desconozcan las operaciones manuales.

Ya hemos indicado que las escuelas llamadas de Artes y Oficios, sobre ser pocas, están en general mal organizadas: se dan en ellas conocimientos teóricos, y no se enseña nada práctico; á veces Álgebra, y nada de manejos de herramientas ó aparatos, ni aun el conocimiento de ellos.

En la *Institución libre de enseñanza* se ha iniciado la reforma, y los alumnos, al par de la teoría, se ejercitan en la práctica, simultanean el trabajo psicológico con el manual, reciben lecciones de Geología en las montañas y de Mecánica en los talleres. Este es el camino: indicado está por los que, desdeñados ó calumniados, van delante, y más tarde ó más temprano serán seguidos (y en parte lo son ya) por sus mismos calumniadores. Hay que educar las nuevas generaciones para la industria, faci-

litarles los modos de aprender, estimularlas para que aprendan, empezando por preparar, remunerar y honrar á los maestros que en este género de conocimientos los instruyan.

La industria agrícola debiera ser objeto de una atención preferente, ya porque las condiciones de suelo y clima suprimen ó disminuyen en muchos casos las luchas desesperadas de la competencia, que tan fatales suelen ser para el operario, ya porque los productos están menos sujetos á las oscilaciones que fuerzan el trabajo ó le paralizan. Además, como la agricultura está entre nosotros tan atrasada, los medios que se emplearan para mejorarla, siendo propios, darían resultados evidentes que alentarían á los desconfiados amigos de la rutina.

Pocos estímulos damos al estudio de las ciencias y de las artes; pero la industria carece aún más de ellos: no tiene pensionados en el extranjero, ni premios en la patria, porque no merecen este nombre algunas cruces dadas en ciertos días que marca el calendario, y que, por lo común, sirven más á la vanidad que al mérito.

Aunque pedimos á los poderes públicos remoción de obstáculos y medidas propias para promover los progresos de la industria, la infe-

rioridad de la nuestra, que tiene raíces profundas en la historia, y quién sabe si en la raza, no se remedia con medidas gubernativas ni con leyes aisladas de la opinión; y mientras las corrientes de ésta no varíen, mientras la ignorancia, el desdén y la inercia no se combatan con el saber, el aprecio y la actividad, nuestros establecimientos serán pocos y malos, y los operarios que empleen no estarán, por lo general, bien retribuídos.

3.° Las contribuciones indirectas con causa tan directa y eficaz de carestía, deben desaparecer: ya sabemos las dificultades con que se lucha para sustituirlas, hijas del egoísmo, y sobre todo de la ignorancia; pero es necesario combatirla generalizando los buenos principios, popularizando la razón y combatiendo el argumento de que es bueno lo contra ella establecido porque se hace en los pueblos más cultos, como si la delación comprada, porque se practique en Inglaterra, fuese un elemento de justicia.

4.° Las trabas y gravámenes y la reglamentación son males grandes por sí mismos, y que se agravan mucho por empleados holgazanes ó que quieren sacar un sobresueldo por cum-

plir con su obligación. Las leyes y disposiciones absurdas son núcleo de todo género de injusticias, y alrededor de ellas se agrupan y toman cuerpo todo género de arbitrariedades y lucrativas vejaciones. Para extirparlas de raíz no hay más que la libertad de comercio; pero algo podrían limitarse si los comerciantes y empresarios de transportes terrestres y marítimos formasen una liga contra los explotadores de reglamentos y de leyes, y, dando publicidad á sus consecuencias, apresurarían su caída y aminorarían sus estragos: escribimos *estragos* sabiendo el valor de la palabra y creyendo que está bien apropiada. Si hubiera unión entre los que comercian y transportan, no serían vejados uno á uno y en tan gran escala como hoy lo son. Un armador dice: «El puerto de Barcelona es muy caro; me cuesta seis ú ocho mil duros anuales.» Cualquiera supone que se trata de mantenimientos, medios de descarga, comisiones, etc., etc.; pero el que está en el secreto sabe que esta carestía *sui generis* se refiere á las vejaciones oficiales que se evitan, en parte, con dinero. Si estas y otras cosas análogas combatieran, no individual, sino colectivamente; si se publicaran un día y otro día y siempre, iría des-

pertando la dormida opinión pública, abriría los ojos á la luz de la verdad, y si no remedio, alivio tendrían males cuya intensidad no se concibe sino en la obscuridad y el silencio. Hay entre los españoles más fatalismo árabe que resignación cristiana, y tendencia á considerar irremediable todo daño, y más si parte de la esfera oficial: porque la opinión pública es poco, se tiene en nada, formándose el círculo vicioso de que no se recurre á ella porque es débil, y que es débil porque no se la ejercita invocándola.

Mientras este modo de ser no cambie; mientras la especulación honrada no se una contra la especulación inmoral, las trabas y gravámenes se elevarán al cuadrado, al cubo, á la quinta potencia, contribuyendo á la carestía; porque todo mal que no lleva en su mismo exceso el remedio (y éste no le lleva), si no se le pone coto, aumenta.

5.º La ociosidad, que se extiende por todo el territorio, que arrastra galas ó harapos, libreas, togas, uniformes ó cadenas, es mal que, no ya para extirparle, sino para minorarle, necesitaba combatirse con fuerzas poderosas. Era menester una asociación de trabajadores, intelectuales y

manuales, donde el artista estuviera al lado del metafísico, y el artesano con el jurisconsulto, y todos reunidos, en espíritu de actividad productora, atacaran por cuantos medios les sugiriese su ingenio, su conveniencia y su justicia á los ociosos, cualquiera que fuese su clase y categoría. Los principales esfuerzos deberían dirigirse á los jóvenes, y sobre todo á los niños, para que aprendieran á mirar al ocioso como un sér despreciable y perjudicial, derrochador de la vida y de los altos dones que recibió para embellecerla, honrarla, hacerla útil, y emplea contra sí propio y contra la sociedad, de quien es repugnante parásito. A la juventud y á la niñez hay que dirigirse para combatir errores y formar hábitos, porque el que le tiene de holgar y honrar holgazanes, difícil es que se limpie de la lepra moral que le cubre.

Debería también intentarse á toda costa modificar la administración y organización de los institutos armados, que son á la vez almacén, plantel y refugio de holgazanes.

¡Ardua empresa! Cierto; pero si se empezara á llamar la atención de los que trabajan sobre el gran número de ociosos que tienen que mantener, y esto un día y otro, y un mes y otro mes,

se empezarían á fijar en el asunto, y sólo con esto se habría dado un gran paso.

6.° La excesiva ganancia del comercio es efecto de muchas causas, una de ellas los vejámenes que sufre y de los que se resarce á costa del consumidor, de modo que con extirparlos ó aminorarlos se reducirían los precios.

El sobrado número de vendedores es en parte consecuencia de la holgazanería, de modo que combatiéndola, se disminuirían. Los que no quieren trabajar, buscan un empleo ó procuran *poner un trato.* Ya es antiguo el dicho de que vale más *libra* de trato que *arroba* de trabajo. Con esto y los hábitos de usura que hay en todo país atrasado y falto de actividad y moralidad, se comprende la naturaleza del mal y la dificultad de remediarle. La libertad de las transacciones le aminoraría; por eso debe trabajarse á fin de lograrla, por ser de eficacia directa y relativamente más breve que cambiar ideas y hábitos, encaminando hacia el bien energías que atienden más al lucro que á la equidad.

Aquella parte de la carestía que es consecuencia de la excesiva ganancia del comercio y del gran número de innecesarios intermedios entre el productor y el consumidor, se combate eficaz

y directamente con las sociedades cooperativas de consumo.

No nos detendremos á encarecer sus ventajas, ya generalmente conocidas, limitándonos á indicar con dolor y franqueza los obstáculos que entre nosotros encuentran para prosperar. Estos obstáculos son:

La falta de espíritu de asociación;

La ignorancia;

La pereza;

La inmoralidad.

Algunas sociedades cooperativas han fracasado por mala administración, por desidia de los que estaban interesados en que fuese buena, por falta de los conocimientos indispensables para hacer las compras con ventaja; otras por fraudes, y hasta por fugarse con los fondos el que los tenía. Como entre nosotros el espíritu de asociación es tan débil, no resiste á tales escarmientos, y cada tentativa inútil cierra el camino á nuevas empresas.

A los obstáculos señalados arriba, hay que añadir uno: la contribución de consumos. Hay artículos tan recargados, que pagando todos los derechos que devengan salen tan caros, y aun más, comprados directamente al productor que

proveyéndose en casa del comerciante. ¿Cómo se ingenia éste? Fácil es de comprender, siendo esta circunstancia otra razón más para suprimir la contribución de consumos.

¿Cómo los pobres y los miserables han de combatir solos tan poderosos obstáculos y aprontar el capital indispensable para los anticipos? Se comprende la dificultad, la imposibilidad en muchos casos. La clase más ilustrada y acomodada es la que puede y debe tomar la iniciativa, asociándose á los pobres y miserables para procurarles ventajas que podrían serlo para todos, pero que no pueden lograr los que carecen de recursos pecuniarios é intelectuales. La dificultad está en vencer la pereza y encontrar algunos auxiliares honrados; es grande, pero no hay otra.

Otro medio menos eficaz, pero más fácil, podría adoptarse, ya para conseguir desde luego alguna ventaja, ya para preparar otras mayores fomentando el espíritu de asociación en empresa muy sencilla, ya para perseguir á los vendedores al menudeo, que son los que más explotan la miseria y sostienen los precios exagerados. Una asociación de consumo podría simplificarse hasta el último límite reduciéndola á este objeto y compromiso:

Comprar una cantidad dada (en mínimum) *á un comerciante dado, con una rebaja dada de los precios corrientes al por menor.*

Eligiendo los comerciantes que tuvieran mejores condiciones de moralidad, inteligencia y pecuniarias, es indudable que se obtendrían grandes rebajas en los precios; y si este procedimiento tan sencillo se generalizara, los compradores saldrían muy beneficiados, disminuyendo el número de expendedores al menudeo, que, en vez de ser perjudiciales vendiendo, podrían ser útiles trabajando.

Como conclusión y complemento á lo dicho, sentaremos este principio:

Toda injusticia, toda inmoralidad, todo error se convierte directa ó indirectamente en carestía.

CAPÍTULO V

DE LOS QUE SON MISERABLES PORQUE LA RETRIBUCIÓN DE SU TRABAJO ES INSUFICIENTE. *(Continuación.)*

Trabajo barato.

Para gran desdicha, las causas determinantes de que las cosas necesarias resulten caras contribuyen poderosamente á que el trabajo esté barato; y si cualquiera de las dos circunstancias determinaría la penuria, reunidas producen la miseria.

En efecto, cuando se produce caro no es posible pagar bien á los operarios en general, y los menos hábiles, los que se sustituyen con facilidad, aquellos de que *hay siempre más que se necesitan*, son los que sufren las rebajas imposibles de realizar en la maquinaria, primeras materias, combustible, etc., etc.

No hay datos estadísticos para saber ni aun aproximadamente el número de obreros que reciben por su trabajo una remuneración insuficiente para proveer á la subsistencia suya y de su familia (1); pero cualquiera que se ocupe de estas cosas y conoce familias de obreros, sabe que hay un gran número cuyo jornal es insuficiente.

(1) De la información mandada abrir para conocer y mejorar la situación de la clase obrera se obtendrán algunos datos, pocos, pero que serán de suma importancia, porque sabiendo cómo están los obreros en un pueblo, con ligeras modificaciones, á veces sin ninguna, se viene en conocimiento de su situación en todos ó en la mayor parte. De Gijón tenemos los auténticos datos siguientes. Un oficial de carpintero, cantero ó albañil, que gana tres pesetas de jornal en los días de trabajo, descontados los que no le tiene por mal tiempo, fiestas, etc., no tiene útiles más de 237 días, y después de pagar la casa sólo le quedan 567 pesetas, ó sea 1,55 diarias; y como lo que necesitaría para la alimentación indispensable fisiológica son 2,745, suponiendo que tenga mujer y tres hijos, resulta que no gana ni dos tercios de lo que debería emplear en alimentos. Los peones no llegan á reunir *el tercio* de lo que necesita para comer una familia. Como en realidad tienen que gastar en vestir, resulta que, aun cuando la mujer y algún hijo gane algo, la regla es que entre todos no reunen para alimentarse como es preciso para no perder la salud.

Para no formar cálculos equivocados con números que se tienen por exactos y no lo son, conviene tener presente, entre otras, dos circunstancias:

1.ª Que cuando se toma el *jornal medio*, ya sea en una población, ya en un establecimiento fabril industrial, y por este dato se juzga de la situación de la clase obrera, se comete un error, porque arriba y en medio hay jornales elevados, á veces participaciones en las ganancias, que constituyen una utilidad considerable, sin que por eso la clase ínfima de trabajadores dejen de estar en la miseria.

2.ª Que es muy común al echar las cuentas al obrero sumarle jornales de 10, 12, 14 ó 16 reales, sin restar los días que no tiene trabajo, los que está enfermo y los festivos, que tal vez dejan reducida su ganancia á la mitad ó menos.

Sentamos como un hecho, desgraciadamente cierto y evidente para todos los que saben cómo viven los obreros, que hay miles, muchos miles de ellos, cuyo jornal es insuficiente para atender á sus necesidades y obligaciones. Compárense los jornales de otros países, de Francia é Inglaterra, por ejemplo, y el precio de las viviendas y mantenimiento con los de España, y

resultará el convencimiento de que el obrero español es de los más desdichados, el que está en peores condiciones económicas de los pueblos que merecen el nombre de cultos. Las causas de este mal gravísimo son muchas; señalaremos las más directas y poderosas:

Atraso de la industria.—Consecuencia de él es que la mayor parte de los trabajos manuales que se hacen en España son de los que no exigen destreza, y que, por consiguiente, están poco retribuídos: aquí se hace mucha obra material que en gran parte ejecutan las máquinas en otros países, y la retribución del obrero disminuye con su importancia técnica, y sobre todo con la facilidad de hallar quien le sustituya, porque, en general, cuando se despide un bracero, hay dos, cuatro, diez, que se ofrecen á ocupar el puesto que deja.

Fijémonos en cualquiera de las primeras materias que se exportan de España para volver elaboradas, el hierro, por ejemplo, y nos convenceremos de la exactitud de lo dicho. Se lleva á Inglaterra una tonelada, cuya extracción y embarque representa el bajo jornal de cierto número de braceros; esta tonelada vuelve convertida en limas, tijeras, máquinas, muelles, etc.,

y representa el trabajo de obreros más hábiles y mejor retribuídos. Como son miles y millones de toneladas las que salen de España en estas condiciones, resulta que es una causa general, permanente y poderosa del precio ínfimo del trabajo manual el que éste no ejecute más que la obra tosca, que por serlo, y porque la hace cualquiera, se paga mal.

Poca aptitud del trabajador.—Además del gran número de industrias que no existen en España, cuyos operarios diestros están bien retribuídos, en las que tenemos se nota por lo común gran inferioridad respecto á las extranjeras, efecto de muchas causas, siendo una la poca destreza del obrero: esto depende en parte de la falta de educación é instrucción del hombre, y en parte de la escasa ó mal dirigida instrucción industrial. Las escuelas (pocas) establecidas con este nombre, corresponden mal á él; no se adquieren, ni en teoría ni en práctica, los conocimientos necesarios para que salgan de allí obreros aptos que, perfeccionando la obra, puedan mejorar su situación económica.

Los derechos protectores hacen sostenible la competencia entre ciertos productos nacionales y los superiores extranjeros; pero esto no me-

jora la condición del operario, según erróneamente le hacen creer, antes le perjudica: como consumidor, paga, y muy cara, la protección de otras industrias; y en la suya, si hay grandes utilidades, son para el patrono, que, merced á la superabundante oferta de brazos poco hábiles, puede tenerlos á menos precio.

Poca consideración que inspira el obrero.—La condición económica del trabajador mal retribuído suele ser en parte consecuencia de la condición social del ciudadano poco considerado y de la intelectual del hombre sin cultura.

Una de las causas de que el obrero esté mal retribuído es que inspira poco aprecio, tiene poca personalidad y confusa idea de su derecho, y tal vez errónea de los medios de hacerle valer.

El bracero inspira escasa consideración á las clases bien acomodadas, porque hay mucha desigualdad entre él y ellas. En el fondo de todo aprecio y simpatía existe un grado *necesario* de semejanza. Formemos una escala de todos los seres animados, desde el infusorio al hombre, y notaremos que á medida que más se elevan en ella, es decir, que más se *parecen* á nosotros, nos interesan más; y no se explica de otro modo

la indiferencia con que se aplasta un gusano y la compasión que nos da ver sufrir á un perro. Sin duda que la cuestión es muy compleja, y que el hábito, ciertas ideas, ciertos errores, el atractivo de la hermosura ó la repulsión del temor, pueden influir y neutralizar en parte ciertos efectos de la semejanza, pero en parte nada más, porque su influencia, si no decisiva, es siempre poderosa para determinar la simpatía.

El poder de la belleza es grande; pero aunque recree el ánimo y hasta le eleve, no basta para inspirar afectos. Una bellísima flor se *admira*, pero no se *ama;* y el perro más feo es querido de su dueño, que, tal vez pobre, le da pan quedándose con hambre.

Los afectos que sentimos por los animales cuando están exentos de interés y preocupación, crecen á medida que ellos, por sus sentimientos é inteligencia, se aproximan á nosotros, es decir, que se nos parecen más. Y ¿cómo llamamos á las criaturas que nos inspiran respeto, aquellas por quienes estamos dispuestos á vencer nuestros apetitos egoístas y en las que reconocemos derechos que nos imponen deberes en ocasiones muy penosos de cumplir? El lenguaje vulgar tiene aquí exacta significación

y mucha filosofía, indicando con una palabra las condiciones que una criatura necesita para que se considere como persona, como sujeto de derecho, objeto de deber y causa de simpatía. Decir *semejante* es decir hombre; la humanidad es semejanza, y en ella se apoyan y de ella parten leyes, preceptos religiosos, reglas morales, impulsos afectivos y reciprocidad de benévolos sentimientos.

Si no cabe duda de que apreciamos y amamos á los hombres por semejantes, también es cierto que nos inspiran más aprecio y afecto á medida que se nos asemejan más. En igualdad de todas las otras circunstancias, no nos interesa tanto un salvaje de las razas menos afines á la nuestra, como un individuo que pertenece á ella, y entre los que la componen aumenta la benevolencia con la analogía. En esa especie de liga tácita que forman los individuos de una misma clase, en la mayor propensión á favorecerse y amarse, pueden entrar muchos elementos morales y sociales, pero seguramente es uno de ellos la mayor semejanza que entre sí tienen.

Esto se ve mejor en aquellos pueblos en que hay desigualdades grandes, y donde las castas

la esclavitud y la servidumbre establecen diferencias que parecen esenciales. El embrutecimiento y la cultura, la humillación y la soberbia, la energía y la debilidad, no pueden ser armónicos; ni los hombres entre quienes existen tales contrastes estarán unidos por afectos benévolos: el temor por un lado, el abuso de la fuerza por otro, son los únicos lazos que existen entre los que moral é intelectualmente se desemejan en sumo grado.

La inferioridad, cuando es grande, cuando parece esencial, determina sentimientos muy distintos de los que mutuamente se inspiran los que se tienen por iguales. Cuando un amo de esclavos es duro, cruel con ellos, depende en parte de que no los considera como semejantes. Por eso desgarra sus carnes con el látigo, y su corazón rompiendo los lazos de familia, sin remordimiento, y aun muy persuadido de que está en su derecho, porque aquellas criaturas son de otra especie, en su concepto.

Sin llegar á tal extremo, aun en pueblos en que existe igualdad ante la ley, pero en que hay grandes desigualdades intelectuales y económicas, ¿no podemos observar cierto desdeñoso desvío que no predispone á la benevolencia, en-

tre los que dicen: *esa gente no discurre, no siente, no prevé*, etc., y los calificados de imprevisores, brutos ó insensibles? Es casi infinito el número de juicios equivocados y de injusticias que mutuamente se hacen las clases separadas por grandes diferencias, superpuestas, no armonizadas, y cuyos individuos, tolerándose por necesidad, mirándose por el prisma de la pasión y el error, se desconocen porque no se aproximan, se odian porque se desconocen y se acusan porque se odian.

Ha de tenerse en cuenta que la desigualdad exagerada influye en los sentimientos de dos modos: creando grandes diferencias que perturban la armonía, y sirviendo de obstáculo para que se vean las semejanzas armónicas. Los defectos, los vicios, los delitos, todos los impulsos malévolos puestos por obra, como son de suyo perturbadores y repulsivos, se codean y se notan, estén abajo ó arriba; y por alejadas que se hallen las clases, llega á conocimiento de todas el mal que hace cada una. El lujo insolente, la suciedad descuidada, la altanería y la abyección, la hipocresía y el cinismo, la violencia acompasada ó tumultuosa, los ataques á la propiedad arteros ó brutales, todas estas cosas y

otras que dañan, indignan y afligen, son pregonadas por la trompeta del escándalo. Pero las buenas acciones y las virtudes que en todas las clases existen pasan desapercibidas para las que se hallan muy alejadas. Desconocen sus méritos, ni aun pueden sospecharlos, ignorando mutuamente su manera de ser, que juzgan por apariencias engañosas. Sobre que los buenos procederes, lejos de producir rozamientos y ruidos en la sociedad, se deslizan calladamente haciendo bien, y los que le realizan son los menos dispuestos á pregonarle; sobre que existen méritos que ignora el mismo que los tiene, y cree que no hay ninguno en el cumplimiento de un deber á que no comprende que se pueda faltar, sucede, además, que halla mayor número de ecos el vituperio que el elogio, y que la voz pública grita más cuando dice á las clases apartadas entre sí lo que contribuye á alejarlas, que aquello que las podría aproximar.

En ocasiones solemnes, en peligros graves, hay circunstancias en que se aproximan los que están más distantes, en que se prescinde de diferencias, en que desaparece el marqués, el abogado, el albañil, el labrador: no queda más que el hombre, y callan las vanidades y los odios,

y hablan el sentimiento y la conciencia. En estas aproximaciones se ven semejanzas no sospechadas, y se sienten simpatías y se reparan injusticias. Pero tales casos excepcionales no pueden destruir el efecto de la regla, que es un alejamiento auxiliar de la malevolencia entre los que ocupan los extremos de la escala social.

Se ha dicho hace ya tiempo *que la aristocracia no tenía entrañas*. ¿Por qué? Porque se creía de otra especie que la plebe, y porque realmente era muy distinta. Sin igualdad en el grado necesario, no puede haber fraternidad: se escribirá en los libros ó en las banderas; pero no estando grabada en el corazón de los hombres, si se llaman hermanos será por hábito y casi necesariamente, ó por hipocresía. Tocqueville cita á este propósito cierta carta de madame de Sévigné, una mujer vehemente y tierna, que da noticia á su hija, con un gracejo cruel, de la frecuencia de las ejecuciones capitales, en que los plebeyos morían á manos del verdugo, y á veces horriblemente torturados. ¿Habría hablado en el mismo tono si las víctimas hubieran sido de su clase, gente distinguida, caballeros principales? Seguramente que no: así no se habla de *semejantes*, sino de chusma ab-

yecta y despreciable, con la cual se cree no tener nada ó poco de común. Y esta cita no es rebuscada; la historia está llena de documentos, y los Códigos de leyes que prueban los diferentes sentimientos que inspiran los hombres según sus clases, cuando entre éstas hay diferencias muy grandes. Aun sin recurrir á la historia, observando lo que alrededor de nosotros pasa, podremos comprobar esta verdad con numerosos hechos, y tal vez con los propios sentimientos, si con sinceridad los analizamos. Posible es que tengamos mayor simpatía con las personas de nuestra clase, que no estemos exentos de prevenciones respecto á los de abajo ó á los de arriba, que nos hallemos más dispuestos á favorecer á los que tienen una posición más parecida á la nuestra, y que tengamos por más *prójimos* á los más *próximos*.

No estamos de acuerdo con los filósofos moralistas que consideran la simpatía y el sentimiento como base de la moral y, por consiguiente, del derecho; pero tampoco con los que niegan al sentimiento y á la simpatía la parte que les corresponde en las determinaciones de la conciencia, en las costumbres, las leyes y los destinos humanos. La manera de ser del indi-

viduo y de la colectividad es la del hombre, del hombre completo, con todos los elementos de su naturaleza; y cuando se la quiere mutilar con sistemas, cuando se prescinde de la razón ó de los afectos para explicar las determinaciones ó señalar los deberes, cuando se da preponderancia á causas que no la tienen, ó se supone sucesivo lo que es simultáneo, tanto como se desconozca la verdad se prescindirá de la justicia.

Aunque la simpatía no sea base de la moral ni la exclusiva causa determinante de las acciones del hombre; aunque el sentimiento es influído por la razón, á su vez influye en ella de modo que en los afectos hallamos la influencia de las ideas, y en las ideas la de los afectos.

Que lo sentido influye en lo pensado, y lo que pensamos en lo que sentimos, cosa es que no puede negar nadie que analice sus determinaciones. Si nos fuese indiferente en absoluto ver en peligro de muerte á un hombre, y á todos les sucediera lo mismo respecto á los demás, ¿tendría poder bastante la razón para persuadirnos que era un deber la molestia, el trabajo y hasta el sacrificio para auxiliar al que peligraba? Los raciocinios, ¿no se estrellarían contra el brutal *qué me importa* del egoísmo,

de todos los egoísmos, que hacían de la conciencia pública como una montaña de hielo? ¿Qué idea se formaría del mal cuando no entrase en ella el daño que se deplora, el dolor que se compadece? ¿No es permitido dudar de que la inteligencia sola llegase á discernir el mal del bien si el hombre no sintiera absolutamente nada los padecimientos del hambre y le impresionaran lo mismo los ayes del dolor que la expresión placentera de la dicha? ¿Qué medios tendría el entendimiento solo para persuadir á la humanidad insensible de que el sacrificio y la abnegación no eran una ridiculez y una locura? ¿A qué se aplicarían las formas de la razón? ¿No les faltaría materia? ¿No permanecerían en una inmovilidad abstracta, ó se agitarían en el vacío? ¿No buscarían en vano un punto de apoyo para la palanca que intentara mover el mundo moral? Pero no existiría mundo moral, ni humanidad, que no se concibe sin sentimiento como sin inteligencia. Esas mutilaciones imposibles no deben tenerse en cuenta sino para condenarlas con el espíritu de sistema que las imagina.

Tomando el hombre como es, con inteligencia y sentimientos que mutuamente se influ-

yen, la desigualdad exagerada que entibia los afectos de las clases habrá de influir en sus ideas, y el modo de pensar y de sentir, en las costumbres, las leyes y la organización social. A menos semejanzas corresponderán menos simpatías, menos disposiciones benévolas, menos lazos espontáneos, y mayor necesidad de basar el orden, no en la armonía, sino en el cálculo, el temor y la fuerza. Los afectos disminuyen ó suprimen muchos rozamientos y evitan muchas explosiones. Es claro que si todos los hombres se amasen verdaderamente, sin leyes se realizaría el bien de todos y desaparecería de la sociedad toda injusticia: es un ideal á que no es probable que se llegue; pero no es un sueño, porque puede realizarse y se va realizando en cierta medida, y porque en acercarse á él está la perfección y prosperidad de los pueblos. Éstos se hacen la guerra por muchas causas: una es porque no se aman; luego se aborrecen porque se hacen la guerra y porque se la han hecho. En las clases de un mismo pueblo, cuando hay entre ellas desigualdades que constituyen diferencias exageradas, sucede algo parecido: porque están lejos y no se asemejan, no simpatizan; porque no

simpatizan no se hacen justicia, y porque no se hacen justicia son mutuamente injustas; y como existen entre ellas relaciones *necesarias*, es más fácil que sean contra derecho que basadas en la equidad. En el mundo moral, como en el mundo físico, toda fuerza en acción produce un efecto, y el hombre, todo hombre, es una fuerza en acción. Por miserable que sea y por insignificante que parezca, tiene un poder: le tiene el mísero que da lástima, la ramera que da escándalo, el bandido que da miedo. La sociedad es una serie de acciones y reacciones morales é intelectuales en que toman parte todos sus individuos, y no hay nadie que no influya y no sea influído en este incesante movimiento. Ya se comprende la ventaja y aun la necesidad de que sea ordenado, y que las partes de ese todo, que no son, que no pueden ser extrañas unas á otras, tengan ideas y sentimientos análogos, ya que tienen un destino, hasta cierto punto, común.

Puede haber y hay excepciones honrosas, *fraternidades individuales* entre personas muy desiguales; pero las clases, cuando distan *mucho*, se aprecian y se aman *poco*, y *menos* cuanto *más* se alejan.

Es posible que alguno suponga que nos salimos del asunto; pero estamos muy *dentro* y muy *hondo* en él. Entre la masa rica y la miserable hay profundas diferencias que de la esfera intelectual y afectiva pasan á la económica, influyendo en la distribución de la riqueza y de las utilidades del trabajo.

A los ricos les parece natural y justo trabajar poco ó nada, ganar bastante ó mucho, y que los miserables tengan hambre cuando no tienen trabajo y coman escasamente cuando trabajan.

Les parece natural y justo hacer un presupuesto muy elevado de sus gastos indispensables, aquellos de que *absolutamente* pueden prescindir; y que el salario de los miserables se atenga á las leyes de la oferta y la demanda, subiendo cuando hay pocos, bajando cuando hay muchos; sin considerar que los hombres no son sacos de trigo; que, muchos ó pocos, necesitan un *mínimum* para vivir que no está relacionado con las leyes económicas, sino con las fisiológicas, y que, cuando no le tienen, sufren, enferman y mueren.

Les parece natural y justo holgar ó trabajar sin fatigarse, y que los miserables agoten sus fuerzas trabajando.

Les parece natural y justo no economizar gasto para precaverse de los agentes exteriores perjudiciales ó molestos, y que á los miserables, por economía, se los dedique á trabajos insalubres sin precaución alguna, sacrificando su salud y en ocasiones su vida.

Les parece natural y justo comer el pescado que representa, no sólo trabajo, sino peligro de la vida; dar apenas con qué sustentarla al pescador, y cuando muere en el mar no ocuparse de lo que será de su viuda, de sus hijos ó de su madre.

Les parece natural y justo que el rédito del capital y la retribución del trabajo más ó menos inteligente dedicado á las empresas industriales no estén en proporción con lo que se paga el trabajo manual; como si el dinero y la inteligencia sirvieran de algo sin la cooperación del obrero.

Les parece natural y justo que la gente limpia, instruída y con buenas formas goce, y que la gente sucia, ignorante y grosera sufra.

Les parece natural y justo que ellos, previsores, instruídos y prudentes, se aprovechen de la imprevisión, de la imprudencia y de la ignorancia de los miserables.

Les parece natural y justo que en toda empresa, no sólo el mayor provecho, sino toda la honra, sea para el que la manda ó dirige, y que los que siguen ú obedecen no tengan palma, ni gloria, ni posteridad, aunque sean mártires ó héroes.

Todas esas cosas les parecen, nos parecen, naturales y justas y necesarias, como se lo parecía la esclavitud en la antigüedad, no sólo al vulgo de los que la explotaban, sino á los grandes hombres de Estado y á los profundos filósofos: parecen justas y naturales por la gran diferencia que media entre ricos y miserables, porque, cuando la desigualdad se gradúa, podrán fraternizar algunos individuos, pero no fraternizan las clases. Hay desdén, desvío, dureza, injusticia, todo, sin que se aperciban de ello los desdeñosos ó injustos, que lo son las más veces de buena fe, considerando la suerte de los que están muy abajo y muy lejos tan inevitable y fatal como el rigor de las estaciones.

¿Cómo nacen, viven y mueren los miserables? Un corto número de personas bien acomodadas lo estudia, lo sabe y lo siente; la mayoría, ó no piensa en ellos, ó supone que están como pueden y deben estar, pareciéndole muy lógico que

el carro de la civilización marche como el de ciertos ídolos, destrozando con sus ruedas numerosas víctimas. Con tales disposiciones, las *superioridades reales* se creen en derecho y tienen poder para exigir y alcanzar *ventajas exageradas*. Por regla general, muy general, *siempre que se desprecia se oprime, y siempre que se oprime se explota* (1).

Falta de personalidad del obrero.—La falta de personalidad de gran número de trabajadores, á quienes con desdichada exactitud se llama masas, es un poderoso elemento de la depreciación de su trabajo; para él puede decirse que en cierto modo existe la esclavitud: no es personal, no le hace esclavo de *los hombres*, pero sí de *las cosas:* el amo no tiene un nombre de pila y un apellido de familia; el tirano se llama

(1) La afirmación de Adam Smith, de que la recompensa pecuniaria que una clase da á otra aumenta en proporción del *desprecio* y no de la *simpatía*, es insostenible, y apenas puede citarse en su apoyo más que el caso del verdugo ú otro análogo, en que se indemniza con algún dinero, no mucho, el horror y la infamia que inspira el oficio que se retribuye; así y todo, véase la diferencia de retribución que recibe el que firma la sentencia y el que la ejecuta.

hambre, frío, concurrencia; pero hay que obedecerle diga lo que diga, y someterse mande lo que mande. Se dirá que todos nos sometemos á las exigencias de nuestra situación; que pueden variar con ella, pero que siempre suponen esfuerzos, abstenciones, una voluntad que se contiene, se contraría ó se dirige. Cierto; pero los hombres libres *se someten por razón á cosas razonables*, y los esclavos *por necesidad á cosas absurdas;* la diferencia es esencial, y con disfraz ó sin él, hay esclavitud siempre que el hombre sigue por fuerza (por una fuerza, sea la que quiera) un camino que en razón no debía seguir.

Es un progreso y no lo desconocemos, felicitándonos de él, que la tiranía pase de los hombres á las cosas; pero no hay que exagerar las ventajas del cambio, ni creer suprimida la esencia porque ha variado la forma, ni imaginarse que, habiendo desaparecido la tiranía personal, no pueda existir más ó menos graduada la colectiva.

Puesto que hay esclavos, y los miserables lo son, hay tiranos.

Decir *la tiranía de las cosas* es una manera de expresarse abreviada, no exacta, para signi-

ficar la de las *colectividades* cuando se trata de fenómenos que se realizan en la sociedad sin ser naturalmente necesarios.

Que la esclavitud sea una relación necesaria, una ley natural, parece cosa imposible de sostener ya; de manera que es obra social, y la responsabilidad no dejará de existir porque no pese sobre un individuo determinado.

Insistimos en que hay progreso en esta transformación; mas dada la naturaleza humana (y no debemos desconocerla por humanidad), de la tiranía personal á la libertad no podía irse sin pasar por la tiranía colectiva; pero debe comprenderse que estamos en ella: porque haya aumentado el número de los emancipados y disminuído el de los esclavos, éstos son todavía bastantes.

Los que no han tratado y compadecido mucho á los miserables; los que no saben cómo nacen, cómo crecen, cómo viven, cómo son, juzgarán que exageramos al afirmar que hay esclavos. ¿No tienen los mismos derechos que los demás hombres? ¿No tienen abiertas las escuelas para aprender, la Bolsa para negociar, la carrera militar para acreditar su valor? ¿No pueden ser sabios, capitalistas y héroes? ¿No lo han sido algu-

nos que salieron de las últimas filas del pueblo? Sí; alguno entre millones, y éste tal vez no saldría de entre los miserables, sino de entre los pobres; porque ni para estos hechos hay estadísticas, ni cosa tan esencial como la diferencia entre la *pobreza* y la *miseria* pasa de un matiz imperceptible para el mayor número de los que influyen en la marcha de las sociedades. Pero los que distinguen la pobreza de la miseria y han estudiado bien ésta, saben que esclaviza fatalmente á los que abruma; que abre un abismo entre ellos y la sociedad culta y bien acomodada, formando una verdadera casta no establecida por ninguna ley, pero de cuya existencia no puede dudarse observando las casas donde se albergan, las fábricas, los talleres, los campos donde trabajan, las tabernas donde se embriagan, las prisiones donde se recluyen y el hospital en que mueren. Considérese que esa masa de hombres han sido niños. El niño del miserable, apenas nace, se siente mortificado por las necesidades materiales no satisfechas; tiene hambre, tiene frío, y las más veces se encuentra en soledad y abandono: su madre es demasiado pobre para dedicarle el tiempo que necesita; demasiado desgraciada para congra-

tularse de que haya nacido: su padre no se felicita de una nueva existencia que es una nueva carga, y los dos se van de casa á fin de ganar lo indispensable para no morirse de hambre: ella vuelve de prisa, él acaso no vuelve; prefiere cualquiera compañía, por peligrosa que sea, al hogar lóbrego, reducido, malsano, sucio, donde la cama está sin hacer, los niños sin asear, la comida, cuando la hay, sin condimentar, y donde todo se resiente de la prolongada ausencia de la mujer. Allí donde el pan escasea, donde el bienestar no se conoce, hay más lágrimas y blasfemias que caricias y palabras de consuelo; y allí crecen esos niños, cuya vista inspira el dolor profundo que J. Janin ha expresado de una manera tan conmovedora, diciendo que al contemplarlos ocurre la idea *de que no se han reído nunca.* Estos desventurados inocentes vegetan en abandono moral y físico; para ellos la vida es y no puede sor otra cosa que la mortificación de las necesidades materiales no satisfechas ó el gusto de satisfacerlas.

Importa mucho fijarse bien en esta verdad: *La carencia prolongada de lo necesario fisiológico embrutece indefectiblemente,* porque la mortificación de la necesidad no satisfecha em-

barga el pensamiento, volviéndole hacia los objetos materiales que pueden satisfacerla. Los que esto lean no tendrán experiencia de lo que es la privación material por efecto de la miseria; pero tal vez la conozcan por efecto de una enfermedad: tal vez recuerden que la sed patológica no los dejaba pensar más que en agua, y el hambre de la convalecencia les hacía esperar con ansia la hora de comer; tal vez recuerden que ellos, personas educadas, cultas, espirituales, elevadas, descendían á la preocupación brutal del alimento y la bebida porque estaban bajo el imperio de una necesidad física no satisfecha. Y cuando una situación parecida se prolongue; cuando constituya la vida; cuando falta fuego y ropa para combatir el frío, alimento para combatir el hambre, como al niño miserable, ¿qué sucederá? Lo que á él le sucede: que se embrutece, sintiendo dolorosamente la carencia de lo necesario y que su vida viene á ser sufrimiento de necesidades que no se satisfacen, ansia de satisfacerlas, placer de haberlas satisfecho. ¡Qué vida!

Así crece, educado por los que han crecido como él, y en una atmósfera de *brutalidad* que pudiera llamarse *fisiológica:* tal vez no re-

cibe instrucción literaria; pero si tiene alguna es inútil, quién sabe si perjudicial, porque aprender á leer no es aprender á discurrir, y para el que está embrutecido la facultad de combinar letras sin comprender ideas viene á ser un instrumento mecánico de que no puede hacer uso para elevar su espíritu. Apenas tiene alguna fuerza física, sus padres se ven en la necesidad de apresurarse á utilizarla. ¿Cuál es su aptitud? ¿Cuál su inclinación? Nadie lo pregunta ni lo sabe; ni aunque se supiera serviría para dirigirle por el camino más conveniente. El hambre hará veces de vocación, y será *llamado* donde le *admitan*. Por ventura, puede escoger. ¿Y en qué condiciones trabajará? En las que le impongan. ¿Cómo rechazarlas, y tratar él, que tiene necesidad, con los que tienen dinero y cientos ó miles de hombres que aspiran al puesto que deje vacío y aceptarán las condiciones que él no admita?

Pruebas de la tiranía de la necesidad se ven por todas partes. En Madrid se presentan al Ayuntamiento cierto número de operarios pidiendo que *no se exijan condiciones de seguridad* para que su trabajo no ofrezca los peligros causa de tantas desgracias. ¿Cómo así? Porque

los dueños de las obras, si no se puede trabajar de la manera bárbara é inhumana que tienen en uso, amenazan con paralizarlas, y el obrero, entre la seguridad de morirse de hambre y la eventualidad de perecer de una caída, prefiere ésta; y como no puede esperar, y como no encuentra apoyo en la ley ni en la autoridad, ni hay opinión pública, ni humanidad, ni nada público más que escándalo, pide contra sí un mal para evitar otro mayor. Niño, joven ó adulto, el hambre impone á su trabajo condiciones que no puede rehusar. Sucio, haraposo, privado de lo necesario, ve que otros gozan, y quiere gozar. ¿Cuáles serán sus goces? Fácil es adivinar por su manera de ser, por los ejemplos que ve y por los recursos de que dispone. ¿Adónde fué su abuelo y va su padre? ¿Dónde puede ir él que sea admitido, sucio, y que se complazca grosero? ¿Qué pasatiempos están al alcance de su inteligencia y de su bolsillo? Una bebida alcohólica, una baraja mugrienta, tal vez, una mujer perdida. La distracción para él está tocando al vicio; dichoso, meritorio, admirable, si se detiene ante el límite. Si no le pasa, sigue su *via crucis* heroicamente honrado, pero inevitablemente embrutecido, y

á merced de las crisis mercantiles é industriales, golpeado contra las privaciones, como el bulto, no sujeto, que los vaivenes del barco hacen chocar contra la obra muerta. ¡Si al menos fuese tan inerte como él! Pero la semejanza se limita á verse arrastrados entrambos por una fuerza exterior, sin tener en sí otra que la contrarreste ó neutralice. El miserable no sabe *por qué* sucede lo que sucede, ni *cómo* podría evitar ó modificar las situaciones que le abruman. Si tiene poca conciencia y poca paciencia, infringe las leyes escritas, se pone en lucha con la sociedad; si no, sufre su suerte abatido y humillado, adhiriéndose cuando más á alguna tumultuosa huelga, ó tomando parte en un motín sin saber si lo que pide es hacedero, si con ello empeora su suerte, sin distinguir entre reunirse y asociarse, ni tener medios, ni aun idea de conquistar su personalidad.

¡Cómo! se dirá. ¿El miserable no es persona? ¿No tiene derechos de ciudadano, y puede votar diputados, y en ocasiones hasta emperadores ó reyes? Sí; va á las urnas como á las huelgas; tiene voto sin opinión, é individualidad sin personalidad. ¿Sabéis cuándo la adquiere? Si enferma y va al hospital, si delin-

que gravemente y va á la cárcel. Entonces el médico, el juez ó el fiscal le tratan como á un hombre, que no invoca en vano, ó que no necesita invocarlas, las leyes de la humanidad y las penales (1). Y hemos dicho si delinque *gravemente*, porque si su falta es ligera, si es solamente reo de mendicidad ó vagancia en las temporadas en que se persiguen, será posible, y aun probable, que su personalidad desaparezca ante medidas gubernativas que le condenen sin forma de juicio, ó leyes que parecen hechas sin él, hasta tal punto conculcan el derecho.

Respétese ó no, el del miserable, cuando delinque ó enferma, como estas situaciones son excepcionales, consideremos las normales, y veremos que, aun cuando tenga personalidad patológica ó jurídica, no se concluye de aquí que socialmente sea persona, ni se le considere como tal. Observando su modo de ser, se le ve dominado por la fatalidad de las necesidades materiales, y cómo la penuria económica pro-

(1) Esto se entiende en los países verdaderamente cultos y bien gobernados, porque hay otros en que el miserable, ni enfermo, ni acusado, ni reo, recobra la personalidad de que le ha privado la miseria.

duce la moral y la intelectual. En la íntima relación que existe entre el cuerpo y el alma, tan absurdo es buscar el bien prescindiendo de las necesidades físicas, como de las espirituales: que el hombre moral é intelectual influye en el hombre material, es sabido; y si el vicio, el crimen y la locura no pueden dar por resultado el trabajo inteligente, la economía y el ahorro, tampoco el hambre producirá la elevación del espíritu, ni la dignidad. Más adelante nos detendremos á comparar el pauperismo material y el intelectual, y sus estrechas relaciones; por el momento nos limitaremos á afirmar que existen.

Basta considerar que la retribución y condiciones del trabajo del miserable no se proporcionan á sus necesidades, á su fatiga, á su merecimiento, á ninguna ley equitativa ni moral, sino á la económica de la *oferta* y la *demanda*, para ver claramente que es tratado como *cosa* y no como *persona*.

Si se dice que las leyes económicas así lo exigen, y que es en vano revolverse contra ellas por ignorancia ó dolerse por humanidad, responderemos que en todo fenómeno, sea físico, moral, intelectual ó social, hay que estudiar la fuerza intrínseca propia del objeto que se estu-

dia, y la de aquellos que le rodean ó influyen en él, para saber su modo *natural* de acción, *su ley*. Así como los astrónomos no deducen la ley del movimiento de los astros por la energía impulsiva que observen en uno, sino que tienen en cuenta las modificaciones que le impone la masa y proximidad mayor ó menor de otros, así los economistas deben tener en cuenta *todos los elementos* que entran en las relaciones necesarias, para no llamar ley á un error, á una verdad incompleta, á una injusticia.

Que la ley económica de la oferta y la demanda no es tal ley, si se la quiere aplicar al trabajo del hombre sin modificación alguna, es cosa que puede comprenderse observando algunos hechos.

La concurrencia no produce siempre los efectos señalados en la teoría. Cierto es que rebaja el salario del obrero en algunos casos hasta reducirle á lo puramente indispensable para sostener sus fuerzas cuando trabaja, y aun á menos; cierto, demasiado cierto, que reduce la retribución de la obrera, mermándola hasta el punto de que no gane para comer mal aun cuando trabaje; pero siempre que las reglas del cambio se aplican lo mismo á los hombres que

á las mercancías, es, hay que repetirlo, porque los hombres son considerados *como cosas*, porque se hallan en una situación anormal; así como es señal de que está enfermo cuando las leyes físicas obran sobre su cuerpo sin ser modificadas por las fisiológicas, por la vida. Puede verse que la concurrencia, en muchos casos, en vez de abaratar el producto hasta el *mínimum* económico, deja el precio mucho más alto, aumentándose el número de los vendedores ó de las manos intermedias innecesarias entre el productor y el consumidor. ¿Por qué? Porque la regla encuentra egoísmos, cálculos, errores, inteligencias, fuerzas, personas, en fin, que la modifican.

En España se realiza hoy un hecho muy digno de notarse: el número de los abogados y de los médicos ha aumentando en términos, que se dice que hay un abogado para cada pleito, y un médico para cada enfermo. El dicho claro está que es una exageración; pero no cabe duda de que acaso la mayor parte de los abogados no tienen clientes, que muchos médicos no encuentran enfermos, y el número excesivo de jóvenes que se dedican á estas carreras ha llamado la atención é inspirado temores por ra-

zones que no son de este lugar. Según la regla económica de la oferta y la demanda, ¿qué debía suceder? Que la retribución de esas clases bajase. ¿Qué ha sucedido? Que esa retribución se ha aumentado. ¿Por qué? Porque el elemento económico no ha obrado *en virtud de su sola fuerza*, sino modificándose *en virtud de la influencia de otros elementos morales é intelectuales*. Los abogados y los médicos, sobre todo los últimos, han *subido* en consideración social, y no podían *bajar* en estipendio. Ha aumentado el precio de los comestibles, el de las habitaciones, las exigencias del lujo, que en muchos casos vienen á convertirse en necesidades para el que trata con el público y tiene que contemporizar con sus opiniones. El abogado y el médico tienen que vivir en una casa decente, vestir con decencia y comer regularmente, por lo cual necesitan cobrar más y cobran, aunque haya algunos ó muchos que no ganen nada. ¿Cómo viven? Es cuenta suya; la de los trabajadores es cobrar conforme á su merecimiento y á las necesidades de su clase. Y aquí hablamos del común, que los que se distinguen por mérito ó habilidad se hacen pagar en ocasiones poco menos que si fueran tenores.

Hechos análogos hay muchos en todas partes; pero hemos citado éste porque prueba de una manera evidente que la regla económica de la oferta y la demanda, cuando se trata de salarios, no es una *relación necesaria;* no es una ley sino cuando, en vez de encontrar con personas que reaccionan contra ella, obra sobre individualidades inertes, intelectualmente hablando, que se dejan aplastar por el rodillo económico, como se dejan mojar por la lluvia y tostar por el sol.

De modo que si la regla de la oferta y la demanda aparece como ley para muchos obreros, *la ley de bronce*, que decía Lasalle, y rebaja excesivamente su salario prescindiendo de sus necesidades, es efecto y prueba de que no tienen personalidad. Por eso hemos dicho que podían en cierta manera considerarse como esclavos, siendo la falta de personalidad el signo característico de la esclavitud.

Exceso de población.—Esta causa, de que nos ocuparemos más detenidamente en el capítulo de la falta de trabajo, contribuye á depreciarle, ofreciéndole en desproporción con la demanda, cuando, según dejamos dicho, el poco aprecio en que se tiene al obrero y su falta de

personalidad no combaten la tendencia á equipararle á las cosas que se pagan menos cuanto más abundan.

Gustos, costumbres.—Los gustos extravagantes ó depravados, los caprichos pueriles, las opiniones erróneas y la carencia de ideas influyen, y mucho, en la injusta retribución del trabajo. Un sastre, una modista de moda, se pagan más que un mecánico notable; una bailarina más que un maestro; un cómico más que un magistrado; un cantante más que un ministro; y mientras que un novelista inmoral gana mucho dinero, un pensador profundo carece de lo necesario. Los embaucadores de todo género, los que propalan errores y mentiras, suelen estar mejor retribuídos que los apóstoles de la verdad. Descendiendo más en la escala social, la injusticia es menos perceptible, pero no menos cierta, y la inmoralidad, el error y el capricho influyen en que no se distribuya equitativamente el salario entre los obreros. Ellos mismos contribuyen al daño, y de su miserable peculio proporcionan pingües ganancias al saltimbanquis, al histrión, al tabernero, al curandero, al torero, á mil variedades de charlatanes y estafadores, moralmente hablando. Los mismos que

se quejan de la injusta proporción en que se retribuye el trabajo, contribuyen á ella más ó menos, y será muy raro el que en este asunto no peque y pueda tirar la primera piedra. La producción se ajusta á los pedidos, y éstos á los gustos y necesidades, verdaderas ó ficticias, del consumidor; de modo que las imperfecciones de éste salen al mercado en forma de demandas absurdas, de estancamiento de productos que debían venderse, de precios exagerados ó ínfimos que influyen en el de los salarios de una manera poco equitativa.

Falta de equidad é inteligencia en lo que al trabajo se refiere.—El obrero que se tiene por honrado, y lo es en otros conceptos, como trabajador suele dejar mucho que desear, puesto que trabaja lo menos que puede, descuida las herramientas y desperdicia los materiales. En su ignorancia, supone que ningún interés tiene en conducirse de otro modo, sin notar que de su jornal sale el más crecido del capataz ó sobrestante.

Por corto que sea el número de operarios, es indispensable para hacerlos trabajar la vigilancia de uno que no trabaja, y con suprimirle podría aumentarse el jornal de los trabajadores,

más ó menos, según los casos, pero siempre bastante. Esto aun en los trabajos de muy poca importancia, porque, en cuanto tienen alguna, además del capataz ó sobrestante está el *contratista*, esa rueda indispensable de toda obra, que se enriquece con la miseria del obrero.

—¿De quién es aquella casa que se está haciendo con tanto lujo?

—Del contratista de un *pequeño* túnel.

—¿Y las familias de los que murieron en él?

—No sé; pedirán limosna.

—¿Y los obreros despedidos?

—Buscan trabajo, que no encuentran.

—¿Estarán en la miseria?

—Sin duda (1).

Casos como éste se ven por todas partes; el contratista, que es una calamidad para el obrero, es una necesidad para la obra, y tienen que recurrir á él aun los que deploran su onerosa intervención. La causa está en la poca moralidad del obrero, que no trabaja si no se le vigila, podría decirse si no se le acosa, y en su falta de inteligencia para formar, asociado, un conjunto armónico en que las ganancias se distri-

(1) Histórico

buyeran de un modo equitativo en vez de una masa que se explota.

La participación en las ganancias siempre que sea posible, y lo sería en la mayor parte de los casos, aumentaría los beneficios de la industria, las ventajas de toda obra, mejorando la condición económica del obrero; pero esto no puede conseguirse mientras no se eleve su nivel moral é intelectual. La contrata, la empresa, cualquier nombre que tenga, mientras no forme parte de ella, reducirá hasta el mínimum posible su jornal.

Falta de espíritu de asociación.—Aunque, según queda indicado, trataremos de la asociación en capítulo aparte, conviene hacer notar en éste que el aislamiento deja al obrero débil enfrente á fuerzas que le arrollan. A veces las condiciones económicas del trabajo no permiten que sea más retribuído; por otras, si en vez de ofrecerle individual lo ofreciera colectivamente, si en vez de presentarse uno á uno haciéndose una competencia desastrosa llegaran los operarios reunidos para tratar en nombre de todos, podrían sacar para cada uno las ventajas compatibles con la situación económica de su trabajo. Y esto aun en las condiciones más desfavorables,

cuando sólo se trata de un jornal; que para la participación en las ganancias indispensable es reunir y armonizar las fuerzas, es decir, asociarse.

Prolongación innecesaria del aprendizaje.—Si se estudiara detenidamente la condición del *aprendiz*, se explicarían y se disculparían muchos defectos y faltas del *obrero*. Un niño entra en casa de un industrial para que le enseñe un oficio, y empieza por ser su criado. Va á recados, á llevar obra, á traer material, á cuanto ocurre; y cuando los padres preguntan si no es ya tiempo de que gane algo, les responden que no sabe nada, y es cierto: lo que no suele ser verdad es que sea por holgazanería ó torpeza, sino porque no le enseñan. Como en el taller es no sólo criado del amo, sino de los oficiales y aun de los aprendices mayores que él; como le tratan mal, la estancia allí no tiene ningún atractivo; en la calle encuentra distracciones, y cuando sale tarda en volver. Dicen que se hace un pillete, á lo cual contribuyen, más que los pasatiempos de fuera, las conversaciones de dentro, y las máximas inmorales, y las palabras soeces, y el relato de aventuras que le enseñan lo que no debía saber nunca, ó si-

quiera no tan pronto. Al cabo de tiempo, y de grandes privaciones y miserias, olvida lo que aprendió en la escuela, aprende el oficio y empieza á ganar algo. Pasa más tiempo, y adquiere mayor destreza, hace la misma labor que los oficiales, acaso trabaja tan bien como el maestro, y continúa, no obstante, en su categoría de aprendiz y cobrando como tal. Como el maestro tiene mucho interés en prolongar esta situación, se prolonga á veces mucho, desmoralizando con la injusticia al que es víctima de ella; disminuyendo directamente su jornal, é indirectamente el de los oficiales, que no se han de pagar mucho cuando hay quien por muy poco hace lo mismo que ellos hacen.

Obra á destajo.—Tal vez parezca extraño que señalemos como concausa que en ocasiones contribuye á depreciar el trabajo el que se paga según la labor ejecutada, sistema encomiado por los que no consideran más que sus ventajas: no las negaremos; pero hay que hacerse cargo también de los inconvenientes, y ya debieron sospechar sus encomiadores que los tenía cuando con tal insistencia se han pronunciado contra él las asociaciones de obreros más prácticas y disciplinadas, las *trade's unions* inglesas.

No condenamos en absoluto la obra á destajo, procurando huir siempre de absolutas, que muchas veces dan á las proposiciones económicas apariencias científicas y realidades erróneas. Hay casos en que el sistema en cuestión es ventajoso, ó en que es el único posible económicamente hablando; pero en otros sucede poco más ó menos lo siguiente. El patrón, maestro ó empresario ve que los obreros á jornal (de 10 reales, por ejemplo) hacen poco, y les propone trabajar á destajo; aceptan, se aplican, se esfuerzan, en ocasiones se agotan, y sacan 30 ó 40 reales diarios. Esta ganancia excesiva produce lo que podría llamarse *escándalo económico;* no dura, no puede durar, y se va rebajando el precio de la unidad de obra hasta dejarle reducido (si las circunstancias favorecen) de modo que la hecha á destajo no produce al día más que los 10 reales del anterior jornal, que ya sólo pueden ganar los obreros más inteligentes y activos, resultando rebajado para los otros. Este hecho, que se repite una y otra y muchas veces, explica la prevención que muchos obreros tienen por el trabajo á destajo, y los que no ven en él más que ventajas es porque no le han considerado por todas sus fases.

Entran en una fábrica, y observan un operario que recibe una retribución según las unidades de obra, una prima si pasan de cierto número, otra mayor si excede de aquél, etc., etc., de manera que saca un jornal excesivamente alto. Perfectamente: aquí los economistas dan la mano á la flor del socialismo, *á cada capacidad según sus obras*. Pero esta voz de triunfo va seguida del grito de angustia *vœ victis!*, y aquí los vencidos son los obreros medianos, la mayoría, que no puede seguir á los más hábiles en su carrera de campanario y ve mermada su retribución. Pero los más hábiles, ¿cuánto tiempo resisten esa tensión anormal de trabajo tan *intenso?* No se sabe; no hay datos todavía para calcular el daño que ha empezado á observarse ya, y los mismos que encarecen en absoluto la obra á destajo confiesan que, en ocasiones, es excesiva la *intensidad* del trabajo, aunque éste no se prolongue por muchas horas. No será imposible que con el tiempo resulte, como alguna vez ha resultado ya, que los obreros sabían más Fisiología que los economistas.

Falta de moralidad general.—La desmoralización de todas las clases influye á veces indirecta, otras directamente, en la retribución del

obrero; y aunque alguno considere la afirmación exagerada ó absurda, podría escribirse una obra, y voluminosa, sobre el asunto: nosotros nos limitaremos á indicar algún hecho en comprobación de lo dicho y para poner al lector que no lo esté en camino de observar otros análogos y sacar consecuencias.

Hay una subasta; se presenta un rematante de buena fe que quiere trabajar y cumplir las condiciones de la contrata, por lo cual no puede hacer rebaja, ó muy poca; pero he aquí que un enjambre de primistas, que ni saben ni quieren trabajar, hacen su depósito, y le amenazan con rebajas y una competencia imposible de sostener; entonces transige, se ajusta y regatea el precio de la retirada, que varía según la cuantía del negocio; queda un solo postor; la subasta es mentira, y verdad cierto número de primas cuyo importe asciende á miles de reales, ó de duros, á veces muchos, según el negocio. Este podrá dar para todo, pero á veces no da, y el contratista, que empezó por hacer un desembolso, tiene que resarcirse como pueda, que suele ser á costa de los braceros, cuyo jornal disminuye.

Un armador tiene que comprar en los puer-

tos el tiempo que le harán perder si no le paga, compra que le cuesta al año miles de duros, con los cuales podría aumentar la retribución de los marineros, etc., etc.

II.

1.° y 2.° Todo lo que hemos dicho en el capítulo anterior respecto á la imperfección de la industria, puede aplicarse en éste á su atraso y á la poca destreza del obrero, porque, cuando éste trabaja mal en una empresa mal montada, produce caro y gana poco por regla general.

3.° y 4.° La poca consideración que inspira el obrero y su falta de personalidad, mal gravísimo, no tiene más que un remedio lento, pero cuya eficacia podría aumentarse contribuyendo los que pueden y deben á su educación é ilustración. La mayoría, la inmensa mayoría de la clase media, desprecia á los obreros y los teme alternativamente; son el animal de carga en los tiempos normales, y la fiera que rompió la jaula el día de motín ó de revolución. Dice que los trata *como son;* pero si hay en esto algo de verdad, no es menos cierto que los hombres *son* también *como los tratan.*

Unos adulan al pueblo para que se deje convertir en escalón para encumbrarlos; otros le insultan y le calumnian, y apenas nadie le enseña y procura dignificarle para que, en la esfera económica lo mismo que en la política, su libertad no sea una mentira y su soberanía un escarnio. Que sus pocos verdaderos amigos, bien pocos, procuren hacer prosélitos para la misión necesaria y difícil de instruir y educar al obrero, dándole más ideas y mejores formas. Que la cosa no es imposible lo demuestra el hecho de que donde quiera que se trabaja en este sentido se saca fruto. A las almas generosas puede hablarse de abnegación y de piedad, á los espíritus rectos de justicia; pero á la mayoría, á las masas de abajo, hay que hacerlas comprender que cuando discurran, hablen y se vistan mejor las pagarán más; y á los de arriba, que no les conviene hacer fieras fiándose en las jaulas, porque las rejas se rompen, es seguro que un día ú otro se romperán; y aunque no se rompieran, todo bien considerado va costando más trabajo asegurarlas que costaría el que no fueran precisas. Los viejos solos aun pueden hacer cálculos egoístas; pero los que tienen hijos y nietos y les dejan bienes de fortuna, debieran pro-

curar no legarles la terrible herencia de grandes catástrofes sociales, inevitables si las multitudes no tienen personalidad que se respete y en la medida de lo posible se pague; personalidad que si parece un obstáculo al poder, será un dique contra la anarquía: todos los desbordamientos se verifican con fuerzas brutas é inconscientes.

5.° El exceso de población no es cosa absoluta, sino relativa á los medios de sustentarla, y dados los que hoy tenemos en España, sobra gente, que en parte emigra y en parte establece competencias en ciertos trabajos que contribuyen á rebajar el jornal. El equilibrio entre la población y los medios de subsistencia puede decirse que no existe en ningún pueblo: ó tienen en su modo de ser social ó físico algún mal profundo que no les permite multiplicarse y se despueblan si no reciben de afuera quien llene los vacíos que deja la muerte, ó crecen de modo que no pueden vivir donde nacen, y emigran. Como la emigración, además de inconvenientes, ofrece dificultades que no todos pueden vencer, coincide con ella un exceso de población relativamente al trabajo que se necesita, y cuyo precio baja por consiguiente. La emigración,

que en ningún país es un remedio, menos que en otro debe aconsejarse en el nuestro, donde hay tantas provincias tan despobladas y tanto que hacer, y no se hace aun en aquellas cuya población es más densa. Lo que hay que aconsejar y lo que debía emprenderse eran las muchas obras públicas que faltan porque el dinero que había de gastarse en ellas se despilfarra, se roba, se gasta en mantener parásitos; eran las industrias cuyos productos vienen del Extranjero; eran las mejoras del suelo y un cultivo racional é intenso: entonces no habría superabundancia de trabajadores y se pagarían mejor.

6.° La influencia de los gustos y las costumbres es como la atmósfera, que nos envuelve por todas partes. Cuando esta influencia es buena, contribuye al orden; cuando es mala, como sucede entre nosotros, le perturba, enriqueciendo á los que debía empobrecer ó tal vez penar, y empobreciendo á los trabajadores de toda clase, que debían estar mejor retribuídos. Si pidiéramos que se mejoraran las costumbres para que los trabajadores recibieran retribución más proporcionada á su merecimiento, daríamos lugar con nuestra candidez á que nos comparasen á los niños que piden la Luna.

Pero si el intento de mejorar las costumbres de una manera eficaz y que diese pronto resultado sería vano, la depuración del gusto podría intentarse con más esperanza de éxito, aunque lento, ya se sabe. Dirigir las diversiones, como dejamos indicado, por el camino de la moral y del arte; generalizar los buenos principios de éste, para que la belleza recibiera culto como divinidad y no como ídolo abigarrado y deforme; dar á las mujeres una educación intelectual más elevada que las hiciera complacerse en cosas serias, verdaderas y bellas, sería combatir la puerilidad caprichosa y el gusto pervertido, que se alía tantas veces con una retribución injusta del trabajo.

7.º Para remediar el daño que resulta para el trabajador de su falta de equidad como tal, no hay otro remedio que ilustrar su inteligencia, demostrándole que es mal para todos, pero muy principalmente para él, la necesidad de vigilantes, sobrestantes y contratistas, cuyo salario sale del suyo y es mucho más crecido. Decimos que no hay otro medio que dirigirse á su interés, porque dado el estado de su conciencia y la hostilidad que por lo común existe entre las clases, como el trabajador manual cree que los

que le mandan trabajar le explotan, no tiene el menor escrúpulo en reducir la explotación cuanto esté en su mano y trabajar lo menos que pueda. El mismo que no hurtaría una peseta, que se indignaría con que se le supusiera capaz de hurtarla, quita dos, cuatro, veinte, las que valga el trabajo que debía hacer y no hace. Siendo esta disposición de ánimo y de conciencia general, teniendo hondas raíces que sólo el tiempo podrá extirpar, no queda más recurso que dirigirse al interés. Puede demostrarse que la hostilidad entre las clases perjudica á todas, y en este caso principalmente al trabajador manual, que por vengarse de los que le explotan resulta más explotado, teniendo que hacer el trabajo indispensable, sin el cual la obra sería imposible, económicamente hablando, por una retribución mermada por la del sobrestante, contratista, etc., etc. Ya sabemos la desventaja que hay, aun para el provecho material, de hablar al interés en vez de hablar á la conciencia; ésta percibe directa é instantáneamente; aquél necesita tiempo y rodeos para comprender, y acaso comprende mal. Del deber imperativo al interés calculado, de decir: «Héme aquí», á responder: «No sé si me convendrá ir», ¡qué di-

ferencia! Pero hay que aceptarla como un hecho inevitable y recurrir á la persuasión, porque los preceptos, y más en esta esfera, son resortes muy gastados.

Ahora bien; la persuasión exige siempre un mínimum de conocimiento del asunto en el que ha de ser persuadido, así como un objeto el más perceptible y determinado necesita un mínimum de luz para ser visto, y este mínimum de conocimiento hay muchos cientos y muchos miles de obreros que carecen de él, y, lo que aun es peor, están muy mal dispuestos para adquirirle. Lo que á su parecer necesitan, no son ideas ni consejos, sino pesetas; y ó son fatalistas que se creen predestinados para sufrir, ó ilusos que imaginan poner fin á su miseria con un golpe de mano. Tal es, en resumen, la situación de ánimo del obrero: los que le compadecen y aun le aman, y aun los que le temen, deben esforzarse para que varíe, para que comprendan la razón y su interés bien entendido, que está, no en trabajar poco y mal, con perjuicio del dueño de la obra, sino en hacer mucho y bien con ventaja de los dos. En tomar precauciones para que no le exploten hará bien; en querer explotar el que se halla en tan des-

ventajosas condiciones, hace mal y muy en su daño.

8.° La falta de espíritu de asociación en España no es peculiar de la clase obrera, pero á ella perjudica más que á otra alguna, porque, cuanto un hombre es más débil, halla mayor ventaja en la unión, que, si no siempre, en muchos casos constituye la fuerza. Decimos *no siempre*, y es lo primero que hay que hacer saber á los obreros para desvanecer el error, tan común en ellos, de que un absurdo es razonable, y un imposible cosa hacedera, porque se reunan centenares ó miles de personas á quererla y á pedirla. Según queda indicado, consagraremos un capítulo especial á la asociación, pero insistiremos siempre en su gran importancia; y como tiene mucha para todos, las personas acomodadas deberían tomar la iniciativa y el ejemplo, que es el mejor medio de propaganda. Pero además de las ventajas que es común procurar con la asociación según su objeto, debería haber un fin superior y común á todas, y este fin debería ser la aproximación de las clases, que al asociarse separadamente aumentan la distancia que los separa, los agravios que las irritan y el encono con que se odian. La asocia-

ción por las clases se convierte fácilmente en arma de guerra, si no lo es desde un principio; la asociación en que las clases se confundieran serían un medio de concordia, un elemento de paz. Como la ciencia social no existe; como sin ella se tienen prácticas y opiniones erróneas, se tiene por únicamente practicable y razonable lo absurdo y peligroso de acentuar las diferencias y divisiones, multiplicándolas por la asociación. Desafiamos á que se nos muestre una, una sola en que los pobres y los miserables no puedan auxiliar á los ricos, y éstos á aquéllos. Hay algunas, como las que se proponen auxiliar á los náufragos, en que entran socios de diferentes clases sociales: los pobres no suelen dar dinero, pero dan sus fuerzas, y muchas veces su vida, y no son pocos los que se premian como héroes ó se lloran como víctimas.

Ya hemos dicho en otra parte, tratando del patronato de los licenciados de presidio, cuán útil, cuán indispensable es que formen parte de él los pobres, y cuánto más serviría al que la sociedad rechaza un socio que le protegiera en el taller, que la protección del más acaudalado patrono. Sin la necesidad de abreviar la tarea que nos hemos impuesto, ya sobrado larga, iría-

mos enumerando los servicios que ricos y pobres asociados pueden prestarse mutuamente y á la sociedad, siendo los beneficios del orden espiritual los más dignos de aprecio, como lo son de que á toda costa se procuren. Como toda asociación racional se propone un objeto útil, los individuos que la componen comunican por su lado mejor, y en aquellas relaciones especiales forman de sí mutuamente buena idea y simpatizan: no hay cosa que más una que trabajar juntos en hacer bien. Entremezclándose así las diferentes clases, es evidente que se disminuirían muchos rozamientos, se amortiguarían muchos golpes y se ilustrarían muchas ignorancias. Y cuando decimos *ignorancias*, no hablamos sólo de los de abajo, sino también de los de arriba, que las hay también muy grandes, de la humanidad, de la vida, de la sociedad, de que no se conoce por lo común más que la superficie de un limitado espacio.

En la asociación *compuesta,* si podemos llamarla así, unos elementos servirían de contrapeso á otros, en casos de freno, haciendo compensación de las exageraciones en un sentido por las que tendieran al opuesto. En la asociación como generalmente hoy existe, *simple,*

homogénea, cuando hay error ó pasión, se precipita con la fuerza de todos sin que haya nada que la contenga.

Si de la asociación de trabajadores que se propusieran aumentar el jornal formasen parte personas más acomodadas é ilustradas, ¡cuántos auxilios materiales é intelectuales podrían prestar, cuántos golpes en vago y perjuicios evitarían, en forma de huelgas cuando no pueden dar resultado, ó de motines que le tienen fatal para los que se amotinan! La falta de espíritu de asociación, que deja tantas veces al obrero solo y débil como una molécula que cualquier fuerza aplasta ó aventa, es un mal de que, como todos los suyos, no le es dado curarse solo. A la clase que sabe más toca auxiliarle con iniciativas que no pueden venir de él, y cooperaciones que, si no en el orden legal, en el moral le son debidas, porque el deber está en proporción del poder.

9.° En la prolongación innecesaria del aprendizaje no puede influir directamente la ley; es un contrato que, como otros, tiene la apariencia, aunque no la realidad, de hacerse libremente por ambas partes. En las reacciones fuertes, como la que se verificó contra los gre-

mios, al suprimir lo mucho malo que tenían, se ha destruído también lo bueno, que era la asociación y los títulos de capacidad. La asociación se reorganizará, tarde ó temprano, de un modo ó de otro, como se va reorganizando en otros países; pero los títulos de capacidad tememos que de ningún modo se restablezcan. Y al decir *tememos*, es porque no nos parece en nada incompatible la libertad con el orden, antes forma parte de él; y aunque todo el mundo pudiese abrir relojería, no vemos inconveniente, sino mucho beneficio, en que hubiera relojeros *examinados*. Con la variedad y vuelo de las industrias hay un gran número en que los exámenes no son necesarios ni aun posibles, y están en sus productos; pero en otras serían muy útiles, teniendo, entre muchas ventajas, la de que el operario que probara su aptitud de *oficial* no sería ya considerado como *aprendiz*. Cuestión de nombre, se dirá; el patrón podría continuar dándole la ley; pero los nombres, que al cabo significan cosas, no son tan indiferentes como á veces se cree, y ganando el aprendiz en consideración era camino para que ganase en dinero. Como por este medio no es probable que los aprendices lleguen á ser pagados al par

de los oficiales, aunque hacen ya el mismo trabajo, no les queda otro medio que asociarse para resistir á las exigencias de los maestros cuando son injustos. Debían ser auxiliados (en algunos países van siéndolo ya) por asociaciones que los protegen de imposiciones codiciosas ó contra sus impaciencias poco razonables; asociaciones que, no teniendo más interés que el de la justicia, pueden contribuir á realizarla.

10. Si los obreros estudiaran lo que podría llamarse la génesis del destajo, tendrían mucho adelantado para poner coto á sus abusos cuando los tiene, porque repetimos que no siempre es abusivo: el exceso de trabajo que con frecuencia hay que lamentar en él, viene de haber trabajado demasiado poco, y la depreciación que á veces resulta del jornal es en parte consecuencia de haber cobrado con exceso en proporción á la labor que se hacía. A esta falta de equidad hay que agregar la de conocimiento, y determinado así el origen del mal, se indica la naturaleza del remedio.

Hay que generalizar algunas ideas de Higiene y Fisiología con relación á la *intensidad* del trabajo, que puede ser excesiva, y á veces lo es, aunque no dure muchas horas, por la tensión

de espíritu que exige y la necesidad de no distraerse ni un momento de la tarea. Ya sea por esta causa, por un esfuerzo muscular excesivo, ó por condiciones antihigiénicas del que trabaja, que le hacen muy dañoso si se prolonga, los obreros debieran saber á lo que se exponen cuando trabajan *todo lo que pueden*, que es en realidad *más* de lo que pueden, hecho que los de París expresan de una manera gráfica y terrible diciendo que *el obrero se devora á sí mismo,* y los nuestros que se *mata trabajando.* En efecto, hay en muchos casos un suicidio lento, inconsciente, pero positivo, en esos trabajos patológicos que se prolongan más allá de las fuerzas, y son en parte consecuencia de lo que anteriormente se holgó. En los trabajos malsanos ó que prolongados atacan la salud, la ley debiera terminantemente limitar el tiempo, con lo cual á veces pondría un límite al destajo antihigiénico y antieconómico; pero en la mayoría de los casos no puede ser obra de la ley, sino de los interesados, el no usar de la fuerza de modo que la aniquilen y rebajando excesivamente el jornal del que no tiene tanta. Mas para esto, además del conocimiento de lo que se perjudican, han de saber las condicio-

nes económicas de toda obra, y el de que en toda relación entre hombres, si ha de ser armónica, se necesita un *mínimum* de equidad; si falta, viene la fuerza á encadenar lo que no se armonizó, fuerza que personifica un polizonte, un soldado, un patrón ó un maestro, cualquiera, y el obrero porque faltó á la ley escrita va á la cárcel, ó porque faltó á la ley económica ó moral va al taller ó á la mina, y trabaja más, ó á menos precio del que trabajaría si no se propusiera holgar ó ganar demasiado. Para que el destajo no tienda á rebajar el jornal medio, es menester que los trabajadores medianos, la mayoría, hagan un trabajo remunerador, el que *deben* hacer. La tendencia natural, y en cierta medida justa, es á pagar á cada uno *según lo que hace;* y para que por una pendiente resbaladiza la mayoría de los que no pueden hacer tanto como los más fuertes ó más hábiles quede reducida á un jornal inferior, al preciso para cubrir sus necesidades, es indispensable cierto grado de inteligencia y moralidad en los obreros, para que comprendan su verdadero interés, que no intenten explotar para no ser explotados, y que, según las diversas y variadísimas combinaciones de las industrias y circunstan-

cias locales, se asocien en pequeños ó grandes grupos, que resistan mejor que el individuo las imposiciones de arriba, y tengan medios de obligar á los de abajo á trabajar lo que deben, único medio seguro de que no venga la coacción del contratista ó la rebaja con que los abruma el competidor más hábil que hace la obra á destajo. Sin oponerse al principio de remuneración proporcionada al trabajo, hay que hacer de modo que la cantidad *media* de éste, la normal *posible* en la mayoría de los casos, se pague lo necesario, aunque otros merezcan y obtengan más, y que éstos, por ganar jornal mayor, no hagan esfuerzos que les cuesten la salud ó la vida.

11. La inmoralidad general, esta miseria de la conciencia pública, es como la miseria material, efecto de muchas causas: sólo para enumerarlas con breve explicación se necesitaba un libro, y otro más voluminoso para investigar si habría algún medio de combatirlas. ¡Qué de resortes gastados, qué de sentimientos dormidos, qué de ideas erróneas, qué de apatías mortecinas, qué montaña de hielo formada con aguas inmundas se levanta y cierra el paso á la más intrépida y buena voluntad! Pero la voluntad

buena no retrocede, y antes y ahora y después y siempre, ante el espectáculo del mal está la aspiración al bien, la esperanza de realizarle, la protesta que en forma de amonestación y ejemplo es el anatema perenne, eterno, de toda maldad.

El buen ejemplo es la práctica del deber, la amonestación su teoría, que, la misma en la esencia, debe adaptarse en la forma á la disposición de ánimo de aquellos á quienes se dirige. Sin convertir en libro este capítulo ya demasiado largo, no podemos extendernos mucho sobre la materia; pero no le terminaremos sin algunas consideraciones, por si de algo pueden servir á los que de un modo ó de otro tienen cura de almas y procuran encaminarlas hacia la virtud.

El espíritu humano tiene muchos resortes, y no hay duda que son unos ú otros más sensibles y fuertes, según las épocas. ¿Cuáles se tocarán en la nuestra con más probabilidad de éxito? Este es el estudio previo que conviene hacer.

El mal moral consiste en deberes que no se cumplen y en derechos que no se ejercitan. Siendo el deber y el derecho correlativos y re-

cíprocos, parece que debía ser indiferente proclamar el uno ó el otro; pero en la práctica no son los hombres tan buenos lógicos, y á medida de sus pasiones ó de sus errores miran con frecuencia sus derechos y sus deberes por prismas diferentes que agrandan unos y disminuyen otros. Y no sólo los individuos, colectividades numerosas, según pertenecen á clases, escuelas ó partidos diferentes, hacen resaltar más el derecho que el deber.

A un pueblo muy moralizado puede hablársele principalmente del deber propio, cuyo cumplimiento lleva en sí la realización del derecho ajeno; pero cuando la inmoralidad es grande y la dignidad poca, débil ó extraviado el sentimiento religioso, y excepcional el del honor, hay que tocar, no los resortes más nobles, sino los únicos que suenan; proceder como si dijéramos por vía de apremio, y dando á los unos idea clara del derecho y de los medios de realizarle, obligar al cumplimiento del deber á los que no le cumplen sino obligados. El mismo que es sordo á la voz de los deberes, puede ser un elemento moralizador ejerciendo sus derechos é impidiendo que otro falte á lo que es debido; y cuando son miles y millones

los que este impedimento imponen, el mal halla obstáculos insuperables. Ya sabemos que esto no basta para moralizar á un pueblo; que todos necesitan cierto número de personas que cumplan lo que deban espontáneamente, y otras que hagan más de la obligación; pero unas y otras se ven aisladas ó contrariadas en medio de la inmoralidad general, y hallarían apoyo, un fuerte apoyo, en el ejercicio generalizado y constante del derecho.

Cualquiera puede observar un fenómeno frecuente entre nosotros. Viene un extranjero y realiza acciones altamente inmorales que no intentaría, que no le ocurrirían siquiera en su país, y esto de mil maneras, en asuntos graves y otros de poca importancia. Aquí es un francés que en su país respetaba el límite de la propiedad ajena aunque no estuviera cercado, y aquí rompe setos, salta paredes, dispara un arma que lleva sin licencia y caza gallinas que mete en el morral; allá un alemán, que en su tierra respetaba la fruta que pendía sobre el camino, y en la nuestra coge la que lejos de él está defendida por paredes; en otra parte, un inglés, que para no pagar la avería hecha por un barco procura, y quién sabe si consigue, el soborno,

que él mismo asegura no intentaría ni remotamente en Inglaterra, etc., etc. En estos casos y otros mil análogos, ¿se han transformado los extranjeros al pasar la frontera española? Seguramente que no. ¿El deber no es subjetivo, no le lleva el hombre donde quiera que va inseparable de él? Seguramente que sí; pero cuando el derecho ajeno no vigila para que se cumpla, es muy frecuente que se falte á él. ¿En qué se parece, moralmente hablando, un inglés en la India á un inglés en Inglaterra? Pues la diferencia enorme, horrible puede decirse puesto que ha dado lugar á tantos horrores, estriba principalmente en que al deber propio le falta la coacción del derecho ajeno, y se hace mal porque impunemente puede hacerse. Todo el que trata con gente que no puede hacer ó no hace valer su derecho, se desmoraliza si no es de una bondad excepcional, como puede verse en los que tienen autoridad sobre esclavos, penados, soldados ó locos.

Como todo esto nos parece exacto, y como es también cierto que por causas que no está en poder de nadie suprimir los hombres están más dispuestos á pedir lo que les es debido que á cumplir lo que deben, creemos que el medio

más eficaz de combatir la inmoralidad sería enseñar el derecho, excitar á su realización y obligar así al cumplimiento del deber.

Bien entendido que no se califiquen de derechos los sueños, los delirios ni los errores.

CAPÍTULO VI

DISTRIBUCIÓN DE LOS PRODUCTOS DEL TRABAJO

Jornal.—Salario.— Prima. —Participación en las ganancias.—Cooperación.

Se nota en los socialistas una gran aversión al jornal, como al salario, y la misma parecen inspirar á los individualistas la cooperación y participación en las ganancias. Estos exclusivismos son deplorables, como lo es la intransigencia, la obstinación, el fanatismo sistemático y las ilusiones, cuando se necesitaba tolerancia, espíritu de concordia, reflexión, conocimiento de la realidad que se impone á todos. Y decimos *todos*, porque no es raro que se alejen de ella lo mismo los que invocan las ideas, que los que apelan á los hechos.

En los unos influirá el amor á lo existente, que llega á ser culto y aun idolatría; el temor

de cambios que tienen que ser trastornos, y cierto desdén justificado por las exageraciones de sus adversarios, que pretenden erigir sus teorías en leyes aunque estén en contradicción con las de la Naturaleza.

En los otros ejercerá influencia las reacciones sociales, que suelen apartarse del justo medio, como se apartaron las acciones á que corresponden, y el que las circunstancias de un hecho que se prolonga, porque le han acompañado mucho tiempo, suelen aparecer como si formaran parte de su esencia. Jornaleros en gran número han sido y son miserables; luego el jornal es causa de miseria, y sea anatema, y llámese la elocuencia que acude á toda enérgica voz y la lógica que no falta cuando con arte se la solicita; y cúbranle de oprobio, proclamando su absurdo inevitable y radical injusticia. Hay además otras causas de error entre los socialistas, como el haber observado principal y algunos exclusivamente los obreros de las fábricas, explotaciones y trabajos en que hay grandes masas de obreros, y el haber querido simplificar un problema que es por su naturaleza muy complejo, y pretender el imposible de resolverlo con una sola fórmula.

Antes de exponer algunas observaciones sobre estos puntos, nos haremos cargo de un argumento que es el Aquiles de muchos que seguramente no lo son en el orden intelectual, admitido por no pocos como bueno, y aun como irrefutable, y que conviene rebatir como cuestión previa.

Para justificar la ganancia del capital cuando es excesiva, que no lo es siempre, respecto de la que logra el trabajo, se dice que el trabajador no arriesga nada, ni hace anticipo alguno para la empresa; que si sale mal, no le pára perjuicio, mientras el capitalista se arruina, siendo justo que á este riesgo corresponda un crecido interés: el obrero, aun en el caso más desfavorable, sale siempre beneficiado, cobra su jornal, y ya que no lo devuelve si el negocio sale mal, justo es que cuando va bien no participe de las ganancias del capital que no anticipó; se le ha dado el precio de su trabajo libremente estipulado, y es cuanto en justicia se le puede exigir. Y dicho esto ya no hay más que hablar, ni aun parece posible á los que así discurren que pueda alegarse nada en contra. No somos de la misma opinión, y expondremos algunos reparos que nos ocurren.

Primeramente, no hay exactitud en decir que, cuando los cálculos del capitalista salen mal, él se arruina y el obrero nada pierde: éste es un caso extremo que acontece raras veces, y aun en él, el obrero pierde el trabajo; puede encontrarlo en otra parte, pero no es seguro, ni mucho menos, y por de pronto se queda sin pan, lo cual rara vez sucederá al que le despide.

Lo común no es la ruina total, sino la menor ganancia; se deja de explotar la galería de una mina, se apaga un horno, se pára una máquina, etc., etc., y el dueño puede esperar mejores tiempos sin renunciar á sus comodidades, mientras los operarios que viven al día se encuentran en la miseria.

Así, pues, la primera afirmación de que en las empresas ruinosas el obrero nada pierde, no es exacta: veamos si la segunda es más cierta.

Se dice que el obrero no pone capital, y nosotros afirmamos que él es un capital *sui generis*, pero capital en fin.

Parece innegable que capital es *un elemento de producción que se ha ido acumulando.* En efecto, no brota espontáneamente, sino que se forma con el trabajo propio ó ajeno, combinado de esta ó de la otra manera, con el ahorro, con

la fortuna, con la maldad; pero es siempre una acumulación, rápida ó paulatina, de medios que pueden aplicarse á la producción. Prescindiendo de toda consideración que no sea económica, observemos un hombre que planta árboles y cría hijos; en los primeros años, ni unos ni otros le dan más que trabajo, ocasionándole gastos que son verdaderos sacrificios si es pobre; al cabo de algún tiempo, más ó menos según muchas circunstancias, empieza á sacar algún producto de unos y otros; pasan más años, y la arboleda es un *capital*. ¿Y los hijos? También, en los tiempos en que los hombres se vendían y en los países en que todavía se venden; pero en los pueblos en que no hay esclavitud, el hombre no se considera como un capital, aunque sea un medio de producción que se ha formado lentamente á costa de mucho trabajo y de mucho dinero, perdidos en la mitad de los casos por la proporción de los que sucumben en la primera edad. El padre que hemos supuesto, si lleva los árboles y los hijos á una fábrica, le concederán que la madera es un capital, pero no la prole. Se dirá que la primera se vende para hacer de ella lo que se quiera, como del esclavo, y la segunda no; pero como se sabe que es

más fecundo el trabajo del hombre libre, la circunstancia de no poder venderle, que *aumenta* su utilidad, no debe *disminuir* su valor; y si una *negrada*, ó una *chinada* es un capital, lo será también una masa de españoles ó de ingleses. Claro está que, según sean más ó menos activos, morales, inteligentes, tendrán más valor *en uso*, aunque pretenda negárseles *en cambio*. Y esto es tan cierto, que, como hemos indicado en otra parte, el capital de un país lo constituyen las cualidades de sus hijos, no el dinero de que disponen, que desaparece bien pronto cuando cae en manos torpes, perezosas ó rapaces; de esto ofrece muchos ejemplos la historia en general, y en particular la de España.

Considerando bien lo que es un hombre como elemento de producción formado lentamente y con trabajo y dispendio grandes, no vemos razón alguna para negar que es un capital. Podrá alegarse que siendo *sui generis*, como hemos concedido, no susceptible de ser propiedad de nadie, sólo en usufructo puede disponerse de él y retribuirle, siendo esta retribución el jornal estipulado libremente.

No pueden admitirse como argumentos ilusiones, y lo es que el trabajador tenga libertad para

rechazar un salario insuficiente si no halla otro mayor y la necesidad le apremia, como suele acontecer. Pero, suponiendo que tal libertad existiera, la aceptación errónea ó insensata de un contrato injusto no suprime la injusticia, y porque el obrero sea un bruto conformándose con menos de lo que le corresponde, no será honrado el que á sabiendas se lo niega.

Decimos á sabiendas, porque es muy común que no vean clara la razón los patronos, como los obreros, con la diferencia de que el error perjudica á los últimos y favorece á los primeros.

Si se insiste en que el jornal es el rédito del capital-hombre, responderemos que, como máquina del trabajo, necesita agua, combustible, grasa, *alimento*, y que hoy en España, por regla general, se le da para que se alimente cuando más.

El jornal es el carbón para que funcione la máquina; mas el capital que ésta representa se amortiza, y se da rédito por él sólo en el caso (excepcional en España, lo repetimos) de que el obrero gane lo suficiente para sostener á su familia en condiciones higiénicas. Hay, pues, injusticia radical en no pagar al obrero más que

para el combustible de la máquina, sin considerar que no brotó espontáneamente y que se deteriora, que ha sido niño y será viejo, y necesitó y ha de necesitar ajeno auxilio que no puede prestarle, al menos suficiente, el que apenas logra lo necesario para sí.

Sucede á veces que el trabajo se retribuye mal, y no puede retribuirse mejor por la escasa ganancia que dejan sus productos: claro está que lo imposible no obliga, y que el jornalero no puede recibir mucho cuando el patrón gana poco; pero siempre que las ganancias lo consientan ha de hacerse la parte como del *capital-moneda* del *capital-vida*, y en todo caso reconocer su existencia y considerar como una desgracia que no se le puedan pagar intereses.

Hecha esta advertencia, veamos lo que es de forma y lo que es esencial para lá justa distribución de los productos del trabajo.

Considerándolo bien, que sea salario, jornal, participación en las ganancias, cooperación, depende de las circunstancias del país, de las condiciones de la industria, de forma, en fin; la esencia es que el obrero sea retribuído en justa proporción de lo que produce. Puede estarlo equitativamente con un jornal ó un salario, y

no sacar lo indispensable para cubrir sus necesidades, aunque sea partícipe en las ganancias si hay pocas, y cooperando á una empresa que no prospera: de esto se ven ejemplos frecuentes. Es, sin embargo, evidente que jornal, salario, soldada, dotación, sueldo, honorarios, son palabras diferentes para significar una cosa misma: la retribución convenida que se recibe por un servicio, verdadero ó supuesto. Cuando le prestan las clases acomodadas, aunque de lo que ganan ó cobran en el año, del sueldo, resulte una cantidad fija para cada día, es decir, un *diario*, tendrían á menos llamarle *jornal;* la diferencia consiste en que el diario es fijo, el jornal eventualísimo, y en este caso, como en otros muchos, las *ventajas* se convierten en *honores*. El salario, aunque es *fijo*, es *corto*, y tanto por esto como por la clase de servicios que presta el que le cobra, merece poca consideración, y entre ciertas personas es despreciativa la palabra *asalariado:* de la *soldada* puede decirse lo mismo. Los honorarios participan de la dignidad, de la dotación y del sueldo, aunque son eventuales, por la clase de servicios que prestan los que los cobran (si bien á veces muy flacos), y porque se pagan más. ¡Siempre el mismo criterio, que ca-

lifica de honroso el cobrar mucho, y cobrar poco de vil!

Pero todas estas calificaciones se modifican, y tienen que modificarse más, con las ideas y cambios materiales; y bajo el punto de vista que nos ocupa, un jornalero que gana 5, 10, 20 pesetas diarias es una persona acomodada; y un maestro de escuela de última categoría, ó un ordenanza de Telégrafos, aunque tienen sueldo son miserables. Hablando en razón, los altos funcionarios y el Jefe del Estado son asalariados, porque el sueldo no se distingue del salario, ni los honorarios del jornal, sino en la cantidad; y si es cómodo que sea crecida, no se ve por qué ha de ser honroso, máxime cuando tantas veces no es moral.

El jornal y el salario no tienen, pues, en sí nada deprimente, ni tendrán de injusto si son proporcionados al servicio que presta el asalariado ó el jornalero.

Como los obreros de las fábricas, explotaciones ó trabajos en grande son los que se quejan, se asocian y principalmente se observan, para ellos solos escriben muchos autores que anatematizan el jornal y el salario, preconizando la participación en las ganancias y la cooperación,

sin considerar que una gran masa de trabajadores manuales, hoy la mayoría de ellos, siempre un gran número, es, y tiene que ser, asalariada y jornalera, porque la clase de trabajo que hace no se presta á otro modo de retribución; si ésta es equitativa, la forma, lo repetimos, no constituirá un elemento de miseria, á menos de *fuerza mayor económica*, es decir, cuando las ganancias no permiten remunerar lo suficiente al trabajador, jornalero ó asalariado; pero entonces lo mismo le sucedería si fuese cooperarador ó partícipe.

Cuando el trabajo por sus condiciones se presta á ello, la cooperación y la participación en las ganancias son formas de retribución más perfectas. Y esto no sólo bajo el punto de vista económico, y por la mayor equidad que puede haber en el reparto de las ganancias, sino también por consideraciones morales del orden más elevado. Hoy, la disposición de los obreros respecto á los patronos es hostil: esto lo sabe todo el mundo; pero no todos se han parado á reflexionar hasta qué punto esta disposición es *depravadora*. Hay también para el ánimo una especie de gimnasia, que es el aprecio de las facultades, con el cual se desarrollan y fortalecen.

Nadie ignora que la memoria aumenta ejercitándola, y cultivándole el entendimiento. ¿Y la voluntad? ¿Y los afectos? Esto es menos conocido, pero no menos cierto, que los sentimientos, buenos ó malos, lo mismo que las facultades, se desarrollan y fortifican con el ejercicio; que el de los afectos benévolos aumenta la aptitud amante, y el de los malévolos la predisposición y capacidad de aborrecer. Los niños abandonados, sin familia, podrán tener muchos defectos, consecuencia del abandono, de la miseria material; pero los más graves provienen de lo que pudiéramos llamar la orfandad afectiva, de que no siendo amados no han amado, y más bien que el ejercicio del amor han tenido el del odio. Esta tienen los obreros, que aborrecen al patrono porque los explota (á su parecer), y el trabajo porque le enriquece á costa de ellos. El trabajo en estas condiciones de ánimo puede llamarse forzado, pierde mucho de su poder moralizador, y cuando la gimnasia malévola se prolonga un año y otro año, y alcanza á miles, á millones de obreros, el daño ha de ser inmenso, incalculable, porque no hay nada tan depravador como el hábito de aborrecer. Semejante disposición es, como no puede menos de

ser, recíproca: si el obrero está prevenido contra el patrón, éste lo estará contra él, y esta malevolencia mutua que se refleja en múltiples y continuas relaciones, dificulta las reformas y los progresos que la benevolencia facilitaría No hay obstáculo, si no es insuperable, que resista al unánime y bien dirigido esfuerzo; no hay sufrimiento que no se mitigue cuando todos procuran remediarle; pero cuando las fuerzas se emplean en combatir á los que debían auxiliar, y en vez de consuelos se dirigen acusaciones, y en lugar de gratitud hay quejas amargas, y la fortaleza de la paciencia se sustituye con la ira, entonces la humanidad progresa, es cierto, porque es su ley progresar, pero avanza como los ciclones, con movimientos internos vertiginosos que asolan la tierra y tragan las naves en el mar.

El ciclón social está formado de prevenciones y odios, y no se combate sino combatiendo las causas que le producen: la persuasión, fundada ó no, del obrero de que se le explota; la idea, errónea muchas veces, del patrono de que está en su derecho cuando no le asiste; y, en fin, la lucha constante, encarnizada, de intereses que siendo á veces, muchas veces, los mis-

mos, desde que parecen *diferentes* tienden á convertirse en opuestos y hostiles.

Con la participación del obrero en las ganancias desaparece esta hostilidad, monstruo ó fantasma, pero siempre origen de infinitos males. La participación en las ganancias es un hecho fuera y aun dentro de España, y los hombres positivos y amigos de hechos no pueden negarle. Queda el recurso, á que se apela, de decir que es excepcional; pero es conocida la marcha de toda radical reforma: primero se califica de *sueño ó locura*, luego de *teoría*, después de *excepción*, hasta que, por último, se impone como regla. No nos atrevemos á decir que se establezca como tal, *pronto*, la participación en las ganancias, ni que á toda clase de trabajos pueda aplicarse *directamente*, pero de una manera indirecta sí, y hoy mismo se aplica ya en grande escala.

El jornal ó salario, cuando es equitativo y proporcionado á la ganancia, ¿no es una participación en ella? Los obreros ingleses, que examinan los libros del patrón, que *saben* si hay muchos ó pocos pedidos, muchas ó pocas ganancias, se conforman con que á medida de ellas suba y baje el jornal, y conforme á la de-

manda se active el trabajo: no chillan, no se sublevan, no maldicen al patrono ni lo hostilizan; comprueban sus cuentas, y convienen con él en que, cuando la industria no da más de sí, no se le puede exigir más (1).

A un industrial español tal vez le parezca absurdo y humillante que los obreros examinen sus libros. Que lo haga un accionista, aunque lo sea por una cantidad mínima, y que no pone trabajo ni inteligencia, está bien; pero al obrero, que emplea allí sus fuerzas, su vida, que la arriesga, que la pierde tal vez, ¡darle semejante ingerencia! Absurdo, humillación, teorías..... pero que son prácticas ya en países más adelantados, donde, si no han formulado los obreros la teoría del capital-hombre, van comprendiendo que si el dinero es indispensable para la *acción* en cualquier empresa, también el trabajo; que los derechos de éste no han de ser menos

(1) Desgraciadamente, estos procedimientos razonables, que eran la regla en las *Trade's Unions* que cuentan más larga vida, han dejado de serlo desde que las asociaciones de obreros han emprendido derroteros nuevos, con marcada tendencia á establecer un estado de guerra, casi permanente, entre el capital y el trabajo.

sagrados que los de aquél, y que no cabe sin injusticia negar la cualidad de *accionista* al obrero que muere en la explosión de una mina ó ahogado en el mar.

El día que todos los obreros de todas partes comprendan bien éstas y otras cosas, tengan nociones exactas de justicia y conocimiento de la realidad, no se habrá extirpado el dolor sobre la tierra; habrá penas y maldades, pero no habrá *cuestión social*, porque, no siendo cuestionable la verdad, sólo por excepción podrá negarse la justicia, y patronos y obreros se resignarán con lo que es inevitable, y los pocos que no se resignen, lejos de tener voz y voto, y el prestigio y el poder que tienen ahora, serán considerados como locos ó como niños que quieren coger la luna.

La cooperación es un modo más perfecto de distribuir los productos del trabajo: el trabajador es á la vez empresario; percibe las ganancias que corresponden al trabajo, más las del capital de que en este caso dispone ó del crédito que le suple. La dificultad de hacer anticipos de consideración, con ser grande, insuperable á veces para los obreros, no es la mayor, que consiste en plantear una industria que exige inte-

ligencia, tino, actividad perseverante, no sólo para producir bueno y barato, sino para dar salida á los productos; porque no basta habilidad: se necesita además maña; por no tenerla y no ser bastante activos, hay fabricantes que tienen los almacenes atestados de objetos mejores y más baratos, que otros que se venden con daño suyo y perjuicio de los consumidores.

Las industrias hoy, muchas al menos, tal vez la mayor parte, necesitan una inteligencia, una actividad, un tino muy especiales, y además que la acción del que dirige no esté embarazada por suspicacias ó cortapisas que la entorpezcan; no basta hacer *bien:* hay que hacer á *tiempo*, y los que saben que es dinero, le aprovechan y economizan. Por estas y otras razones es difícil que una asociación cooperativa de obreros organice y explote con éxito una grande industria complicada, y se explica que sean pocas las que han prosperado. *Difícil* decimos, no *imposible;* la cuestión en muchos casos es, más que de capital, de inteligencia y de moralidad; y á medida que los obreros sean, como van siéndolo, más inteligentes y morales, serán más numerosas y prósperas las asociaciones cooperativas productoras.

En las obras públicas no es difícil organizar la cooperación por ser más sencillas, industrialmente consideradas: desde luego no hay que preocuparse de la *venta*, que es esencial, y los productos suele bastar la buena fe para que sean buenos; en otros países se han organizado, no há mucho hemos visto que prosperaba una organizada en Italia, y no hay dificultad grave (como no sea la apatía) para que se organizasen entre nosotros.

Lo que hoy pasa es de lo más absurdo, injusto é irritante. Los trabajadores son docenas, cientos ó miles (según la magnitud de la obra) de peones, oficiales y maestros, con los correspondientes capataces y algun ingeniero y ayudante. Éstos, que son los que verdaderamente hacen el trabajo, que le ponen material é intelectual, á veces con fatiga y responsabilidad grande y aun peligro de su vida, éstos ganan un jornal ó un sueldo reducido, á veces mezquino, para enriquecer al *contratista*, hombre que no trabaja material ni intelectualmente; que á veces no tiene capital alguno propio, y cuya misión es explotar á los trabajadores manuales é intelectuales, soliendo extenderla también á la obra, cuya calidad deja mucho que desear.

El *pelear* con los obreros es lo que retrae de las contratas á personas que las harían más beneficiosas para ellos; pero si hubiera *cooperación* no habría *pelea:* en el caso citado más arriba, la asociación cooperativa italiana estaba formada por los trabajadores, el ingeniero y sus auxiliares necesarios; así, la ganancia del contratista se distribuye entre los trabajadores que hacen más y mejor, economizando materiales, herramientas, etc., etc. Las ventajas y elementos de prosperidad y de *moralidad* son evidentes, y en este género de obras, y otras análogas, el éxito de la cooperación parece seguro siempre que con prudencia se organice.

El Estado debería favorecerla por medio de leyes y reglamentos que les permitieran quedarse con obras que no pueden emprender por el actual sistema de contratas; éste debería sustituirse por concursos en que serían preferidos los trabajadores que hicieran la obra directamente, á cuyo fin se dividiría para contratarla en trozos de poca extensión. El sistema podía ser también mixto, es decir, adjudicar á los obreros aquellos trabajos que no exigiesen anticipos superiores á sus fondos ó á su crédito, dejando el resto de la contrata á los capitalistas.

Pero se dirá: si la asociación cooperativa carece de capital, no tiene con qué responder. Responderemos con los hechos evidentes, constantes, que pueden comprobarse en todas partes. El dinero del contratista sirve primero para pagar á los primistas que se alejan de la licitación, que viene á ser ilusoria; no hay *mejor* postor, sino *único;* y después, para comprar á los que habían de exigir el cumplimiento de las condiciones que no se cumplen; es más: que no pueden cumplirse en muchos casos; tan bajos son los precios, mermados además por primas y gratificaciones. Si en vez de subasta es concurso, también se compra la preferencia, diciéndose públicamente los miles ó los millones (según la magnitud de la obra) que ha costado; y esto, no ya al Estado, sino á empresas que debían tener más cuenta con sus intereses; pero ellos saben que el modo de fomentarlos en un país desmoralizado no es oponerse á la corrupción, sino explotarla, y obran en consecuencia.

A esta red de fraudes, tejida con dinero que sobra y conciencia que falta, se llama responsabilidad.

Mejor garantía pudiera ser la moral de una asociación de trabajadores honrados que, ade-

más del interés en cumplir bien para adquirir un crédito que les permitiese trabajar con grandes ventajas, tenían el estímulo de su honra empeñada en la obra donde los señores arriesgan sólo dinero: esto es mucho, mucho más de lo que se cree; á la obra que se *manda hacer* no se tiene apego, la que *se hace* inspira interés, casi amor. Y luego la dignidad, el quedar bien, *como corresponde*, porque en el obrero español hay con frecuencia sentimientos de hidalguía; sí, de hidalguía, y no se rían los villanos de corbata blanca.

En general, puede decirse que el trabajo sigue en su progreso económico la siguiente marcha:

Esclavo;

Libre mal retribuído;

Libre bien retribuído;

Con participación indirecta en las ganancias;

Con participación directa en las ganancias;

Cooperativo, en que los trabajadores son á la vez empresarios.

Repetimos que lo esencial es que la retribución de todo trabajo sea equitativa y suficiente; la forma tiene mucha importancia, pero más moral que económica. Puede ser justa y bas-

tante la de un jornalero ó asalariado, que tendrá posición más desahogada que el marinero partícipe en las ganancias de un barco que realiza pocas, el llevador de una tierra que no deja muchas, el aparcero á quien no saca de la miseria el aumento de precio del ganado que no es suyo, ó el arrendatario á quien abruma el pago de la renta. La miseria puede venir por muchos caminos, y suponer que no llega más que por el de un jornal escaso, es limitar equivocadamente un horizonte que es, por desgracia, muy vasto. Se suele fijar la atención con especialidad en los obreros de las ciudades, porque están reunidos, más á la vista y más cerca de los que compadecen su miseria ó se sirven de ella como recurso oratorio; pero la suerte del trabajador agrícola, jornalero, llevador, arrendatario ó casero, no es á veces menos infeliz, y en ocasiones su desdicha es todavía mayor. La expulsión de una familia de colonos se hace á veces con circunstancias propias para conmover á cualquiera, á todos menos al propietario que los arroja porque así conviene á sus intereses. No há mucho oímos referir el caso de echar de la casería á un anciano con seis nietos y la nuera viuda: ¿qué hará el infeliz? No lo sabe; no tiene

adónde ir, ni concibe la vida sino allí, en aquella pobre casa donde nacieron sus padres y sus abuelos, donde nació él, donde ha muerto el hijo inolvidable, el padre de aquellas criaturas que le dicen llorando: ¿Adónde vamos, abuelo?

Estas y otras desdichas, por cientos ó por miles, pasan allá lejos, en los campos, donde nadie lo sabe, entre pobre gente que no se queja; de manera que para muchos la cuestión social parece limitada al casco de las grandes poblaciones. Nó es así, por desgracia, y la emigración á las ciudades y á Ultramar es una prueba, entre otras muchas, de la miseria de los trabajadores agrícolas, que no se remedia con recetas que, si tuvieran aplicación, que no suelen tenerla, servirían únicamente para los operarios de las fábricas y explotaciones en grande.

El progreso que supone la distribución más justa de los productos del trabajo coincide, como no puede menos de coincidir, con el de la cultura y de la moralidad, porque los hombres embrutecidos y rebajados no serán nunca trabajadores bien retribuídos. Es bien extraño que muchos evolucionistas en ciencias naturales, en las sociales pretendan sustituir la revolución á la evolución, cuando el raciocinio y la

historia ponen tan de manifiesto que en la sociedad no se ha procedido ni puede procederse por saltos más que en la Naturaleza.

Así, pues, debe repetirse hasta la saciedad: para mejorar la condición económica del obrero es preciso elevar su nivel intelectual y moral; y cualquiera que sea la forma en que se retribuya su trabajo (es preciso insistir en que no puede ser la misma en todos los casos), éste se pagará en proporción de lo que valga el trabajador y de las utilidades de la obra.

Pero el trabajador puede valer mucho para el que le emplea y poco para sí; de modo que además de ser honrado y hábil, necesita ser *fuerte*, á fin de que no le exploten: no sólo ha de *tener* razón y *saberlo*, sino hallar el medio de *hacerla valer*, todo lo cual se expresa con tres palabras:

Moralidad,
Inteligencia,
Asociación.

CAPÍTULO VII

DEL TRABAJO DE LAS MUJERES

I

Aunque las mujeres están incluídas en el número de trabajadores mal retribuídos, la insuficiencia de la retribución es tanta y tan general y especial, que merece llamar la atención en capítulo aparte. Los que han estudiado los defectos de las mujeres extraviadas, observan que la pereza es uno de los más perceptibles y arraigados; pero no suelen hacerse cargo del peligro en que está de hacerse holgazán un trabajador tan mal retribuído como la mujer suele estarlo; y no debe extrañarse que tantas pidan al vicio recursos que no hallan en el trabajo, sino admirar las que perseveran en la virtud luchando con heroísmo ignorado, que es muchas veces

bre, resulta que es un obrero menos inteligente y más débil. Á esta desventaja positiva se une otra que no lo es menos, económicamente hablando: la concurrencia desesperada que ha de sostener. Siendo muy pocos los trabajos á que puede dedicarse, sobra mucha gente para desempeñarlos; y uniéndose la afluencia excesiva de operarios al poco aprecio que inspiran, resulta una retribución cruelmente irrisoria; si hay algún oficio en que alcance para sustentar la vida, por regla general sucede todo lo contrario.

Consecuencia de pagarse tan *poco* su trabajo, es que la mujer tiene que trabajar *mucho*, y caer bajo el peso de una tarea continuada superior á sus fuerzas. El médico del hospital ó de los socorros domiciliarios certifica de la muerte ó da cuenta de tal ó cual enfermedad, que afecta al pulmón, al estómago ó el hígado; pero si, en vez de hacer constar los efectos, se buscara la causa del mal, resultaría que una enferma estaba doce ó catorce horas doblada sobre la costura ó dando á la máquina y comiendo mal; que la otra se levantó y trabajó antes de tiempo, recién parida, ó criando y comiendo mal tenía que desempeñar una ruda tarea; que

la de más allá, en una época crítica, en vez de hacer ejercicio, respirar aire puro, oxigenar bien su sangre y entonarse con una buena alimentación, estuvo en el taller ó en la fábrica respirando una atmósfera infecta, sentada siempre ó siempre de pie, con posturas y esfuerzos antihigiénicos, humedad, mucho frío ó mucho calor, etc. Centenares, miles, muchos miles de mujeres, para la ciencia médica, sucumben de esta ó de la otra enfermedad; pero la ciencia social sabe que *mueren de trabajo.* Al triste fin prematuro contribuye además su espíritu de abnegación y ánimo paciente: convencida de que ha nacido para el sufrimiento, sufre toda la vida y hasta morir. El hombre, cuando no puede andar, se pára; la mujer se arrastra, con las pocas fuerzas que acaba de aniquilar, en vez de recuperarlas con el descanso. Pasa una noche de horribles dolores; sobre la madrugada se calman y viene el sueño reparador, pero no puede entregarse á él.—*Si el mundo hubiera sido mío*, decía una, *lo hubiera dado por no levantarme;* pero como el mundo no le pertenecía, ni en él había quien la sostuviera y cuidara, se levantó á trabajar un día, y otro, y muchos, hasta aquel en que cayó para siempre. Así

caen y caerán, hasta que no se mejore su condición económica y se levante su espíritu, demasiado pasivo por muchas causas, unas naturales y sociales otras.

La gravedad de todo esto es mucha, aunque no se considere más que la parte física y á la mujer como hembra, cuya prole no puede ser robusta descendiendo de una madre agotada.

Y á esta realidad, á esta prosa, no se opongan sueños vanos, el idilio económico-social de la mujer ocupada tan sólo en los quehaceres del hogar, provisto por el hombre de todo lo necesario; lo cual, como hecho, es falso; como discurso, erróneo; como esperanza, vana. La mujer ha trabajado siempre fuera del hogar; trabajará, es preciso que trabaje, y para que esté el menor tiempo posible fuera de él no hay más medio que mejorar su educación y las condiciones de ese trabajo: si ganara en seis horas lo que gana en doce, podría estar diez y ocho en casa. Para que no necesitase salir de ella con el objeto de allegar recursos sería menester que el hombre le diera los suficientes para el sostenimiento de la familia, y que hubiera hombre que los allegara: condiciones que no se cumplen en muchos casos—en la mayoría

de ellos, puede asegurarse con razón, aunque por falta de estadística no se pruebe con números.

Madre con hijos pequeños, tiene para criarlos que salir para ayudar á su marido, en el caso más general de que el salario de éste sea corto ó inseguro, y en el no muy raro de que distraiga una parte para vicios ó gastos innecesarios. Hija, tiene que salir para auxiliar á sus padres, que el trabajo excesivo y la mala alimentación envejecen antes de tiempo. Viuda ó abandonada de su marido ó de su amante, lleva sobre sí todo el peso de la familia. Y soltera y sola, ha de proveer á sus necesidades. Es, pues, imaginaria ó excepcional la situación que como regla y realidad se supone, ó á que se aspira, de la mujer en el hogar, sin más cuidado que él. Como sueño podrá ser muy bello, y no discutimos su belleza; pero

.....los sueños, sueños son;

y somos y queremos gente despierta, que conozca las condiciones de la vida y de su época, y no imagine que se pueden mejorar negándolas.

II.

El hecho es que, por regla general, la mujer necesita trabajar, y trabajar mucho, dentro y fuera de casa; y el problema no es que esté siempre en ella, sino que la abandone lo menos posible, á lo cual nada contribuirá tanto como su educación intelectual é industrial. Siendo más hábil, en pocas horas ganará mayor jornal que hoy en todo el día, pudiendo dedicar el resto á los cuidados de la casa, y hallará más facilidad para trabajar en ella cuando con su instrucción aumente el número de trabajos á que puede dedicarse, hoy tan reducido, y que, sobre ser de los que se pagan menos, no pueden por lo común hacerse en casa.

Los hombres (con pocas excepciones en España) no son favorables á la educación de la mujer, ni industrial, ni literaria. Si no como modelo, puede citarse como ejemplo una Diputación provincial de Madrid suprimiendo la partida que para la instrucción de la mujer figuraba en su presupuesto, donde consignaba *sesenta mil reales* para gastos de representación. Alguno preguntará: ¿Qué se representa con di-

nero? ¿Qué? Todo. Los que se venden, los que compran, los que estrujan, los que son estrujados, los que sin conciencia se hacen ricos y los que sin humanidad se quedan reducidos á la miseria. Nada más lógico que dar dinero para la representación de una sociedad como la española, y cumplen fielmente su mandato los representantes de la ignorancia. Consecuencia de ella es oponerse á que las mujeres se instruyan, pretendiendo al mismo tiempo que no salgan á trabajar fuera de casa; porque debe notarse que las desean más *caseras* los mismos que las quieren más *ignorantes*. Tal contradicción parece propia de quien no haya estudiado bien el asunto, ni sepa las condiciones imprescindibles del trabajo, ni su historia, y pretenda erigir en leyes reglas que, lejos de tener carácter de generalidad, son más bien excepciones. Aquí no cabe más que recomendar la observación de los hechos; de ella sólo puede venir el convencimiento de que las mujeres, en gran número, el mayor, tienen que salir hoy á trabajar fuera de casa, y para que no salgan ó estén menos tiempo fuera de ella, hay que hacer mucho á fin de perfeccionarlas, siquiera no sea más que como trabajadoras.

En la escasa, las más veces irrisoria, retribución del trabajo de la mujer influyen las mismas causas que respecto del hombre mal retribuído, pero más activas, y otras que á él no le perjudican, al menos directamente.

Se paga mal á la mujer porque su escasa habilidad no suple la fuerza que le falta; porque, pudiéndose dedicar á muy pocos trabajos, se hace en ellos una competencia desesperada, y, en fin, porque se la tiene en poco. Estas circunstancias influyen, como hemos dicho, en el salario del hombre, pero en menor proporción, porque ni la competencia es para él tan ruinosa, ni su falta de instrucción industrial tan grande, ni su personalidad se aprecia tan poco; su trabajo, aunque sea igual y á veces inferior, se paga más que hecho por personas del otro sexo. Añádase, y esto es esencial, que al hombre no le están vedados la mayor parte de los modos de desplegar su aptitud como á la mujer, á quien las leyes y las costumbres rodean de obstáculos insuperables para que no salve los límites caprichosos é injustos que le señalan. Además, tiene desventajas naturales como trabajadora manual, ya porque la maternidad en una época de la vida absorbe una parte de

su tiempo y de su fuerza, ya porque ésta, sin ser menor que la del hombre, así lo pensamos (1), no se despliega con tanta energía en un momento dado, circunstancia que ha de perjudicarla en muchos casos.

¡Qué cúmulo tan abrumador de desventajas, obra unas de la Naturaleza, y otras, el mayor número, de la sociedad, que en vez de disminuir aumenta los obstáculos que halla la mujer para trabajar en condiciones equitativas y que no hagan repulsivo un trabajo cuya depreciación influye en el menosprecio del trabajo en general! En efecto, su reducido jornal no sólo rebaja el del hombre en los trabajos iguales ó análogos, sino que tiende á rebajarlo en general por leyes de equilibrio económico, que, aun cuando no están bien estudiadas, no dejan de serlo. Así, los hombres, que por lo común no se cuidan de que la mujer reciba ningún género de instrucción, y aun son hostiles á ella, rebajando el mérito y el aprecio en que se la tiene y el precio del trabajo respecto á la mitad de los trabajadores, determina indefectiblemente

(1) Y creemos haberlo probado en *La mujer de su casa.*

una rebaja en el de la otra mitad. Porque el padre ó el marido gana poco, la esposa y el hijo van á la fábrica, é influyen para que gane aún menos. ¡Encadenamiento desdichado!

Los medios propuestos para lograr mayores ganancias á los obreros deben aplicarse á las obreras en cuanto su situación sea igual, y además los especiales que sus circunstancias reclamen.

Instrucción igual para todos.

Igualdad ante el trabajo, derecho tan sagrado y necesidad más imperiosa que la igualdad ante la ley.

Puesto que se han suprimido los gremios de oficios, que no subsistan los de *sexos*, con exclusiones especialmente injustas, puesto que los hombres pueden hacer y hacen toda labor de mujeres, y éstas se ven excluídas de casi todos los trabajos de ellos.

Además, las circunstancias especiales de la mujer trabajadora y madre exigirían condiciones especiales que conciliasen en lo posible el trabajo con los cuidados de la maternidad y de la casa. A esto podría contribuir mucho el que la mujer, con educación industrial más perfecta y sin vetos como trabajadora, pudiera dedicarse

á mayor número de ocupaciones y más lucrativas. Además, el Estado, directamente en las obras que hace por su cuenta, indirectamente en otras, la sociedad respecto de todas, y las operarias mismas si tuvieran la ilustración é iniciativa que hoy les falta, podrían contribuir á que el trabajo de la mujer se conciliara con el cuidado de la casa.

Hay ya ejemplos y ensayos de todo esto. En las fábricas de cigarros, al menos en la de Gijón, las mujeres que lactan tienen horas especiales y libertad para estar fuera del establecimiento las bastantes para atender al cuidado de los hijos y de la casa. Este privilegio, con buen acuerdo y tolerancia laudable, ha dejado de serlo, puesto que se hace extensivo á todas las que deseen aprovecharse de él, siendo así posible el trabajo fuera de casa sin abandonarla.

También hay fábricas fuera de España en que las mujeres se convienen entre sí para establecer una especie de *relevos*, que les permiten ganar algo fuera de casa y atender á ésta; en otras, el fabricante dedica un departamento y da protección especial á las madres que lactan. Lo que hasta ahora no son más que tentativas y excep-

ciones debiera ser la regla, y es de esperar que lo sea. Lo que un industrial de especial bondad hizo primero, otros buenos lo intentarán después, y muchos, sin serlo tanto, más adelante, por lo que se llama *fuerza de las cosas*. El pequeño grupo de mujeres que se convienen para relevarse en el trabajo se aumentará, y la sociedad por medio de asociaciones, y el Estado, cuando su intervención sea justa, con leyes y reglamentos, pueden y deben contribuir á que desaparezca una disyuntiva inhumana que amenaza la degradación de la especie. Que no diga la industria: *trabajadora Ó madre*, sino que diga la sociedad, la ley, como lo dice la justicia: *madre Y trabajadora.*

Y que, por el camino que se va, la raza degenera, está fuera de duda. No se hace caso de las mujeres ni fisiológica, ni industrial, ni intelectualmente, ni de ningún modo; y unas porque trabajan demasiado, y otras porque no trabajan nada, resulta que todas se debilitan con daño de la prole. Antes, el padre, al menos en ciertas clases, neutralizaba en parte esta debilidad; cazador y guerrero, habitador de los campos, era hombre fuerte; hoy, enervado en poblaciones malsanas, aumenta las malas influencias

de la madre con su falta de higiene, si acaso no con sus vicios.

Tan grandes cambios como se realizan en los pueblos modernos, su movimiento rápido, vertiginoso, la febril actividad de los espíritus, los progresos materiales, el hervir de las ideas y de las aspiraciones; toda esta gran suma, inmensa, de males y de bienes, exige, para que éstos preponderen, cambios y trasformaciones de todos los elementos sociales. La mujer sin instrucción científica, artística ni industrial, sin derechos, animal doméstico, ó ángel del hogar, vivía en él protegida contra la sociedad por el mismo que tal vez la tiranizaba. Pero hé aquí que las cosas cambian; se abre la puerta de la casa á la mujer, se le dice que puede salir, ella ve que lo necesita, se la lanza á las plazas, á las calles, á los talleres, á las fábricas, tal como antes vivía recogida en su casa, sin instrucción de ningún género, débil, física, artística, industrial y científicamente; de modo que la libertad que se le ha dado es mentira, porque se ha encontrado por todas partes con superioridades que la abruman, con nuevos tiranos que tal vez la hacen desear la antigua forma de esclavitud. Y aludimos aquí á cierta categoría de mujeres,

la más visible é influyente, no la más numerosa, que ha tenido siempre ruda tarea fuera del hogar.

Es un hecho la discordancia entre la sociedad *moderna* y la mujer *antigua*, que forma parte esencial de ella, víctima unas veces del progreso, y rémora otras; la máquina de coser la agota, ó ella misma se convierte en instrumento de mutilaciones sociales. La mujer es hoy desgraciada, ignorante é influyente, sí, influyente, dígase lo que se diga, hágase lo que se haga; y para que su influencia se armonice con la justicia, es preciso que desempeñe el papel que le corresponde, que se interese en la obra social como en obra *suya*, que viva de racional actividad, y no de apatía enervante, exaltación trastornadora ó trabajo ímprobo; que renuncie á idolatrías pasajeras que la deslumbran y á tronos de que cae en el fango, y viva de dignidad, de trabajo inteligente, de sentimiento, pero de ideas también, para que sus actos no se exploten y se extravíen en daño suyo y de todos.

Los reformadores resueltos que encuentran obstáculos insuperables é invisibles, si los analizasen, verían que sus principales elementos son la condición desgraciada, la miseria y la

ignorancia de la mujer, y para que su obra tuviera solidez debieran darle por base la razón. ¿Cuánto gastan en enseñar á los hombres? ¿Cuánto en enseñar á las mujeres? ¿Cuántos caminos abren á la actividad razonable de los primeros? ¿Cuántos á la de las últimas? Ajústese bien la cuenta, anótese el *déficit* que resulta para la justicia, y no se pretenda establecerla pisándola. ¿Se quiere hacer un pueblo de hombres libres con mujeres esclavas? ¿Se quiere que la mujer disfrute realmente de libertad, mientras tenga la argolla de la miseria y de la ignorancia, mientras no mejore su condición económica é intelectual? ¿Se quiere que el fanatismo y el pauperismo no hagan estragos, mientras los que aparentan consolar y proteger puedan explotar, extraviar, corromper, y exploten, extravíen y corrompan? ¿Se quiere que haya equilibrios estables, orden económico, ni orden alguno, mientras la mitad del género humano, si no hereda, ó es sostenida por la familia, ó recibe limosna, ó dón pecaminoso, tiene hambre?

A este mal grave no hay otro remedio que educar á la mujer, artística, científica é industrialmente, convenciéndose de la justicia y de

la conveniencia de hacerlo así, para que la opinión modificada varíe las costumbres y las leyes. La mujer, si es propietaria ó industrial, paga contribución como el hombre: no se exime, ni halla rebaja en los impuestos indirectos; si delinque, el no ser hombre no le sirve de circunstancia atenuante, y eso que, dada la sociedad como está, debería serlo muchas veces. Pero si quiere desplegar su actividad inteligente, las leyes, las costumbres y los errores le niegan el acceso á casi todos los oficios lucrativos y á las profesiones; de modo que está bajo pie de igualdad para las cargas, no para los beneficios sociales; tiene personalidad para los deberes, y no para los derechos, eternamente pupila de tutor injusto é insensato. Mas cuando las leyes y las costumbres han prolongado su perniciosa influencia, el mal penetra tan hondo que sus víctimas poco ó nada pueden hacer para remediarlo, y la justicia necesita tomar en gran parte el carácter de protección. Las mujeres, en especial las pobres, no pueden sin auxilio romper el yugo de la tiranía económica que las condena á trabajar casi de balde. Mujeres instruídas y que ocupan una aventajada posición social, han dado ya el ejemplo de tender

una mano protectora á las pobres é ignorantes; que este ejemplo se siga, que esta acción se generalice, pero que no se crea que será un remedio proporcionado al mal; la magnitud de éste exige la cooperación eficaz del hombre. Los caballeros de la Edad Media amparaban á las mujeres con su brazo; los de la nuestra deben ampararlas con su inteligencia: las lanzas de hoy han de romperse contra los errores y las preocupaciones que las oprimen.

campo de batalla ó en servicio del Estado, de cualquier modo que sea, y no se comprende en razón por qué ha de ser menos benemérito el que se queda cojo llevando uniforme que si llevara blusa, y más digno de recompensa el que pierde una mano de un balazo que en la explosión del grisú en una mina. El Estado no es más que un órgano de la sociedad; los hombres que él emplea para funciones determinadas tienen una organización especial, pero no méritos especiales superiores á los que sirven sin intervención ni dependencia directa de los poderes públicos en lo que se refiere á su trabajo. Todo trabajador desempeña una *función social*; la vida de todo hombre que trabaja es *militante*, porque es combate continuo contra las fuerzas de la Naturaleza, que no utiliza sin domeñarlas. El nervio de todo pueblo, la condición de su existencia está en los que luchan con la Naturaleza, no con los hombres, y no hay razón para que aprecie á éstos más que á aquéllos, y se crea mejor servido por un carabinero que por un albañil, por un polizonte que por un fundidor. Que pruebe cualquier país á vivir sin los que sirven al Estado y sin los que sirven á la sociedad, y comprenderá cuáles son más útiles y si

es más indispensable el que cobra la contribución y toca la corneta, que el que ara la tierra y amasa el pan.

Partimos, pues, del hecho de que *todo trabajador es combatiente y funcionario social;* y si ejerciendo sus funciones y en el combate, es decir, trabajando, se inutiliza, la sociedad debe reconocerle sus derechos de inválido, y honrarle y socorrerle como benemérito que es y acreedor suyo, y por su órgano, el Estado, determinar la forma y modo de este socorro, según las diferencias de tiempos y lugares é industrias. Como el inválido del trabajo tiene derecho al socorro, no cumplen sino á medias su deber los pueblos que combinan el auxilio del Estado con el ahorro del obrero, en institución de previsión para el caso de que se inutilice. Cuando puede hacer ahorros harto tiene á qué aplicarlos, y dichoso será de tenerlos cuando esté enfermo, carezca de trabajo, sea anciano, etc., etc. En general, no puede ahorrar; pero aunque pudiese, es de toda justicia que sin cooperar reciba medios de vivir de aquel á cuyo servicio perdió la facultad de procurárselos. ¡Sin cooperar! ¿No coopera bastante, aunque no lo haga con dinero, exponiendo su salud y su vida? Ella además

constituye un capital, que cuando la pierde se debe á sus hijos.

Como en todo vale más prevenir un mal que remediarle ó atenuarle una vez sucedido, reconociendo el derecho de los inválidos del trabajo á ser socorridos, debe procurarse que haya el menor número posible, y esto, no por un cálculo ruin, sino por un sentimiento elevado y humano: no tiene precio la salud, ni se indemniza á los muertos. Todo trabajo debería hacerse con el *mínimum posible de peligro para la salud y la vida del trabajador*. ¡Cuán lejos estamos de realizar este sencillo principio de justicia! Para ponerle en práctica hay dos dificultades muy graves: la ignorancia y el egoísmo.

Se ignora, en efecto, el modo de sanear algunas industrias y de evitar los peligros que hay en otras; pero no debemos suponer que esta ignorancia sea invencible, al menos en a mayor parte de los casos; y si para proteger la salud y la vida de los obreros se hubiera trabajado tanto como para hacerla agradable á los señores ó causar la muerte á los enemigos, es probable que se conocieran procedimientos que hoy se ignoran con que sanear, evitar ó disminuir el peligro de muchos trabajos. Hay, pues, que

atraer las inteligencias por este camino con mayores estímulos que hoy tienen, interesar los corazones; porque si son dignas de aplauso las investigaciones eruditas, las creaciones del arte y de la poesía, no hay nada tan sublime como la ciencia al servicio de la humanidad, y el pensamiento que desciende sobre ella en forma de consuelo es verdaderamente divino. El porvenir reserva sin duda estatuas para estos reveladores benéficos que el pasado desdeñó y que el presente no ensalza aún como debiera.

Después de la ignorancia viene el egoísmo, ó mejor dicho antes si el orden de prioridad ha de corresponder al mayor daño. Se sabe en muchos casos cómo podrían sanearse las industrias; se sabe que la salud del obrero se conservaría ó sufriría menos no exponiéndole por tanto tiempo á la acción de las causas morbosas; que con disminuir el número de horas de trabajo ó con variarlo, alternando los malsanos con los higiénicos, el mal desaparecería ó se limitaba mucho; pero el remedio es tal vez engorroso ó más caro, y la industria necesita procedimientos baratos, sencillos, expeditos, como no tengan más inconveniente que destruir la salud y ex-

poner la vida del obrero, y á la industria, ya se sabe, se le da lo que pide.

La ley debiera poner coto á sus inhumanas complacencias y á sus descuidos culpables; intervenir para que se sanearan ciertas industrias que no lo están, sin otra razón que la economía; para que las horas de los trabajos que prolongados hacen enfermar ó matan indefectiblemente, se redujeran de modo que la tarea no fuera homicida. En ocasiones, el peligro aumenta porque se disminuyen en demasía los operarios, ó se les pone indebidamente en condiciones arriesgadas, como sucede, por ejemplo, con los buques que naufragan porque el corto número de tripulantes no ha podido resistir á la fatiga de un temporal que se prolonga, y perecen por falta de fuerza para continuar con vigor la maniobra. Otras veces se hacen á la mar embarcaciones que deberían estar desechadas, que llevan demasiada carga ó salen con un tiempo en que es temeridad salir del puerto; pero el barco está asegurado, las mercancías también y los hombres..... no están asegurados, pero hay seguridad de encontrar otros á bajo precio si aquéllos se ahogan..... ¿Y la justicia? Interviene poco en estos casos en que necesitaba interve-

nir tanto; se abstiene indebidamente ó dicta reglas que son en muchos casos letra muerta: tan poco apoyo les presta la opinión y aun aquellos mismos á quienes más directamente favorecen.

En todos estos males, ni el público ni los particulares suelen ser tan malos como parecen; y si muchas veces se descubre egoísmo feroz, otras hay mucha ignorancia, descuido y ligereza. La prueba es que, cuando se sabe que un hombre perece si no se le socorre, no escasean los sacrificios para salvarle ni el Estado, ni la sociedad, ni las colectividades, ni los individuos. Es un espectáculo verdaderamente hermoso y consolador, en medio de su tristeza, el que ofrece un pueblo cuando sabe positivamente que uno de sus hijos está en peligro de muerte y puede salvarle. ¿Qué no se hace, por ejemplo, para sacar vivos á los mineros que quedan sepultados? Toda una comarca puesta en movimiento, todo un pueblo conmovido; máquinas poderosas sacando agua, medios ingeniosísimos para enviar alimentos, trabajo sin descanso noche y día, esfuerzos inauditos, gastos en que no se repara para salvar á unos pobres obreros. Cuando se ven estas cosas se ex-

clama: ¡La humanidad es buena! Cuando se recuerdan no se desespera de ella para nada que sea justo y benéfico. Pero esa misma sociedad que no repara en sacrificios por dar la vida á un hombre que muere, los deja sacrificar y matar á cientos y á miles por no intervenir racional y humanamente en la manera con que trabajan: sí, á cientos y á miles, hombres, mujeres y niños perecen como no debían, unos instantáneamente, y son los más dichosos, otros aniquilados con lentitud.

Es necesario, pues, que esa sociedad que á veces siente tan bien y otras obra tan mal, note la contradicción, sepa la justicia, compare lo que debe hacer con lo que hace, y obre de manera que no pueda ser tachada de inconsecuencia ó de hipocresía.

Pero aunque se tome cuantas medidas sean necesarias á fin de disminuir el número de inválidos del trabajo, siempre serán bastantes para que, desatendidos, constituyan una injusticia social y una concausa de pauperismo, ellos y sus familias, á quienes la desgracia del que la sostenía sume en la miseria.

¿Y quién debe atender á los inválidos del trabajo? Según los casos, porque son muy va-

rias las circunstancias en que se inutilizan; lo que se puede establecer como fijo y absoluto son estos dos principios:

1.° Que todo inválido del trabajo tiene derecho á socorro y consideración especial.

2.° Que cuando la sociedad no cumple espontáneamente el deber consecuencia de este derecho, el Estado debe realizarle ó hacer que se realice como cualquier otro.

Variando tanto las circunstancias en que el trabajador se inutiliza, no es posible establecer una regla única.

Sucede, por ejemplo, que el trabajador se inutiliza trabajando para sí.

Sucede que se inutiliza trabajando para una persona que no es más rica que él, que acaso es más pobre.

En estos dos casos ya se comprende que si la sociedad por medio de asociaciones benéficas ó de alguna persona caritativa no le socorre, el Estado tiene que sustentarle.

Cuando el Estado trata con una empresa industrial, como sucede con las constructoras de ferrocarriles, y en general de todas las obras públicas, entre las condiciones que impone debe entrar la de socorrer á los que se inutilicen á su

servicio, y á sus familias si mueren. Algunas compañías lo hacen así; pero era necesario que todas tuvieran la obligación de proceder de igual modo.

En este asunto, como en todos, debe aspirarse á que la sociedad cumpla el deber sin coacción de su órgano jurídico, como una persona honrada cuya conciencia hace innecesaria la intervención de la ley en sus relaciones con las demás. Ya sucede así en algunos casos, siendo notable el de la explosión de una mina de Inglaterra, de que fueron víctimas ciento veintitantos obreros. Entre el público compadecido quiso abrirse una suscripción; la Asociación Hullera no lo consintió, teniendo medios pecuniarios para acudir á todos los gastos que esta terrible desgracia le imponía y el noble orgullo del que comprende su deber y le cumple. Si tales ejemplos tuvieran la publicidad que merecen; si se rectificasen los errores que el egoísmo y la ignorancia fortifican; si la opinión condenara como infame el hecho de abandonar al hombre que se inutiliza por enriquecer al que le abandona, sería necesaria pocas veces la intervención de la ley, y, como los cobardes se desafían, los avaros darían por miedo á la opi-

nión. Robustecida ésta, como acontece siempre que los buenos hechos fortalecen las buenas ideas, por una parte se enfrenaría la avaricia, y por otra recibirían nuevo impulso los sentimientos benévolos y elevados, y las asociaciones acudirían cuando el individuo no pudiera sostener al que se inutilizó sirviéndole.

Para los casos en que fuese necesaria la intervención del Estado, se haría por medio de jurados que decidiesen si debía satisfacer todo ó parte del socorro debido al inválido, eximiendo al que le ocupó, ó señalando la proporción en que debía contribuir, conforme á reglas bien meditadas.

Este Jurado se compondría por mitad de jornaleros y de personas que no vivieran de jornal, presididas por el que nombrasen de común acuerdo. Cuando el inutilizado no fuese obrero, la mitad del jurado debía formarse con individuos de su clase ó afines á ella.

La instalación de estos tribunales para resolver si el inválido ha de ser sostenido por el Estado ó por el que lo empleaba cuando quedó inútil, tendría, entre otras ventajas, la de que muchos cumplirían como debían sin coacción y conduciéndose bien, aunque tuvieran mal

voluntad, seguros de que había un poder superior para rectificarla si se torcía.

Cuando hablamos de la intervención y responsabilidad del Estado, entendemos que debe tomarse en su esfera más lata en cuanto á la responsabilidad; porque si bien el Jurado debe componerse de personas que estén bastante cerca para conocer si el particular ó la Compañía pueden y deben indemnizar, en caso de que no deban no ha de localizarse la responsabilidad pecuniaria; porque podría suceder, y con frecuencia sucede, que en la jurisdicción de una aldea miserable se inutilizasen centenares de trabajadores que, no pudiendo ser sostenidos por el que los empleó, quedarían á cargo de una localidad, constituyendo un peso superior á sus fuerzas.

Y cuando un armador no debe indemnizar á las familias de los que perecieron en su barco ó sólo en parte, ¿quién responde del resto ó del total? ¿El pueblo en cuyas aguas naufragó, el puerto á cuya matrícula pertenecía? Semejante obligación no puede ser local, y si no se impone á un individuo ó á una Compañía, es de todo el país, como lo son los beneficios del trabajo.

¿Acaso la miserable aldea donde está encla-

vada la mina de carbón se ilumina con el gas que de él se extrae? La industria del hierro, ¿puede vivir sin la hullera, ni ninguna sin las metalúrgicas? Si el que hace una casa saca el rédito de su capital, el que la habita ¿no logra un provecho todavía mayor hallando en ella albergue contra la intemperie y comodidades para el bienestar? Si las ventajas son solidarias también las obligaciones, y la sociedad no debe desconocer las que tiene, ni el Estado dejar de cumplirlas ó hacer que se cumplan si la coacción es necesaria.

Y ¿qué socorro se ha de dar al inválido? Según el jornal ó sueldo que ganaba, según los grados de incapacidad en que haya quedado para trabajar y según otras circunstancias; porque el que con hijos pequeños necesitaba todo su jornal, podría vivir con sólo una parte cuando éstos tengan oficio. Además, el Estado, en sus varias esferas, tiene empleos que puede servir un manco ó un cojo, y que deberían reservarse para los inválidos, ya del ejército, ya del trabajo.

Decimos que al que se inutiliza trabajando ha de socorrerse según el jornal ó sueldo que ganaba, porque conforme á él eran sus necesida-

des y hábitos, y habría injusticia en indemnizar al ingeniero que se inutiliza dirigiendo una obra lo mismo que al peón que trabaja en ella.

Las responsabilidades pecuniarias, existan ó no, son independientes de la criminal en que debe incurrir todo dueño de una industria, de una obra, de un barco, etc., que infringe las prescripciones legales respecto á la salubridad y seguridad ó menor peligro de los trabajadores, ú omite aquellas precauciones que no han podido ser especificadas por la ley pero que dicta el buen sentido. Hay que insistir sobre esto y reconocer los buenos principios de que con frecuencia se prescinde al legislar. La imprudencia temeraria ó la avaricia cruel que suprime las prescripciones legales ó las que dicte la humanidad cuando se gradúan hasta constituir delito, deben incurrir en pena *personal* además de la *pecuniaria;* ya sabemos que las responsabilidades criminales son muy difíciles de exigir, que en la práctica suelen resultar ilusorias; no obstante, el principio debe sentarse para que, al menos legalmente, no se exponga la vida de los hombres por ganar algún dinero.

Debe omitirse la distinción de si el trabajador que se inutiliza ó sucumbe tuvo culpa ó no

para indemnizarle ó negarle la indemnización: ha de ser siempre indemnizado, ó su familia, distinguiendo respecto al que ha de indemnizarle, no respecto á él, que puede haber tenido *descuido*, nunca *culpa*. El descuido es resultado de la ignorancia, de la brutalidad; pero muchas veces, las más, del modo de ser del hombre, de todo hombre que se acostumbra á los peligros, y no puede tener su espíritu en continua tensión para evitarlos: los que acusan al obrero de descuidado, en su lugar se descuidarían lo mismo que él, si no siempre, en la mayor parte de los casos.

Para cumplimentar la ley, cuando exista, sobre inválidos del trabajo y reglas para aminorar ó suprimir sus peligros é insalubridad, serán convenientes (en muchos casos y por mucho tiempo necesarias) asociaciones protectoras de la salud y de la vida del obrero, y que le protegieran, no sólo contra la codicia, sino contra su propio descuido y su ignorancia del peligro á que se expone.

Con la indemnización pecuniaria, no sólo se haría un acto de justicia, arrancando á la miseria al inválido y á su familia, sino que se disminuiría el número d[illegible]dos y de muertos.

Económicamente hablando, un hombre que se inutiliza hoy no vale nada y en poco se tiene; si representara un capital se le consideraría de otro modo: lo que no se hace por evitar desgracias, se haría por ahorrar dinero; es muy triste decirlo, pero debe decirse porque es la verdad.

CAPÍTULO IX.

DE LOS QUE SON MISERABLES PORQUE MALGASTAN UNA PARTE DE LA RETRIBUCIÓN SUFICIENTE DE SU TRABAJO.

I.

No es tan corto como algunos imaginan el número de obreros que, ganando lo suficiente para proveer á sus necesidades, y hasta poder realizar algún ahorro, á la menor oscilación económica caen en la miseria, y aun en el estado normal privan á su familia y á sí mismos de las cosas más necesarias. Los hay que, ganando un gran jornal, no salen de la categoría de miserables, y lo que es todavía más, pueden observarse comarcas en que la pobreza se ha convertido en miseria á consecuencia del mucho dinero que por crecidos jornales ha dejado allí una nueva y floreciente industria.

CAUSAS DE LA MISERIA EN LOS QUE GANAN LO SUFICIENTE.—Estas causas pueden resumirse en una palabra: *inmoralidad*, y descomponerse en *imprevisión*, *despilfarro* y *vicio*.

Imprevisión.—Esta causa de miseria es no sólo real, sino poderosa; pero hay que circunscribirla á sus verdaderos límites, no señalándole una esfera de acción que no tiene y se le atribuye, suponiendo que si los pobres fuesen previsores no llegarían á ser miserables.

Se ha hablado mucho de la imprevisión del pobre sin analizarla bastante, sin distinguir aquellos casos en que es inevitable, de otros en que es dado evitarla, y de algunos en que puede considerarse como un bien.

Hay una imprevisión que llamaríamos *providencial*, y por la que, cerrando los ojos á un porvenir que no se puede modificar, gozamos del presente. La alegría de los miserables es casi siempre imprevisora, pero es alegría de que no disfrutarían las más veces si reflexionaran sobre su suerte futura. Al que no gana ni aun lo estrictamente necesario, y no puede ganar más, ¿de qué le serviría considerar que se halla expuesto á carecer de trabajo, que un día le irán faltando las fuerzas para trabajar, que se verá

en la dolorosa situación del *obrero viejo*, del hombre que no era más que una fuerza mecánica y la ha perdido en gran parte, siendo carga que su familia no puede ó no quiere llevar, objeto de desdén aun para los que un día se verán como él? ¿De qué le servirá al obrero joven que no puede realizar economías ni adquirir aquellas cualidades del espíritu que no destruye el tiempo y hacen respetable al anciano, considerar la vejez como un espectro lúgubre que viene á cubrir de luto las alegrías de su juventud? En estos casos, muy numerosos, no se debe declamar contra la imprevisión, sino bendecirla.

En general, las ideas y los sentimientos de los hombres, tomados en masa ó en grandes colectividades, se supone que no existen cuando no se revelan convertidas en hechos, y así sucede con la previsión que no da resultados: convendría reflexionar en los obstáculos que encuentra la del pobre antes de convertirse en hecho. Son tantos, que en la práctica puede tenerse por imposible que pase de propósito á realidad sino por excepción. Hay que tomar al hombre como es, como son los pobres y los miserables, como somos todos; y si para ninguno se obra fácil, sino dificilísima, esa tensión cons-

tante del ánimo que combate gustos, apetitos, satisfacciones presentes, en vista de un bien ó de un mal futuro, ¿cuánta mayor dificultad no costará sacrificar una parte del presente al porvenir, á quien tiene fuertes los impulsos instintivos, como le sucede al pobre, y débiles las facultades intelectuales que han de enfrenarlos ó dirigirlos? Por olvidar esto exigimos la previsión con resultados (que es la única de que tomamos acta) en circunstancias en que no puede darlos sino respecto á individualidades excepcionales. Porque un pobre ha hecho prodigios de perseverancia, de economía; porque ha enfrenado sus apetitos, sacrificado sus gustos; porque con verdadero heroísmo ha peleado en el combate de la vida y mejorado su condición, ¿la multitud puede hacer lo mismo que ha hecho él? Hay un gran número de pobres fronterizos, por decirlo así, de la miseria, y á quienes se acusa de haber caído en ella por falta de una previsión que no han podido tener. Así, pues, para no hacer cálculos tomando ilusiones por datos, para no admitir por punto de partida sino la realidad, debemos dejar sentado que la previsión que se pide á todos los pobres ó miserables hay casos en que sería un mal, otros en

que el ahorro es imposible, debiendo exigirse más bien que por regla por excepción, dado el valor de los jornales y de los mantenimientos y habitaciones. Las personas que saben de estas cosas y se interesan por ellas, no suelen decir:—¿Por qué no economizará esta gente? sino:—¿Cómo puede vivir?

Hemos dicho en otra parte, y repetimos por considerar de esencial importancia el no pretender reformar la sociedad partiendo del desconocimiento de la naturaleza humana; hemos dicho que es errado cálculo el que se hace con este razonamiento ú otro parecido: «El pobre ó el miserable, aumentando á sus privaciones *una* cada día, podía realizar un pequeño ahorro que al cabo del año le permitiese evitar una privación mayor, un sufrimiento más grave.»

Cuando el hombre sufre ese mayor mal que pudiera haber atenuado, es *pasivo;* desesperado ó resignado (y esto es lo más común) le *soporta*, para lo cual necesita infinitamente menos fuerza que para haberle *evitado* siendo *activo* todos los días de todo el año, y combatir el natural deseo de evitar una mortificación ó de proporcionarse un gusto. Semejante esfuerzo no puede exigirse como cosa fácil, ni aun posible

tratándose de grandes colectividades, sino por personas que no reflexionan bastante lo que dicen, ni han sufrido nunca la ruda prueba de que tan fácil les parece que triunfen los demás.

Sentado esto, veamos cómo el que gana lo suficiente se arruina ó carece de lo necesario por disfrutar de lo superfluo.

Despilfarro.—Entra en él á veces la vanidad, que, como ha dicho un autor, *se coloca donde puede*, y halla medio de colocarse en cualquier parte, y donde á veces nos parece bien inverosímil que esté. En efecto; vemos al pobre con un lujo relativo, y ostentando galas ó dijes, ó haciendo otros gastos por un impulso vanidoso, privándose tal vez de cosas necesarias ó de realizar algunas economías. Su vanidad va aún más allá, y le pone en camino del vicio, haciéndole entrar en la taberna para que no se diga que es mezquino, que no puede gastar como los compañeros que beben, ó que su madre ó su mujer le dominan, impidiéndole hacer de su dinero el uso que le parezca.

El despilfarro es también consecuencia de no poner coto á gustos que no están en armonía con los medios de satisfacerlos.

Entre la imprevisión y el despilfarro hay una

relación tan íntima, que son más fáciles de separar en el papel que en la vida, y sólo para hacernos mejor cargo del último los hemos mencionado separadamente. En el despilfarro entran, aunque en menor dosis, muchos elementos del vicio, y además la vanidad, que en éste no influye: consecuencia de ella es el lujo relativo, que puede coincidir con la pobreza y hasta con la miseria. Hay observadores superficiales que se admiran de que el pobre sea vanidoso, como si la naturaleza humana no estuviera en lo esencial en todo hombre, y como si las pasiones desapareciesen por no poder satisfacerse en una forma dada. Se ve la vanidad en el último individuo de una horda salvaje, y en el jefe del Estado de un pueblo culto; la tienen de común el sabio y el ignorante, la ramera y la mujer honrada; es un mal bicho que cambia de alimento, pero no de naturaleza. ¿Por qué hemos de admirarnos de hallarla en el pobre? Ella desciende tentadora de los que la pagan muy cara á los que la compran barata, aunque su bajo precio sea ruinoso para el que cuenta apenas con lo necesario. En otros tiempos estaba contenida por las ideas, las costumbres, y hasta las leyes, que le marcaban límites según

la clase del vanidoso; hoy no los halla más que en su bolsillo ó en sus aspiraciones, que suelen ir más allá de sus medios, porque la idea de igualdad no se limita á las cosas esenciales ó serias, sino que se extiende á las pueriles, fijándose mucho en ellas, porque es más fácil imitar á los hombres en sus defectos que en sus virtudes. De estas consideraciones y otras que omitimos resulta que, habiendo ricos vanos, habrá pobres vanidosos, y que mientras la modestia no se predique desde arriba con el ejemplo, la vanidad se reflejará abajo, siendo una concausa de despilfarro y ruina para el pobre.

Otra es la satisfacción de gustos y caprichos que, sin llegar á constituir verdaderos vicios, perturban el buen orden y la economía indispensable en el que tiene solamente lo necesario. Hemos dicho que en el despilfarro entraban algunos elementos del vicio; y aunque obren con menor intensidad, y contenidos por ideas de dignidad y deber, no es menos cierto que la falta de medios intelectuales para gozar con el espíritu influye en los gastos que el pobre no puede satisfacer sino despilfarrando: sobre este punto no hacemos más que una indicación, porque hemos de tratarle más detenidamente.

El vicio.—Esta es la causa más eficaz para sumir en la miseria al trabajador bien retribuído, viéndose con frecuencia que cuanto mejor lo está es más vicioso.

¿Habrá alguna relación necesaria entre el buen jornal y la mala conducta? No, ciertamente; la relación necesaria, la ley, no existe; pero sí circunstancias muy desfavorables para la moral, y tentaciones en que caen miles de jornaleros.

El hombre, aun el más rudo, no es el animal que cuando no tiene frío ni calor, hambre ni sed, parece que se encuentra bien; el hombre, aun el menos culto, es un sér esencialmente activo, el cual, satisfechas sus necesidades materiales, sufre en la inacción, necesita *hacer algo*, y cuando no trabaja, divertirse ó distraerse. Por eso va al museo ó á la comilona; al café ó á la taberna; á la sociedad honesta ó á la pervertida; á la ópera ó á la farsa grotesca, y juega con baraja mugrienta entre el humo de la tagarnina ó del tabaco habano en los garitos aristocráticos. El hastío que produce la inacción es una prueba de la superioridad del hombre, un elemento de progreso, pero también un peligro cuando el que se hastía no puede ó no

de divertirse racionalmente, buscan el solaz material que pasa á brutal y á vicioso. Al principio no malgastan más que el sobrante; después cercenan para sí y su familia aun de lo indispensable, y, por fin, ni aun lo más necesario tienen, porque no pueden ó no quieren trabajar, ó no hay quien les dé trabajo en vista de su mala conducta.

Cuando se sube el salario de modo que exceda de lo más preciso, y al mismo tiempo no se eleva el nivel moral é intelectual del trabajador, el aumento de jornal es con frecuencia causa de miseria, porque lo es de vicio. La necesidad ha dejado de ser freno; la razón no establece armonía, y el equilibrio moral se rompe, consumando la material ruina del obrero bien retribuído y mal educado.

En los trabajos intermitentes, el mal se gradúa en la medida que aumenta el tiempo sin ocupación y de que puede disponerse para las distracciones peligrosas.

Cuando la labor es no sólo intermitente, sino eventual, aunque el obrero gane al cabo de un año lo que basta para sus necesidades, con frecuencia se le ve en la miseria, porque uniéndose el ocio frecuente á las alternativas de es-

casez y abundancia, con la falta de previsión y medios de ocuparse y distraerse de un modo racional viene el despilfarro y el vicio, convirtiéndose en desorden la poca regularidad del trabajo y de los ingresos. Así puede observarse en los que ejercen oficios con ocupación interrumpida y ganancias eventuales, como los pescadores, cuya penuria proviene en parte de las condiciones en que trabajan, combinadas con la falta de medios racionales de ocupar ó entretener los forzados ocios.

En el vicio hay un elemento absoluto y otro relativo á la posición del vicioso.

El vicio es en absoluto *un gusto depravado que se satisface habitualmente;* pero según la posición del que le tiene podrá influir de un modo muy distinto, bajo el punto de vista económico, y aun del moral, porque el que dispone de muchos recursos puede gastar mal una parte sin desatender materialmente sus obligaciones, lo cual no acontece al pobre. Esto se ve con más claridad en esos gustos que pudieran llamarse *fronterizos*, porque, sin ser enteramente vicios, degeneran en tales con facilidad.

Un capitalista es aficionado á fumar; fuma mucho, pero no desatiende por eso sus obliga-

ciones, ni la cultura de su espíritu; mejor sería que no fumara ó que lo hiciese moderadamente; que empleara en obras benéficas el valor de la planta que convierte en humo; no es un hombre perfecto, pero tampoco puede decirse que es un hombre vicioso.

Un pobre fuma mucho; por fumar priva de lo necesario á su familia; en vez de realizar algún ahorro vive al día, y al menor contratiempo de falta de salud ó de trabajo cae en la miseria; de manera que lo que en el uno es una mala costumbre, en el otro puede llamarse grave falta.

A un rico le gustan las corridas de toros; hay que deplorar su afición á espectáculo tan brutal y repugnante, pero, en fin, aunque asista á él no deja de atender por eso á ninguna de sus obligaciones.

Un pobre tiene el mismo gusto, y por satisfacerle trae descalzos y mal vestidos á sus hijos, ó tal vez los deja algún día sin pan.

El paralelo podría continuarse, pero bien entendido que no indefinidamente, porque hay malas costumbres que son vicios cualquiera que sea la posición del que las tiene, y las relaciones con una ramera elegante no son menos vi-

ciosas, y aun pueden serlo más, que las sostenidas con una prostituta desarrapada.

Parece duro y aun injusto que la diferente posición deje tan vasto campo á los gustos de unos para reducir el de otros, hasta el punto de que una acción sea más ó menos censurable según la fortuna del que la ejecuta. Si escribiéramos un tratado de moral, procuraríamos demostrar que el deber de no hacer cosa que rebaje moralmente es absoluto para todos, y que si las dificultades para cumplirle se aumentan á veces respecto al que está en los últimos grados de la escala social, otras crecen con la riqueza y el poder. No son más las tentaciones que tiene para obrar mal el miserable que las que pretenden seducir al millonario; y como éste tiene más deberes, no necesita poco esfuerzo para cumplirlos todos. Pero como no podríamos profundizar en el asunto sin dar demasiada extensión al que tratamos, basta dejar sentado que el vicio *es una costumbre arraigada que rebaja moralmente.*

El vicioso rico, el bien acomodado, á veces se arruina; mas otras, con la fortuna heredada ó la bien ó mal adquirida, hace frente á sus culpables despilfarros; pero en el que cuenta con

pocos recursos, las costumbres que *rebajan empobrecen*, y no tardan en producir la miseria, concausa de vicio unas veces, otras efecto de él, y que, hallándose desgraciadamente tan generalizado, puede decirse que tiene carácter social.

Si entráis en el hospital y en las inhabitables viviendas en que la falta de recursos acumula habitadores, hallaréis desgraciados, pero siempre cierto número de viciosos; si entráis en las casas que ofrecen pasajero albergue al que no tiene hogar, donde se permanece pocos días ó tal vez sólo horas y que presentan el cuadro de la última miseria, veréis las huellas del vicio en la mayoría de los huéspedes.

Los vicios que arrastran á la miseria son tres: el juego, la embriaguez y la lujuria.

Esta trinidad suele verse reunida en contra del pobre vicioso, porque en los garitos de última categoría es raro que no se beba con exceso y no haya mujeres perdidas. La baraja mugrienta, el vaso de vino y la prostituta simbolizan la ruina del pobre, que empieza por una distracción peligrosa y concluye á veces por tres vicios capitales; otros no tienen más que dos ó uno, pero cualquiera de ellos basta para agotar sus escasos recursos.

El trato con mujeres de mal vivir conduce á todos los excesos, expone á todos los peligros, y el que no pierde la salud ó la honra, acaba con su fortuna si no es grande.

Esto es lo que le sucede al pobre que priva de lo necesario á su familia ó la abandona absolutamente. Los que con carácter oficial ó por impulso caritativo se acercan á los necesitados, ven con frecuencia mujeres legítimas ó concubinas con hijos que su padre abandona para seguir corriendo sus culpables aventuras, que pueden calificarse de inhumanas al considerar la miseria en que quedan aquella madre y aquellas criaturas desvalidas. El caso es frecuente y las consecuencias desastrosas. ¿Cómo no han de ser elementos de pauperismo esos hijos que no han recibido de su padre más que la existencia y el mal ejemplo; que tal vez desprecian también á su madre, y hallando obstáculos donde deberían encontrar auxilios, sólo por un esfuerzo extraordinario y casi sobrehumano pueden salir de aquel abismo de miseria material y moral en que nacieron y han crecido?

El juego arruina al que despoja y al que enriquece momentáneamente. El dinero que proporciona se gasta en vicios; produce una especie

de acceso al que se vuelve con el bolsillo vacío y la memoria llena de recuerdos que se convierten en necesidades, en ciego afán de satisfacerlas sin reparar en los medios, y, por fin, en impotencia y miseria. No es raro que se reunan en una miserable casa de dormir, porque no les queda más que alguna moneda de cobre con que pagar el asqueroso lecho, un ladrón y un jugador que el día antes tenían muchas monedas de oro, consumidas en prolongada orgía.

Si éste es el resultado de la ganancia, la pérdida ya se sabe cómo deja al jugador: los hay que, poseedores de una gran fortuna, han quedado en la miseria y muerto en el hospital; los hay que, reducida su pingüe renta á una escasa pensión, ruegan á su mayordomo que no les dé más que lo que corresponde al día, para no perder la mensualidad á una carta; los hay que advierten al inspector de policía las horas en que suelen ir á la casa fatal, para que los detenga antes de entrar en ella; los hay que se olvidan de que su mujer y sus hijos están desnudos y hambrientos; los hay que, presos, juegan la ración, y enfermos, el alimento que reciben en la enfermería para reparar sus fuerzas, que no recobran. Unos arrastran sus mugrientos harapos;

otros alargan la mano á la limosna ó al robo, ó empuñan un arma que vuelven contra sí, dando fin con muerte voluntaria á su miserable vida. Recordamos haber visto el cuadro de un jugador que, no teniendo ya que jugar, jugó su hijo, cuya enfermedad grave ignoraba ó había olvidado. La madre, arrodillada junto á la cuna, le llora muerto; el acreedor le espera á la puerta; el padre le arrabata tan ciego, que no repara que lleva un cadáver. El hecho no será cierto; pero el artista da idea de lo que es capaz de hacer un hombre dominado por el demonio del juego, que trastorna su entendimiento, ofusca su conciencia y seca en sus entrañas la fuente de los sentimientos más naturales, más elevados y más puros.

La embriaguez, que excita la risa, hace derramar tantas lágrimas, que sólo por ligereza culpable se puede hacer asunto de burla este manantial de dolores. Es día de cobrar: la familia del obrero espera impaciente la hora de comer y calentarse; esta hora no llega; se observan con ansia las señales que indican haber pasado mucho tiempo desde que tiene con qué comprar alimento y combustible el padre de las míseras criaturas que lloran de hambre y de frío. ¿Qué

hará su madre? Nada le es dado hacer para acallarlas; aquel día, que es el señalado para pagar las deudas, parte de ellas al menos, no puede ir á la tienda sin dinero, no la fiarán más. Ya se impacienta, ya se aflige; manda imperiosamente, calla ó llora. Los jornales de lá semana, en vez de remediar necesidades apremiantes, han servido para satisfacer apetitos desordenados, para dar pábulo á un vicio degradante; el obrero ha dejado en la taberna su razón, su dignidad, el fruto de su trabajo, y vuelve á casa en un estado que le pone por debajo de las bestias. Entonces, según los efectos que produce el alcohol, hay el ronquido bestial, el vómito asqueroso, la locuacidad lúbrica ó blasfema, la alegría que escarnece el dolór de sus víctimas ó la cólera que las hiere. Y así hay muchos cientos y muchos miles de hombres que, en vez de ser el sostén, son el escándalo y la tortura de sus familias.

El daño es todavía mayor cuando la mujer da el mal ejemplo ó le sigue, y hollando deber y honor, acompaña á su marido á las inmundas orgías, y en la borrasca de tantos excesos ni aun deja á los hijos aquella tabla de salvación que se llama *la virtud de mi madre.* Mientras

ella no cae, es posible que la familia no se hunda, que halle en aquel foco de amor y de abnegación ejemplo y sostén, y que el dolor resignado y la incansable perseverancia en el bien purifiquen el hogar de los miasmas que exhala el hombre vicioso; mas cuando su compañera lo es de desórdenes, difícilmente se ve ni se concibe que los hijos puedan salvarse.

Los efectos de la embriaguez son bastante conocidos para que sea necesario insistir mucho en los estragos que causa; pero conviene notar que el hombre que se embriaga, como el que se entrega á los excesos deshonestos, no sólo da á su familia mal ejemplo, no sólo, si es pobre, la condena á la miseria, sino que engendra para ella una posteridad enfermiza. No creemos, como algunos, que haya una organización propia para la embriaguez y que se trasmita por herencia; pero sí que cuando al mal ejemplo y á la pobreza se une la constitución débil y enfermiza que lega el hombre vicioso á sus descendientes, éstos van, natural y lógicamente, á engrosar las filas del pauperismo. Por eso, conociendo que la miseria es causa de vicio, debemos también reconocer y consignar y repetir que el vicio es causa, y muy poderosa, de miseria.

II.

Todo pueblo tiene en un momento dado un nivel moral sobre el que se elevan los mejores, y por debajo del que quedan los más malos; y sin negar el mérito de los primeros y la responsabilidad de los segundos, hay que convenir en que la altura de la gran masa que está en medio influye en la de los extremos. Cuando la corrupción es general, la virtud tiene mayores escollos. Además, la moralidad de los pobres no puede separarse de la de los ricos; porque, aunque aparezcan muy distantes y lo estén, hay influencias que alcanzan á todos: no es posible encerrar á las clases, ni aun á los individuos, de modo que se aislen de la atmósfera moral que los rodea. Esto es bien sabido; y, en consecuencia, influyendo la moralidad de los unos en la de los otros, es vano intento la pretensión de moralizar á los pobres si no se moralizan los ricos, máxime cuando éstos son los que tienen más medios de perfeccionarse, y los únicos que pueden influir activa y eficazmente en todo género de reformas. Así como hay una gran masa de pobres que á la menor oscilación caen en la

miseria, existen también muchas moralidades vacilantes que cualquiera circunstancia desfavorable arroja al vicio, lo cual se ve claramente por lo que aumenta cuando faltan recursos, ó cuando los hay con exceso, en un año de hambre, ó en un oficio en que los obreros sin cultura realizan ganancias relativamente grandes.

Las moralidades pueden clasificarse en tres grandes divisiones:

1.ª Los que están firmes en la idea y la práctica del deber y no necesitan auxilio;

2.ª Los que han caído y es necesario levantar;

3.ª Los que se hallan en equilibrio inestable y es preciso sostener.

De los primeros no hay para qué ocuparse, á no ser para admirarlos muchas veces y citarlos como ejemplo.

Es muy común, muy general, por desgracia, la idea de que es inútil ocuparse de los segundos porque el vicio es incorregible; pero nosotros repetimos la sentida exclamación de madame de Morsier: «¡Oh! No digáis nunca, señores y señoras, no digáis nunca de un hombre ó de una mujer que están perdidos sin remedio; no renunciéis, os lo suplico, á pronun-

ciar sobre el último de los miserables, aunque sea á su hora postrera, una de esas palabras de amor y consuelo, semilla fecunda arrojada al acaso en un porvenir que desconocemos, pero que de un modo ó de otro germinará en el universo, cuya ley es que nada se pierde..... Vuestra obra es una protesta viva contra esa justicia parcial, fragmentaria, que difícilmente puede hacerse cargo de tantos matices como entran en la responsabilidad humana; contra la cruel preocupación que mira más bien el exterior del individuo que su valor real; contra ese egoísmo, en fin, que considera más cómodo condenar irremisiblemente al prójimo, que esforzarse para salvarle á pesar y contra todo (1).»

Estas palabras, que serían elocuentes si palabras no más fueran, son sublimes porque á ellas corresponden las obras; que no hay ninguna tan meritoria como acercarse, para levantarla, á la mujer que ha caído en la inmunda sima donde es objeto de repulsión y desprecio para todos, y,

(1) Discurso pronunciado en la Asamblea general de la obra de las penadas licenciadas de San Lázaro (prisión de mujeres de París, y una de las más corrompidas del mundo antes que la caridad penetrara en ella).

lo que es más grave, aun para sí misma. Cuando se observa á un sordo-mudo y ciego, no se comprende cómo es posible ponerse en comunicación con él. El ingenio benéfico del hombre vence la dificultad que parecía insuperable, y enseña al que no ve ni oye muchas cosas relativamente difíciles. Algo parecido acontece con la criatura que llega al último extremo de envilecimiento. ¿Cómo establecer comunicación espiritual con ella? ¿Cómo hallar algo que sea común entre dos seres en que no aparece ninguna semejanza moral, ni casi intelectual? Y, no obstante, cuanto más se diferencian, es decir, cuanto el de arriba está más alto, tiene mayor facilidad para influir sobre el caído: aquella luz que brota del amor, á la inversa de la material, parece aumentar en razón directa del cuadrado de las distancias, y los que no desesperan de nadie hallan medio de influir hasta en los que desesperan de sí mismos.

Mas por el género de esta influencia se comprenden las condiciones que exige y quién puede ejercerla: no es la ley directamente; no es el Estado, que sólo interviene cuando hay delito ó falta legalmente penada, quien puede tener la flexibilidad, la intuición, la perseveran-

cia, la candidez infantil y las titánicas temeridades de la abnegación compasiva. El Estado puede hacer mucho para precaver el vicio; pero cuando ya existe, sólo indirectamente, y auxiliando á las personas caritativas, le es dado tratar de corregir al vicioso.

Así, pues, la obra de levantar al moralmente caído es social, no legal; las asociaciones que la emprenden pueden recibir auxilio del Estado, que en muchos casos debería dárselo; pero su verdadera fuerza está en la abnegación y en la fe de las personas que de ellas forman parte.

En esta ruda tarea, más que en otra alguna, es conveniente la división de trabajo; el no pretender que todos los asociados se dediquen á combatir todos los vicios, sino aquellos que les repugnan menos ó que compadecen más. Porque el vicio, sin negar que sea una gran falta, hay que convenir también en que es una gran desgracia, y el que así no le considere en vano será que trate de corregirle. Unos culpables desdichados inspiran más lástima que otros, según el género de su extravío; se van observando ya, y el tiempo irá descubriendo cada vez más, estas vocaciones sublimes que niegan la eternidad del mal y quieren borrar de todas

partes, absolutamente de todas, la horrible sentencia que Dante esculpió sobre la puerta del infierno.

Debe combatirse un error muy común, y propio para justificar el egoísmo y desalentar la abnegación, y es el de suponer que cuando no se hace todo no se ha hecho nada, y que si el vicioso no puede presentarse radicalmente corregido y regenerado, se perdió todo el trabajo que se empleara para procurar su enmienda. Según el concepto que se tenga de la vida, la idea de los fines á que debe encaminarse y la fe en lo que habrá después de la muerte cambiará el modo de apreciar la variación parcial del modo de ser del vicioso, y por la que, si el vicio no ha desaparecido, tiene menos intensidad; pero, cualesquiera que sean las opiniones y creencias, á la luz de la razón siempre resultará un bien de limitar los grados é intensidad del mal. Si en los males físicos nadie tiene por *inútil* el régimen que *alivia*, aunque no *cure*, ¿por qué en los del espíritu no se ha de reconocer igual beneficio á las acciones modificadoras que producen mejoría en la dolencia, aunque no logren hacerla desaparecer por completo? Cierto que es el colmo de la virtud contentarse

con éxitos tan parciales, tan dudosos; pero también que á veces se pretende un imposible al intentar curaciones radicales, y que la suma de mal podría disminuir mucho resignándose á limitarle cuando no se puede extirpar.

No hay para qué nos extendamos más sobre este asunto, porque la alta misión y difícil empresa de levantar al caído no se acepta ni acomete por excitaciones exteriores, sino por impulso que brota del corazón y de la conciencia y da la más exacta medida de la altura moral á que ha llegado un pueblo.

La tercera categoría de moralidades, aquella en que están los que es preciso sostener para que no caigan, comprende muchas, muchísimas personas honradas hoy, y que dejarán de serlo si circunstancias desfavorables rompen el equilibrio inestable de su virtud. No se sabe cuál es más triste, si considerar el gran número de los que allí están amenazados, ó pensar que por ella pasaron los que hoy se consideran perdidos y no lo estarían si hubiesen encontrado auxilio en el momento crítico de su postrer combate; nótese mucho, porque es muy de notar, que nadie se rinde á sus malas pasiones ó perversos instintos sin combatirlos con más ó menos energía,

pero sin combatirlos. Por esta categoría pasaron el hombre débil que se vió rodeado de dificultades; la mujer que halló obstáculos en todos los caminos menos en el de la perdición; el niño envuelto en miserias físicas y morales, á quien se dieron errores para la inteligencia y malos ejemplos para el corazón. Todos fueron un día honrados, inocentes, puros; todos hubieran podido continuar siéndolo si hubiesen hallado el apoyo que habían menester y que les faltó.

¿Y qué es preciso hacer para evitar la caída de tantos como caen y no caerían si, en vez de la superficie resbaladiza que les presenta la sociedad, les ofreciera terreno firme y manos protectoras? ¿Qué es preciso hacer? Todo cuanto sea factible, todo: lo que favorece las miserias material y espiritual es concausa de vicio, y al combatir éste nos hallamos enfrente con todos los auxiliares de aquélla. Se dirá que los ricos son también viciosos; cierto, pero sobre que al presente no nos ocupamos sino de los miserables; sobre que los vicios del rico no es tan seguro que le arruinen como al que no tiene más que lo necesario ó ni aun tanto, la depravación de abajo (en la escala económica) da pábulo á la de arriba con las facilidades que le ofrece di-

recta ó indirectamente. Los elementos principales de la orgía en que se encenaga el rico se sacan de las miserias materiales y espirituales de que abusa. La mujer que se alquila, el hombre que se vende, la penuria del vicioso ignorante tan fácil de explotar, ofrecen á un tiempo víctimas y medios de inmolarlas.

Combatir la miseria es combatir el vicio, directamente en los miserables, indirectamente en los que no lo son, de tal modo que un libro sobre el pauperismo viene á ser, si con detenimiento se considera, un tratado de moral. Donde quiera que hay injusticia hay inmoralidad, y existe en la contribución indirecta, en la ley de reemplazo, en la organización administrativa, en el estanco del tabaco, en el establecimiento de las aduanas, etc., etc.

El vicio influye en la totalidad de los elementos sociales y recibe influencias de ellos; pero como no es posible estudiarlos con la simultaneidad con que obran, nos limitaremos aquí á considerar aquellas circunstancias que más directamente contribuyen á viciar al pobre y al miserable, joven ó adulto, dedicando un capítulo especial á los niños.

Para nosotros, estas circunstancias son las di-

versiones, los entretenimientos, la manera de distraer el ocio ó de procurar descanso. El trabajo es el gran guardador de la moralidad; pero el hombre no puede estar siempre trabajando, ni debería aunque pudiera, porque no vive sólo de pan ni sin él; es decir, que los trabajos mentales necesitan ejercicios físicos, y los materiales contrapeso espiritual, para que todo trabajador tenga *mens sana in corpore sano*.

Cuando se ve á un niño con una arma, da miedo; algo parecido nos sucede al observar á un pobre ó á un miserable sin trabajo ó que descansa de él, y se halla ocioso y aburrido. ¿Cómo se distraerá? Este es el problema que no puede resolver solo, que nadie le ayuda á resolver, y de cuya solución depende tal vez su porvenir, próspero ó adverso, honrado ó vicioso.

Parece no haberse comprendido bien que, siendo la naturaleza del hombre esencialmente *activa*, la inacción le produce un *malestar*, de que procura huir como de todo lo que le mortifica, y de aquí la necesidad de la diversión ó de la distracción, y su peligro cuando no es racional.

Ignorancia, olvido, desdén, ó cualquiera que sea la causa, el hecho es que las diversiones y

distracciones, que debían tener la importancia de una *institución social*, se abandonan al interés, á la vanidad, á las malas inclinaciones, muchas veces á los perversos instintos, de modo que, en vez de ser un medio de moralizar, son un instrumento depravador.

No se olvide que ninguna influencia eficaz sobre el hombre es *neutral*, y que la diversión, como todo lo que le impresiona, le hace mal ó le hace bien: no hay medio.

Debemos limitarnos á los pobres, que, como los ricos, se aburren cuando no hacen nada.

El pobre, en general, no aspira á *divertirse*; se contenta con *distraerse*; no aspira á ir á la ópera ni á la comedia; un rato de sociedad amenizada con un poco de juego y algún trago, constituye toda su aspiración en este punto. Decimos *en general*, porque en algunas grandes poblaciones los pobres, muchos al menos, se aficionan á los espectáculos, y de muchachos parisienses se citan casos notables de hurtos cometidos para proporcionarse medios de ir al teatro, cuyo gusto llega á ser una verdadera pasión, de que entre nosotros puede dar idea la que algunos tienen por los toros. Aunque esto sea excepcional, y los pobres y miserables, por

lo común, no aspiren á divertirse, no hay duda que tienen necesidad de distraerse. ¿Cómo se distraen?

Faltan datos para responder á esta pregunta con la conveniente exactitud; pero sin alejarse mucho de ella se puede asegurar que los pobres no tienen más distracción que el juego y la taberna; si hay excepciones, son, por desgracia, raras, y se deben á personas caritativas que han realizado la obra, altamente benéfica, de procurarles distracción racional. Mientras estos recreos, que son excepción rarísima, no sean regla, bien puede asegurarse que falta un elemento indispensable de moralidad, y si dijéramos *esencial* estaríamos en lo cierto.

Partiendo del principio de que el hombre, todo hombre, pobre ó rico, necesita distraerse, aparece claro que las distracciones perjudiciales no pueden combatirse sino sustituyéndolas por otras que no lo sean. ¿Cómo? Este es el problema, que se resolvería si fueran menos egoístas y comprendieran toda su importancia los que principalmente deben contribuir á resolverle. La solución está en favorecer los pasatiempos ó diversiones razonables, y combatir las depravadoras, lo cual no puede hacerse sin

un cambio radical en la opinión, que haga penetrar en ella ideas que le faltan y sentimientos que hoy no la impulsan. Mientras las diversiones públicas no adquieran, como hemos dicho, la importancia de una *institución social;* mientras cada municipio no tenga una comisión formada de los vecinos más morales ó ilustrados que promueva y vigile las racionales diversiones; mientras no haya personas benéficas y asociaciones filantrópicas que contribuyan á procurar recreo honesto al pueblo, el pueblo se recreará desmoralizándose, y lo que no es pueblo también; pero aquí sólo de los pobres y de los miserables tratamos.

Las diversiones y distracciones, bajo el punto de vista material, pueden dividirse en dos clases:

Las que se disfrutan al aire libre;

Las que se ofrecen dentro de locales más ó menos cerrados.

Es mucha la importancia de las primeras, tanto bajo el punto de vista de la higiene, como de la moralidad, y deberían protegerse y promoverse cuando son honestas para que el pueblo pudiera acudir á ellas, ofreciéndoselas gratis ó por una corta retribución. Por muchas causas que sería

muy largo examinar aquí, es el hecho que la gente del pueblo no se divierte, ni aun se distrae, paseando nada más que por pasear; necesita algún objeto á que encaminarse; pero si esto es cierto, no lo es menos que se distrae y se divierte con poco, y con tantos medios y tan ingeniosos y baratos como hoy, combinándose, ofrecen la industria, la ciencia y el arte, sería muy fácil proporcionar diversiones ó entretenimientos que, dando razonable solaz, atrajesen fuera de las poblaciones á multitud de personas que hoy no salen de ellas porque no tienen estímulo para salir: podría variarse de diferentes modos, según las circunstancias, gustos y medios de cada localidad; pero en todas habría manera de procurar un rato de honesta distracción el día que debe ser de descanso. Nótese que donde hay menos recursos también son menores las exigencias; tiene pocas en materia de diversiones la gente del campo y de los pueblos pequeños, y en todos se podía hacer algo, y aun mucho, en el sentido que indicamos.

La diversión que el pueblo encuentra en los circos podría con facilidad conseguirse que no fuera inmoral, si se exceptúan los taurinos, contra los cuales se ha dicho tanto y tan inútil-

mente. En razón, nadie los defiende ni puede defenderlos; de hecho los frecuentan multitudes de todas clases, y las que son hostiles y no están de acuerdo en nada, convienen en este gusto brutal, y se armonizan para aullar obscenidades é insultos provocativos á los que no exponen bastante su vida para que la diversión sea más completa. El que fuera de la plaza de toros procura evitar con trabajo, y aun con peligro, la muerte del prójimo, allí le escarnece si no la arrostra para divertirle. ¡Horrenda transformación del espíritu, que se verifica periódicamente y con regularidad pasmosa en muchedumbres heterogéneas! Si á la puerta del infierno deben dejar la esperanza los que entran, en el umbral de la plaza de toros se deja la humanidad y las buenas formas: fuera podrán ser lo que sean los que allí están; dentro, no hay más que canalla cruel. Y lejos de disminuir el gusto por esta feroz diversión, parece que se aumenta, dándole pábulo el mal ejemplo de los (y de *las*, cosa aún más triste é increíble) que tenían obligación de darlo bueno. Se ensanchan las plazas de toros; se hacen nuevas donde no las había, y lejos de que la ley ponga obstáculos, ni aun se cumple en lo que pudiera dificultar

el incremento de esta brutalidad. Los ataques que se le dirigen no dan resultado porque no están sostenidos por una vasta asociación que, con muchos medios directos é indirectos de que no dispone el individuo, combatiese constantemente mal tan extendido y arraigado.

En las grandes poblaciones la baratura de ciertos espectáculos aumenta en los teatros la concurrencia, que á veces pertenece en gran parte á las últimas clases del pueblo. Y ¿qué se hace para que esta diversión no le deprave? ¿Qué se hace para que la comedia ó el baile no sea una lección inmoral ó un cuadro indecente? Nada. Autores, actores y empresarios, con raras excepciones, contribuyen á pervertir el gusto y la moral, explotando la perversión que aumentan. Cuando se clama contra semejantes indignidades dicen que hay que dejar en libertad á los poetas, á los artistas y á los industriales. El arte y la poesía salen tan malparados como la moral de semejantes espectáculos; y en cuanto á la industria, si el reunir dinero es una suprema razón, pueden alegarla los que roban bolsillos ó expenden moneda falsa, no más perjudiciales que los que venden billetes para representaciones brutales ó indecentes. Comprendemos

cada localidad debería crearse un centro con un nombre cualquiera, el de *Círculo*, v. gr. (á veces los nombres más vagos son los mejores), siendo de desear que al menos no careciera de las dependencias siguientes:

1.ª Sala de conversación.
2.ª Sala de lectura.
3.ª Sala de gimnasia.
4.ª Sala de conferencias.

Puede añadirse una sala-café, donde se vendan refrescos y bebidas que no sean alcohólicas, á fin de contemporizar con la costumbre y considerando que más vale que un hombre tome café, leche, etc., que no que se vaya á beber vino ó aguardiente; en todo caso este punto merece discutirse, y aun, según las localidades, convendrá resolver en uno ú otro sentido.

Las salas de conversación y de lectura llevan en el nombre la explicación de su objeto; la de gimnasia debería tener un carácter particular, sirviendo á la vez como distracción y para corregir los efectos de algunos trabajos que ejercitan las fuerzas de una manera anormal y dañosa á la salud. En la sala de conferencias se darían apropiadas al auditorio.

Cuando no pudiera tener tanta extensión el

Círculo, se reduciría; si hubiese medios de darle más, podría tener, por ejemplo, un poco de música; pero fuera de desear que nunca faltasen las salas indicadas, formando en la de lectura una pequeña biblioteca.

Un reglamento sencillo, conocido y aceptado por los socios, partiría de las bases siguientes:

Compostura en las maneras;

Decencia en el lenguaje;

Limpieza en la persona (al menos la compatible con sus circunstancias; podría haber cuarto de aseo, para que siquiera nadie se presentara con las manos y la cara sucias);

Retirarse á las horas de reglamento, que variarían según los países, estaciones, días festivos, etc.

La entrada sería gratuita para los *socios asistentes*, que recibirían al entrar una papeleta; á fin de mes se recogerían estas papeletas, dando en cambio un certificado de asistencia, que era una presunción á favor de la moralidad del obrero, y por la cual no dejaría de ser preferido en igualdad de circunstancias al que frecuentara la taberna.

Los jefes de taller, por lo común, cuidan poco, ó no cuidan nada, de reprimir á los que tienen

mala conducta posponiéndolos á los más dignos: el *Círculo* podría ayudar á los industriales de buena voluntad, y ellos á su vez auxiliarle, haciendo particular aprecio de sus concurrentes.

En la sala de lectura habría periódicos políticos y de diferentes opiniones, pero templadas; no somos de parecer que los obreros no se ocupen de política, porque, sobre que no es conveniente, no es posible, y más vale que la discutan alrededor de una mesa con argumentos mejores ó peores, que en una barricada á tiros; los que la tratan de este modo salen de las tabernas, donde no se lee. Aunque hubiera periódicos políticos se procuraría como más útil la lectura de revistas apropiadas, y sobre todo de libros, pero sin perder nunca de vista la índole de la institución; *el recreo honesto*, para no convertirla *en escuela:* allí, lo primero era distraer; si al mismo tiempo se podía instruir, bien; si no, la instrucción, que era lo accesorio, no había de tomarse como principal.

Esto puede no parecer mal, pero se preguntará: ¿Quién lo hace? ¿El Estado? ¿Las asociaciones? ¿Los particulares? Responderemos. Todos.

Primeramente, procurando generalizar la

idea y con algunos ejemplos, habría obreros que con poco auxilio, ó sin ninguno, establecerían su *Círculo;* hay ya algunos así, donde los artesanos, á su costa y por propia iniciativa, se reunen después del trabajo para tener distracción racional y forman una pequeña biblioteca.

Los obreros (ahora es el mayor número), que no comprenden cuánta economía les resultaría del gasto de instalar y sostener el *Círculo*, necesitarían auxilio é iniciativa ajena, cuya forma depende del nivel moral é intelectual de las clases acomodadas. Donde fueren bastante inteligentes para comprender la importancia de que los pobres y miserables al distraerse no se perviertan, y bastante buenas para no rehusar el dinero y el trabajo que los *Círculos de obreros* exigen, el Estado nada tendría que hacer, y esto es lo que hay que desear: donde así no sucediera, la institución podría ser mixta, contribuyendo á ella de los fondos públicos; pero entiéndase bien que el Estado no puede auxiliarla sino con dinero ó cosas que lo valen, y que si no hay personas que lleven el fondo moral é intelectual; si una asociación no reglamenta el Círculo (cuando no está formado y sostenido por los mismos que le frecuentan), no hace

que se cumpla el reglamento, no escoge los periódicos y los libros, no da las conferencias, no dirige los ejercicios gimnásticos, etc., etc., los medios pecuniarios más abundantes serían inútiles, porque sólo conseguirían organizar un cuerpo sin vida. Y dársela no es tan difícil, porque no lo es, ó no debiera serlo, reunir suficiente número de socios protectores del *Círculo*, ni, habiéndolos, una conferencia ó una lección sería una carga tan pesada.

En cuanto á los fondos ó auxilios que necesitase facilitar el Estado cuando los particulares asociados no pudieran reunir los suficientes, ninguna subvención más útil ni justificada. Si alumbra las calles, por la misma razón podría proporcionar alumbrado á los *Círculos;* si costea edificios para todos los servicios públicos que los necesitan, difícilmente podrá servir á la comunidad mejor que evitando que los pobres se vicien por distraerse; si paga policía urbana para la limpieza material, no debe rehusar cooperación á esta policía que tanto podría contribuir á sanear la atmósfera moral, y, por último, cuando se gastan sumas enormes para diversión, recreo y contentamiento de las personas acomodadas, porque de hecho ellas solas

pueden aprovecharlas, no hay razón ninguna para que se nieguen recursos para la distracción de los pobres. Es de desear que el Estado no necesite darlos; pero, si fuere necesario, no pueden negarse en justicia siempre que las asociaciones ofrezcan los elementos intelectuales y morales indispensables, y den garantías de cumplir el fin moralizador que se proponen.

A estos medios, que indudablemente darían resultado, debieran añadirse otros no menos eficaces para combatir la embriaguez, que es el mayor escollo de la virtud del pobre y del miserable. Hace muchos años decíamos (1), y hoy podemos repetir, porque desgraciadamente la situación no ha mejorado:

«Si en un país en que las costumbres no estuvieran corrompidas, ni pervertido el sentido moral, se dijera:—Hay establecimientos públicos autorizados por la ley, en que miles de pobres y miserables arruinan su salud, gastan en una noche el jornal de la semana, juegan, vociferan blasfemias en compañía de mujeres livianas, alborotan, cantan indecencias, arman camorras,

(1) En el núm. 93 de *La Voz de la Caridad*, correspondiente al 15 de Enero de 1874.

se pelean, se lucran, se matan, y, perdiendo voluntariamente la razón, se convierten en seres, ya feroces, ya ridículos, siempre degradados, muy por debajo de los dementes y de los animales, puesto que por su voluntad y por su culpa han perdido el juicio y la razón;—si en un país de buenas costumbres, repetimos, se supiera que había establecimientos semejantes, asombraría que la ley los consintiera, y, alzándose contra ellos la opinión, se cerrarían anatematizados por ella.

»Estos establecimientos son las tabernas, que devoran el pan de los hijos del pobre, la paz doméstica, el amor al trabajo, la fidelidad conyugal, y muchas veces la honra, la libertad y la vida, porque á la taberna acude, no sólo el vicio, sino el crimen, y además de los que se cometen por la cólera de la embriaguez, son innumerables los que se fraguan allí con frío cálculo y premeditación execrable.

»Y lo peor es que estos focos de infección física y moral están muy lejos de inspirar el horror que merecen; las personas bien educadas los miran sólo como una cosa propia de gente baja, y los pobres y los miserables no tienen la menor repugnancia á entrar en la taberna, don-

de se confunden con los viciosos y los criminales. Ya se comprende la gravedad de esta circunstancia, y cuán peligrosas han de ser para la moral pública esas reuniones frecuentadas por el vicio y el crimen, y en que la honradez entra confiada.»

Los pobres y los miserables, al menos en nuestro país, no van á la taberna principalmente por *beber*, sino por divertirse y distraerse. Decimos en nuestro país, porque es el que conocemos mejor; pero debe acontecer lo mismo, ó cosa parecida, en todos, siendo muy de notar que Mr. Almquist, en su excelente Informe, emite iguales ideas, y hasta expresadas con idénticas palabras, y dice, como habíamos dicho, que los borrachos *no los hace el vino, sino la taberna.* Cuando á tal distancia, y con tales diferencias como hay entre Suecia y España, se observan los mismos hechos, bien puede asegurarse que no tienen carácter local y pasajero, sino general y permanente, viniendo la experiencia universal á confirmar lo que comprendía el raciocinio.

Así, pues, se combate la embriaguez indirecta, pero muy eficazmente, procurando distracciones racionales á los que van á la taberna por

distraerse; pero hay que emplear además otros medios, legales unos, y que pudiéramos llamar *sociales* otros.

Los medios legales deben ser:

1.° Considerar la embriaguez y penarla como delito; así se hace ya en muchos pueblos cultos, y verdaderamente no merecen este nombre los que consienten por sus calles, plazas y caminos el espectáculo repugnante de los hombres trastornados por el alcohol, y del público que se divierte y se ríe con lo que debiera ser objeto de indignación ó de lástima. La acción de la ley, además de evitar las escenas más repugnantes, tendría otras consecuencias beneficiosas. Podría enfrenar el vicio á los principios, evitando que se formara el hábito vicioso, cuya pertinacia asombra, aflige y llega á constituir un verdadero conflicto; fortalecería las ideas y las conciencias vacilantes propensas á calificar de justo lo que es legal, y evitaría muchos malos tratamientos y muchos malos ejemplos. ¡Qué diferencia para el hijo ver que llevan á su padre á la cárcel porque se ha embriagado, ó presenciar cómo maltrata á su madre impunemente!

2.° Calificada la embriaguez de delito, penar

como en todos á los cómplices, y probada que sea la taberna donde se embriagó el borracho, multar al tabernero; y si reincide cierto número de veces, inhabilitarle para la venta de bebidas alcohólicas. El que por cálculo de ganar falta, por cálculo de no perder puede corregirse, y es más fácil de convencer el calculista que el vicioso.

3.° Limitar el número de tabernas que puede haber por uno dado de habitantes, para que no se multipliquen de la manera que las multiplica la codicia holgazana, que prefiere explotar el vicio á recurrir al trabajo. Hay países en que el número de despachos de bebidas alcohólicas admira, aflige, y causaría escándalo si el hombre no fuera capaz de habituarse á ver el mal. Como es tan común invocar contra la justicia los derechos adquiridos, aunque á tuerto se adquirieran, sin lastimar ninguno podría tomarse la medida que aconsejamos, dejando por de pronto todas las tabernas que hoy existen; pero á medida que se fueran cerrando, negar permiso para abrir otras, hasta que su número quedara reducido al que pareciese conveniente. Siendo más limitado, podrían vigilarse como no lo están hoy, y exigir en los locales condiciones hi-

giénicas de que carecen, debiendo ser una de ellas que no pudieran establecerse en callejones lóbregos y mal ventilados. Con esto se conseguiría el doble objeto de que, estando instaladas en sitios de más importancia y tránsito, los que tienen motivos para ocultarse se retraerían algo de ir á ellas, y las camorras y alborotos, causando mayor escándalo, se mirarían con menos indiferencia.

Si, como es de desear, llega á ser una verdad el descanso del domingo en cuanto fuere compatible con los trabajos imprescindibles, entre los establecimientos públicos obligados á cerrarse estarían las tabernas desde el mediodía en adelante, que es cuando hacen más daño. También debería anticiparse la hora de cerrarlas por la noche, y estas medidas ser objeto de una ley, y no de órdenes locales que varían con el gobernador ó el alcalde que las da, y son contraproducentes como un intento vano.

Aunque el número de tabernas se fuera reduciendo mucho, no había de disminuir la contribución que pagan, sino ir recargando á las que quedaban, con el doble fin de que el déficit en los ingresos no se alegara contra la reforma, y para que no resultaran aliviados por ella en el

pago del impuesto los que, siendo menos, venderían más.

La sociedad, por medio de asociaciones de los industriales, empresarios y de todas las personas que emplean constantemente cierto número de trabajadores, podría influir en ellos de muchos modos para que se retrajeran de ir á las tabernas.

En las asociaciones de socorros mutuos para caso de enfermedad, debiera ser causa de no admisión ó de expulsión el hábito de embriaguez, y lo mismo en las cooperativas de producción ó de consumo. La medida estaría tanto más motivada, cuanto que entre los que se embriagan son más frecuentes y largas las enfermedades, y común la insolvencia cuando han recibido á crédito fondos ó artículos de consumo.

Todos los que emplean obreros deberían tener especial cuidado de no admitir ó no conservar á los que habitualmente se embriagan, y ya solos, si podían y querían, ya auxiliados por asociaciones formadas con este objeto, establecer premios para los obreros que no fueran á la taberna.

Los propietarios de casas que quisieran con-

tribuir eficazmente á la reforma podían convenirse en no alquilar las suyas para taberna, y los inquilinos en no vivir en ninguna donde la hubiese.

Ya sabemos que los taberneros encontrarían casas y habitadores las ocupadas por ellos; pero les costarían más caras, máxime si la opinión les imprimía cierto descrédito, lo cual no sería imposible si se sabía explotar la vanidad que calificara de mal tono, de *cursi*, vivir en una casa donde hubiese despacho de vino. Otro medio de perseguirlos sería comprometerse á no comprar nada en ellos, y abastecerse de los que no venden vino por menor.

Poniendo en práctica estos y otros medios adecuados á las circunstancias para combatir el vicio de la embriaguez, disminuiría, como acontece donde quiera que racionalmente se combate; los que dicen que se hereda, aunque se precian mucho de observadores, han observado mal; que no hay á veces como los positivistas para separarse de lo positivo.

No conocemos, y dudamos que haya ejemplo tan notable como el que ha dado Suecia llevando á cabo sobre el asunto que nos ocupa una reforma que, si en vez de ser un *hecho* fuera un

proyecto en general, parecería impracticable. Allí se empeñó la lucha entre los enemigos del vicio y los viciosos y explotadores de él, siendo vencidos los últimos en la guerra (que así se llamó).

En España (bien triste es tener que confesarlo) nada semejante puede hacerse; nos falta el patriotismo, la abnegación, la inteligencia, las virtudes, en fin, que tal conjunto de medidas requieren; pero citamos este ejemplo para que los imposibilistas vean lo que se *puede* cuando se *quiere* y se *sabe*, las personas estudiosas admiren una obra maestra de prudencia y conocimiento del corazón humano, y los hombres de fe hallen alimento para ella, donde tantas veces hay que ir á buscarlo: más allá de la frontera.

Para moralizar las diversiones y pasatiempos, que es lo mismo que moralizar los hombres, la influencia mutua de los elementos sociales ofrece otra dificultad grave respecto de aquellos trabajadores que no tienen día de descanso, ni aun horas de racional recreo, y le buscan pasajero, acre, y por lo común inmoral, para romper la abrumadora monotonía de una labor incesante. Este mal no tiene remedio sino en una

reforma radical respecto de aquellos trabajos que privan al trabajador del tiempo indispensable para el descanso, no sólo *fisiológico*, sino *psicológico*.

CAPÍTULO X.

DE EL SERVICIO DOMÉSTICO.

I.

El servicio doméstico es una concausa de miseria, por lo que contribuye á desmoralizar, y por la mala situación económica en que se encuentra el criado ó criada, cuando deja de serlo para casarse y formar una familia.

Por regla general, los criados no saben oficio; y aunque sepan servir, de poco les aprovecha desde el momento en que ya no se dedican al servicio. De las habilidades que constituyen lo que se llama un buen criado ó una buena criada, ¿cuáles serán un recurso para el que tiene casa reducida, pocos y toscos muebles, escasos y poco escogidos alimentos que condimentar y ningún primor de ningún género que hacer? El criado

es una rueda útil ó necesaria que forma parte de la máquina doméstica de las personas bien acomodadas; pero no funciona por sí sola, ni tiene uso cuando se la separa de aquel mecanismo aplicándola á otros, con los cuales no engrana. Al decir que *no tiene uso*, se entiende que no es absoluta, sino relativamente; pero un criado *hábil* es un trabajador *torpe* y débil por lo común, que gana el mínimum de salario si no tiene oficio y entra en la última categoría del bracero. El mal se agrava con el hábito de trabajar poco, comer bien y disfrutar de ciertas comodidades. Cuando estas circunstancias median en las dos personas que se unen para formar una familia, es raro que ésta prospere y que no justifiquen el dicho de *criados que se casan, pobres á la puerta.*

La inmoralidad del servicio doméstico, en especial el de las mujeres, es causa menos ostensible, pero más general y poderosa de miseria: el raciocinio lo prevé y los hechos lo comprueban. Además de los que pueda recordar cualquiera que tenga el hábito de observarlos, hay datos estadísticos tan elocuentes como el de que las criadas de París, á pesar de tener más que cubiertas sus necesidades y una posición

económica relativamente muy aventajada, y á pesar de vivir, ó parecer que viven, en familia, ocupan el segundo lugar en la prostitución *oficialmente comprobada*, y están inmediatamente después de las mujeres que no tienen familia ni recursos con que sustentarse; desmintiendo á los que afirman que la miseria es la única causa de que las mujeres se prostituyan.

Este dato elocuente no puede admirar sino á los que no reflexionen lo que es el servicio doméstico, donde hay hostilidad que desmoraliza y cordialidad que desmoraliza aún más.

La hostilidad tiene muchas causas. Hay que obedecer al que no se puede respetar, porque es bien raro que parezca respetable el que se ve de cerca, á todas horas y en los minuciosos detalles de la vida material: semejante aproximación ha de producir choques en personas tan distantes por su posición, su inteligencia y todo su modo de ser.

El servicio doméstico tiene mucho de *servidumbre*; en toda condición servil hay pugna entre el servidor y el servido, y más en una época en que se habla tanto de igualdad y tanto se aspira á ella.

Aquella aproximación, que podría llamarse

mecánica, no establece comunidad alguna de ideas, de sentimientos, ni de intereses, sino que más bien éstos se menoscaban por el descuido ó la infidelidad del criado, lo cual produce una situación tirante ó del todo hostil, que las prevenciones de clase agravan cuando se acercan los que no se pueden unir ni armonizar.

Los defectos que se ponen en evidencia á todas horas en la vida íntima, se ocultan, se disminuyen ó se toleran por el cariño, el hábito, acaso el interés ó la analogía entre los individuos de una familia; pero aparecen en relieve, ó aumentados, entre el inevitable intruso que se llama criado y el señor que es preciso soportar.

Estas y otras causas de mala inteligencia se resumen en la disposición mutua de amos y criados, la cual demuestra claramente que se mira como un mal grande é irremediable la necesidad de servir y de ser servidos.

Si la hostilidad se trueca en cordialidad, lo cual no acontece por regla general sino entre personas de diferente sexo, el mal se agrava.

Los señores generosos, vanos ó imprudentes, regalan su ropa, á veces poco usada, á los criados, y les dan las aspiraciones del traje y hábi-

tos del lujo, creando el peligroso y ridículo tipo del hombre ordinario con pretensiones de elegante y de la fregatriz con vestido de seda. De la imprudencia y vanidad combinada de servidores y servidos; de las aspiraciones que se despiertan en éstos; de las comodidades á que se acostumbran; de la alimentación tan superior á la que tenían en sus casas y habrán de tener cuando vuelvan á ellas ó formen una nueva familia; de todo esto resultan inconvenientes gravísimos, perturbaciones morales y materiales, y aun verdaderos trastornos, producidos por alternativas bruscas de goces y privaciones, y de adquirir necesidades sin medios de satisfacerlas.

La cordialidad, que, como decimos, no suele establecerse sino entre personas de diferente sexo y por motivos inmorales, ¿cómo se evitará? Un criado no es un hombre para una señora ó una señorita; pero una criada suele ser una mujer para el señor ó el señorito, y cuando esto sucede, todas las circunstancias favorecen la seducción. Así es tan raro que la criada joven, viviendo en la intimidad de una familia donde halla, en vez de guía, quien se empeña en extraviarla y tiene grandes medios de conseguirlo,

no se extravíe. El amor propio de la que no tiene dignidad, el interés mal entendido, las pasiones, los instintos, todo pugna contra la virtud de la criada que galantea el señor ó el señorito, todo la empuja á la sima donde tantas veces cae. Y como esto acontece á cientos, á miles de mujeres, que van á parar al abismo de la prostitución; como aun aquellas cuya virtud se salva no son á propósito, por lo común, para ser buenas amas de casa pobre; como, si se unen á un hombre que no tenga más oficio que el de criado, es casi seguro que no prosperarán, atendiendo á todas estas circunstancias morales y económicas hemos considerado el servicio doméstico como una concausa de miseria.

II.

Como nos parece dejar probado, es el servicio doméstico concausa de desmoralización y de miseria, no por circunstancias accidentales y pasajeras, sino por índole propia y esencial. Pero el daño que de él resulta puede limitarse mucho, siendo el primer remedio generalizar su conocimiento. No se persuaden bastante las personas honradas del peligro de introducir en su

casa á una mujer ó á un hombre corrompidos, que son un foco de infección moral para la familia. Prescindiendo de cuando ponen en peligro su vida ó atacan su hacienda de modo que den lugar á la intervención de los tribunales, hay que hacerles comprender la grande economía que resulta de suprimir la criada; su sostenimiento es oneroso, á veces ruinoso, para gente que no esté muy bien acomodada, en estos cuatro conceptos:

Por la manutención;

Por el salario;

Por lo que derrocha;

Por lo que sisa.

De modo que no es exagerado calcular que una criada supone el gasto de dos personas más en la familia.

No importa menos persuadir á los padres honrados de la grave falta que cometen enviando á sus hijas á servir, sin precaución alguna, informándose del salario que ganan, no del peligro que corren en casas donde se pervierten, en poblaciones donde ven tantos malos ejemplos; sin persona á quien respeten, ni de quien dependan, y con una libertad que se convierte en licencia, en la edad de las pasiones que todo

estimula, que nada contiene. *Enviar una hija á servir*, se dice sin rubor y sin remordimiento; no considerando cuántas veces es enviarla á desmoralizarse y en muchísimos casos á prostituirse, como lo prueban las estadísticas. Y ¿por qué madres honradas contribuyen tan eficazmente á su deshonra, y hombres de conciencia obran en este caso como si no la tuvieran? Porque ni la opinión, ni la ley, ni las influencias religiosas condenan el abandono culpable, ni amparan lo suficiente contra livianas ó insensatas rebeldías; porque se da como pecado una puerilidad cualquiera, y no lanzar sin defensa á la inexperimentada niña para que sea presa del libertinaje; y, en fin, porque los miserables, para proteger á sus hijas contra la corrupción del servicio doméstico, necesitan un carácter que á pocos es dado tener, y auxilios que no hallan en la parte de la sociedad que puede y debe dárselos. La falta de energía, de ideas, de resortes morales; la deplorable miseria mental; aquella mutilación que, privando al hombre de medios, limita sus responsabilidades, han de influir en el padre, cuya mermada autoridad sobre su hija no puede detenerla al borde del abismo, caso que él lo viera y quisiese apartarla de él.

La iniciativa para moralizar el servicio doméstico no puede partir de los criados y sus familias, sino de los amos, porque las grandes energías no se han de pedir á los débiles, sino á los fuertes. El mal que lamentamos puede aminorarse por dos medios:

Disminuir el número de criados;

Protegerlos contra la desmoralización.

Convencida la gente honrada del peligro que hay para la moralidad de la familia en introducir en ella una persona extraña, y con frecuencia desmoralizada, que causa grandes desembolsos, pensarían en ver el modo de pasar sin sus servicios, sustituyéndola en la parte indispensable del modo que tuviera menos inconvenientes.

Para esto podrían utilizarse (en cierta medida se hace ya) los adelantos de la civilización que llevan á domicilio el calor, la luz y el agua. Como la industria y el comercio siguen la dirección de las ideas y las costumbres, generalizándose la de suprimir el servicio doméstico, se haría también general el uso de cocinas económicas ambulantes, que distribuyesen los alimentos á domicilio mejor condimentados y más baratos, porque se harían en grande y con mu-

cha economía del tiempo que se pierde en que una persona que puede cuidar de la comida de cincuenta, se emplee en condimentar la de cinco, tres ó dos. Una vez iniciada la marcha en este sentido, creemos que los progresos serían rápidos, por las ventajas evidentes, y porque el interés inventaría mil medios ingeniosos de procurar comodidades que hoy parecen imposibles, suprimiendo el servidor doméstico siempre atento á la voz ó á la campanilla.

Y debe notarse que esta *servidumbre* es cada día más difícil, porque el espíritu de independencia y el sentimiento de dignidad hacen antipático el servicio doméstico á los que mejor lo desempeñarían: es hoy muy rara la *fidelidad de perro* de algunos criados antiguos, y muy natural que, de una sujeción que parece esclavitud, se pase á una libertad que degenere en licencia.

Si se hiciera un estudio comparativo del servicio doméstico en todos los países, creemos que resultarían, entre otros datos, el siguiente:

Que á medida que se generalizan la cultura y el bienestar del pueblo, hay más dificultad para encontrar buenos criados por un precio proporcionado á la fortuna de la mayoría de los amos.

Si esto es exacto, como creemos, lo será también la frase proverbial en algún país: *que sirven los que no sirven*; y el servicio doméstico se reclutará en clases mas ínfimas cada vez, descendiendo en moralidad y creciendo en exigencias para indemnizarse del sacrificio, que va siendo mayor, de la independencia.

El servicio doméstico es considerado, y no sin razón, como una verdadera servidumbre: la aspiración á la libertad y á la igualdad son mayores cada día; las exigencias de todo género de los criados suben de punto; los progresos de la industria facilitarán cada vez más á gran número de familias la supresión de la criada; á medida que la dignidad del trabajador manual aumenta, debe disminuir la prevención contra los trabajos manuales, por la cual se cree rebajado si hace alguna labor de mano cualquiera hombre bien vestido: todas estas circunstancias, y otras, contribuirán á disminuir el número de los servidores domésticos, ya por la mayor facilidad de suplirlos, ya por la mayor dificultad de tenerlos.

En cuan[illegible]er algún coto á su desmoralización [illegible]sa difí[illegible]pero no imposible.

Los amos, lo mismo que los criados, pueden dividirse en dos clases:

Los que tienen moralidad;

Los que están desmoralizados.

Desde luego se comprende que si los sirvientes honrados entrasen en casas que lo son, y nada más que en ellas, el mal se limitaría mucho, no aconteciendo, como ahora, que el amo pervertido seduce á la joven honesta, y que la mujer pervertida propaga su maldad, y tanto más cuanto con más frecuencia muda de casa. La clasificación, mentalmente fácil de hacer, no lo es en la práctica; pero podría realizarse, al menos en cierta medida que lo atenuaría bastante.

El interés *bien entendido* sería un auxiliar poderoso; pero el interés no suele entenderse *bien:* de modo que no hay que confiar en él mucho cuando se trata de obras sociales beneficiosas y difíciles. A ésta que nos ocupa se dedican en algunas localidades asociaciones caritativas que, si se generalizasen y reunieran sus esfuerzos, podrían limitar mucho el mal que deploramos. Su obra debiera constar de dos partes: ilustrar la conciencia pública; propagar la idea y ponerla en práctica.

Era necesario hacer comprender á los padres sus deberes, y que faltan á ellos autorizando la perdición de sus hijas: que á eso equivale permitir que jóvenes, á veces niñas inexpertas, entren á servir en cualquier casa, lejos de ellos y rodeadas de tentaciones á que por experiencia se sabe que sucumben tantas veces; había que demostrarles que este abandono contra conciencia era también contra su propio interés, porque la hija honesta es apoyo del padre, y la liviana su vergüenza y su ruina.

Pero en vano se persuadiría á los padres, miserables en general, de lo que era su deber y su interés si al mismo tiempo no se les daban medios de realizar el buen propósito. Sería indispensable que la *Asociación protectora de las sirvientas*, generalizada, las recibiese de sus familias con la autoridad paternal, para que no pudieran entrar á servir sino en las casas que mereciesen confianza, volviéndose á la suya si, por capricho, holgazanería ú otros motivos inadmisibles, se obstinaban en no permanecer en ellas. La joven menor no podría entrar á servir sin la autorización [illegible]adre, de su madre, ó de la autorid[illegible]nte si era huérfana ó sus padres [illegible]lmente ir

capacitados. El padre, madre, ó quien hiciere sus veces, podría hacerse representar por la Asociación benéfica, para que la menor tuviera apoyo y guía, tanto para no entrar en casas donde peligrase su virtud, còmo para no salir de las honradas sin motivo razonable, y tener auxilio cuando saliese. La ley debiera sancionar esta sustitución de la autoridad paterna, que no duraría sino en tanto que el padre lo quisiera, pero que sería válida mientras él no la revocase. Semejante disciplina no puede parecer severa sino al que no reflexione sobre el peligro y el absurdo de dejar jóvenes, niñas, en completa libertad, que se convierte en licencia: sin guía, apoyo, ni freno, para sus veleidades y pasiones; dueñas de dejar esta casa y tomar aquella, á merced de su capricho, ó del deseo de correr aventuras que no tardan en hacerlas desventuradas. Si la ley autoriza la tutela cuando está con su familia y protegida por ella, ¿con cuánta mayor razón debe autorizarla cuando le falta esta protección y le es más necesaria, por la nueva escena en que vive y las circunstancias que la rodean?

Pero si hay que proteger é ilustrar á los criados y á sus familias, también necesitan apren-

der mucho los amos. Porque, aun prescindiendo de los desmoralizados que no quieren entender razón, ni menos practicarla, se nota mucho descuido, falta de circunspección, y olvido ó ignorancia de los deberes que tiene un amo ó ama de casa respecto de los criados. Cuando son de diferente sexo, ni se consulta la edad y circunstancias que pueden hacer peligroso su trato mutuo, ni se toman precauciones, aun las más materiales, para que la honestidad no se ponga en peligro y padezca. La mesura en el lenguaje y acciones; el buen ejemplo y el buen consejo; la debida vigilancia; la amonestación severa, sin ser ofensiva; los oportunos avisos á la familia del sirviente que se ve en mal camino son cosas que deben hacerse siempre, y no se hacen las más veces, aun en casas que son de buenas costumbres.

El interés de los amos en tener buenos sirvientes es tan grande, como su descuido en poner los medios de conseguirlo. Y esto se explica, no sólo por la poca reflexión para analizar los deberes y la flojedad en cumplirlos, y la fácil sustitución de la utilidad por el egoísmo, sino porque los esfuerzos individuales parecen inútiles, y hay pocas personas que digan: *hago*

lo que debo y suceda lo que quiera. Si fuese grande su número, el resultado visible confortaría el desaliento, y por eso debe recurrirse á la asociación, que no sólo aumenta las fuerzas, utilizando hasta las más pequeñas, sino que da prestigio á los buenos pensamientos que robustece, debilitando, en proporción, los obstáculos que se ofrecen para realizarlos.

Se propende á calificar de bueno lo que es tenido como tal por muchos, y el número arrastra á los que la razón no convence. Por eso muchas obras sociales se facilitan por medio de la asociación, otras son imposibles sin ella, y de este número es la empresa de moralizar el servicio doméstico. Sólo numerosas agrupaciones que combinen sus esfuerzos y obtengan la necesaria protección de la ley pueden ofrecer una garantía á las casas honradas que buscan sirvientes, y á éstos una colocación que no los desmoralice, y, cuando no están colocados, guía y apoyo, de que tanto han menester. Sólo asociándose es posible establecer esa especie de cordón sanitario que separa los amos y los servidores que están sanos, de los que están contaminados moralmente.

Disminuir el número de criados;

Clasificarlos;

Guiar y proteger á los que no estén corrompidos;

Impedir que los que lo están entren en las casas honradas.

Son los medios que pueden emplearse para disminuir la mala influencia que en la sociedad ejerce el servicio doméstico.

CAPÍTULO XI.

LA DIVISIÓN DE TRABAJO.—LA VARIEDAD DE TRABAJOS.

I.

La perfección é incremento de la maquinaria, los grandes progresos de la industria y mayor división del trabajo, se han verificado cuando se hablaba y se escribía mucho de libertad, de igualdad y de fraternidad; pero la proclamación de estos principios no impedía que las multitudes fueran esclavas de la miseria y de la ignorancia, los hombres desiguales como nunca; y aunque se amaban más que en otros tiempos, no lo bastante para que el amor pudiera suplir tantos elementos como faltaban para que en la esfera económica se realizara la justicia sin pensar en ella se organizó la industria, aten

ta á la perfección y baratura de la obra, y prescindiendo de la suerte del obrero. Los hubo por miles y por millones que tuvieron que someterse al yugo industrial. Si doce horas dan poco de sí, se trabajan catorce, diez y seis ó diez y ocho; si cuesta dinero tener la explotación ó la fábrica en condiciones higiénicas, se la deja sin ellas; si hay peligros que no pueden evitarse sin gastos, no se evitan; si los operarios se inutilizan, se los arroja á la calle ó al camino, y si mueren, á la fosa común. Cuando todo esto no basta para alcanzar la economía deseada, se buscan auxiliares que trabajen á menos precio; se llama á las mujeres y á los niños, que acuden á manipular el hierro candente á las bocas de los hornos y á sepultarse en las minas. El ídolo de la baratura hace rodar su carro sobre los cuerpos de las víctimas que destroza; el mundo, divertido con tantas novedades, fascinado con tantas maravillas, aplaude y llama visionarios á los que ven algo más de lo que está en la superficie y no se dejan deslumbrar por los reflejos del oropel que recubre á trechos tantas llagas cancerosas.

Hoy ya no es asunto de risa para los hombres prácticos lo que llamaban hace cincuenta años

ridículas declamaciones: amenaza ó problema, conciencia ó cálculo, razonamiento ó impulso instintivo, hay algo que se impone: es la realidad de los visionarios; son millones de criaturas que, sepultadas en las galerías de la mina, alrededor de las máquinas y de los altos hornos, ó removiendo la tierra, trabajan más allá de sus fuerzas, no comen para repararlas, languidecen en la miseria, se embrutecen en la ignorancia, se depravan en el vicio y degeneran física y moralmente.

El hecho tiene la magnitud y ha alcanzado la publicidad de los que se imponen; los economistas ya no le niegan (al menos los que saben lo que dicen), pero le atribuyen, no á esencial defectuosa organización de la industria, sino á que ésta se hallaba en *estado caótico*, que es una manera cortés, esencialmente cortés, de calificar sus procederes injustos é inhumanos. Y entiéndase que, cuando decimos *industria*, más bien queremos decir la sociedad que ha tolerado y aplaudido, y aun aplaude y tolera procedimientos de que no son los únicos responsables los industriales. ¿Quién les entrega los niños y les abandona las mujeres y los hombres en condiciones que la justicia rechaza y que la ley no

debiera sancionar? ¿Quién coopera ciegamente á todos los desmanes de la competencia? ¿Quién, con caprichos, egoísmos, negligencias y vanidades, fraudes é inmoralidades, da pábulo á todo género de abusos, opresiones é injusticias? La sociedad, que en esta esfera, como en otras, es cómplice de todo el mal que se hace.

Fué grave culpa de las clases directoras haber desdeñado cuanto decían los socialistas como sueños y visiones, no haber distinguido su patología social de su terapéutica, y porque los remedios propuestos no eran ó no parecían razonables, haber negado el mal. Hoy no se niega ya; los soñadores han despertado á los dormidos, y se comienza á comprender que es preciso hacer algo, y algo se hace. Aquí se fijan legalmente las horas de trabajo, ó con las huelgas se reducen; allá se prohiben ciertos trabajos, y en ciertas circunstancias, á las mujeres y á los niños; en otra parte se recogen éstos cuando, material ó moralmente, están abandonados; y se promueve el ahorro, y se coopera á que los inválidos del trabajo no se arrojen á la calle, ó, si mueren trabajando, se socorre á sus familias. Donde quiera se nota alguna prueba ó indicio de que la cuestión social no se mira como una

declamación ó una impertinencia, sino como un problema. Las clases directoras pegan, sí, y bastante fuerte aún, pero empiezan á escuchar.

Puede hablarse en España contando con la indiferencia, pero sin temer la rechifla; el libro en que se hace un detenido análisis de los elementos del pauperismo, no se abrirá sino por muy pocos; podrá dar sueño á los que empiecen á leerle, pero no dará risa: ya se ha logrado mucho. Continuemos analizando.

La división de trabajo es condición indispensable de perfección industrial, y no puede rechazarse en razón ni con éxito; lo que hay que combatir son sus consecuencias, perjudiciales para el trabajador, por dos medios principalmente:

Procurándole variedad de ocupaciones;

Instruyéndole cuanto sea posible.

La cultura de la inteligencia hace falta para todo, absolutamente para todo, y aun para ocupaciones tan materiales que, al parecer, no la necesitan. Cuando se habla de industria suele entenderse la que emplea poderosos motores, altos hornos, grandes máquinas de que el obrero no es más que un apéndice, al parecer tan mecánico como ellas, y cuyo resorte es la voz del

maestro ó capataz. Ciertamente que así sucede con muchos; pero otros, el mayor número, trabajan en pequeños grupos, ó solos, y ellos son los directores de su industria, porque industria es machacar piedra, barrer la calle, podar un árbol y dar de comer al ganado. La mayor parte del trabajo hecho por hombres está dirigido por la inteligencia del trabajador, aislada ó agrupada (no asociada, por desgracia) con otras que están á su mismo nivel, y con sólo decir esto se comprende cuánto importa cultivar esta inteligencia. ¿Se necesita alguna para barrer la calle? Ciertamente, y hemos observado muchas veces cuánto más y mejor haría un barrendero si discurriese un poco. La diferencia que hay de un establo holandés á uno gallego ó asturiano, y de las utilidades que se sacan del ganado vacuno en Holanda y en España, son efectos de varias causas; pero la principal es la inteligencia del industrial que sabe en un país el cómo y el porqué de lo que le conviene hacer, y que lo ignora en el otro.

Es, pues, un error deplorable suponer que la perfección de la mecánica puede suplir á la del hombre, aun bajo el punto de vista industrial; el obrero necesita discurrir, ó por lo menos

aprender bien lo que otros han discurrido, para lo cual ya es preciso algún discurso; hasta los operarios que se consideran como insignificantes apéndices de las máquinas, hacen mejor su tarea y se cansan menos cuando piensan algo sobre el modo de ejecutarla.

Tiénese por cosa inevitable que de la división del trabajo resulte el embrutecimiento del trabajador que no ejecuta más que una labor sencilla, y siempre la misma; es decir, que la perfección de la industria lleva consigo fatalmente la imperfección del industrial, al menos de cierta categoría muy numerosa de obreros. Si esto fuera exacto, habría que renegar del progreso de las cosas que llevaba consigo el retroceso de las personas, renunciando á la belleza de la obra en vista de la deformidad del que la realiza; pero de que el mal exista no ha de concluirse que es irremediable, ni que en la marcha de la humanidad haya contradicciones necesarias que sublevan el sentimiento de la justicia y el de amor á nuestros semejantes. No: ese *eccehomo* que se presenta estropeado, deforme, embrutecido por la división del trabajo, no es el cautivo irredimible, la víctima eterna de la industria, y el pueblo que le contempla no

grita: *¡Crucificadle!*, sino *¡Salvadle!* Y le salvará, sí, le salvará, porque no hay injusticias necesarias.

Todo hombre, cualquiera que sea su clase y su ocupación; debe ser racional; y reservándonos hablar más especialmente de esto cuando tratemos de la instrucción literaria, limitándonos á la industrial, tiene por condición cierta indispensable cultura del espíritu á que no es obstáculo insuperable la división del trabajo. Los males que esta división produce á veces son físicos é intelectuales. Los primeros, que resultan del ejercicio anormal y continuo de ciertas partes del cuerpo, coincidiendo con la inacción de otras, pueden combatirse combinando ocupaciones diferentes; porque es un error suponer que para hacer una labor mecánica bien hay que hacerla toda la vida, no hacer otra, y que con este exclusivismo se perfecciona indefinidamente la obra única. El obrero que la ejercita llega á un punto de que no pasa, y tanto menos cuanto sea más imperfecto física é intelectualmente. Como la perfección parcial no es indefinida cuando se alcanza, puede ejercitarse el obrero en otra labor sin perjuicio de la primera, y en otra y otras, según los casos, y con ven-

taja de todas, porque no hay ninguna á que no perjudique la deformidad del cuerpo, que á la larga es debilidad, y la limitación del espíritu.

Rechazamos, pues, el pretendido axioma industrial de que para desempeñar bien una tarea ha de ser siempre la misma, simplificada cuanto fuere posible, y pensamos que el operario puede saber hacer con perfección varias cosas, con lo cual se robustecerá su cuerpo, se dilatará su espíritu y tendrá más recursos para vivir, ya porque se elevará en la categoría industrial y será mejor retribuído su trabajo, ya porque no se verá tan expuesto á que le falte cuando sea apto para muchos. Insistimos en que esta aptitud es posible, y no puede ser calificada de *sueño* sino por los que no conciben que el obrero manual pueda dejar de ser *bruto*.

Es conciliable, pues, y hay que conciliar la división de trabajo necesaria para la perfección de la industria y la variedad de ocupaciones, mayor ó menor, según los casos, indispensable para la perfección del trabajador y su bienestar. Ya se comprende que el cambio tiene que ser lento, y tanto más que exige uno muy radical en las ideas: verificado éste, el de la instrucción industrial seguirá con más rapidez de lo que se

supone, porque sus ventajas no tardarían en hacerse ostensibles y activarle.

En la variedad armónica del universo, cuyo conjunto á medida que se abarca aparece como unidad admirable, puede haber medios *adecuados* á diversos fines, pero no hostiles y contradictorios; y si la instrucción intelectual es más perfecta á medida que se cultivan mayor número de facultades, la industrial no puede consistir en ejercitar una sola. ¿Hasta dónde podrá llegarse? Lo ignoramos; probablemente más allá de lo que imaginen los imposibilistas. De todos modos, las cosas, para saberlas, hay que estudiarlas en sus principios, y cuando un industrial argumenta para responder á un razonamiento «*para estas cosas hay que dejarse de filosofías*», dice una necedad, porque filosofía es saber la razón, la ley de las cosas, sus esenciales condiciones y primeros principios, trátese del obrero que perfora una aguja, del astrónomo que mide las esferas ó del criminalista que mide las penas. Es dado filosofar sobre cualquier asunto, desde la cosa más sublime á la más trivial, porque todas pueden *conocerse*. El fabricante que no quiere *filosofías* ignora que sin una cierta cantidad de filosofía, á veces mucha,

no funcionarían los grandes motores que emplea, ni las máquinas, que llevan sus productos á largas distancias; ni las instituciones, que dan seguridad y estabilidad á sus transacciones y productos. Reconciliado ó no con la filosofía, á sabiendas ó sin que él lo sepa, recibirá su influencia, y pueda recibir mucha y pronto para que se vea en la necesidad de confesar:

Que no puede ser condición *esencial* del *progreso* de la industria el *retroceso* del operario;

Que la *división* de trabajo no significa *exclusión* de otro sucesivo;

Que una ocupación mecánica, la más sencilla y monótona, es compatible, y aun en casos favorable, al ejercicio del entendimiento cuando está cultivado;

Que las aptitudes mecánicas, como las intelectuales, se acrecientan cuando se extienden en cierta medida, y que la *especialidad* padece cuando le falta la necesaria ó conveniente *generalidad.*

Repugna á la razón y á la conciencia que haya progresos sociales que tengan por condición precisa el retroceso individual, y que á la perfección de la maquinaria corresponda necesariamente la imperfección, el embrutecimiento

del operario que la auxilia: esto, que sería tan absurdo, no es cierto sino en ciertos casos, relativamente poco numerosos. Y no es que nosotros pasemos de largo ante ninguna desgracia ó atropello porque no hace suficiente número de víctimas, no; la voz de una sola llega al corazón; su derecho es tan claro como si le invocaran un millón de sacrificados, y la energía de la protesta no se ha de medir por su número, sino por su justicia.

Pero antes de investigar si el daño es irremediable debe hacerse constar que no tiene la extensión que se le ha supuesto, ya para tomar por punto de partida los hechos tales como son, ya porque muchas personas miden (aunque la medida no sea siempre exacta) por la magnitud del mal la dificultad del remedio.

La exageración de los males causados por la división de trabajo, como otras muchas exageraciones, depende, en parte, de haber observado exclusiva ó principalmente á ciertos obreros de ciertas industrias, haciendo caso omiso del mayor número. Considerando los hechos, no de una manera parcial, sino en conjunto, es evidente que la maquinaria hace una cantidad enorme de trabajo *bruto*, que evita otra muy

grande de esfuerzo *brutal* al hombre. Toda herramienta, útil ó máquina tiene por objeto, que realiza más ó menos, según su perfección, *ahorrar trabajo material*, supliéndole con la inteligencia del que inventó el aparato y del que le emplea. Así, pues, en teoría y en práctica, que cualquiera puede observar, la perfección y generalización de las máquinas economiza la fuerza *bruta* de los obreros, y, por consiguiente, lejos de contribuir á embrutecerlos, debe cooperar á espiritualizarlos. Esta es la regla, y en vez de comprender que deriva de una ley, se ha querido erigir en tal las excepciones: muchas hay y deplorables, pero en menor número que se ha supuesto, y, sobre todo, no fatales.

La división del trabajo data de los primeros pasos de la industria; no es cosa nueva; no puede serlo porque corresponde á una ley ineludible de progreso económico; no hay, pues, que declamar contra ella, sino armonizarla con la del progreso humano. La industria necesita que la obra se subdivida lo suficiente para que se haga pronto y bien; pero esta necesidad no lleva consigo la de que el obrero se embrutezca; antes, por el contrario, no hay trabajo, por sencillo que sea, como hemos indicado, que no haga me-

jor una persona que discurra que un hombre embrutecido. Y esto sin considerar más que la acción *mecánica* é *inmediata*, á la que hay que añadir otros elementos de suma importancia y en que influye la mayor *racionalidad* (permítasenos la palabra) del obrero, que le hace más exacto, más formal, más económico, menos turbulento: mejor, en fin. En igualdad de *todas* las demás circunstancias, no creemos que haya ningún industrial entendido que prefiera trabajadores embrutecidos y soeces á obreros razonables.

Así, pues, la división de trabajo no *necesita* brutos; se dirá que, con necesidad ó sin ella, los *crea* en sus más ínfimos cooperadores, lo cual tampoco es enteramente cierto, y sería más exacto decir que los *conservaba*, porque la sociedad le entrega sin precaución ni regla hombres embrutecidos ó muchachos en camino de embrutecerse.

Hemos hablado de *ínfimos cooperadores* porque hay que hacer una distinción importante. Cuando se trata de males, la regla es que se exageren, sintiéndolos como desgracias ó aprovechándolos como argumentos. Al hablar de cómo la división de trabajo embrutece al obre-

ro, no se ha tenido en cuenta más que á los dedicados á las tareas más sencillas y monótonas, prescindiendo del gran número de operarios hábiles que emplea, aprovechando su inteligencia sin rebajarla. Leyendo algunos autores, se creería que la división de trabajo es un procedimiento compuesto de una máquina muy perfecta, auxiliada por una multitud de hombres embrutecidos y deformes. Huyamos de exageraciones, que el mal es harto grave sin exagerarle.

Puesto que el embrutecimiento del hombre no es necesario, ni aun conveniente para nada racional, cosa que más que proposición parece axioma, el problema se reduce á no entregar á la industria criaturas embrutecidas ó en camino de embrutecerse, ni permitirle que las embrutezca: para esto es preciso:

Educar á los niños;

Educar á los mozos;

Educar á los hombres;

porque la educación, entendiendo por ella *modo de perfeccionarse*, dura toda la vida, como se puede observar en los pocos que la emplean bien.

Educando á los niños y á los jóvenes, y dán-

doles una instrucción sólida y adecuada, tanto material como espiritualmente, se pone á los hombres en estado de continuar su educación por sí mismos y de aumentar sus aptitudes como extienden sus ideas.

Pero se dice: ¿De qué le sirven aptitudes é ideas al que está condenado eternamente á una tarea monótona, reducida á unos pocos movimientos continuos y siempre los mismos? Le servirán para neutralizar ó evitar los inconvenientes de su trabajo; para variarle; para que dure menos ó produzca más; para distraerle con el pensamiento y la imaginación, que pueden volar y ejercitarse desempeñando una tarea la más humilde y mecánica. En otra parte (1) hemos procurado desvanecer la preocupación de que son incompatibles los trabajos materiales con los del entendimiento, preocupación que tiene su origen en la humillación del bracero y en la soberbia del pensador, que se hace extensiva á los que ni piensan ni trabajan. Para no repetir lo que hemos dicho en aquel libro, nos limitaremos en éste á sentar como una verdad que el tiempo se encargará de demostrar,

(1) Véase *La mujer de su casa.*

que no hay incompatibilidad entre el trabajo manual y mental; antes pueden combinarse con ventaja para entrambos y para el que los realiza, lo cual sucede en muchos casos, y además lo hemos comprobado por experiencia propia.

Si fuera posible que de pronto desempeñaran personas ilustradas las tareas más monótonas que la división del trabajo señala, se vería cuántos recursos encontraban para mejorar su situación. Uno sería, indudablemente, procurar variedad en su labor, ya alternando con diferentes operarios en la misma industria, ya ejerciendo dos ó más, según los casos. Los *relevos* que se hacen para descanso por *inacción*, podrían hacerse para descanso por *variedad*. Este y otros mil medios hallarían personas cultas dedicadas á trabajos mecánicos, para hacerlos compatibles con la higiene física y la espiritual.

Otro error es suponer que no se puede hacer bien *más que una cosa,* y, en consecuencia, condenar al que la hace á no ejecutar ni servir más que para aquélla. Puede verse en los labradores cuán diferentes labores ejecutan con la perfección posible, que no es mayor, no por falta de división de trabajo, sino de cultura. Cuanto más inteligente y más hábil es un obrero, ma-

yor número de labores diferentes puede ejecutar *bien:* esto lo sabe cualquiera que entienda del asunto por experiencia, ó que por discurso comprenda que el ejercicio de todas las fuerzas físicas y mentales las aumenta todas, y que toda energía es ventajosa para toda obra. ¿Cómo, tomados en conjunto, no ha de trabajar mejor una masa de obreros robustos que los enfermizos, que la división de trabajo sin medida, ni contrapeso, contribuye á debilitar y deformar?

Ya prevemos que, en general, se calificará de *teorías* y *filosofías*, que tanto quiere decir para algunos como *sueños*, esto de pensar mientras se trabaja, y de pensar cuánto y cómo se ha de hacer el trabajo, y de pensar de qué manera podría variarse si su uniformidad perjudica, y de pensar qué gimnasia convendrá cuando se deja, y de pensar qué distracciones ó recreos ó ejercicios del espíritu serán convenientes ó posibles, y pensar siempre y para todo gentes que no han pensado nunca para nada y que no se comprende que piensen. Es verdad; estos últimos y más humildes auxiliares de la industria no piensan; pero algunos han pensado por ellos (bendita su inteligencia), proclaman que pueden pensar, que deben pensar, que pensarán,

y el tiempo les dará la razón. Hoy, por aquella propensión de que hablamos más arriba, como las labores mecánicas se han hecho siempre por gente que no discurre, parece que cosas que fueron siempre unidas son inseparables, y que el discurso que no se ha aplicado nunca á minuciosidades materiales no puede tener esta aplicación. Así discurre la rutina, y así ve quien mira las cosas por una sola fase, ó desde muy abajo, porque, observándolas en su conjunto, se ve que las pequeñas, en su clase, no son menos perfectas y acabadas que las grandes, y que desdeñar la perfección de lo pequeño es prueba de pequeñez, no de grandeza. Cuando todo esto parezca claro y hasta trivial, la división de trabajo tendrá cooperadores, y no víctimas.

La variedad de ocupaciones, no sólo compatible, sino favorable á la mayor destreza para cada una de ellas, porque favorece la salud y el desarrollo de la inteligencia, tiene además otras ventajas económicas y morales, como medio de subsistencia de que carece el que no sabe hacer más que una labor y como recurso contra la ociosidad.

Ya se comprende que la variedad de trabajos, según el género de ellos y la aptitud del opera-

rio, será mayor ó menor; mas, por mucho que se limite, tendrá todavía extensión y utilidad grande. Debe empezarse por los niños y los jóvenes, que tienen flexibilidad en los miembros y en el espíritu para extender las ideas y multiplicar los ejercicios. Pero no; por quien hay que empezar es por las clases directoras, que, en desacuerdo sobre tantas cosas, parecen convenir en la preocupación de que los trabajos mecánicos han de estar hechos necesariamente por brutos y son absolutamente incompatibles con los del espíritu. La gimnasia, es decir, un esfuerzo material que no da resultado económico, es compatible con los trabajos mentales; pero desde el momento en que de este esfuerzo se obtiene alguna ventaja pecuniaria, si resulta de él una mesa, una piedra labrada, etc., etc., la utilidad parece que tiene una malicia especial ó poder degradante que rebaja la categoría del gimnasta y embota su pensamiento. Los escritores y oradores y maestros de todo género son, por lo comun, aunque estén muy lejos de sospecharlo, discípulos de la rutina en este punto, resultado de una educación exclusiva é incompleta, y de la natural tendencia á desdeñar lo que no se hace y no se sabe hacer, y ejecutan los que son

tenidos en menos. Cuando uno de estos personajes que se cree una eminencia intelectual dice á una mujer que discurre sobre lo que á su parecer no le incumbe, que vaya á repasar calcetines, ignora que cogiendo los puntos de la media puede medir los que él calza.

Urge, pues, y urge mucho, combatir estos errores frecuentes en las clases ilustradas, porque, mientras sean generales, no se opondrá remedio eficaz á los males que en las últimas categorías de trabajadores produce la división de trabajo.

CAPÍTULO XII.

LA EMIGRACIÓN.

No es raro considerar la emigración como un bien porque descarga al país de un exceso de habitantes, ó como un mal que puede evitarse con leyes y decretos. Los que se congratulan en el primer caso, discurren como el que, tratando de agotar un estanque, calculase el agua que salía, sin notar que entraba tanta ó más; y los que pretenden detener á los emigrantes legislando ó decretando, no consideran qué, si pudieran vivir en la patria que dejan, no se ausentarían: esta imposibilidad de sustentarlos cuando se extiende á varias comarcas, y se mantiene un mes y otro mes, un año y otro año, pudiera decirse un siglo y otro siglo, tiene raíces muy profundas que no puede arrancar la acción superficial de leyes y decretos. Muchas pruebas podrían citarse de que, en materia de emigra-

ción, no son muy comunes entre nosotros las ideas claras y las opiniones razonables; pero suprimiremos la crítica en obsequio de la brevedad.

La emigración ha de considerarse:

En sus causas;

En sus elementos;

En sus medios;

En sus resultados.

Puede resumirse el plan de su estudio de la manera siguiente:

EMIGRACIÓN.	Sus causas.	
	Sus elementos...	Condición de los emigrantes.
		Aptitud.
		Tendencias.
	Sus medios......	Si emplea sólo recursos individuales.
		Si recibe auxilios de la caridad.
		Si la favorece el Estado.
		Si la estimulan los especuladores.
	Sus resultados...	Humano.
		Patriótico.

Ya se comprende que escribiendo, no un libro, sino un capítulo sobre emigración como concausa de miseria, no desenvolveremos el plan indicado como sería menester para estudiar á

fondo el asunto, limitándonos á breves consideraciones relativas á España, y suficientes para nuestro objeto.

Causas de la emigración.—Uno ú otro individuo, por espíritu aventurero, por inquietud natural, ó por disgustos ó contratiempos á él particulares, deja la tierra en que nació por ir á buscar fortuna ó remediar su desgracia; pero los emigrantes, cuando son muchos, cuando constituye un hecho permanente y de verdadera importancia social, emigran porque sobran: esto sucede entre nosotros como en todas partes. El exceso de población no es una cosa absoluta, sino relativa á los medios de sustentarla; y siendo muy escasos en España, resulta que sobran habitantes; y no se diga que en tal ó cual país hay una mitad más ó el doble por kilómetro cuadrado, porque, si allí los recursos superan en mayor proporción, los naturales no han menester emigrar para vivir.

Ya sabemos que si en España hubiera más inteligencia y más moralidad, industrias florecientes y buen gobierno, no sobraría gente, antes faltaría; pero en el estado de hoy, sobreabunda, y no es

«La codicia en los brazos de la suerte»

quien *la arroja al mar*, sino la miseria. Esto es tan conocido que no hay para qué insistir sobre ello; pero debiera también ser evidente que no puede hacerse la guerra á la emigración sino combatiendo su causa, la miseria, y que ésta no se remedia con facilitar el embarque de unos cuantos centenares ó miles de miserables sustituídos inmediatamente por otros tantos; es, como decíamos arriba, querer agotar un depósito de agua sacando una cantidad igual á la que entra. Todo país pobre, como el nuestro, tiene un gran número de habitantes á quienes no puede decirse que ofrece recursos para que *vivan*, sino para que *no mueran*, porque la muerte no es la inexorable cumplidora de la ley proclamada por Malthus, y no suprime al que *no tiene asiento en el banquete de la vida*. Alrededor de él y con las migajas que caen se arrastran muchos y se multiplican; y de esta multitud infeliz, que en mal hora perdona la muerte para entregarla al dolor, salen individuos que van llenando los huecos dejados por los pobres emigrantes. Allá les espera, y aquí su ausencia no es elemento de vida, porque el lugar que ocupaban se parece á casa malsana que se alquila inmediatamente que se desocupa. Hay

que repetirlo: nuestra emigración no se combate sino combatiendo la miseria, ni puede fomentarse sino desconociendo sus resultados.

Elementos de la emigración.—Con haber observado sus causas, se saben los elementos de que se compone; y siendo por lo común mísera la condición económica de los emigrantes españoles, se comprende cuál será su *condición* social, y que han de pertenecer, como en efecto pertenecen, á lo que se llama las últimas clases; es decir, á aquellas menos favorecidas por la fortuna.

La *aptitud* literaria, en los casos más favorables, se limita á leer, escribir y contar (lo que llaman las cuatro reglas), sin otro género de cultura; porque, siendo la mayor parte de los emigrantes campesinos, ni aun tienen la escasa que da el trato en las grandes poblaciones. Ya por su edad, que suele ser muy poca, ya porque el que tiene oficio y no es en él muy torpe ó muy holgazán, busca modo de vivir donde nació y no corre aventuras en lejanas é insalubres tierras, la instrucción industrial de los que van á América es aún más escasa que la literaria (1).

(1) Desde que esto se escribió el mal se ha agravado

Las tendencias de estos pobres ignorantes, ó mejor dicho *la tendencia*, porque no suelen tener más que una, es á *volver pronto ricos;* esperanza ¡ay! vana las más veces, porque el mayor número ni pobres ni ricos volverán.

Todo lo dicho se refiere á la emigración del litoral del Norte y Noroeste, porque la de Levante, que se dirige al África, es todavía más mísera é infeliz.

Medios de la emigración. — Nuestros emigrantes hacen el viaje á costa de sus familias, que se imponen un gran sacrificio para pagarle, como se puede inferir de su pobre vestido, muchas veces harapiento, que no preserva de la intemperie á que inhumanamente los expone la codicia de los especuladores y la inercia de las autoridades y de la opinión pública que las tolera y las paga. ¡Cuadro doloroso! ¡Espectáculo que aflige é indigna el de centenares de muchachos, de niños, con poca y mala ropa, haci-

---

mucho, y la emigración á la América del Sur, favorecida por explotadores inhumanos, que se aprovechan del deseo de mejorar y de la ignorancia de los pobres campesinos, amenaza despoblar una gran parte de las provincias del antiguo reino de León.

nados sobre la cubierta de un barco, donde los azota el viento, los empapa la lluvia, los golpean y trastornan los balanceos, los aterran los golpes de mar que hay que arrostrar para llegar á tiempo de trasbordarlos al vapor que los llevará al Nuevo Mundo, al *otro* pueden decir los más de ellos, y debe facilitárseles el último viaje con la manera de emprender éste, unas pobres criaturas que de los brazos de su madre y desde la tranquila aldea pasan á manos de la codicia que los arroja sin precaución ni piedad á luchar con los elementos.

Muchas veces no es la familia del emigrante la que paga el pasaje, sino algún pariente, ya establecido en América, que por cálculo ó por bondad le llama, y según él esté acomodado ó sea generoso, el muchacho va peor ó mejor equipado, pero rara vez en condiciones de no ir como no se *llevaría ganado* (según la expresión de un marinero) en busca del vapor que ha de conducirle á América.

Algunos especuladores de mala, de la peor ley, reclutan en ocasiones hombres, y, lo que es peor, mujeres, para llevarlos á Ultramar; asunto en que han entendido alguna vez l[illegible]nales, y entenderían muchas si la ap[illegible] de

la ley correspondiera á su nombre de administración de justicia.

No hay asociaciones caritativas que tengan por objeto favorecer la emigración; el Estado no ha tomado parte directa en el asunto, y es de lamentar que se ponga en tela de juicio si debe intervenir, porque no puede hacerlo con provecho y, por consiguiente, sin daño.

Resultados de la emigración.— Los resultados de la emigración, bajo el punto de vista humano, dependen de las cualidades de la colectividad que emigra: si es moral, inteligente ó industriosa, hará bien; si no, mal, y lo es siempre que emigrantes en gran número invadan un país habitado por hombres superiores á ellos. Es preferible que falten brazos (y más hoy, que tanto pueden suplirse con las máquinas) y que la población aumente con lentitud, á que crezca cruzándose ó incorporándose con razas inferiores que la hacen rebajarse fisiológica y psicológicamente y retrogradar no se sabe hasta dónde. No hay derecho para rechazar á los emigrantes como *trabajadores más baratos*, pero sí como *hombres inferiores;* y es no sólo derecho, sino deber, evitar que se extienda una especie de hombres que rebajan el nivel intelectual y mo-

ral del pueblo que invaden. Los obreros de los Estados Unidos no tienen razón para impedir el desembarco de trabajadores que se contentan con menos jornal que ellos; pero los hombres de Estado de la Unión Americana deben rechazar á los chinos que llevan á la población un elemento de inferioridad, preparando para el porvenir, hasta el más remoto, males incalculables que debieran evitarse. Considerando con cuánta lentitud progresan y se mejoran las razas, con qué facilidad vuelven atrás y cuán esencial es su perfección para la buena moral, buen gobierno y prosperidad de las naciones, se comprende la conveniencia y la justicia de un derecho antropológico internacional que atajase la expansión de las razas inferiores y las redujese á los límites de su patria.

Calcúlese la diferencia de que los países desiertos se pueblen por alemanes ó por ingleses, ó se llenen de chinos; es incalculable.

Cuando la emigración es colonizadora, podrá establecer relaciones industriales y extender las mercantiles de la madre patria, contribuyendo á su prosperidad, ó ser un elemento de ella los hijos industriosos que vuelven con capitales ó aptitudes que antes no tenían, é ir

demnizan con creces los sacrificios hechos para trasladarlos á otros climas. Porque téngase en cuenta que el resultado *inmediato* de la emigración es siempre perjudicial para la patria del emigrante, que cría y sustenta al niño, que es una carga, y á costa de un desembolso, á veces de consideración, le envía á otros países cuando ya puede trabajar y es un elemento de prosperidad. A veces, no sólo hay que criar al niño y educar al joven emigrante y pagarle el pasaje, sino que es preciso darle fondos con que se sustente algún tiempo, sin lo cual no le permitirán desembarcar. Como esto acontece un año y otro año con miles de jóvenes, se ve que la emigración, consecuencia de la miseria y pretendido remedio contra ella, la aumenta, como se aumentaría la de una familia que criase hijos para que cuando pudieran ser útiles fueran á trabajar en beneficio de otra.

Además de *lo que* cuesta criar un niño hasta que puede trabajar, hay que considerar *á quién* se lo cuesta; y, cuando la emigración es de miserables, sobre ellos pesa este gasto enorme, ellos son los que envían á otros países lo que debiera ser su ahorro, y es capital que pierden los que á costa de tantas privaciones le han acumulado.

Este resultado inmediato, indefectiblemente oneroso, puede compensarse después, según circunstancias propias del país de los emigrantes y personales de éstos.

Aplicando lo dicho á España, se ve que su emigración no es beneficiosa bajo el punto de vista práctico, porque los emigrantes no llevan cultura, ni prosperidad adonde van, y bajo el punto de vista humano mejor sería que fueran ingleses ó alemanes los que desembarcan en las que han sido ó son colonias españolas, que descendientes de aquellos heroicos aventureros que, como ellos, servirían tal vez para descubrirlas y conquistarlas, pero que no las fecundan, no las ilustran, no las gobiernan, no las hacen prósperas, ni dichosas.

Si nuestros emigrantes no sirven á la humanidad, tampoco á la patria, que los cría niños, y jóvenes les paga el viaje á esos países donde, en su inmensa mayoría, sucumben. De los pocos que quedan, unos arrastran, allá donde fueron, una vida miserable; otros se establecen ventajosamente ó vuelven ricos, al menos con una riqueja relativa. Éstos, ¿podrán al menos compensar, en parte, el perjuicio causado por tantos como se fueron y han perecido? De ningún

modo; y, aunque sea triste y duro decirlo, lo mejor para la patria es que los emigrantes no vuelvan, porque, convertidos en *indianos*, son un elemento social perjudicialísimo. Relativamente ricos, sin educación ni instrucción alguna, con la salud gastada y la moralidad tal vez no muy robusta por haber enriquecídose donde hay poca, se casan con una joven, que se une á ellos por interés las más veces; queda viuda prematuramente, y con hijos endebles ó enfermos: si no se casan, todavía es peor. El indiano carece de aptitud científica é industrial, y no establece industria alguna; compra casas ó tierras, que contribuye á encarecer, ó da su dinero á réditos, y hace la vida de vago, si no en el sentido legal, en el moral de la palabra. Por su categoría pecuniaria entra en la clase media, siendo un elemento que tiende á rebajarla por su menor cultura y actividad: en pueblos donde este elemento sea influyente, el progreso es difícil; donde es preponderante, la decadencia es inevitable, y verán descender el nivel de su cultura y su moralidad. De todo esto, claro está que hay excepciones, pero tal nos parece la regla.

Así, pues, nuestra emigración es siempre rui-

nosa cuando cuesta dinero, y cuando le trae, porque viene en manos que hacen más daño con él que si estuvieran vacías. La emigración, efecto de la miseria que aumenta, no se puede combatir sino combatiendo la causa, ni fomentar sino faltando á todas las reglas de la prudencia. La pretensión de disminuir la miseria procurando que emigren los miserables, es como la de aminorar el crimen deportando criminales.

CAPÍTULO XIII.

DE LA MENDICIDAD.

La mendicidad es efecto de la miseria, y á la vez es causa, porque, degradando y desmoralizando al hombre, contribuye á hacerle miserable.

La mendicidad es un elemento de pauperismo, y tiene bastante importancia para que no pueda prescindirse de él: en los países más ricos se cuentan los mendigos por miles, sin que puedan hacerlos desaparecer los socorros de la beneficencia, los dones de la caridad, ni los rigores de las leyes penales.

Después de haber mencionado el delito y el vicio como causas de miseria, formamos capítulo aparte con la mendicidad, porque la reflexión y la conciencia no permiten confundir lo que á veces anda confundido en medidas gubernativas y leyes injustas.

El hombre que pide una limosna, ¿es un desgraciado, un vicioso, un delincuente? El que pasa y le socorre no lo sabe; el agente de la autoridad lo ignora también; pero le prende cuando se lo mandan, y por medida gubernativa se le envía á tal localidad, ó se le recluye en un establecimiento, que él considera como una prisión. Todo esto varía mucho, según el modo de ver y de sentir de gobernantes y autoridades y con los vaivenes de la opinión que se reflejan en las leyes. En Francia, por ejemplo, se ha consultado á corporaciones y colectividades respetables si convendría aplicar á ciertos mendigos la pena que el legislador considera más grave después de la muerte; muchos han contestado afirmativamente, y el grito insensato de la opinión se ha convertido en ley. Los mismos que la votan y la aprueban y quieren mandar los mendigos á Cayena ó Nueva Caledonia, habrán dado limosnas imprudentes; y como quiera que sea, los males no se remedian con injusticias, y los rigores irrealizables (en su mayor parte) no extirparán la mendicidad. Pero aunque varíen mucho las opiniones respecto á los medios de perseguirla, no cabe negar sus desdichadas consecuencias, y que de efecto se

convierte en concausa de pauperismo por lo que desmoraliza al mendigo y á su familia, con frecuencia larga, porque no le cuesta nada mantenerla, y, como decía Montesquieu, los hijos, desde muy pequeños, saben el oficio del padre, sin otro aprendizaje que el mal ejemplo que les da.

Pueden reducirse los mendigos á tres clases:

1.ª El que lo es accidentalmente y por necesidad;

2.ª El que lo es definitivamente por imposibilidad de trabajar, sea que no haya para acogerle casa benéfica, ó que no quiera entrar en ella;

3.ª El que lo es definitivamente sin necesidad y por aversión al trabajo.

La moralidad de la acción de mendigar variará mucho, según que el mendigo pertenezca á una ú otra de estas clases; pero la tendencia irresistible del hecho de vivir de limosna es á rebajar mucho el nivel moral. Todo lo que rebaja desmoraliza, y el mendigo que lo es habitualmente, aunque lo sea por necesidad, debe borrarse del número de los hombres dignos, y, por regla general, de los honrados. Como hay oficios físicamente malsanos, que indefectible-

mente alteran la salud de los que á ellos se dedican, también en lo moral los hay fatales para la virtud, y el de mendigo, cuando por tal le toma, apenas es compatible con ella. Resumamos los principales elementos de que se compone su degradación:

1.° La primera vez que un hombre pide, le cuesta trabajo, á veces un grande esfuerzo, hasta que el hábito viene á vencer la repugnancia: cuando ésta desaparece, se va con ella el sentimiento de dignidad.

2.° El mendigo está ocioso y sufre la influencia moral de la ociosidad; enérvanse las facultades que no ejercita, viene el tedio de la inacción, indefectible en un sér como el hombre, esencialmente activo, y para combatirlo, los acres estimulantes del vicio ó la atonía de un embrutecimiento pasivo.

3.° La mentira, ya para fingir males que no se experimentan, ya para exagerar los que sufre, aun cuando sea cómplice de ella la dureza ó credulidad del público, no deja de envilecer al mentiroso.

4.° La vida errante. Hay muchos mendigos que carecen de hogar, y aun aquellos que le tienen puede decirse que no viven en él, porque

no entran allí más que para dormir: ya se sabe que es un elemento de inmoralidad el no vivir lo suficiente en familia.

5.° La continua comparación de la propia miseria y la ajena prosperidad: el mendigo acude á los parajes en que hay gente que puede darle. Paseos concurridos; entrada de los templos en las grandes solemnidades; puertas de los teatros y cafés, fiestas, ferias, etc., etc. Á todos estos lugares va la gente rica, bien acomodada; y aun la pobre, con su mejor vestido, no se lo parece al mendigo, que compara todos aquellos trajes á sus harapos, y el alegre bullicio con la triste monotonía de su voz ronca.

6.° Las continuas pruebas de indiferencia, de desdén[1], de antipatía, que inspira su desgracia y su abyección: algunos compadecen y socorren; pero la inmensa mayoría pasa de largo sin reparar, ó aparta la vista con repugnancia. ¡El hambre, el frío, la desnudez, implorando en vano al que se regala, va en coche ó perfectamente abrigado, sale del restaurant, entra en el café, sube al teatro! También á esto se acostumbra el mendigo; pero si el hábito de pedir le costó el sacrificio de su dignidad, sólo á costa de su sensibilidad verá sin exasperarse que no

le socorren los que á su parecer (aunque acaso esté equivocado) podían socorrerle: la dureza que él ve ó supone en los otros, le hace duro.

7.° La eventualidad de los recursos, la desigualdad con que recibe los socorros, la alternativa de carecer de lo más necesario, á tener medios de procurarse lo superfluo; de un día de hambre y otro en que hay medios de excederse en la comida y la bebida. Sabido es que, aun entre los trabajadores que viven en condiciones muy ventajosas respecto al mendigo, es una causa de desorden y vicio el no contar sino con recursos eventuales, el no ganar nada unos días y realizar otros ganancias relativamente grandes: en estos casos, la irregularidad de los ingresos es raro que no se comunique á la vida toda, y que á la falta de método no acompañe la inmoralidad.

Estas condiciones morales y materiales en que vive el mendigo son propias para depravarle, le depravan por regla general, y todo pueblo en que la mendicidad tome grandes proporciones tendrá en ella un plantel de vagos, viciosos y miserables.

Al hablar de los que se ven reducidos á la miseria por enfermedad, indicamos que las con-

secuencias de su desgracia no se limitaban á ellos, sino que, extendiéndose á la familia, dejaban una descendencia miserable. Por no incurrir en más repeticiones que las necesarias (ya bastantes), no hemos hecho la misma observación respecto á todos los miserables desmoralizados, y aun á los que no lo son y no pueden educar á sus hijos, ni sacarlos del abismo en que ellos han caído. De esta triste verdad dan testimonio tantos miles de niños, huérfanos material ó moralmente, como se pervierten en el abandono si la beneficencia ó la caridad no los ampara, y que tantas veces comparecen ante los tribunales.

La nobleza tiene árbol genealógico; la miseria carece de él; pero si no títulos y nombres, lega á la posteridad colectividades abyectas é infelices. Los apellidos aristocráticos se extinguen, los plebeyos se perpetúan; si la ley no lo impide, el gran señor acumula títulos que significan otras tantas familias sin descendientes; el *proletario* acredita la propiedad con que se le llama así.

La miseria, decimos, no tiene árbol genealógico; pero cuando alguna vez se ha hecho del delito, pudo verse la fecundidad de los

miserables. Lejos estamos de sacar ciertas conclusiones del hecho comprobado de centenares de delincuentes, descendencia de uno que vivía no há mucho; pero lejos también de desconocer las analogías que existen, bajo el punto de vista de la fecundidad, entre los pobres que infringen las leyes y los que caen en la miseria. Sí; el abolengo de los miserables es un largo *via crucis* que han recorrido sus padres y los abuelos de sus abuelos, dejando en él la huella de sus dolores y obstáculos insuperables para salir de aquel triste camino.

La miseria del miserable no muere con él: la lega en su larga descendencia como una maldición á las edades futuras; el pauperismo de hoy es engendrado por el de ayer, y si no se hacen grandes esfuerzos por los que no son pobres, engendrará el de mañana.

Y para no retroceder ante la gravedad del mal, ni prescindir de ninguna de sus consecuencias, debemos añadir que la miseria engendra la miseria, no sólo por el mal ejemplo, el abandono y la carencia de recursos que abruma al hijo del miserable, sino porque hereda la falta de robustez del padre, sus enfermedades, y hasta cierto punto su embrutecimiento.

II.

Hé allí un hombre que alarga la mano á la limosna en la vía pública; de los que pasan y le ven, éste le compadece, aquél le desprecia, quién le mira con indignación, quién con temor, uno le socorre, otro le acusa. ¿Por qué así? ¿Por qué el mismo hecho inspira sentimientos tan diferentes en personas que bajo otros respectos no difieren mucho? Porque aquel hombre puede ser víctima de una desgracia inmerecida, ó un impostor que explota la compasión que engaña; puede ser un trabajador que no encuentra trabajo, ó un holgazán que no quiere trabajar, una criatura digna ó despreciable, un infeliz ó un malvado. Por eso los que le ven, según suponen que pertenece á condiciones tan distintas, le juzgan de tan diferente modo y sienten hacia él efectos tan diversos; por eso la ley, reflejo de los sentimientos y de los juicios, tiene piadosa tolerancia ó llega á las más terribles severidades.

No hay necesidad de reflexionar mucho para comprender que un hecho que puede inspirar sentimientos, juicios y determinaciones tan di-

ferentes, y aun opuestas, á personas muy semejantes en ideas y afectos, no es *uno* en realidad, porque las acciones no se han de apreciar por sus circunstancias materiales, sino por las de la persona que las realiza. Un asesino que hiere por robar, un cirujano que hiere por curar, un loco que hiere sin saber por qué, son tres hombres que coinciden en derramar sangre, sin que por el hecho puedan compararse ni remotamente, siendo uno irresponsable, otro criminal y el tercero merecedor de recompensa. La misma acción de pedir limosna puede ser moralmente tan distinta que, según los casos, constituya una acción perversa ó un deber. En efecto, el que apto para el trabajo se finge inválido, y engaña la caridad y la escarmienta y da pretextos al egoísmo para no socorrer á los verdaderos necesitados en vista de los engaños de que es víctima la compasión, comete una acción altamente inmoral: el que se halla en necesidad extrema y no recibe espontáneo auxilio, tiene que pedirle, y debe hacerlo; no puede condenar á morirse de hambre á su familia, ni aun á sí mismo; la desesperación tiene disculpas, no derechos. Se da, pues, el caso monstruoso (y no raro) de que la ley pena al que cumple un de-

ber. ¿Quién que ha tratado pobres no sabe de alguno que pidió limosna porque sus hijos se morían de hambre, y fué preso porque pedía limosna?

Pero todavía hay más. La mendicidad, delito donde se pena, inmoralidad donde quiera, cuando no sea necesidad imprescindible, es culpa ó delito que el mendigo no puede cometer solo, porque, si no hubiera quien diese *sin discernimiento,* no habría quien pidiera *sin necesidad.* El público puede considerarse como cómplice, y aun como coautor del delito, puesto que sin él no podría cometerse, y aunque esté de buena fe, y aunque ceda á un sentimiento humano y noble, siempre habrá imprudencia temeraria en dar sin saber á quién y sabiendo que hay tantos que abusan de su ignorancia. Si se alega que esta ignorancia es invencible, será tanto como afirmar que la mendicidad culpable no puede extirparse. ¿Pero la afirmación es cierta? Los que dan, en la inmensa mayoría de los casos, ¿no pueden saber á quién? Esto faltaba probar, y esto no se probará porque, á nuestro parecer, no es exacto. El que da, puede casi siempre saber á quién; solamente que para saberlo necesita tomarse algún trabajo, y no quiere. La tendencia

del público en su mayoría, tanto en esta cuestión como en otras, es á suprimir servicios personales indemnizando con dinero, y tener empleados que hagan lo que él debía hacer, y deshaciendo él á veces parte de lo que ellos hacen; así paga una policía que persigue la mendicidad y da limosna.

La mendicidad no es cuestión de policía; es una cuestión social que, como todas las que lo son, no se resuelve sin intervención directa y eficaz de la sociedad. El gobierno, según las épocas y los países, puede hacer más ó menos; pero nunca hará bastante, porque jamás llegará por sí solo á clasificar los mendigos en desgraciados y pícaros. En la mendicidad hay desgracia y hay culpa; es necesario no confundir cosas tan diferentes y no distribuir al acaso el consuelo y la pena.

Sin la intervención de jurados caritativos no se logrará saber quién debe ser absuelto ó penado, y sin un juicio verdadero que sustituya la arbitrariedad de la policía no se hará justicia, único modo de restablecerla cuando el mendigo la ataca. Parece que en este asunto se quiere aplicar el principio de la medicina homeopática, *Similia similibus curantur*, y

contener al mendigo que ataca al derecho atropellando el suyo. Si no se condena al que mata á un hombre sin oirle en un largo procedimiento; si no basta que los que le prenden le hayan *visto matar* para que se le declare homicida, ¿por qué ha de bastar que se vea á otro pedir limosna para que incurra en la pena impuesta al mendigo? Las formas de la justicia no pueden suprimirse sin atacarla, ni prescindir de ningún elemento indispensable para el juicio, trátese de una falta ó de un crimen.

Para lo que nos resta que decir, partimos de este hecho: que los pueblos civilizados y cristianos no contestan afirmativamente á la pregunta: *¿Consientes que alguno de tus hijos se muera de hambre sabiéndolo tú y pudiendo evitarlo?*

Consecuente con la respuesta negativa, la sociedad debe mantener á todos los inválidos, absolutamente á todos, con lo cual el público sabría que el que le pedía limosna como tal no la necesitaba, y no se la daría.

Entre la imposibilidad absoluta de trabajar y la aptitud completa, hay muchos grados á que debe adaptarse el socorro, siendo, según los

casos, un máximo, un mínimo ó las cantidades intermedias.

Una de las dificultades con que se lucha respecto á cierta clase de mendigos, es el haber hecho *socorro* sinónimo de *reclusión*, cada vez más antipática al espíritu de independencia y determinación creciente de la personalidad. Ó mendigos ó encerrados: en la disyuntiva son muchos los que optan por lo primero y aumentarán cada día. Es necesario extender más el socorro á domicilio, en términos que sea la regla y no la excepción, que hoy es: este socorro conserva la libertad y la personalidad; fortifica el espíritu de familia, y hace menor la desdicha del que por vejez ó enfermedad no puede ganar el sustento: á todas estas ventajas puede añadirse que es menos costoso, contra lo que tal vez se suponga, y esto por dos razones:

Porque puede utilizar la mayor ó menor aptitud del socorrido para el trabajo;

Porque el socorrido puede vivir donde se vive con menos.

Aun de los que piden limosna ó están en las casas de beneficencia como inválidos, hay pocos que sean completamente inútiles; y á pesar de

eso, la aptitud para el trabajo del mendigo se pierde completamente, y la del asilado las más veces, porque las labores á que él puede dedicarse no ocupan á tantos como suele haber recogidos, y que la mayor parte, además de aburrirse en la ociosidad, se desmoralizan, como ve cualquiera que observa establecimientos benéficos en que hay gran número de ancianos ó inválidos completamente ociosos.

Estos hombres ó mujeres, en su familia ó en otra, pueden, la mayor parte, prestar algún servicio de esos que no exigen fuerza ni habilidad. El aseo de una casa pobre, el cuidado de los niños y de los animales domésticos, el pastoreo en ciertas condiciones y otras labores para que basta asiduidad y alguna exactitud, son susceptibles de desempeñarse por personas que no pueden ganarse *todo* el sustento, pero sí una *parte*, satisfaciendo el resto la beneficencia pública donde no haya caridad privada que acuda á esta necesidad.

Conseguido el objeto de utilizar la aptitud, poca ó mucha, del que no está absolutamente inválido, la sociedad realizaba una ganancia material representada por el valor de su trabajo, y otra moral y humana, por la mayor mora-

lidad y bienestar que resulta de la vida de familia, comparada con la que hace el mendigo ó el recluso en un establecimiento benéfico; además, la manutención del inválido, aunque lo sea absolutamente, resultará más barata en el campo que en las ciudades, donde están por lo común los grandes establecimientos de beneficencia.

Se deplora y se censura que los campesinos dejen la tierra en que nacieron para buscar fortuna en los grandes centros de población, donde tantas veces encuentran su desgracia; y aunque sea en verdad deplorable, no es menos cierto que los poderes del Estado y las fuerzas sociales contribuyen con frecuencia como no debieran á esas aglomeraciones perjudiciales. Concretándonos al caso que nos ocupa, en vez de elevar grandes edificios, cuyo solar en los centros populosos representa un gran capital; en vez de pagar empleados, que cuestan más porque viven en ciudades, donde es mayor el lujo y la carestía; en vez costear la manutención donde es más cara, debería procurarse que los pobres de que tratamos volvieran á sus familias, que viven en el campo ó pueblos pequeños, ó fueran recibidos en otras mediante una retri-

bución corta. Si por una tan pequeña se tiene á un niño de la Inclusa, que da tanto que hacer y de nada sirve, parece seguro que, aun cuando el anciano ó el inválido no tuviese familia, hallaría quien le acogiera, y tanto más que, por lo que hemos podido observar, los pobres en este caso, como en otros, no son grandes calculadores, y al recibir *junto* á fin de mes ó de trimestre el pupilaje del huésped, creen hacer mejor negocio del que realmente hacen respecto á los niños: con los ancianos podía ser más lucrativa utilizando sus servicios para muchas labores en que se emplea gente capaz de otros trabajos que exigen mayor fuerza y habilidad.

Una vez suprimida la disyuntiva de *ó mendigo ó recluso;* una vez armonizado el socorro necesario con la libertad querida de todos y en la medida de las fuerzas el trabajo, de que nadie debe eximirse; una vez realizado y publicado el hecho de que todos los que no podían trabajar y en la medida que no podían eran socorridos, pedirían en vano limosna, ó, lo que es lo mismo, no la pedirían, porque, como dejamos dicho, se pide *sin necesidad* porque, se da *sin discernimiento.* Cuando el mendigo culpa-

ble no tuviese la complicidad social no podría serlo, ni era necesaria la acción de la policía para alejarle de la vía pública.

Con el auxilio suficiente y ordenado de los que no pueden trabajar se atacaba á los que no quieren, arrancándoles la máscara con que ahora se cubren ante las personas compasivas, que, en la duda de si será ó no inválido el que mendiga, le socorren. Con la mendicidad culpable desaparecía el primer auxiliar de la vagancia y un semillero de vicio y aun de crimen. Con esta clasificación de la desgracia mentida y de la verdadera y definitiva se simplificaba mucho el problema de la mendicidad, quedando reducida á los que por circunstancias eventuales se ven en necesidad extrema por falta de salud ó de trabajo.

Este caso es frecuente, pero también es general la repugnancia del trabajador honrado y de su familia á mendigar, repugnancia que debe custodiarse como fuego sagrado, porque es verdaderamente santa la dignidad del pobre que sufre todo género de privaciones antes de rebajarse á pedir limosna. Hay que evitar que la pida, para que la penuria extrema no le ponga en el caso de perder su dignidad, que no recobrará una vez perdida.

El socorro de los enfermos pobres es un deber que en principio reconoce la sociedad, aunque en la práctica no le da la extensión ni la forma que sería de desear. Hay hospitales, cierto; pero ni en ellos caben todos los enfermos miserables, ni con recoger al enfermo se pone á cubierto del hambre á su familia, ni se le debe separar de ella sino cuando sea absolutamente inevitable. El hospital, pues, debe limitarse á casos excepcionales; la regla debiera ser que el enfermo pobre ó miserable fuera asistido en su casa, respetando afectos que tortura la separación y estrechando lazos que ella pudiera aflojar.

Las asociaciones de socorros mutuos proveen, como dejamos dicho, á esta necesidad; y ya puedan sostenerse con los recursos de los socios, ya necesiten auxilio de los municipios, es indispensable generalizarlas, organizándolas según las circunstancias, pero siempre de modo que den socorros suficientes para que la falta de salud del pobre no suma en la miseria á su familia y vaya á engrosar las filas de la mendicidad.

La falta de trabajo empuja á muchos obreros á la mendicidad, y para procurarle ó atenuar las consecuencias de la inacción forzosa pro

nemos algunos medios en otro lugar (1), debiendo indicar aquí solamente la necesidad de acudir al socorro de los que carecen de trabajo para evitar que mendiguen ellos ó sus familias.

En las grandes poblaciones hay siempre un número, mayor ó menor, de trabajadores sin trabajo y sin familia ni amigos, que carecen de todo y hasta de albergue: estos desgraciados sufren las mayores privaciones, y su moralidad está expuesta á los mayores peligros. El Refugio, donde por excepción existe, ni basta, ni corresponde á su nombre; era necesario que el hospedaje pudiera prolongarse más, que los huéspedes se clasificaran, y que los trabajadores honrados que carecen de trabajo recibieran especial auxilio: esto no puede hacerlo sino una asociación con espíritu de caridad ilustrada: el dinero solo, aunque sea mucho, ya se ha visto que no basta, y aun podría decirse que sobra y perjudica.

Con estas y análogas medidas, la caridad y la justicia establecerían una especie de bloqueo alrededor del que mendigaba por oficio, pudiendo sin crueldad sitiarle por hambre para

(1) Cap. VI.

obligarle á trabajar. La sociedad podría decirle:

—Inválido no eres, porque los inválidos están socorridos;

Perteneciente á la familia de un enfermo no eres, porque los enfermos y sus familias reciben socorro;

Trabajador sin trabajo no eres, porque los que se hallan en este caso están socorridos.

Eres, pues, un vago, un holgazán, que no merece compasión, sino pena: te la impondré obligándote á trabajar previo juicio en que te defiendas, porque, á pesar de las apariencias, podrías tener razón y yo equivocarme.—

Hasta que la sociedad pueda hablar con verdad así, será vano cuanto diga y haga contra los mendigos. Unas veces hará llorar á los desgraciados, otras reir á los perversos, y atropellando el derecho de todos, porque todos tienen derechos, no establecerá la justicia ni el orden consiguiente.

El cuadro que ofrece España respecto á la mendicidad es de lo más lastimoso é irritante. Aquí un polizonte, que tal vez debía estar en presidio, maltrata de palabra y acaso de obra á un anciano que no tiene más amparo que la caricad pública, á una pobre madre que la im-

plora con un niño en los brazos para llevar pan á los que en casa dejó llorando de hambre; allá un mozo robusto conduce un carro con un tullido, y entrambos viven de la caridad que los mantiene, y además el burro ó caballejo que tira del vehículo; en otra parte, una familia entera, compuesta de un hombre y una mujer robustos y varios hijos, que destacan á pedir á los transeuntes, están sentados tomando el sol ó el fresco, según la estación, y fumando, mientras el pollino que lleva el equipaje pasta lo que encuentra orilla del camino ó lo que sus amos agenciaron en propiedad ajena. Escenas de estas y parecidas se ven á todas horas donde quiera, en veredas y caminos, en campos, villas y ciudades, moviendo á dolor ó á indignación á todo el que tiene sentimientos de humanidad y de justicia.

Este mal es grave, muy grave; se subvenciona al holgazán, se estimula al pícaro, se pervierte al inocente, se oprime al desventurado, según circunstancias fortuitas de tiempo ó lugar, y constituye, como dejamos dicho, un problema que, como todos los sociales, tiene que resolverlo la sociedad, es decir, la acción simultánea de la ley, la opinión y la *acción pú-*

blica: el Estado, por medio de agentes pagados, no llegará jamás á clasificar bien á los desvalidos, ni á distribuir con equidad los socorros permanentes, y, lo que es aún más difícil, los transitorios.

La dificultad mayor no consiste, como alguno creerá, en la falta de recursos pecuniarios; la sociedad *ganaría mucho dinero* organizando los socorros, por varios conceptos:

Por el valor del trabajo de los holgazanes perfectamente aptos para trabajar que viven de limosna, y el de aquellos que, más ó menos pueden hacer alguna labor y hoy no hacen nada;

Por el valor del trabajo y de la manutención de los auxiliares de ciertos imposibilitados, como el ciego que ha menester quien le guíe y el tullido quien le lleve;

Por la mayor economía que resulta del orden, respecto de la vida desarreglada de los que carecen de hogar, ó si le tienen permanecen poco en él, y en las alternativas de penuria y abundancia relativa malgastan;

Por el vicio que se fomenta y es cosa muy cara.

La sociedad, pues, lejos de hacer desembolsos para suprimir la mendicidad, haría un buen

negocio, un gran negocio: para emprenderle no ha menester dineros, sino virtudes; mientras no tenga las suficientes, dígase lo que se diga, y hágase lo que se haga, habrá mendigos en gran número que constituirán un elemento poderoso de pauperismo.

CAPÍTULO XIV

LA PROSTITUCIÓN

Tal vez parezca extraño que, dedicando un capítulo al crimen y al delito, no se trate en él de la prostitución; pero debe tenerse en cuenta que la prostitución es una inmoralidad de un género que se tiene por especial, no porque en sí lo sea, sino porque, autorizada por leyes y reglamentos en muchos países, y en todos por la opinión, al gran daño que hace se agrega el mucho mayor de creerle necesario y aun preservativo de mayores males.

No podemos aquí analizar los grados que ha de tener una inmoralidad para que se califique de *delito;* si los brillantes de la ramera, que se autoriza, producen mayor mal que los harapos del mendigo, que se persigue; si la ley debe

penar al que introduce una mercancía de contrabando, y proteger al que trafica con el honor, la conciencia y la salud, sacando un crecido interés de la enorme masa de podredumbre física y moral que lleva al mercado. No es *este* asunto para tratarse por incidencia, y nos limitaremos al nuestro.

La prostitución es, en parte, efecto de la miseria, y contribuye á ella por lo que desmoraliza y por lo que empobrece: las casas infames pueden considerarse como proveedoras del presidio y del hospital, y auxiliares de la embriaguez, el juego y la usura.

En la orgía y con mujeres abyectas gasta el ladrón el fruto del robo, y el vicioso que todavía trabaja, el fruto de su trabajo; allí consume el pobre sus recursos y la salud; allí se arruina, con frecuencia, el rico; allí se pierde la sensibilidad que compadece, la abnegación que socorre, la energía que lucha y la conciencia que enfrena; allí las infames ganancias estimulan la sensualidad, la pereza y conducen á la miseria.

Para calcular la influencia de la prostitución en la miseria, no basta hacerse cargo de que vienen á caer en ella la casi totalidad de las

prostitutas, sino el número, infinitamente mayor, de hombres que han arruinado.

Escuchad la historia de los delincuentes y de los viciosos, de los muchos miles de hombres que la ley pena ó arrastran una vida miserable consecuencia de su mala conducta, y será muy raro que en estas existencias culpables y desdichadas no haya influído alguna mala mujer. Preguntad á los agentes de policía qué hacen los licenciados de presidio dispuestos á reincidir, y os dirán que viven con prostitutas; preguntad de quién son hijos los pobres niños abandonados que la beneficencia recoge y cuya precoz perversión es tan difícil de corregir, y os dirán, si tienen padre, que anda con mujeres perdidas, ó que su madre lo es. El mal se ramifica y extiende mucho más de lo que en un capítulo de un libro puede detallarse; pero se comprende fácilmente que una de las mayores miserias morales, acaso la mayor, tiene que producir miseria material.

La extrañeza, el asombro que nos produce hoy leer que Platón no sólo sancionaba la esclavitud, sino que no comprendía la sociedad sin ella, producirá en el porvenir (así lo esperamos) saber que en pueblos cultos la prostitución fué

un oficio condicionado por la ley; saber que las casas infames eran establecimientos autorizados en regla, que pagaban contribución; saber que en ellos se traficaba con el honor y la salud, vendiendo al vicio lo que se robaba á la inocencia y la desgracia, y armonizando las perversidades para que crecieran y se multiplicasen; saber que en estas casas podía entrar todo el mundo, menos las personas honradas y caritativas que querían arrancar al sacrificio horrendo alguna víctima; saber que la *trata* de los negros se había abolido, pero que la de las blancas jóvenes era legal y lucrativa; saber que en los gobiernos de provincia, como había secciones de Fomento y Hacienda, existía también de *higiene* (así llamadas al parecer, más que por decencia por burla) que tenían á su cargo la *policía de las costumbres*, y eran, y no podían menos de ser, un elemento poderoso para pervertirlas; saber que esa policía podía poner su mano infame sobre una mujer honesta, presentarla como sospechosa, hacerla sufrir la última ignominia repugnante hasta para las prostitutas, y que si la mujer no quería salir viva del lugar donde fué deshonrada (1)

(1) Histórico.

y se precipitaba por la ventana quedando muerta, sus asesinos no eran responsables, porque no habían hecho más que cumplir con los reglamentos (1); saber que la ley protegía la alianza de la codicia y la lujuria, formando una red cuyas mallas estaban formadas, en gran parte, por los que deberían romperlas; saber que, á la sombra de la ley, la guerra que se hacía al honor de las jóvenes pobres y bien parecidas era sin tregua y sin cuartel, empleando no sólo seducciones, sorpresas y engaños, sino hasta la violencia, que secuestraba á viva fuerza; y, en fin, que cuando no se respeta ningún derecho, es natural que se atropelle también el de gentes, que se pasen las fronteras

(1) En las instrucciones que tiene en Berlín la llamada policía de las costumbres, se señalan como *sospechosas:* las modistas, costureras, criadas, etc. Con semejantes instrucciones, ¿qué responsabilidad puede exigirse al que se equivoca al cumplimentarlas, ni qué mujer honrada está segura? Porque entiéndase que desde que un polizonte declara una mujer *sospechosa* la pone fuera de la ley, atenta á su honor y le mata en las ignominias higiénicas. En Madrid ha habido ya varias *equivocaciones,* que á veces son *venganzas,* y otras medios de sacar dinero, todo á la sombra de una impunidad segura.

y los mares y se hagan cautivas para proveer las casas infames, haciendo internacional el abominable atentado (1).

Cuando todos estos horrores morales y materiales, y otros que decorosamente no pueden decirse, sepan con asombro nuestros descendientes, mejores que nosotros, se preguntarán:

—¿Y para qué la ley hizo alianza con la lujuria y la codicia, autorizando y protegiendo lo que debía perseguir y penar?

Y la historia responderá:

—Porque el vicio se elevó á la categoría de institución social, y, como los reyes, quiso ser inviolable, es decir, invulnerable; porque pidió á la sociedad auxilio contra la Naturaleza, leyes de los hombres contra las leyes de Dios, á fin de que los *excesos* fuesen *sanos* y la *crápula higiénica;* porque al Estado le pareció bien la idea, y dijo al vicio:—¿Qué necesitas? Habla, estoy á tus órdenes. ¿Para qué tengo yo fuerza sino para dártela?

Y el vicio respondió:

(1) Se han hecho ya reclamaciones para que por la vía diplomática se proteste contra este crimen de nueva especie, que participa de trata y piratería.

—Necesito mujeres públicas, casas públicas, ignominia pública, fuerza pública, y todo género de abominaciones, bastante públicas para dar escándalo, no tanto que puedan perseguirse legalmente; necesito una administración cuyas reglas sean contrarias á las de equidad; leyes que escarnezcan la justicia, jueces que las apliquen, polizontes y médicos que hagan lo que no se puede decir.....

Y el Estado respondió:

—Se hará como lo deseas; tendrás todo lo que pides. Mi alta misión es proteger el vicio contra sus consecuencias naturales, sustentar crapulosos robustos, hacer alianza con la lascivia, darle garantías, y, fomentando la podredumbre moral, conseguir la salud física.

Y el Estado, si mal lo dijo, peor lo hizo; escribió leyes y reglamentos, y organizó administración y fuerza pública, y tuvo jueces y médicos y empleados, y cumplió, en fin, todas las ofertas hechas al vicio, en cuanto se refería á los *medios;* respecto al *fin* no pudo realizarle, porque era imposible: la corrupción no se *sanea,* las leyes de la Naturaleza no se infringen repetida é impunemente; ni puede separarse la higiene física de la higiene moral, ni es dado *reglamen-*

tar ningún *desorden*. Prescindiendo de la conciencia, del honor, del alma del hombre, nada puede hacerse en beneficio de su cuerpo.

Y no se hace; la ley autorizando, protegiendo la prostitución, la ha extendido, no la ha saneado; ha organizado un ataque extenso, directo, permanente, á la moral, sin favorecer, y antes con perjuicio de la higiene, como debía preverse y se va demostrando.

Muchas son ya, fuera de España, las personas que, en nombre de la religión, del derecho, del honor, de la moral, y hasta de esa misma higiene que como razón suprema se invoca, combaten la prostitución legal. Y sobre que la calidad de estas personas les da mayor peso del que corresponde á su número, no es tan corto como algunos imaginan, y puede verse por el incremento que va tomando *La Federación Británica Continental y General*, por el triunfo conseguido en Inglaterra, y por la reacción que se va notando en muchos países, y hasta en Francia, que dió el execrable ejemplo de reglamentar el vicio. No podemos discutir extensamente esa reglamentación; pero como la prostitución, que desmoraliza y empobrece, es concausa de pauperismo, tratándose de él no pueden dejarse

de condenar esas infamias legalizadas, esa *policía de las costumbres*, que es *un atentado permanente contra ellas*.

Ya sabemos que esta gran llaga social no se curará mientras la mujer no tenga otra posición en la sociedad, porque la prostitución consta de estos dos elementos:

Hombres que dejan de ser personas por un tiempo determinado, en general breve;

Mujeres que dejan de ser personas definitivamente;

Hombres que pagan la satisfacción de sus apetitos bestiales;

Mujeres que cobran por satisfacerlos.

Sin duda que la incontinencia del hombre puede combatirse y limitarse en él y por él; pero su gran freno está en la dignidad de la mujer; y mientras se cuenten por centenares de miles las que alquilan su cuerpo á cualquiera que lo paga; que se sujetan á los reglamentos de policía; que consienten en ponerse fuera de la ley humana, como lo están de la divina y de las de la Naturaleza; mientras haya masas de mujeres que no se ahoguen en la atmósfera ignominiosa que sofocaría á los hombres más abyectos; mientras económica, social y legalmente la mujer

tar n cien pu ... inferior al hombre, habrá siempre un núme ... considerable en que la falta de recursos y d ... consideración se convertirá en falta de dignidad; que no podrán soportar heroicamente la injusticia y la miseria; que viéndose despreciadas carecerán de la alta virtud de no ser despreciables, y que irán rodando del desdén á la humillación, y de la humillación á la ignominia.

La prostituta no es persona; á primera vista puede llamar principalmente la atención su falta de pudor y de vergüenza, pero observándola bien, su carácter distintivo es la *falta de personalidad*. Sus relaciones sociales son de *cosa;* como tal se la vigila, se la inspecciona y se la alquila, porque comprador no encuentra: ¿quién había de hacer definitiva tan pésima adquisición? Así, pues, todas las leyes, todas las costumbres, todas las instituciones sociales que disminuyen la personalidad de la mujer, que merman su *derecho*, que la privan de iniciativa, que coartan su libertad, que la tienen en tutela, que no la consideran sino como una especie de apéndice del hombre, *aumentan* los elementos de la prostitución.

La mujer de nuestra raza en los pueblos civilizados y cristianos se ha dejado pisar, pero

aplastar no; bajo el peso que la abruma tiene plegarias de mártir y blasfemias de impío, silencio estoico ó picaduras de víbora; siempre se revela en la vida dando escándalo ó dando ejemplo, y cuando la sociedad le ha dicho: *no eres persona*, ha respondido: *soy veneno*, y lo ha probado. El principal remedio de este grande mal consiste, pues, en levantar á la mujer; en apresurar el movimiento que más ó menos se inicia en todas partes para promover su educación, abrir á su racional actividad caminos que le estaban cerrados y establecer respecto á ella el derecho conculcado por la fuerza.

Pero este remedio, el único verdaderamente eficaz, es lento; y si no tenemos para la inmensa llaga medicina que radicalmente la cure, debemos propinarle siquiera un poco de bálsamo que calme sus dolores, y sobre todo abstenernos de arrojar sobre ella un líquido corrosivo que la irrite y la haga cancerosa. A eso equivale legalizar la prostitución convirtiéndola en modo de vivir, que muchas ejercen suponiéndole *honrado, puesto que es legal* (1): hasta tal punto las

(1) Véase Parént-Duchatelet, *De la prostitution dans la ville de Paris*.

malas leyes contribuyen á pervertir las costumbres y extraviar las ideas.

El punto de partida de los que legalizan y pretenden reglamentar la prostitución es *material*, y sus consecuencias son, tienen necesariamente que ser inmorales y *brutales*, porque el hombre es materia y espíritu, y no puede hacerse nada en provecho de su cuerpo prescindiendo de su alma, y convirtiendo una cuestión que es principalmente moral en fisiológica y patológica. ¿Cómo no se ha visto que, dando *facilidades* á los apetitos que necesitan *freno*, se desbordarían? ¿Cómo no se ha visto que de ese desbordamiento debe resultar indefectiblemente el daño para la salud que se quiere proteger [illegible] lo que [illegible]ste? ¿Cómo no se ha visto q[illegible] del altar donde se inmola el pudor y la conciencia no pueden elevarse aromas puros, sino gases mefíticos; que la atonía moral no engendra la fuerza física, y que, hágase lo que se haga, el vicio será siempre el mejor aliado de la enfermedad?

¿Cuáles son los elementos de la prostitución legal? Apetitos brutales, egoísmos ciegos, cálculos errados, bárbaros abusos de la fuerza y abyecciones infames. Estos ingredientes ha

dado el legislador á la policía para que los manipule, y no hay duda que la mano de obra corresponde ¿y como no? á las primeras materias. Los reglamentadores alemanes increpan fuertemente á los belgas, que, al decir de ellos, han puesto las columnas de Hércules en los ignominiosos horrores de la prostitución legal. Creemos que los cargos serán ciertos; pero dudamos que ningún pueblo donde la prostitución esté autorizada por la ley pueda arrojar á otro la primera piedra: un poco antes ó un poco después, las mismas causas tienen que producir los mismos efectos.

Yerran y se extravían miserablemente los egisladores que se dejan arrastrar por las ten-encias materialistas de la época; los que ponen sello oficial y las armas del Estado en las tentes ignominiosas; los que sancionan el vilecimiento más asqueroso de la mujer; los consideran al hombre como una bestia cuyo evadero hay que limpiar; los que suponen se puede sustituir el imperio de sí mismo la policía, y la dignidad por el *speculum*. erran, se extravían, y si no ha llegado la de convencerlos de su error y llevarlos l buen camino, suena ya la de amonestar-

los: unimos nuestra voz débil á otras más poderosas, y á aquella que empezó *clamando en desierto* (1) y hoy encuentra eco en las grandes ciudades.

¿Qué os parece, señores higienistas, reglamentadores y organizadores de la policía de las costumbres, de estos dos hechos? La sociedad deja sin sanear infinidad de industrias malsanas; consiente que multitud de trabajadores por falta de condiciones higiénicas *enfermen por trabajar*, y esta misma sociedad se esfuerza para que sean *higiénicos los lupanares, gasta* para lograrlo tiempo y dinero, importándole poco que el *trabajo sea enfermo* con tal que el *vicio sea sano*. ¿Os parece bien? Pues entonces entregamos vuestro voto á la reflexión de los que piensan, á la conciencia de los que la tienen, á la opinión pública, que pueda ser en breve plazo la pública execración.

Es la prostitución una inmoralidad y un daño social mucho mayor que otros que se califican de delitos y se penan por la ley; la complicidad de una parte del público y la dificultad de probarle no pueden variar el carác-

(1) Mme. Josephine E. Butler.

ter del hecho. La prostitución, pues, debe ser perseguida y penada por la ley *hasta donde sea posible.* Ya sabemos que la posibilidad no llega tan allá como la justicia; pero si ésta tiene que detenerse ante los límites de la impotencia humana, de ningún modo ha de reconocer los de la voluntad torcida.

La prostitución perturba hondamente el orden social de dos maneras:

Atacando la moral pública;

Atacando la salud pública.

De la *inmoralidad* se ha prescindido por completo, ocupándose principalmente de la *infección*, y el enemigo que se quería vencer se ha robustecido, porque se deja libre el campo donde se le podía combatir y se asestan golpes á la parte invulnerable.

Á los hombres *positivos*, que son á veces tan poco *prácticos*, hay que enseñarles la realidad en los hechos, como suceden y tienen que suceder, para que sepan que la *infección* no se puede atacar material y directamente, que es ilusorio todo lo que contra ella se haga si al mismo tiempo se dan á la inmoralidad las facilidades y los estímulos que hoy tiene.

Las enfermedades consecuencia de los vicios

deben curarse como las otras, cuando el enfermo pida ser curado, y sin sujetarle á investigaciones tan repugnantes como inútiles. Cuando á la dolencia física va unida la moral en sumo grado, como sucede con las prostitutas, si entran en los hospitales es necesario aislarlas, ya porque no hay derecho para confundir con ellas á ninguna mujer honrada, ya para intentar la curación del espíritu al mismo tiempo que la del cuerpo, cosa que dificulta, puede decirse que imposibilita la ley, armando á los explotadores del vicio y de la miseria con poderes y una esfera de acción que ensanchan la complicidad y las complacencias de la policía. Á la prostitución perseguida podrían sustraerse numerosas víctimas; á la prostitución autorizada es poco menos que imposible arrancarle ninguna.

La inutilidad de la curación forzosa quedaría probada (si no hubiese, como hay, otras muchas pruebas) con el hecho, que nadie puede poner en duda, de que el número de mujeres contaminadas no es tan grande como el de hombres que gozan de la inmunidad de propagar el mal sin que nadie les turbe en el ejercicio de su prerrogativa. ¡Sabios reglamentadores que procuráis sanear el lupanar donde cualquiera sabe

que hay peligro para la salud, y dejáis al marido crapuloso que contamine á la casta esposa y engendre hijos apestados! ¡La prostituta siquiera es estéril! ¿Queremos, pues, que se sujeten los hombres á los reglamentos de la higiene del vicio? No: queremos que se supriman, porque las enfermedades se *curan*, no se *persiguen*, y cuando se adquieren voluntariamente no hay más medio que combatirlas en la voluntad torcida para rectificarla, en las ideas, en las costumbres, en las leyes.

Aunque el expediente puesto en práctica en algunas localidades y que tiene cierto prestigio (creemos que merced á las cualidades excepcionales de algún digno funcionario) sea inadmisible para nosotros, que rechazamos la prostitución legal, cualesquiera que sean las modificaciones que en sus actuales reglamentos se hagan, debemos convenir en que el mal se limita suprimiendo, como lo están en las poblaciones á que aludimos, *las casas de tolerancia.*

No debe autorizarse á ninguna mujer para que se prostituya; pero es infinitamente más perjudicial la autorización, que convierte el *oficio* en *empresa;* que de individual se hace colectivo; que, además de *alquilada*, hace de la

mujer *esclava*, dando á un tiempo goces á la lujuria y ganancias á la codicia; que en vez de los recursos individuales, limitados en mujeres despreciables y despreciadas, autoriza para poner en práctica los más cuantiosos de personas que disponen de algún capital ó le hallan para especulación tan lucrativa. No puede compararse el daño que hace la prostituta aislada con el que se realiza en las casas donde la empresaria ó empresario proporciona comodidades y aun refinamientos de lujo; engalana sus víctimas como los antiguos para sacrificar*las*; paga agentes que reclutan, engañan, seducen, cautivan verdaderamente jóvenes inexpertas, que se ven esclavas y perdidas, en país extranjero á veces, y aunque sea en el propio, fuera de la ley desde el momento en que se las ha inscrito en el registro infame. Con el precio del vicio y de la sacrificada inocencia se compra la impunidad cuando la vasta esfera de acción que la ley deja aún viene estrecha al explotador inicuo.

No parece posible que, sabiendo lo que pasa en las *casas de tolerancia* y en las *de paso*, haya ley que las autorice y persona honrada que las defienda; no parece posible que con conoci-

miento de causa se dé á iniquidades tan horrendas un *salvoconducto*. La patente que autoriza la casa infame es, en efecto, un salvoconducto que la ley pone en manos del vicio, y que éste traspasa inmediatamente á la codicia sin freno, al delito y al crimen. Sí; al delito y al crimen; y los que creáis que hay exageración, investigad lo que sucede. Pero ¿es necesario investigarlo? ¿Se necesita para saberlo de la experiencia? ¿No se comprende desde luego? Es mucha la candidez de la ley al creer que, dada la clase de personas que explotan el vicio, si legalmente se las autoriza para ello no han de ir más allá y por una pendiente inevitable. ¿Qué conocimiento tienen del corazón humano, de la realidad, los que suponen que la ley que pisa cínicamente la moral no ha de ser ella pisada por los que desmoraliza? ¿Qué conocimiento tienen del corazón humano y de la realidad los que suponen que soltando una fiera se le pueden prescribir el número de dentelladas que dará y los milímetros que ha de profundizar al esgrimir la garra?

Son visionarios, y del peor género, los que no han visto que, en lugar de hacer *higiene*, hacían *patología;* que equivocan el silencio ó las

voces y los quejidos ahogados con el orden, y que no han hallado otro medio de evitar el escándalo que suprimir la conciencia.

Sí; en toda esa máquina de higiene (ilusoria) para el vicio queda suprimida la conciencia, porque las ideas se extravían y los sentimientos se pervierten hasta tal punto que, como dice Rioja, la maldad

«Del inicuo procede y pasa al bueno.»

Pasa porque la ley corruptora, haciendo alianza con los perversos, ejerce presión *sobre los* que no están muy firmes en la virtud.

La supresión, pues, de las casas infames es un paso hacia el bien donde se ha dado, y la primera medida que debe adoptarse donde quiera que se intente poner límites al mal. Los que no se ocupan de estas cosas comprenderán difícilmente cuánto ganarían las costumbres con que la prostitución se limitase, como dijimos, á ser *oficio* y no pudiera ser *empresa.*

Si el ataque á la salud no puede perseguirse de oficio, el que se hace á la moral sí; la prostitución con escándalo, y pocas veces deja de darlo, puede y debe perseguirse como delito juzgado y penado por los tribunales, proscri-

biendo la arbitrariedad, que, á la inversa de la lanza de Aquiles, envenena las heridas que pretende curar. Es posible una policía honrada que persiga la prostitución como delito y entregue al juez los delincuentes; es imposible una policía honrada cuando á su antojo puede resolver arbitrariamente, partiendo de algunas reglas elásticas é inmorales; cuando debe autorizar el mal en límites imposibles de fijar y reprimirle si los pasa; cuando vive en la atmósfera corruptora de la inmoralidad sancionada, y que predispone á venderse al que puede pagar bien.

Ya sabemos que habría prostitución clandestina, como existe hoy; pero no habría, además, la legal: la policía, menos desmoralizada, cumpliría mejor con su deber, y las penas impuestas por los tribunales contribuirían á reprimir algo el mal, y, sobre todo, á fortificar el sentimiento moral. La supresión de las *casas públicas* realizaría desde luego un bien inmenso: ellas son las verdaderas fortalezas donde está seguro todo género de maldad, siempre que no haga mucho ruido; ellas gozan de una horrenda increíble inmunidad, y pasado su umbral, el vicio está seguro, y la codicia que le explota, sacrificando á veces la inocencia ó explotando la miseria,

también lo está; ellas tienen la puerta abierta á todo el que entra para el mal y la cierran á las personas que intentan rescatar alguna de las víctimas que allí se inmolan; ellas con frecuencia sirven de cárcel donde la fuerza detiene á las reclusas, y otras se convierten en prisión por deudas contraídas aturdidamente, pagadas con servidumbre ignominiosa y cruel; allí se burla la ley, que pena los delitos contra la honestidad y seducción de menores, y se escarnece, en fin, cuanto hay santo y respetable. Y todas estas y otras abominaciones, en vez de *perseguirse* severamente, se autorizan.

Se dirá que habría casas públicas aunque se persiguieran. Sin duda; pero habría menos y carecerían de la seguridad con que hoy retienen sus víctimas y desafían á las personas honradas. Podrían más y aun podrían mucho, amparados por la ley, los vecinos que hoy nada pueden para arrojar á las peligrosas y repugnantes inquilinas, y los caseros, que hoy las prefieren porque pagan más, harían otros cálculos si la ley los considerara como cómplices del delito que en su casa se cometía.

Repetimos lo dicho ya: la prostitución no puede extinguirse mientras no varíe la condi-

ción de la mujer, económica, legal, intelectualmente; mientras no tenga verdadera personalidad, y se tenga en más, y sea más respetada; pero declarando delito la empresa industrial que explota el vicio, se haría algo para enfrenarle, en vez de prestarle eficaz apoyo, como hoy se hace. Quitándole las facilidades que se le dan, algo se limitaría su imperio y dejaría de ser un ataque permanente á la conciencia pública, y los que no la tienen carecerían de legal apoyo.

Por débil que sea la ley, no es lo mismo tenerla al lado que enfrente.

ÍNDICE.

y Castillo y otros. Estudios políticos y sociales.—Madri.
1896: un tomo en 4.°, 6 pesetas.

Redondo.—Quiebras. Manual sobre el procedimiento e. los juicios universales de quiebras, con arreglo á las di- posiciones vigentes y la jurisprudencia sentada en es. materia, por Remigio Antonio Redondo, Abogado y N. tario.—Madrid, 1896: un tomo en 4.°, 3 pesetas.

Ricci.—Tratado de las pruebas: dos tomos, 20 pesetas.

Robles Pozo —El Código civil y su jurisprudencia hasta 1.° de Enero de 1896, adaptada singularmente á cad. uno de sus artículos: comentado didáctica, exegética y sinópticamente bajo el más práctico punto de vista de Derecho civil común, foral é internacional, con presenci. de cuanto se ha publicado hasta el día, y muy especial- mente de las resoluciones de la Dirección general de l. Registros civil, de la Propiedad y del Notariado. Autori- zado por el Ministerio de Gracia y Justicia en Real or- den de 14 de Enero del presente año.—Madrid, 1896: do. tomos en 4.°, 22,50 pesetas.

Sánchez Comendador.—Reglamento de oposiciones a cátedras de Universidades é Institutos, aprobado por Real decreto de 27 de Julio de 1894 y disposiciones pos- teriores.—Madrid, 1896: una peseta.

— Disposiciones vigentes sobre provisión de cátedras por traslación y concurso de Universidades é Institutos, y cuadros de analogías.—Madrid, 1897: una peseta.

Serrano Perea.—Manual de reclutamiento y reemplazo y su Reglamento.—1897: dos tomos, 6 pesetas.

Silió y Cortés (César).—La crisis del Derecho penal, con un prólogo de Angel María Taladrid, con siete cuadros estadísticos y planos de la temperatura y delictuosidad en los pueblos de España.—1891: un tomo en 4.°, 6 pe- setas.

Stricker.—Fisiología del Derecho, traducción del alemán, por P. Dorado; 2 pesetas.

Valverde y Maruri.—Usufructo vidual. Derecho del cónyuge viudo á la sucesión del premuerto.—Habana, 1894: 2 pesetas.

Wolf.—Historia de la literatura castellana y portuguesa: dos tomos en 4.°, 15 pesetas.

